

Revista Uruguaya
de Psicoanálisis
Número 101
2005
Asociación Psicoanalítica del Uruguay

Índice

Editorial

Abel Fernández Ferman 5

LITERATURA Y PSICOANÁLISIS

Cien años de soledad y Soledad de cien años

Magdalena Filgueira 7

Alejandra Pizarnik: una poética del yo al yo

Claudia Magliano 19

Em carne viva: Um diálogo imaginário com Dyonélio Machado

Francisco Carlos dos Santos Filho

Dóris M. Wittmann dos Santos 28

Botella al mar. Sobre poesía y psicoanálisis

José Enrique de los Santos Rodríguez 41

“El zorro de arriba y el zorro de abajo” de José María Arguedas: el discurso de la muerte

María Gladys Marquisio

Andreína Martínez Chenlo 49

La máquina de escribir en el cuerpo del delito

Victoria Morón 59

Las grietas de la piedra. Una reflexión sobre los límites del discurso en la obra de Marosa Di Giorgio.

Mariana Rizzo Fernández 68

La palabra poética y la palabra

Edmundo Gómez Mango..... 77

Todo humano es un novelista (o debiera serlo)

Marcelo N. Viñar. 84

Relatos, construcción y ritmos narrativos

Roger Mirza 100

La identidad literaria: entrelugares del sujeto (Fernando Pessoa - Álvaro Figueredo)

Ricardo Pallares 110

PSICOANÁLISIS Y COMUNIDAD

El trabajo psicoanalítico en una institución penitenciaria

Alicia Beatriz Iacuzzi 124

Índice

La investigación apoya una técnica psicoanalítica relacional y flexible. <i>Juan Pablo Jiménez</i>	147
Comentario al trabajo de Juan Pablo Jiménez <i>Juan Carlos Capo</i>	178
P O L E M O S	
Actividad científica con Marcio de Freitas Giovannetti en Montevideo. La hospitalidad, hoy, en la clínica psicoanalítica: Interpretación, construcción y deconstrucción	187
Comentarios recibidos para POLEMOS sobre el trabajo y ponencia de Marcio de Freitas Giovannetti	220
SÍNTESIS DE JORNADAS Y CONGRESOS	
Actualizaciones en psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica. Síntesis de las jornadas realizadas en abril 2005 en Montevideo, Uruguay. <i>Marina Altmann de Litvan</i>	233
Síntesis de las Jornadas Violencia Social y Adolescencia <i>Clara Uriarte</i>	243
Informe sobre el 44° Congreso de IPA en Río de Janeiro 28 al 31 de julio de 2005 <i>Alvaro Nin</i>	246
DEL CUADERNO DE NOTAS	
Recuperar retazos <i>Abel Fernández</i>	250
Memoria Institucional	253
Normas de Publicación de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis	255

EDITORIAL

Siempre resulta un gusto la presentación de una nueva revista que esperamos sea una invitación a la lectura de trabajos inteligentes, creativos y comprometidos tanto con el psicoanálisis como con el mundo en el que nos ha tocado vivir.

*En la sección **Literatura y Psicoanálisis** los autores nos traen aportes transformadores con relación a la siempre inquietante relación entre ambas disciplinas recogidas de los muchos trabajos presentados en las Segundas Jornadas de Literatura y Psicoanálisis dedicadas al tema Memoria, Sujeto y Escritura que organizara el Centro de Intercambio de APU los días 2, 3 y 4 de setiembre de este año. Los primeros siete trabajos recogen los que obtuvieran mención en el **Concurso Rodolfo Agorio** que se organizara con motivo de dichas jornadas siendo el de Magdalena Filgueira el que obtuviera el primer premio. Le siguen apenas cuatro de los múltiples trabajos que se presentaran en diferentes paneles a modo de muestra de lo que fue el encuentro e intercambio en las jornadas y como una primer entrega que se continuará en nuestro próximo número de la RUP 102.*

*Se intenta seguir adelante en el diálogo entre las complejidades del campo del psicoanálisis y disciplinas afines ofreciendo una interesante experiencia de una psicoanalista trabajando en una institución penitenciaria. La insistencia repetitiva de viejas y nuevas cuestiones lleva a buscar escribiendo / leyendo. Se ofrece asimismo un nuevo y polémico trabajo sobre el psicoanálisis como método psicoterapéutico que además de ser discutido en este número será la base sobre la que en la próxima revista se recogerán las opiniones de nuestros lectores para la sección **Polemos** como desafío que impulse a interrogarse sobre sus premisas y conclusiones.*

*Para la presente sección **Polemos** hemos decidido incluir la desgrabación de la actividad científica que realizamos en nuestra institución en el mes de mayo con Marcio de Freitas Giovannetti que nos ha parecido, además de un valioso aporte al tema central que nos convocara, la frecuencia y condiciones del trabajo de análisis, una muestra del tipo de discusiones que nos damos en los encuentros de cada viernes.*

En suma, en cada artículo que se publica, hay alguien intentando transmitir su experiencia, de lo que le ha suscitado su encuentro con los temas sobre los que escribe, con la clínica, con la escritura de otro, que ilumina cierta zona de complejidades al tiempo que abre nuevos problemas que muestran lo ilusorio de cualquier respuesta definitiva pero sin las cuales el psicoanálisis no sería praxis y pensamiento vivos.

Abel Fernández Ferman.

LITERATURA Y PSICOANÁLISIS*

Cien años de soledad y Soledad de cien años**

*Magdalena Filgueira****

A la memoria de Don Rodolfo Agorio, a quien no conocí pero de quien supe, ha tenido el don de la trasmisión, don de haberle dado a otros lo que ellos ahora nos dan, eso es un fundador, quien brinda a un otro lo que éste ha de entregar.

Psicoanalista y escritor, hermanos.

Brindo, para celebrar los primeros cincuenta años de nuestra querida Asociación, mi aporte a los festejos: un (psico)análisis aplicado a Soledad y sus cien años. Tomemos entonces el primer y último capítulos de *Cien años de soledad*, para celebrar cincuenta años de acompañamientos.

Pensemos a través de la soledad, la compañía y a través de ellas los bordes, fronteras difusas y siempre transitorias entre el psicoanálisis y la literatura, entre el escritor y el psicoanalista. Acompañándonos pudiera estar Freud quien fue ambas cosas. Tempranamente vislumbró el lugar de las artes, producciones psíquicas de los hombres en cuya superficie emergen, se manifiestan, se corporizan, se materializan. En la ficción que él gesta, su teoría, el arte de escribir y el de actuar, interpretar, comparten sus orígenes con el de jugar y el “humorizar”. Potencia de lo humano, procesos de humanización de cuyas entrañas nacen bellas criaturas que una vez lanzadas fuera parten hacia un otro, que al tomarlas en sus brazos pueda alzarlas. Obras como una novela, un mito, una interpretación, pintura, escultura, un juego, un buen chiste. Tal vez un recuerdo de infancia que flotando en la memoria haya vencido las oleadas de la amnesia.

Todo psicoanalizante es un narrador y todo psicoanalista un escuchador de relatos que a su tiempo pudiera transformarse en escritor, cuando toma sus notas durante el transcurso del relato o luego.

* Los artículos de esta sección fueron presentados en las 2as. Jornadas de Literatura y Psicoanálisis organizadas por el Centro de Intercambio de APU, los días 2,3 y 4 de setiembre de 2005

** Primer Premio del Concurso Rodolfo Agorio, setiembre 2005.

*** Instituto de Psicoanálisis de APU. 2 de Mayo 1485 - E-mail: mefe@adinet.com.uy

Nuevamente se transformará si con lo escrito hace un historial. Giros inevitables que a la experiencia se le imprimen en su tránsito hacia la inscripción, desde su origen vivencial hacia su estado de registro, su morada. Es ahí donde intentaremos mantenerla atrapada y apaciguándola con palabras retenerla viva en cautiverio. Buscando hallar las que mejor la representen, encontraremos aquellas que a su vez la conviertan en fantasmas, permitiéndole atravesar paredes, puertas, cerraduras y rejas. Pudiera ser esto lo que Freud bautizó con el nombre de sublimación. Llamó sublimar al proceso por el cual aquello sólido de lo real de la experiencia, se transforma en sustancia volátil, evanescente estado gaseoso, simbólico estado de la palabra dada.

Hermano entonces el escritor, poseemos probablemente la misma madre, madre literatura y las mismas hadas madrinas, las lenguas y sus hijas nuestras primas, las palabras. Hace muchos años, desde un lejano reino, ellas nos acompañan. Acompañan nuestra soledad, la de cada uno, la de cada día, la de todos y la de siempre. Es más, creo que existe la posibilidad de estar solos en soledad porque nunca lo estamos, dado que ellas siempre nos hacen compañía. Son nuestro lazo con el mundo, es aquello que nos enlaza, nos “enmunda” porque ya nos ha sujetado en sus amarras. Nos acercan y nos alejan, nos calman y nos inquietan, nos provocan y nos adormecen. Palabras que han sido, siendo apresadas en papel, canción de cuna y de protesta, carta de amor y de ruptura, enviada o recibida. Papel, transporte de palabras, papel picado, papel de serpentina, papel hecho avión, barquito de papel, que dado vuelta en la cabeza es Gran Bonete.

Espacio.

He elegido *Cien años de soledad*, porque desde que lo leí por vez primera, supe siempre sin saberlo nunca que Gabriel García Márquez, periodista y escritor, nacido en Aracataca, había escrito un tratado psicoanalítico. Gabriel tenía cuando lo escribe hace cuarenta años, unos cuarenta años. Es colombiano, latinoamericano, escribe en castellano. Circunstancias que nos aproximan hermanándonos, por lo cual sus escenarios, sus personajes y sus peripecias se vuelven familiares, generándonos esa inquietante extrañeza de lo familiar desconocido. Aquello que a todos pertenece y no es de nadie, siempre se nos revela antes-después de lo ocurrido, retorna con su rostro y su saludo, que a poco de comparecer reconocemos: “no lo puedo creer siempre lo supe” o “siempre-nunca supe de ello” también “¿dónde has estado en todo este tiempo en que no supe que estabas?”. Asombrosa sorpresa que asimismo produce esa escasa pero plena y certera interpretación en una sesión de psicoanálisis, saber que no podría ser recordado porque nunca fue olvidado.

Macondo, es el nombre que García Márquez encontró para nombrar lo que Freud buscaba. Buscó Freud nombrar con Ello, lo que Úrsula Iguarán temía de sí misma y su deseo. Eso, Inconsciente es el nombre que Freud encuentra para nombrar lo que un Buendía, José Arcadio, no encontró y se lo pasó buscando y que García Márquez hace decir a su hijo Aureliano: “Muchos años después frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. Recuerdo, esa argamasa, mezcla de imágenes, sensaciones y palabras que precipita y es lo que nos va quedando de la experiencia del encuentro con otro, que eso nos deja de sí, nuestra capacidad de recordarlo transformándolo.

Macondo podría parecerse a esa tierra virgen que Freud exploró y conquistó (el conquistador, personaje con quien le gustaba compararse). Campo fértil donde como buen patriarca fundó algunos saberes que germinaron desconectados de sus frutos, las verdades. Freud estuvo acompañado por Fliess, “su otro yo”, como José Arcadio Buendía tuvo su Melquíades, su doble, ese gitano trashumante que le entrega los enigmáticos pergaminos, escritos en sánscrito, su lengua materna. Le va entregando en cada visita instrumentos nuevos, se los trueca en la siguiente por otro y por otro, luego del imán, la lupa gigante y el catalejo, la juventud restaurada o dentadura postiza, mapas e instrumentos de navegación, le regala por último aquel laboratorio astrológico con la brújula, el sextante y el astrolabio así como aquellos productos de alquimia, con los cuales fabricar las sustancias que permitan convertir cualquier metal o chatarra en oro. Con algunas mediciones y especulación pura descubre José Arcadio que *“La tierra es redonda como una naranja”*. (García Márquez, G. 1967 pág. 12). Sale a buscar el mar y sin embargo no lo encuentra sino su esposa muchos años después, dado que descubre la condición peninsular de Macondo, rodeado de agua por todos lados.

Trasladando de un disciplinar a otro, montó Freud su laboratorio, donde febrilmente enfrascado empezó señalando con el dedo, como aconteció en Macondo, dado que el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Luego fue nombrando fenómenos, procesos y mecanismos de un “aparato”. Se dedicó a la alquimia de los fenómenos anímicos, a estudiar ese aparato que los producía y a develar sus productos, esas pequeñas obras de arte de los sujetos en su cotidiana creación. Formaciones psíquicas, casi inasibles, evanescentes, surgen, se manifiestan y se van, todo en tiempo efímero. Insucesos nimios, fallidos hijos nacidos del error, de lo esquivo y lo equívoco. Lo inútil se vuelve sublime, cuando pierde el peso específico del juicio de realidad y por sublimación se lo recupera siendo luego vía regia, oro puro. Surge así Macondo por error de cálculo y de juicio, con una absoluta falta de sentido como todo lo que ahí acontece,

y es por eso que José Arcadio su fundador siempre quiere trasladarla, desplazarla hacia otro espacio, sitio más propicio.

Tiempo

Tanto en la metapsicología freudiana como en la novela de realismo mágico de García Márquez tropezamos con una misma concepción del tiempo. A un mismo tiempo, el del acontecer, del inscribir, del significar, resignificar, simbolizar y del final hacia el comienzo. Cruce de registros que produce una dimensión estremecedora del tiempo en que los acontecimientos ocurren y se narran. Úrsula con su clarividencia lo percibe y pregunta algo así como “¿Quién dijo que el tiempo avanza hacia adelante?”. Al trastocar la cronología del tiempo lineal, secuencial, en que las causas anteceden a las consecuencias y así las ordenan en el tiempo de la memoria, surge esa otra temporalidad, tiempo lógico del a-posteriori cuando comprendemos lo que va a suceder, es porque está ocurriendo, lo que ya ocurrió. Tiempo de la angustia traumática y su síntoma, tiempo de la risa anticipada de ese inconcebible chiste, tiempo de estar transfiriendo.

Sucede en una sesión de psicoanálisis, dada la repetición en el tiempo actualizado de la transferencia y también en Macondo cuando Aureliano Babilonia lee, traduce y resignifica a un tiempo los manuscritos, mientras comienza a soplar el viento. Va sincrónicamente descifrando los pergaminos que cien años antes entregase Melquíades, comprende de una, hacia “atrás” lo ocurrido en el “presente”, lo que está ocurriendo, y hacia “adelante” lo que ocurrirá. Relatos que retroceden y avanzan creando una correspondencia gozosa entre inventar y escribir, leer e imaginar una historia, una novela, una mitología sobre los orígenes. Es una concepción diferente del tiempo, otra forma de estar inmersos en él. Un tiempo diverso, extremadamente humano, consustancial al sujeto deseante, a lo realizativo de su deseo, a la memoria y a su olvido, la repetición.

Aureliano comprendió y no pudo moverse. *“No porque lo hubiera paralizado el estupor, sino porque en aquel instante prodigioso se le revelaron las claves definitivas de Melquíades y vio el epígrafe de los pergaminos perfectamente ordenado en el tiempo y en el espacio de los hombres: el primero de la stirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas.”* (García Márquez, G. 1967 pág. 350). Era la historia de la familia, escrita por Melquíades hasta en sus detalles más triviales, con cien años de anticipación. *“Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante.”* *“Sólo entonces descubrió que Amaranta Úrsula no era su hermana, sino su tía.”* *“... y empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo en*

el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como si se estuviera viendo en un espejo hablado.” (García Márquez, G. 1967 págs. 351-352). Antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues “... *estaba previsto que la ciudad de los espejos o los espejismos sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos y que todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.*” (García Márquez, G. 1967 pág. 352).

Finales y principios

Tanto Aureliano Buendía como Aureliano Babilonia están frente a la muerte cuando recuerdan y comprenden. El hombre tiene por delante y por detrás de sí su propia muerte, es el único ser que un buen día se supo finito en el tiempo o sea mortal.

Descubrimiento que abre esa otra forma del tiempo, dado que hubo un antes-después de mí que nos marca en una falta, nos funda en lo real de una ausencia y nos inscribe como sujetos amarrados a un simbólico navegando en las aguas de lo imaginario. Expedición que nos aproxima a la idea de destino, dado que estamos predestinados.

Quizá sean los géneros literarios diferentes formas de dar cuenta del destino e intentar burlarlo a la vez. Sería la tragedia, especialmente la griega, quien mejor lo representa. Es que cuanto más huyamos de la boca del destino más dentro estaremos de ella. Boca oracular que se nos anuncia de alguna forma y de varias, ya sea con gestos, presagios, milagros, sucesos mágicos, con fenómenos de la naturaleza y extranaturales, cualesquiera sean las formas de lenguaje, a través de las cuales el destino nos enviaría mensajes ocultos a revelar. Profecías, ocultismo, señales a interpretar, palabras a revelar, traducción de lo que está inscripto, de lo que está escrito que acontecerá. Ahora bien ¿en cuál *memoria*, en qué *sujeto*, en cuál *escritura*? Estas preguntas se las hacía cada tanto Úrsula, queda en ella, en la mujer, la memoria de lo no sabido que hay que recordar y de lo que hay que temer. Temor inculcado a través de su madre portadora de las historias familiares. Úrsula se hace cargo trágicamente de lo que organiza y atraviesa toda la novela: la culpa. Se sabía culpable de un delito, de un crimen del cual no tenía la menor idea hubiera cometido. Se sabía condenada de antemano a pagar, con algún sacrificio, una sentencia ya emitida.

Temía que esto fuera con su descendencia, nacería una criatura con cola de cerdo, testimonio de lo trasgresor e incestuoso del deseo, que puede desterrar a los hombres de la cultura y enviarlos nuevamente a la

naturaleza, de donde en todo caso provienen. Eso es todo lo que siempre supo. Freud comenta en relación a otra madre de otra novela de Zweig: *“Fiel a la memoria de su esposo perdido... pero -y en esto acierta la fantasía del hijo no escapó como madre, a una transferencia amorosa sobre el hijo, por entero inconsciente para ella; y en este lugar desprotegido puede pillarla el destino”*. (Freud, S. 1928 [1927] pág. 190).

Se anudan de una manera magistral la culpa y el castigo por deseos incestuosos, deseos arrogantes y desafiantes hacia quien o quienes los interdictan y regulan. Deseos que además de la estirpe en gestación, provienen de muchas anteriores, de tiempos inmemoriales y seguirá aconteciendo en los tiempos venideros. Es una mitología de los orígenes y del destino de lo humano, organizado en torno a la culpa por ser deseante, en tanto el deseo es, deseo del deseo de otro.

A raíz de la muerte de su padre y en pleno autoanálisis o análisis original de Freud con Fliess aquel descubre lo trasgresor e incestuoso de su propio deseo (no sólo hacia sus ascendientes sino también hacia sus descendientes, sueño con Matilde llamada Hella, como su sobrina) teme morir, construye una fantasía, su novela transferencial y surge un designio: morirá a los cincuenta años, por el deseo del deseo del padre, ¿es eso sustituirlo?, por querer ir más allá de lo que él fue ¿es eso superarlo? y querer ser él mismo ¿es eso trasuntarlo? Ser sujeto de deseo es trascender y trascendente para ser sujeto. Muchos años después, cuando tenía ochenta, recuerda cuando medio por casualidad llega a la Acrópolis, donde sabe su padre no llegó, padece nuevamente un trastorno del juicio y una perturbación del recuerdo, comprende que nunca-siempre pensó que eso no existía.

Melquíades *“aquel ser prodigioso que decía poseer las claves de Nostradamus, era un hombre lúgubre, envuelto en aura triste, con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas”*. (García Márquez, G. 1967 pág. 13). Conocía el doble, el reverso de sí mismo por eso quizá no hizo abuso de su supuesto saber, lo que ocasionó que José Arcadio creyera en la honradez de los gitanos y los esperara cada vez cuando se anunciaba en su llegada. De entrada sabe, supo que Melquíades había sucumbido a la mortandad de lo vivo. En ese mismo momento se hace cargo de su trasmisión y decide ir con sus hijos, pagar y ver el último invento. Delante de ellos, se asombra y lo nombra *“es el diamante más grande del mundo”*. “No” corrigió el gitano *“es hielo”*. (García Márquez, G. 1967 pág. 22).

Espejismo, ilusión de reducir lo desconocido; ilusión que lleva a confundir lo grandilocuente con lo trivial, lo valioso con lo desechable y más aún ilusión que conduce a confundir lo que se inventa, reino de la cultura con lo que se descubre del reino de la naturaleza. Reinos que como sabemos conviven en permanente litigio por territorios y pertenencias.

Litigios que nos conmueven confrontándonos con lo irreductible de lo humano ¿qué se inventa de lo que se descubre? ¿qué se descubre en lo que se inventa?

José Arcadio paga para tocar lo que él inventa, *“pone la mano sobre el hielo y la mantuvo puesta por varios minutos, mientras el corazón se le hinchaba de temor y de júbilo al contacto del misterio”*. (García Márquez, G. 1967 pág. 22). Le ofrece a sus hijos tocarlo, el mayor desiste, el menor Aureliano, da un paso hacia delante, pone la mano, lo toca y exclama asustado *“está hirviendo”*. Su padre no le presta atención *“Embriagado por la evidencia del prodigio, en aquel momento se olvidó de la frustración de sus empresas delirantes y del cuerpo de Melquíades... y con la mano puesta en el témpano, como expresando un testimonio sobre el texto sagrado, exclamó: “Este es el gran invento de nuestro tiempo”*. (García Márquez, G. 1967 pág. 23).

El inconsciente, Freud ¿lo descubre o lo inventa? Pregunta que quizá no tenga una respuesta, ¿nos encontramos frente a un descubrimiento? Descubrir algo que está, como cosa natural del mundo, esperando que le quitemos el velo que la cubre y nos impide verla; eso pertenecería a los fenómenos del reino de la naturaleza. Por el contrario ¿no nos encontraremos frente a un invento? La teoría del inconsciente pertenecería entonces al terreno de la cultura que interpreta hechos, los ubica y les da sentidos. Construcción teórica que trata de explicar fenómenos que acontecen interpretándolos.

Teoría, invento humano, que en el intento de abarcar lo que ocurre y dar cuenta de lo que se percibe en un campo, puede terminar reduciéndolos a lo mismo. Puede verse confundida la teoría como instrumento inventado para observar, comprender y acercar lo desconocido a lo conocido, con lo observado, con la materia o material de fenómenos a ser comprendidos. Freud mismo comparó su metapsicología con una bruja: *“Entonces es preciso que intervenga la bruja”* citando a Goethe. *“La bruja metapsicología, quiere decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológicos –a punto estuve de decir: fantasear- no se da aquí un solo paso adelante. Por desgracia los informes de la bruja no son muy claros ni muy detallados”*. Nos recuerda a Melquíades pregonando *“La ciencia ha eliminado las distancias.”* y cobrando por mirar a través del catalejo y de la lupa gigante. *“Dentro de poco el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra sin moverse de su casa”*. (Freud, S. 1937 pág. 228).

Lupa gigante, poder de una visión cósmica, que precisa y preciosa metáfora del riesgo que encierra la humana ilusión de inventar-descubrir, en fin, crear una cosmovisión en la cual creer en el porvenir.

Resumen

Cien años de soledad y Soledad de cien años

Magdalena Filgueira

Texto concebido en el marco de las celebraciones de los cincuenta años de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) dentro de las segundas jornadas de Literatura y Psicoanálisis. Planteo una afinidad entre el escritor y el psicoanalista, nos unen y hermanan las palabras, dichas o escritas dado que ambas conforman un texto. Considero e intrinco un texto literario *Cien años de soledad* de García Márquez con algunos conceptos y textos metapsicológicos freudianos, como ser el tiempo-espacio, a un mismo tiempo el del acontecer, inscribir, significar, resignificar, simbolizar retroactivamente. Por último tanto la novela de realismo mágico como ideas freudianas nos invitarían a reflexionar sobre qué se descubre en lo que se inventa y qué se inventa en lo que se descubre dentro de las construcciones teóricas que intentan explicar fenómenos que acontecen, interpretándolos.

Summary

One hundred years of solitude and solitude of one hundred years.

Magdalena Filgueira

This text was conceived in the course of the activities commemorating the fifty years of the Uruguayan Psychoanalytical Association (APU), in the second meeting of Literature and Psychoanalysis. I propose that there is an affinity between the writer and the psychoanalyst. Words, either said or written—for both make up a text—unite us and make us brothers. I consider and weave a literary text, *One Hundred Years of Solitude* by Gabriel García Márquez, with some Freudian metapsychological concepts and texts, such as time-space: that of occurrence, inscribing, meaning, re-meaning, and symbolizing retroactively, all concurrently. Eventually, both the magic-realism novel and the Freudian ideas would encourage us to reflect on what is discovered in the invented and what is invented in the discovered, within theoretical constructions that try to explain occurring phenomena by interpreting them.

Descriptores: LITERATURA

Obras-tema: Cien años de soledad; Gabriel García Márquez

Bibliografía

FREUD, S.; (1928 [1927]. (a) “Dostoievski y el parricidio”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, T XXI, 1976.

—————(1937) (b) “Análisis terminable e interminable”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, T XXIII, 1976.

GARCÍA MÁRQUEZ, G; (1967). “*Cien años de soledad*”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

Alejandra Pizarnik: una poética del yo al yo

Claudia Magliano*

A lo largo de la obra poética de Alejandra Pizarnik se advierte sin ninguna dificultad la presencia del yo transformado en materia poética.

El yo es a la vez sujeto de la enunciación, tema de la enunciación y destinatario de la misma. De este modo se conforma un triángulo - siguiendo el esquema de Bühler- compuesto por un mismo elemento: Mundo (yo), Emisor (yo) Receptor (yo).

“Ahora en esta hora inocente/ yo y la que fui nos sentamos/ en el umbral de mi mirada.”

No se trata aquí, a nuestro criterio, del mito de Narciso. El yo no se contempla sino que busca explicarse: *“Explicar con palabras de este mundo/ que partió desde mí un barco llevándome.”*

Este texto reafirma nuestra tesis inicial acerca de que el receptor es el propio yo. Sólo para ese yo es esta explicación, casi inexplicable.

La poesía de Alejandra Pizarnik no es un monólogo, es un diálogo. Diálogo con uno mismo, pero el yo no es otro sino que sigue siendo yo aun fuera del propio yo. Por esto creemos que no podríamos hablar tampoco de un desdoblamiento, porque ese yo poetizado no está tratado como un elemento externo y objetivo.

Una posible definición de género lírico nos permite afirmar que la poesía se trata de la objetividad del mundo enfrentada con la subjetividad del yo lírico. Esa objetividad sería la materia poética y la subjetividad el elemento transformador de dicha materia: *“La cebolla es escarcha/ cerrada y pobre...”* (Miguel Hernández) *“De pronto sopló/ el viento sur/ y se estremeció/ el corazón de la arboleda...”* (Alberto Girri).

Citamos estos ejemplos aunque es claro que la lista podría ser interminable.

Ahora bien, ¿qué sucede en la poesía de Alejandra Pizarnik? ¿Es posible aplicar esta definición de género lírico? ¿Cuál es, en su poesía, la objetividad que se enfrenta a la subjetividad? Si el camino que recorre la poesía de esta autora va del yo al yo pasando por el yo, como afirmamos antes, y si la objetividad es un elemento que se encuentra por definición

* Egresada de los cursos de Literatura del IPA. Eufemio Masculino 2558 Apto. 3 E-mail: claudiamagliano@hotmail.com

fuera del yo, entonces, no cabe duda de que en el caso de esta poeta aquella forma de definir el género lírico no nos resulta del todo aplicable.

Porque ese yo poetizado no está tratado como un elemento ajeno al yo lírico; creemos que no hay extrañamiento ni desdoblamiento en la poesía de Alejandra Pizarnik, no se trata del “yo soy otro” de Rimbaud, sino que es un yo (poetizado) amalgamado con el yo (lírico), que forma una unidad indivisible consigo mismo.

Recordamos el breve texto ya citado: *“Explicar con palabras de este mundo/ que partió desde mí un barco llevándome”*. El lenguaje no sirve, las “palabras de este mundo” no alcanzan a nombrar la experiencia del yo dentro del yo. Es necesario salirse del lenguaje para decir: *“Cuando a la casa del lenguaje se le vuela el tejado y las palabras no guarecen, yo hablo”*. Se habla desde la orfandad de las palabras, cuando el lenguaje no contiene, no respalda, el yo se atreve a decir; el lenguaje, las palabras son el límite para decir esa experiencia peculiar de saberse a sí mismo, porque el lenguaje nombra lo que está afuera pero sólo hace eso: nombrar, no es capaz de reproducir cabalmente lo que se siente, no es capaz de saciar el deseo: *“...si digo agua ¿beberé?/ si digo pan ¿comeré?...”* porque como dice en este mismo poema más adelante: *“... la lengua natal castra/ la lengua es un órgano de conocimiento/ del fracaso de todo poema/ castrado por su propia lengua (...) todo lo que se puede decir es mentira...”*. Tal vez la mentira radique en la imposibilidad de nombrar “hacia adentro”, el lenguaje nombra lo que ve (haciendo entrar en esta categoría de lo visible conceptos abstractos como los que refieren a los sentimientos, sensaciones, etcétera) convencionalmente; pero existe otra zona nunca vista por el lenguaje y por tanto innombrada, esa zona está sugerida por el yo lírico (en el poema citado) mediante construcciones metafóricas: *“... lo que pasa con el alma es que no se ve/ lo que pasa con la mente es que no se ve/ lo que pasa con el espíritu es que no se ve.”* Todo es reflejo del lenguaje pero éste tampoco se ve: *“ninguna palabra es visible”*.

Aquí se hace necesario volver a aquella definición de género lírico “objetividad del mundo enfrentada con la subjetividad del yo lírico”. Si se trata de nombrar lo objetivo, lo que está del otro lado del yo, tal vez la palabra sí sea visible en tanto representa al objeto, pero cuando lo que se intenta representar es justamente el propio sujeto, es decir lo subjetivo, la palabra pierde su condición de nombrar y se vuelve “innombrable”. Ya no ilumina el objeto para resaltarlo entre otros, sino que oscurece en una noche donde nada es reconocible: *“Palabras embozadas/ todo se desliza/ hacia la negra licuefacción”*. No hay modo de decir, la posibilidad del lenguaje es *“el sol/ como un gran animal oscuro”*. Es decir, pierde su condición, al igual que ese sol no ilumina sino que oscurece, encierra.

Gabriel Celaya en su libro *Inquisición de la poesía* sostiene que *“el poema es una mostración, no una demostración”*, en el sentido de que no

se trata de una explicación o de una verdad y que es necesario dar primacía a lo que *con él* (no *en él*) se dice. Entonces es posible entender la poesía, es decir que la palabra, el lenguaje, se vuelve representante: *“Hablo/ sabiendo que no se trata de eso/ siempre no se trata de eso...”* porque: *“Era preciso decir acerca del agua o simplemente apenas nombrarla, de modo de atraerse la palabra agua para que apague las llamas del silencio”*.

Retomando nuestra tesis inicial donde afirmábamos que la poesía de Alejandra Pizarnik es la poesía del yo hacia el yo pasando por el yo, vemos cómo el concepto de Celaya es también válido para esto. En la autora que estudiamos el poema es una permanente mostración del yo en estado de ensimismamiento. Citamos algunos ejemplos: *“Mi primera persona está herida/ mi primera persona del singular.”* *“¿Quién es yo?/ ¿Solamente un reclamo de huérfana?”*; *“Yo, triste espera de una palabra/ que nombre lo que busco”*; *“Todo en mí se dice con su sombra y cada yo/ y cada objeto con su doble”*.

La poesía de Alejandra Pizarnik construye con el yo el juego de cajas chinas o el espiral que parece comenzar y acabar pero que no comienza ni acaba nunca. Es el infinito del yo proyectándose hacia el infinito del yo.

Es *“la jaula que se vuelve pájaro”*, para decirlo con palabras de la autora. Es a un tiempo la cárcel y el carcelero. Según la propia Alejandra Pizarnik: *“La poesía es el lugar donde todo sucede...poesía: lugar donde todo es posible”*. Más adelante afirma que el poema es *“la tierra prometida”*.

El poema es el único lugar “respirable”, es el único lugar donde la verdad se hace posible porque el poema no necesita demostrar sino mostrar, como ya analizamos.

La única realidad es el poema porque en el poema la poeta se encuentra, se reúne consigo misma en una comunión con lo que fue, con lo que será y con la que es. El poema permite la ilusión de la simultaneidad en el tiempo, porque el poema no enmarca lo temporal sino que lo traspasa, lo transgrede: *“Ella se desnuda en el paraíso/ de su memoria.../ ella tiene miedo de no saber nombrar/ lo que no existe”*.

El yo también transgrede el yo, se vuelve a un tiempo cáscara, pulpa y semilla. Va de la semilla a la cáscara deteniéndose en la pulpa a veces o devorándola para hacerla nacer de nuevo, más tarde, desde la semilla. En un viaje de ida y vuelta, de vuelta e ida que se cierra sobre sí mismo en un espacio y un tiempo que sólo son posibles dentro del poema: *“Ella no espera en sí misma. Nada de sí misma/ demasiado/ ensimismada.”* *“Ella es un interior./ Todo ha sido demasiado y ella se irá./ Y yo me iré”*.

Todo lo que no es pasa a ser en el poema y todo lo que es deja su condición de existencia para ser lo que no es: *“Y nada será tuyo salvo ir hacia donde no hay dónde”*. Todo es una ilusión, pero una ilusión real, porque como afirmaba Vicente Huidobro: *“El poema es real en tanto existe”*.

en la cabeza del poeta". Y en la cabeza del yo lírico de Alejandra Pizarnik existe el yo, aquel con el que el yo dialoga, el que es cáscara, pulpa y semilla. Aquel que recorre su propio camino una y otra vez, donde cada recorrido es nuevo porque los caminos que transita son siempre otros, íntimamente desconocidos. En esos caminos el yo se construye a sí mismo, generando su propia y única realidad: el poema. Porque incluso en aquellos poemas donde la presencia del tú se hace patente, se resuelven en una vuelta al yo, fiel a esa estructura cíclica que presenta la poesía de esta poeta: "...sin ti/ me tomo en mis brazos/ y me llevo a la vida/ a mendigar fervor".

Decimos que se resuelve en una vuelta al yo, y tal vez debiéramos corregirnos porque en realidad nunca se sale de ese yo, porque la presencia del otro lo escindiría: "*El que me ama aleja mis dobles/ abre/ la noche, mi cuerpo,/ ver tus sueños,/ mi sol o amor*".

Los dobles son uno. Son en uno. Porque se es todas mientras se es una. El uno es la posibilidad de lo múltiple. La voz del yo lírico es la polifonía del poema.

La poesía de Alejandra Pizarnik es una voz múltiple que canta para sí misma. Pero es también el silencio que habla, que "muestra" pero no "demuestra" porque no es ese su objetivo. El yo lírico de Alejandra Pizarnik dice en el no decir, en la negación de decir: "*La soledad no es estar parada en el muelle, a la madrugada, mirando el agua con avidez. La soledad es no poder decirlo por no poder darle un rostro por no poder hacerla sinónimo de un paisaje. La soledad sería esta melodía rota de mis frases*". En este fragmento se reúnen las dos vertientes poéticas sobre las que hemos estado tratando: la imposibilidad de decir y la presencia del yo como elemento poetizado. Hay en dicho fragmento una referencia al paisaje que evocaría o metaforizaría la soledad, pero luego de nombrado, se lo niega. Se dice lo que es para después decir que no es eso que se dijo; porque lo dicho no alcanza y no alcanza porque no representa, no identifica. Lo único que identifica es "...*el no poder darle un rostro...*", la ausencia de la forma, de la imagen crea en sí una imagen, una forma.

Las cosas poseen dos cualidades: la de ser y la de no ser, es en esta última donde se sustenta la poesía de Alejandra Pizarnik, bebe de ese no ser para llegar a ser. Es por eso tal vez que el mundo objetivo, externo al yo, pierde su forma, se desvanece, se anula porque la presencia del yo lo rebasa. No hay correspondencia entre el mundo y el yo. El yo existe en otro plano de la realidad, por eso no puede confrontarse con el otro. No puede nombrar al otro porque si lo nombra, es decir si le da cabida y presencia en el poema el yo se anula. El diálogo es unilateral en este sentido. El diálogo es otro modo más de ensimismamiento porque es una especie de bumerán destinado siempre a volver hacia quien lo lanza. La palabra sale del yo con un destino ya definido: volver al yo. No hay

posibilidad de que no regrese ya que el afuera (que puede ser el otro) no alcanza para expresar(se): *“La soledad sería esta melodía rota de mis frases”*. Las frases del yo se rompen en el intento de explicarse y quedan por lo tanto presas dentro del yo. Una melodía rota no anuncia en el mundo objetivo, pero sí lo hace en el mundo interior.

La poesía de Alejandra Pizarnik está permanentemente ante el espejo, en búsqueda incansable de sí misma. Pero no se trata de egocentrismo porque su centro no es sino el yo poetizado, que tampoco es “el otro yo”; es la fusión de un yo que busca decir un yo ya dicho. Es una línea que se retroalimenta de forma circular y en el dibujo que forma ese círculo se crea el poema, siempre distinto, siempre inaugural aunque el tema de fondo sea el mismo. Porque el espejo refleja la imposibilidad de decir y la imposibilidad de encontrarse, de saberse porque: *“Más allá de cualquier zona prohibida/ hay un espejo para nuestra triste transparencia”*.

Toda la poesía de Alejandra Pizarnik es una gran pregunta: ¿qué/ quién soy? Pero la busca de la respuesta no se orienta hacia aquel de dónde vengo o hacia dónde voy, sino que se instala en el presente: ¿dónde estoy? ¿haciendo qué? El poema parece ser la respuesta: *“El centro/ de un poema/ es otro poema/ El centro del centro/ es la ausencia/ El centro de la ausencia/ Mi sombra es el centro/ del centro del poema”*.

Mi sombra es un poema: el yo es el poema y el poema es el yo. El yo lírico es el poema del yo lírico. Para decirse, nombrarse, el poema es el único lugar posible. Fuera del poema nada es posible: *“Es preciso conocer este lugar de metamorfosis para comprender por qué me duelo de una manera tan complicada”*. El yo es la contención del yo: *“Mi caída sin fin a mi caída sin fin en donde nadie me aguardó pues al mirar quien me aguardaba no vi otra cosa que mí misma”*.

Insistimos en que no se trata de desdoblamiento porque para que éste tenga lugar es necesario que el sujeto desdoblado mantenga alguna diferencia, por pequeña que sea, con el sujeto de quien es “sombra”, para decirlo en términos pizarnikianos. En la poesía de Pizarnik no hay diferencia entre un yo y otro, es el mismo que ni siquiera se divide porque ambos permanecen fusionados. Si hubiera desdoblamiento sería necesaria la defusión y esto no se ve aquí. Hay simultaneidad en ambos sujetos: *“... me danzo y me lloro en mis numerosos funerales”*. No hay un yo que observe al otro, observación, acto y expresión se dan juntos al unísono. En el desdoblamiento hay una perspectiva en la observación del yo. Aquí no la hay. Por eso sostenemos que la poesía de esta poeta es una vuelta a sí misma. El mundo está adentro, lo de afuera es otra cosa que nada tiene que ver, más aun, se opone al yo: *“Afuera hay sol.../Yo me visto de cenizas”*.

La separación está hecha. El afuera no pertenece a este yo lírico. Si algún elemento “exterior” entra en el yo, es transformado y pierde sus

características para metamor-fosearse en otra cosa, en otra realidad: la del yo. El afuera es lo opuesto al adentro. Yo estoy en otra parte: dentro de mí misma, dice la voz del poema. Yo soy yo: “*Alejandra/ Alejandra/ Debajo estoy yo/ Alejandra*”.

Si fuera desdoblamiento el último “Alejandra” no estaría dicho. Es la misma que está arriba a la que está debajo. Es una y todas. Es ella, en fin, cantándose a sí misma: “...*Recibe lo que hay en mí que eres tú*”.

Yo soy tú. Tú sos yo. ¿Yo soy yo?

Resumen

Alejandra Pizarnik: una poética del yo al yo

Claudia Magliano

A lo largo de la obra poética de Alejandra Pizarnik se advierte la presencia del yo transformado en materia poética. El yo es a la vez sujeto de la enunciación, tema de la enunciación y destinatario de la misma. La poesía de Pizarnik no es un monólogo, es un diálogo. Diálogo con uno mismo, pero el yo no es otro sino que sigue siendo yo aun fuera del propio yo. En la autora, el poema es una permanente “mostración” del yo en estado de ensimismamiento. Su poesía construye el yo en un juego infinito, del yo proyectándose hacia el infinito del yo. Es una voz múltiple que canta para sí misma. Pero es también el silencio que habla, que “muestra” pero no “demuestra” porque no es ese su objetivo. Toda la poesía de Alejandra Pizarnik es pregunta: ¿qué/quién soy? Pero la respuesta no se orienta hacia aquel de dónde vengo o hacia dónde voy, sino que se instala en el presente: ¿dónde estoy? ¿haciendo qué? El poema parece ser la respuesta.

Summary

Throughout Alejandra Pizarnik's poetic work the presence of the ego transformed into poetic matter can be noticed. The ego is at the same time subject of the enunciation, subject matter of enunciation and addressee of it. Pizarnik's poetry is not a monologue, it is a dialogue. Dialogue with oneself, but the ego is not a different one, it goes on being ego even outside of the own ego. In the author the poem is a permanent “display” of the ego in a state of being engrossed. Her poetry constructs the ego in an infinite play of the ego projecting itself towards the infinity of the ego. It is a

multiple voice singing to itself. But it is also silence that speaks, that “shows” but does not “demonstrate” because it is not its aim. Alejandra Pizarnik’s whole poetry is question: what/who am I? But the answer does not direct towards the where do I come from or where am I going to, but it installs itself in the present: The poem seems to be the answer.

Descriptores: LITERATURA

Personajes-tema: Alejandra Pizarnik

Bibliografía

AIRA, C.: Alejandra Pizarnik, 2ª edición, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2001.

CELAYA, G.: Inquisición de la poesía, 1ª edición, Madrid, Taurus Ediciones, 1972.

KOREMBLIT, B. E.: Todas las que ella era, 1ª edición, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1991.

PIZARNIK, A.: Obras Completas, 1ª edición, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1993.

Em carne viva: Um diálogo imaginário com Dyonélio Machado

*Francisco Carlos dos Santos Filho**
*Dóris M. Wittmann dos Santos***

*“Quero ser a cicatriz risonha e corrosiva
Marcada a frio, a ferro e fogo
Em carne viva”
(Tatuagem – Chico Buarque)*

Em carne viva – inscrição, memória, sujeito

O autor que vos apresentaremos nesse trabalho foi um homem de fronteira. Médico psiquiatra, escritor e político, Dyonélio Machado transitou entre a ciência, a arte e o compromisso social, caracterizando-se como um intelectual ativo tanto no meio literário - escritor conhecido e premiado - como no meio científico. Traduziu, em 1934, “Elementos de psicanálise”, de Edoardo Weiss, primeira obra psicanalítica para o português. É dele uma das primeiras traduções de “O mal estar na cultura” para o português. Além disso, Dyonélio nasceu na fronteira entre dois países – Uruguai e Brasil - em Quarai, o que representa, de modo simbólico, a presença de nosso trabalho nessa Revista.

Nossa proposta é acompanhar Dyonélio Machado em “O cheiro de coisa viva”, seu livro de memórias, e no romance ‘O louco do Cati’, para entender, através de um diálogo imaginário com ele, que o discurso falado ou escrito –o relato de uma sessão de análise, uma obra literária – são formas possíveis para tentar elaborar conteúdos traumáticos profundos e que se encontram no seio da encruzilhada dialética da vida e da morte.

Quantas vezes escutamos, dentro e fora de nossos consultórios, questionamentos que lançam dúvidas sobre a força de recomposição simbólica das palavras: vala a pena falar? Como isso poderia me ajudar? Da mesma forma, seria válido nos perguntarmos: porque alguém precisa escrever? Porque um autor resolve escrever suas memórias? A urgência que leva a de escrever ou mesmo falar, narrar memórias e acontecimentos

* *Psicólogo, Mestre em Teoria e Técnica de Investigação do Aparelho Mental. Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre. Rua Eduardo de Britto 1076, Passo Fundo, RS, Brasil. CEP 99025-060 - E-mail: franciscosantos@superig.com.br*

** *Psicóloga. Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre. Rua Eduardo de Britto 1076, Passo Fundo, RS, Brasil. CEP 99025-060 - E-mail: dorissantos@superig.com.br*

se liga ao fato de poder recriar, por esse meio, os acontecimentos vividos e transformá-los, mexer com os rastros deixados n'alma e, com isso, produzir efeitos de sentido. Contudo, os fragmentos das marcas deixadas pela experiência vivida, essas cicatrizes, traços e vestígios, são carne viva: retornam e se impõem como exigência que obriga o sujeito a falar, tentar cercá-los com a palavra e outorgar-lhes sentido e significado - simbolizar, dizemos - para que se convertam em memória e sentimento. Mais do que aceitar a continuidade de uma história, é preciso fazer trabalhar seus cortes e forçar rupturas. São eles que revelam, por entre as frestas e fissuras, a origem profunda do material. Por essa mesma razão, em nossos recortes de um discurso ou de um texto, importa-nos mais aquilo que contrasta, que é heterogêneo em relação à unicidade e integração intencionalmente apresentadas, aquilo que é diverso. É um tipo de intertextualidade na qual o texto manifesto e coerente, pelas chagas que exhibe, deixa purgar um outro texto, o texto sujo e impuro, que vem cravejado de pepitas da verdade inconsciente.

Partimos da hipótese de que a memória não se dá de forma pronta e completa, através de lembranças claras de cenas inteiras, que se fazem acompanhar de sentimentos nítidos e contextualizados historicamente. Um processo como esse – que é o que corriqueiramente conhecemos por memória - só pode ser uma construção, resultado de trabalho psíquico. Laplanche (2001) indica que, para Freud, a memória se deposita na forma de traços, de signos, em diversos sistemas que se assemelham a arquivos mnésicos. Esses traços são inscrições que se realizam desde os primeiros tempos de vida, e que não se assemelham a percepções exatas, correspondendo muito mais a atributos e detalhes que designam apenas indícios daquilo que foi vivido. De direito, todas as lembranças estariam inscritas, mas seu reaparecimento dependerá da maneira como serão investidas, desinvestidas e contra-investidas.

Na carta 52, Freud (1896) defendeu a hipótese de que nosso psiquismo é formado por uma espécie de estratificação “O material presente em forma de traços da memória”, comenta Freud, “estaria sujeito, de tempos em tempos, a um rearranjo segundo novas circunstâncias — a uma retranscrição”. A novidade apontada pelo autor é a tese de que a memória “não se faz presente de uma só vez, mas se desdobra em vários tempos; que ela é registrada em diferentes espécies de indicações”. Acentua ainda o fato de que “os sucessivos registros representam a realização psíquica de épocas sucessivas da vida”. O modelo proposto por Freud, conhecido como modelo tradutivo, sugere que o material psíquico sofre novos arranjos sucessivamente, toda vez e sempre que o sujeito se vê obrigado a abordá-lo por alguma forma de trabalho psíquico. O conceito de ressignificação posterior vem complementar esse modelo da memória. Para Laplanche (2001) ele trata do problema da temporalidade e da causalidade

dos fatos psíquicos. Impressões e traços mnésicos são ulteriormente remodelados em função de experiências novas pertencentes a outro grau de desenvolvimento. Um acontecimento mais tardio na vida pode vir, portanto, a conferir sentido a um outro anterior, até então não significado pelo sujeito. Da mesma forma, vivências posteriores poderão reordenar e transformar o sentido de experiências antigas através de novas configurações do material psíquico.

Em “Lembranças Encobridoras”, Freud (1899) observa que as recordações têm a ver com a memória e com a história de experiências singulares que um sujeito carrega. Essas memórias, contudo, são sempre encobridoras porque estão atravessadas pelos processos defensivos. A deformação é, então, peça importante da memória e se manifesta nitidamente - no trabalho do sonho, por exemplo, quando da ação da censura - através dos dois princípios básicos do funcionamento inconsciente, o deslocamento e a condensação. É através destes processos que se deixam entrever os conteúdos censurados do inconsciente.

Freud (1895) constrói, em “Psicologia para Neurólogos”, uma teoria sobre a constituição e a retenção dos traços mnêmicos que irão formar os atributos dos objetos do Inconsciente. Essas marcas possuem caráter móvel e variável, possibilitando movimentos de composição e recomposição das lembranças. No princípio são indícios, traços, restos de vivências que se ordenariam em torno de uma determinada experiência para formar as “coisas” do Inconsciente – “Das Ding”. A “coisa do mundo em si” de fora não é o mesmo que a “representação da coisa” dentro. Dentre esses primeiros ordenamentos, que constituem as bases do Inconsciente, alguns sofrerão uma modificação mais profunda que é a possibilidade de serem transpostas e associadas à palavra.

O desejo é sempre articulado no tempo presente - atemporalidade do inconsciente- e daí a possibilidade do estabelecimento de novas nuances e formas de ligação que mobilizam conteúdos muito antigos e esquecidos através das facilitações e caminhos construídos pelas vivências de satisfação e de dor que serão reativados. Desse modo, tudo o que ingressa no psiquismo vai reativar alguma experiência prévia.

Alguns desses acontecimentos vividos representam situações de tão grande intensidade que seu afluxo excitatório torna-se maior do que a capacidade que o sujeito possui para processá-lo. É no traumatismo que as formas simbólicas ou diretas de violência operam e produzem seus efeitos, carregando sempre a marca do excesso. Assim, os signos relativos a situações de tal intensidade, transformados em inscrições, em marcas mnêmicas, irão se impor ao sujeito como uma exigência de falar, expresar e significar sua experiência. Fazem, portanto, essas marcas vivas da vida, seu retorno diversas vezes, como cicatrizes sempre presentes. A dor está na base, por assim dizer, da constituição dessas marcas.

Para Ricardo Bernardi (1995), o problema da construção da história em psicanálise nunca foi uma questão fácil de formular. O autor aponta que existem, em Freud, pelo menos três modos de relação temporal: a) Um modelo de desenvolvimento temporal no qual o anterior determina o posterior, mesmo que existam, entre esses tempos diversos, latências e mudanças de nível; b) O modelo da posterioridade, ou seja, quando um acontecimento anterior adquire novo significado e eficácia psíquica posteriormente, em razão que se modifica ao formar parte de um novo contexto, e c) O fenômeno da fantasia retrospectiva, que leva a atribuir a um momento anterior algo que, na verdade, ocorreu depois. Um exemplo disso é a lembrança encobridora. Freud não via contradição entre esses modelos, mas os autores que o seguiram acabaram por tomar preferencialmente a um ou outro deles. A mais fecunda, para o espírito deste trabalho, é a da posterioridade.

Reelaborar, ressignificar e historizar - ouvindo Dyonélio:

Médico psiquiatra, escritor e político, Dyonélio Machado nasceu em Quarai, fronteira do Brasil com o Uruguai, em 21 de agosto de 1895. Muito próximo dali ocorreram as mais sangrentas execuções da Revolução Federalista de 1893, quando vários homens das forças dos liberais “maragatos” foram torturados e mortos –quase sempre por degolar a mando de João Francisco Pereira de Souza, general das forças federalistas, “os chimangos”, comandadas por Júlio de Castilhos. O lugar das exceções: a prisão a céu aberto do Cati, em Santana do Livramento.

Como pessoa, como psiquiatra e como político, Dyonélio conheceu bem a loucura e força da violência exercida contra o ser humano. Sua mais tenra infância foi marcada por essa guerra, terminada dois dias depois de seu nascimento e carregada da memória sofrida da geração anterior, que havia vivido diretamente seus horrores. Sua mãe atravessa toda a gravidez em meio ao banho de sangue da “guerra suja”. Dyonélio nasce em meio ao pavor e ao medo: medo de morrer, medo de falar, medo de pensar. Nessa circunstância, alguém pode ser condenado por pensar algo que possa ir contra os interesses do “Estado”. O silêncio é a sentença de morte para aquele que virá, muitos anos mais tarde, a ser condenado pelo “delito de opinião”. Dyonélio foi residir em Porto Alegre com 17 anos e com 19 volta para Quarai, retornando à Capital ao final da primeira Grande Guerra como jornalista. Casa-se em 1921 e somente depois que sua primeira filha nasceu, em 1922, ingressou na Faculdade de Medicina, concluída oito anos depois. Especializou-se em psiquiatria nos anos de 1930 e 1931 no Rio de Janeiro e fez parte da equipe do Hospital Psiquiátrico São Pedro, onde

trabalhou por trinta anos e conheceu a fundo um dos nefastos efeitos da violência psíquica – a loucura. Dyonélio foi intelectual ativo, tanto no meio literário, como escritor conhecido e premiado, como no meio científico. Traduziu, em 1934, a primeira obra psicanalítica para o português: “Elementos de psicanálise”, de Edoardo Weiss. É também dele as primeiras traduções de Freud para o português, com o “O mal estar na cultura”.

Político de pensamento lúcido e atitudes corajosas foi preso pela ditadura Vargas em julho de 1935. Presidente da Alianza Nacional Libertadora em Porto Alegre – frente popular ampla de defesa dos direitos das classes trabalhadoras – envolveu-se ativamente na greve dos Gráficos da Livrara do Globo e, em razão disso, conforme ele próprio conta, inaugurou a lei de Segurança Nacional em uma noite gelada e chuvosa do inverno porto-alegrense, detido na frente de casa por dois investigadores. Com outros vinte e um presos, foi colocado em um navio e, depois de uma passagem incomunicável por Santos, enviado para o Rio de Janeiro. Após passar por alguns quartéis, terminou em um cubículo da Casa de Detenção do Rio de Janeiro. Seu crime: a opinião.

O romance “O louco do Cati”, publicado em 1942, foi escrito durante uma enfermidade relativamente séria na qual o escritor, restrito ao leito, ditava o texto à sua esposa. O protagonista da obra é um indivíduo permanentemente atormentado pelas recordações dos fatos que presenciou em Quarai e também pelos casos de tortura e morte que ouvia contar de sua mãe e da população da cidade a respeito dos crimes ali cometidos por João Francisco e seus homens. Tamanho é o terror produzido nele por essas lembranças que perde seu equilíbrio mental. Conforme Barbosa (1994), o início da narrativa mostra o protagonista querendo apagar as lembranças das cenas horrendas que presenciara quando criança. Está em um bonde, em Porto Alegre, cidade onde fora morar desde menino. Ao final da linha do bonde se junta a um grupo e viaja em direção ao litoral gaúcho, com as lembranças a lhe surgirem cada vez com mais força. Nessa viagem ele vive, ao lado do ativista político e companheiro de viagem Norberto, situações de violência perpetradas pela repressão política do Estado Novo de Getúlio Vargas que o levam a confundir presente e passado. Norberto, valendo-se da companhia do Louco, despista a polícia e se separa do grupo, mas ambos acabam detidos no sul de Santa Catarina e são enviados para a prisão no Rio de Janeiro. Libertados, pasma dificuldade extremas no Rio até que Norberto se livra do incômodo Louco embarcando-o em um navio que o leva à Santa Catarina. Dali, o Louco retorna à sua terra natal e chega novamente ao Cati.

Façamos um exercício de imaginação: o autor dialoga com um interlocutor/psicanalista – não necessariamente em situação de sessão – mas trocando idéias sobre suas memórias. Esse interlocutor/psicanalista “pensa alto” no texto e responde, quando possível, àquele que, através de

trechos extraídos de seu livro de memórias, nos revela como e porque resolveu escrever esse livro e “O louco do Cati”, procurando tocar a profundidade e o teor dos conteúdos internos que se via compelido a revirar. Tudo começaria com Dyonélio tentando, a seu modo, um trabalho de despiste. Vejamos:

Dyonélio - “Uma vez encontrei o Graciliano – bem, a gente já havia se encontrado antes na prisão, não é? – (...). Alguns críticos estabelecem uma relação entre “Memórias do Cárcere” e “O Louco do Cati”. Cada um desses livros tem sua técnica: um são memórias do autor, outro, uma obra de ficção” (1982) (Machado, 1995, p.29).

Interlocutor - Queres com isso dizer que “O louco do Cati” não passa de um livro de ficção, sem nenhum pendor para tratar de memórias?

Dyonélio - “Jamais me imaginei sentado à máquina batendo as minhas memórias. É coisa que encerra dois elementos que eu abomino: a indiscrição e o exibicionismo. (...) O maior defeito num livro de memórias é também sua qualidade máxima: ser pessoal”. (Machado, 1995, p.98-99)”.

Interlocutor – Sim. Para que marcas vivas adquiram sentido exigem trabalho psíquico, um trabalho interno de tradução. É sua retranscrição em palavras que possibilita a conexão com os afetos que lhes correspondem e a ligação num contexto histórico das experiências de vida.

Dyonélio - “O Louco do Cati foi um desafio com a morte. Ou eu escrevia o livro ou morria. (...) Eu reagi contra a morte. O louco do Cati tem muito da experiência da prisão... utilizei minhas vivências nesse período, (...) não com o caráter memorialista, mas como elemento para a ficção. Não achei que fosse mais duradouro, não, porque não tinha nenhuma esperança, mas que seria melhor. Para mim, pelo menos”. (1981) (Machado, 1995, p.28).

Interlocutor – Nas memórias, a cada vez que contas sobre as circunstâncias em que este livro foi escrito, aparecem os sentimentos que cercam sua concepção. A prisão se faz presente uma e outra vez. Primeiro o Cati, lá em Livramento, depois tudo que ouviste desde menino sobre os “causos” e horrores dessa guerra. Mais tarde aquela que voltas a experimentar quando adulto e cujas circunstâncias guardam semelhanças com a do personagem Norberto, ativista político também. Haverá prisão maior do que aquela do enlouquecimento e da morte psíquica induzida pela proibição de falar? A do impedimento de expressar e representar para si mesmo os acontecimentos internos. Não a única forma de aproximar-se a experiências muito difíceis”.

Dyonélio - “Tudo quanto se vê nessa figura, ainda não é bastante para abominá-la. (...) ele foi menino, que teve pais. Mãe, sobretudo. Que viu horrores na infância, a servirem como elemento para um futuro

mentecapto. (...) Aquele comportamento, algo desligado, longe e alheio a tudo, quis sugerir alguma crítica ao sistema político? De forma nenhuma. Verdade poética, verdade histórica. São bem diferentes entre si.” (1981) (Machado, 1995, p.29)

Interlocutor – “A história arde. E a verdade poética é a narrativa que os seres humanos criam para dar conta dessa história. Ela recobre a verdade e a recria, representa e simboliza internamente, dando condições de elaborar o sofrimento. Narrar recria contextos e os modifica. Se um acontecimento histórico, em si, não se modifica, falar faz com que adquira novos significados na medida que forma parte de um novo contexto. Uma nova história – verdade poética - a partir das bases da velha história - verdade histórica”.

Dyonélio - “Esse livro ajudou a me curar. Para começar, estava prisioneiro: desta vez prisioneiro da cama. Rodeado de colegas bondosos, prestativos, com eletrocardiograma que afinava pelo que eu sentia. Numa situação dessas é muito fácil desesperar. Ou procurar uma sublimação do mal. Optei por esta última. Decidi, porém fazer, quanto à forma, um romancerevista”. (1982) (Machado, 1995, p.30).

Interlocutor – “conforto, amparo, a companhia dos amigos, assim é melhor de trabalhar aquilo que espeta por dentro”.

Dyonélio - “Eu era um doente impossibilitado de qualquer esforço físico”.

Interlocutor – “Ainda estava tudo ali. A cama e a prisão, prisioneiro mais uma vez. A imobilidade, a fragilidade física, sentimentos de desamparo muito profundos: “prisão”, “morte” e “loucura – o louco”. É escrever para não ficar preso, não morrer, não enlouquecer, para poder se curar. O meio é uma revista, uma nova visita aos recônditos que te dispões a explorar utilizando a ferramenta vital da palavra. Será essa uma mera questão de estilo ou é uma demanda imperiosa de revistar as memórias, re-apresentá-las, chafurdar no fundo de si mesmo para expurgar o desespero?”.

Dyonélio - “Está meio dramático, mas é certo. Eu já tinha tido um colapso periférico e ouvi o grito de minha mulher, que era igual ao grito das mulheres cujos maridos estavam morrendo. Eu como médico sabia disso”. (1982) (Machado, 1995, p.28).

Interlocutor – “Ficar em silêncio com respeito a todas essas feridas seria a sentença de morte”.

Dyonélio - “O Louco do Cati foi um desafio com a morte. Ou eu escrevia o livro ou morria. Eu reagi contra a morte. Mesmo meu ditado interrompia-se tão pronto eu dava mostras de sofrimento. Assim, a tarefa demandou tempo, paciência, e um entusiasmo discreto quando se esboçou uma melhora, anunciadora dum restabelecimento da saúde”. (1982) (Machado, 1995, p.29).

Tempo e paciência para a reconstrução da memória, para que os signos e traços possam ser enlaçados em uma configuração histórica com contexto temporal com qualidade afetiva, permitindo recuperar recordações, representações, outorgando-lhes significado. O autor mergulha em um processo ao longo do qual vai, em meio ao sofrimento que o empurra da imobilidade para a expressão escrita, colhendo resultados que recepciona com um entusiasmo discreto. Agora podemos nos remeter de novo à pergunta do início: talvez seja por isso que falar ajude e valha a pena. Dyonélio Machado - parece - pensavaque sim.

Resumen

En carne viva:

Un diálogo imaginário con Dyonélio Machado

Francisco Carlos dos Santos Filho

Dóris M. Wittmann dos Santos

El trabajo ofrece conceptos psicoanalíticos que contribuyen en el problema de la memoria y su resignificación. La exigencia del hablar, narrar las memorias y los acontecimientos reales o fantaseados sirve para recrear lo vivenciado y transformarlo, agitando las huellas que quedan en el alma y producir efectos de sentido. Los fragmentos de las huellas depositadas por lo real vivenciado – cicatrices y vestigios – son carne viva: retornan y se imponen como urgencia que obliga al sujeto al trabajo psíquico de cercarlos con la palabra y otorgarles significado para que se conviertan en memoria y sentimiento. Seguimos a Dyonélio Machado en su libro de memorias “O cheiro de coisa viva” y en la novela “O louco do Cati” para, imaginando una charla con él, llegar a comprender el discurso y la escritura como recursos posibles para la elaboración de los contenidos traumáticos ubicados en el punto de cruce de la vida y de la muerte.

Abstract

In de flesh an imaginary dialog with Dyonelio Machado

This paper presents psychoanalytical concepts aiming to contribute in the study of the memory subject and its resignification. The demanding of reading and writing, narrating memories and imaginary of fantasized experiences, is related to being able to recreate the experiences and transform them, dealing with the traces left in our souls in order to produce new meanings. The memory is not in a fixed state, made out of clear and

historically contextualized memories. Fragments left by the lived experience – scars, traces, vestiges – are in the flesh: they come back and impose themselves as urgencies which constrain the individual to the psychic work of speaking, surrounding them with the words and give them meaning, transforming them in memories and feelings. In according to Dyonélio Machado in his memories and in his book “O Louco do Cati” (The crazy man from the Cati), we propose the spoken and written speech as a resource to elaborate traumatic contents situated in between the dialectic intersection of life and death.

Referencias Bibliográficas

- BARBOSA, M. H. Saldanha. A paródia em o louco do Cati. Porto Alegre: EDIPUCRS, 1994.
- BERNARDI, R. Memória, cuerpo e historia. IX jornadas de APU. Montevideú, setembro de 1995.
- FREUD, S. Extratos dos documentos dirigidos a Fliess (1896). In Obras Completas, Rio de Janeiro: Imago, 1976. 24v. V.1. Projeto para uma psicologia científica (1895). In Obras Completas, Rio de Janeiro: Imago, 1976. 24v. V.1.
- Lembranças encobridoras (1899). In Obras Completas, Rio de Janeiro: Imago, 1976. 24v. V.3. Escritores criativos e devaneios (1908). In Obras Completas, Rio de Janeiro: Imago, 1976. 24v. V.9.
- LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J.-B. Vocabulário da psicanálise. São Paulo: Martins Fontes, 2001. 552p.
- MACHADO, D. O cheiro da coisa viva. Maria Zenilda GRAWUNDER (org). Rio de Janeiro: Graphia Editorial, 1995.

Botella al mar. Sobre poesía y psicoanálisis

José Enrique de los Santos Rodríguez¹

*Quien no conoce adónde va
llega más lejos.*

Oliverio Cromwell.

Voy a poner a navegar una idea para ver que rumbo toma y si puedo, asistir a su arribo a tierra firme. Es sólo una idea extraída de la experiencia vivencial clínica y poética con otros, que han vibrado en parecida sintonía.

Como otras veces, he partido también de las ideas de aquellos que recogidas con particular atención, tienen una resonancia profunda en uno, porque son escuchadas por el yo oficial y por ese otro que habita en cada sujeto y sirven para continuar cercando, intentando develar, lo envuelto en algo simple y enigmático como la poesía.

Viajamos como podemos en las aguas infinitas de un hipertexto, y cada texto es, nos guste o no, un mar de citas de origen no siempre reconocible. Más, como escribe Leopardó en *El infinito*: “en esta inmensidad se anega el pensar mío, y el naufragar me es dulce en este mar”.

Me gustaría hacer navegar juntas ocurrencias acerca de la poesía y la interpretación psicoanalítica, sin la rigurosidad de un ensayo o de un trabajo psicoanalítico; con la libertad de una meditación desamarrada lo máximo posible de conceptos, pero guiada por los vientos cambiantes de la experiencia vivencial de un sujeto dividido y enfrentado a lo Real desde posiciones diversas.

Deriva que pretende sólo bordear las fronteras entre literatura y psicoanálisis, sin anclar en ninguna de ellas. Tratar de avizorar en qué se tocan poesía e interpretación, y en qué lugares se deslindan las aguas; qué puentes y qué abismos las vinculan y separan, sin entrar en polémicas epistémicas, ni en discusiones sobre regímenes metapsicológicos extraños a la artesanía constitutiva de ambas, aproximándome con alguna osadía semántica a su consustancialidad.

“*Tomando lo mío donde lo encuentro*”, como dice Lacan, intentaré escribir sobre poesía como analista y sobre interpretación como poeta

¹ Miembro Titular de APU. Germán Barbato 1358/301. Montevideo. E-mail: onunez@chasque.apc.org

potencial, porque considero que hay una disposición subjetiva universal a la poesía y a la interpretación, como a la semiosis y a la sintaxis; todos tenemos algo de poeta y de intérprete.

También es universal la puesta en juego de la fantasmática, del deseo inconsciente y del cuerpo erógeno, desde la letra significante que hace marca en él, en la producción oral y escrita, en la poesía y la interpretación psicoanalítica, aunque secundariamente entren en juego recursos teóricos y técnicos distintos para configurar un enunciado transmisible y compartible, con función poética o interpretativa.

La poesía procura describir un mundo, trata de reconocerlo desde la más íntima subjetividad, pero al hacerlo le agrega porciones y sentidos, y sobre todo, inventa un universo de nuevas significaciones. Ese mundo que procura describir seguramente no es como ella lo usa para la descripción; tampoco es probablemente como lo usa la interpretación al describirlo.

Pero ese nuevo punto de vista, ese nuevo anudamiento entre Real, Simbólico e Imaginario, organiza otra realidad subjetiva, abriendo nuevo espacio al deseo y con frecuencia, un nuevo apaciguamiento al sufrimiento y a la angustia.

La dimensión ficcional de poesía e interpretación deja entrever algo de verdad sobre esa subjetividad inconsciente capaz de hablar diversos dialectos.

Análogamente reflexionaba Heidegger desde supresentimiento de lo inconsciente.

Para él, la poesía es fundación del Ser por la palabra; la poiesis es construcción, palabra a palabra, del Dasein, y el vate, un profeta que vaticina el futuro porque conoce sus signos anticipatorios. Los poetas desocultan el Ser, lo muestran, lo revelan, y es el Ser quien inspira a los poetas para esa operación de desocultamiento. El discurso filosófico pertenece a un campo distinto al del psicoanálisis y al poético, pero en algún punto se rozan y eso hace que Freud aconseje a los analistas escuchar a los poetas para aproximarse a lo inconsciente, y habilita a Lacan a decir que en el origen del sujeto no hay Dasein más que en el objeto a, causa del deseo.

Filosofía, psicoanálisis y poesía no son complementarios, pero algunas veces lo que no puede interpretar uno lo hace el otro, ya que el resto indescifrable que cae de uno alcanza a ser significado desde otro. ¿Acaso la filosofía o el psicoanálisis encuentran mejor manera de expresar lo inefable del incierto contacto con el Ser o con lo Real de la Cosa, que la lograda por Delmira Agustini cuando toma entre sus manos la cabeza de Dios?

La poesía logra allí expresar con esa imagen de fino temblor poético, algo inefable, pero jugado en la articulación significante del verso. La

escritura misma parece que desencadena y fija de algún modo algo inexpresable, aunque lo Real siempre ponga límites a su expresividad. Algo del proceso primario, del fantasma inconsciente, del sujeto deseante, de lo reprimido, atraviesan el yo, poniéndolo a trabajar poética e interpretativamente a través de los instrumentos formales del proceso secundario, para que construya una poesía o una interpretación.

La poesía parece hecha de la misma estofa que la interpretación y parece surgir de la misma fuente, aunque difieran (no tanto y no siempre) en el formato y en el efecto.

Me tomo la licencia de decir esto porque parto del supuesto de la inclusión de lo inconsciente en los procesos de producción cultural y artística, como de la apertura de un campo entre poesía y psicoanálisis; un campo ilimitado en el cual las actividades interpretativa y artística no son, como plantea Deleuze hablando de las concepciones de Nietzsche sobre el arte, una operación “*desinteresada e ingenua*” para curar, calmar, colmar, eliminar o sublimar el deseo, sino el excitante impulso de poder y desear.

Es, lacanianamente, un enconado no ceder en el deseo, en el desear, que descarta cualquier concepción reactiva del arte, especialmente de la poesía, que pueda transformarla en una mera purgación médica o sublimación moral, cuidadosa de lo estéticamente bello.

En esta línea de reflexión, pienso la poesía como estimulante del deseo, de la voluntad no siempre conciente de poder, de las fuerzas subjetivas más activas, y no como un mero efecto de ellas. La poesía es una afirmación de esa actividad, como en otro campo, la interpretación psicoanalítica es una afirmación del deseo del analista. Ese deseo, deseo puro, busca aproximarse a la verdad del deseo inconsciente del analizante, como el deseo del poeta busca acercarse a una verdad subjetiva a través de la invención de un nuevo mundo.

Los poetas, como los analistas, son buscadores de verdad subjetiva, no metafísica ni positiva. Y esa verdad, como decía Nietzsche, es sólo “*una vieja metáfora olvidada*”.

Poetas y analistas son también inventores de nuevas posibilidades narrativas, históricas y vitales, que introducen a una dimensión inédita de la existencia.

Algo de esto expresaba Lacan al separar la locura de Schreber de la creación poética: hay poesía cada vez que un escrito nos introduce en un mundo diferente al nuestro, y dándonos la presencia de un ser, de determinada relación fundamental, lo hace nuestro también. La poesía hace que no podamos dudar de la autenticidad de la experiencia de San Juan de la Cruz, de Miguel Hernández o de Neruda. La poesía es creación de un sujeto que asume un nuevo orden de relación simbólica e imaginaria con el mundo. No hay nada así en la escritura de Schreber, pero hay mucho de eso en la poesía y en la interpretación.

Beatriz está separada de Luis desde hace cinco años, pese a lo cual tiene “*pesadillas*”, según sus palabras, en las que siempre aparece su ex-marido (que no reconoce como tal), la actual esposa de él (que tampoco reconoce como tal), embarazada con una enorme barriga y la propia Beatriz, muy angustiada.

El trabajo analítico ha posibilitado algún cambio en su posición subjetiva y en relación a la pérdida. Resultado de eso es un sueño que trae en la última sesión. Comienza su relato diciendo que es un sueño (no una “*pesadilla*”) en el cual está en una fiesta con mucha gente, muchas mujeres vestidas elegantemente, y se acerca un hombre atractivo que le da pelota ¡por suerte!

En las asociaciones inmediatas tiene un lapsus: “*estoy contándole algo del análisis a mi amiga Rosario y me habla de su ex-marido... no, ella tiene marido, sigue casada... ¡qué lapsus! justo en este momento de mi relación con Luis*”.

Le digo: “*la que ahora tiene ex-marido es Ud., empieza a reconocer esa separación, esa pérdida... en este sueño, que no es pesadilla, se ubica fuera de la relación entre Luis y su esposa... puede desear a otro hombre y ser deseada por él*”.

Luego de un silencio reflexivo dice: “*ex-marido, exesposa... soy mujer para otro hombre, el que me sepa querer (sonríe sorprendida)... me salió en verso sin pensarlo... lo que Ud. me dijo, la forma de decirlo me inspiró, supongo*”.

Mi intención al interpretar no fue provocar un efecto poético en ella, pero lo que dije y la forma en que lo dije operaron de ese modo y construyó su respuesta con una estructura significante en forma de verso.

El Otro le devuelve su mensaje en forma invertida a través del lapsus, aunque imaginariamente proyecta en otra semejante su condición de ex-esposa.

Se podría decir tal vez, que hace transferencia e identificación imaginaria con su amiga, otro semejante, y transferencia e identificación simbólica, significante, con el Otro como tesoro de los significantes, encarnado en el analista.

El pasaje muestra lo inconsciente como parte censurada del discurso del Otro que emerge en el lapsus, porque es el Otro de la ley quien le dicta al sujeto del inconsciente que ese hombre ya no es su marido, es el marido de otra.

Como analista interpreto como portavoz de ese Otro, introduciendo ciertos significantes que reordenan un conjunto de los significantes de su realidad, determinando una nueva realidad. El efecto poético, por el cual el mensaje se estructura rítmicamente, sería una de las consecuencias del reordenamiento significante. Otra consecuencia es que su erótica comienza a jugarse en otras cadenas significantes alejadas de Luis.

En la viñeta se aprecia algo propio del tiempo de la poesía y de lo inconsciente: es un presente infinito, el del sujeto que dice o lee, aunque hable de un amor pasado.

Esa situación de la poesía es siempre el tiempo presente, el de la emoción evocada en la quietud.

La poesía es un medio, un recurso que el sujeto emplea para describir su interioridad, para expresar sus vivencias, emociones y angustias; para comunicarse con los otros, para construir un mundo y para apoderarse de un mundo. Para poder hacer todo esto a veces el lenguaje corriente no le alcanza y por eso utiliza imágenes que inventa, reinventa una lógica e inventa palabras. O inventa un lapsus.

El poeta, y en alguna medida el analista, ubicados en el campo de acción de la palabra, mejor aún, del significante, maltratan el lenguaje y la realidad convencional: los abren, desmenuzan, desarman y rearmen de otro modo para hacerlos decir más de lo que dicen, atentos al destello de verdad en la emergencia del acontecimiento.

Así, la creación poética y la interpretación serían modos de acontecer de la verdad subjetiva, formas de presentación de lo Real en lo Simbólico e Imaginario.

La poesía y la creación literaria en general no son una verificación externa de las teorías clínicas del psicoanálisis ni de las producciones del inconsciente, como tampoco lo es la interpretación: serían lo inconsciente mismo en acción, realizándose en el acto de habla o de escritura; serían el deseo inconsciente realizándose.

La poesía y la interpretación permiten rozar algo de lo Real y de la verdad del inconsciente, pero para seguir reconociéndolo como un imposible perdido en la inmensidad del habla y del lenguaje. Aunque se detengan ante ese Real, ambas tienen una meta común: develar algo de esa verdad subjetiva más singular para responder a la interrogante abierta por la angustia.

Después de escribir o de leer ciertas poesías, como después de ciertas interpretaciones, no somos los mismos, porque algunos nudos conflictivos se desatan para anudarse de otro modo, y algunos insights esclarecen zonas opacas. Pero la poesía no es psicoanálisis, ni tiene un propósito terapéutico, aunque contribuya a producir una historia subjetiva menos dolorosa. Si la poesía se propone como medio para el placer estético, la sublimación y la expresión emocional, la interpretación se propone como medio para pensar y sentir una realidad, procurando darle una nueva significación. Dice Lacan: el psicoanálisis es la interpretación de las raíces significantes de aquello que hace la verdad del destino del hombre.

Aunque la poesía retome esas raíces con la osadía de la forma poética, no se propone cambiarlas, a pesar de que a veces lo logre en alguna medida.

Resumen

Botella al mar. Sobre poesía y psicoanálisis

José Enrique de los Santos Rodríguez

El trabajo, que no pretende ser un ensayo sino una reflexión libre y abierta sobre la poesía y la interpretación psicoanalítica, transversaliza los discursos de la filosofía, la literatura y el psicoanálisis con el fin de abordar más ampliamente las relaciones entre ambas creaciones. Freud, Lacan, Heidegger, Deleuze, Nietzsche y algunos poetas mayores, desentrañan y ayudan a desentrañar una parte de esos complejos vínculos, en su origen, su construcción y sus efectos sobre quien las enuncia y sobre quien es su destinatario.

Summary

A bottle in the sea. About poetry and psychoanalysis.

José Enrique de los Santos Rodríguez

The work, that doesn't pretend to be an essay but a free and open reflection about poetry and psychoanalytic interpretation, transversalizes philosophy, literature and psychoanalysis speeches in order to approach more widely the relations between both creations. Freud, Lacan, Heidegger, Deleuze, Nietzsche and other distinguished poets, bring to light and help to bring to light a part of those complex links, in the source, the construction and the consequences about who enounces them and about who receives them.

**Descriptores: INTERPRETACIÓN / LITERATURA /
VERDAD / SUJETO /**

Bibliografía

AGUSTINI, D. (1993). “*Poesías completas*”. Madrid, Ediciones Cátedra.

DELEUZE, G. (1986). “*Nietzsche y la filosofía*”. Barcelona, Anagrama.

FREUD, S. (1907). “El creador literario y el fantaseo”. *Obras completas*, T IX. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

HEIDEGGER, M. (1927). “*El ser y el tiempo*”. Editorial Planeta-De Agostini, Barcelona, 1993.

LACAN, J. (1955-56). “*Las psicosis*”, Seminario III, cap. VI. Ediciones Paidós, España, 1984.

LEOPARDI, G. (1978). “*Cantos y otros textos*”. Biblioteca Básica Universal, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

“El zorro de arriba y el zorro de abajo” de
José María Arguedas: el discurso de la muerte

María Gladys Marquisio¹
Andreína Martínez Chenlo²

“La palabra, pues, tiene que desmenuzar el mundo”
(El zorro de abajo, Cap. I, Primera Parte de
El zorro de arriba y el zorro de abajo)
José María Arguedas

Una obra límite dentro de la literatura americana es “El zorro de arriba y el zorro de abajo”, de José María Arguedas, su última novela publicada póstumamente (1971) donde *“un hombre relata la agonía que precede a su suicidio, que coincide y a veces se intercambia con la agonía de todo un pueblo, hasta el momento en que la palabra desaparece (¿inútil?) y sólo queda la impenetrable realidad de una atroz muerte”* (Cornejo Polar, 1973).

La lectura de ésta, su última novela, deja perplejos a los lectores: la experiencia es la de haber estado ante una instancia límite, asfixiante, desintegradora, zozobranante. El lector siente la inminencia de la revelación, un disparo, a través de una urdimbre de palabras y de hechos también desintegrados, puestos a prueba, desmenuzados. Es la caída del hombre y de todo un pueblo que, debido a un proceso destructor (personal y social), retrocede a un estado de desintegración. Aunque en el final haya una sensación de posible comienzo: *“Despidan en mí a un tiempo del Perú, cuyas raíces estarán siempre chupando jugo de la tierra para alimentar a los que viven en nuestra patria, en la que cualquier hombre no engrilletado y embrutecido por el egoísmo puede vivir, feliz, todas las patrias”*

¹ Profesora de Idioma Español, egresada del IPA, Cerro Largo 1850/3.
E-mail: gladysmarquisio@adinet.com

² Profesora de Literatura, egresada del IPA, Lanus 6027, tel. 3201221.
E-mail: andretxenlo@adinet.com

(Arguedas, 1971: 287). Esa desintegración (vital y lingüística) engendrará un disparo (real y metafórico).

Arguedas nació en 1911 en la sierra del Perú (Andahuaylas), su orfandad (su madre murió cuando tenía cerca de 3 años) permitió que fuera criado por los sirvientes indígenas: *“Voy a hacerles una curiosa confesión: yo soy hechura de mi madrastra. (...) (Ella) tenía el tradicional menosprecio e ignorancia de lo que era un indio y como a mí me tenía tanto desprecio y tanto rencor como a los indios, decidió que yo había de vivir con ellos (...) Los indios vieron en mí como si fuera uno de ellos, con la diferencia de que por ser blanco acaso necesitaba más consuelo que ellos.”* (Arguedas, 1965). Este hecho lo transporta a una doble marginalidad: se aparta de su extracción social (blanco dominante) y no consigue ingresar cabalmente al mundo indígena, queda así vencido para siempre.

Su suicidio fue elaborado minuciosamente en avisos previos, diarios, cartas y finalmente se produjo el 28 de noviembre de 1969, aunque su agonía se extendió hasta el 2 de diciembre, casi un año después de haber iniciado la novela, donde anticipaba desgarradoramente en sus primeras páginas: *“En abril de 1966, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme. En mayo de 1944, hizo crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia y estuve casi cinco años neutralizado para escribir (...) En tantos años he leído sólo unos cuantos libros. Y ahora estoy otra vez a las puertas del suicidio. Porque, nuevamente, me siento incapaz de luchar bien, de trabajar bien. Y no deseo, como en abril del 66, convertirme en un enfermo inepto, en un testigo lamentable de los acontecimientos”* (Arguedas, 1971:11). Puso fin a su vida de un disparo en la sien, en el claustro de la Universidad de San Marcos de Lima, de la que era catedrático de Antropología.

El libro consta de tres diarios y de un “¿último diario?” en el cual el autor hace el balance final y decide su muerte. La relación entre diarios y novela es más interna que ficcional: el autor escribe los diarios cuando la depresión o la angustia profunda que padece le impiden continuar la novela. El primer diario comienza con la decisión de matarse. Ya en el segundo diario el autor ha aplazado el suicidio porque tiene una novela entre las manos. En el tercer diario declara que la asfixia detiene a la ficción. En el ¿último diario? da por concluido el proceso.

Los zorros del título son personajes míticos de leyendas indígenas (de arriba, huanan, sierra y de abajo, urin, de la costa). Arguedas los ingresa a la narración de dos formas: por *“La interpolación de diálogos explícitos entre los dos y la transformación de ciertos personajes que, sin dejar de ser personajes en el sentido tradicional del término, asumen la condición de zorros en determinadas escenas. Los zorros poseen a estos personajes, los transforman, variando a veces hasta sus cuerpos, en una suerte de*

espiral intensificatoria que culmina en cantos y danzas y que suscita, además, la modificación mágica del paisaje circundante” (Cornejo Polar, 1973). El nivel mítico es también materia de reflexión en los diarios. Allí se menciona reiteradamente a los zorros y con frecuencia se los enlaza a la meditación central, esto es, a la posibilidad o imposibilidad de continuar la escritura: “¿a qué habré metido estos zorros tan difíciles en la novela? (segundo diario); “Estos zorros se han puesto fuera de mi alcance; corren mucho o están muy lejos. Quizá apunté a un blanco demasiado largo o, de repente, alcanzo a los zorros y no los suelto más” (tercer diario) “Pretendía un muestrario cabalgata, atizado de realidades y símbolos, el que miro por los ojos de los Zorros desde la cumbre de Cruz de Hueso adonde ningún humano ha llegado ni yo tampoco.” (¿último diario?)

Si aceptamos que “la ficción está rodeada por las fronteras de lo sagrado, de la realidad y de la representación” (Garrido Domínguez, 1997), descubrimos en “El zorro de arriba y en el zorro de abajo” tres abismos: un abismo mítico (los zorros); un abismo ficcional (el relato) y un abismo personal (el desgarramiento y finalmente el suicidio del propio Arguedas). Se forma así una estructura prismática con tres niveles distintos: uno, novelesco, presenta la caótica realidad Chimbote, una ciudad-puerto que en pocos años crece bajo el imperio de la industria de la harina de pescado; otro autobiográfico, expresa y critica el proceso de creación de la novela y lo remite de inmediato con implacable lucidez al conflicto existencial que desembocará en el suicidio; un tercero, actualiza un discurso mítico que ilumina una obsesión arguediana (la compleja heterogeneidad del Perú).

Se trata de una obra singular, aunque la aparición de voces vinculadas a la muerte tiene una larga tradición en la literatura americana. Solo algunos ejemplos: *Memorias de Bras Cubas* (Machado de Asís), *La amortajada* (de la chilena María Luisa Bombal), *Pedro Páramo* (de Juan Rulfo), e inclusive *La desembocadura* de Enrique Amorim. En todos estos casos, las voces son de los muertos. Aquí sin embargo encontramos un tono asfixiante y desgarrador que proviene del encontrarse en una zona fronteriza entre autobiografía-ficción- literatura confesional. Los diarios son un discurso contra la muerte, paradójicamente cristalizados por la obsesión del suicidio: “Veo ahora que los diarios fueron impulsados por la progresión de la muerte” escribe a Gonzalo Losada, su editor, carta que forma parte del epílogo de la novela; “Escribo estas páginas porque se me ha dicho hasta la saciedad que si logro escribir recuperaré la sanidad” (Primer diario). La novela se inicia con la confesión de un intento de suicidio (“En abril de 1966, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme”) y termina hablando de un balazo que se dará y acertará (“Habrán de dispensarme lo que hay de petitorio y pavonearse en este último diario, si el balazo se da y acierta. Estoy seguro que es ya la única

chispa que puedo encender. Y, por fuerza, tendré que esperar no sé cuantos días para hacerlo” (¿último diario?).

La novela fue haciéndose en una pelea con la muerte (*Me siento a la muerte*, primer diario, 13 de mayo 1968- *“Veo ahora que los Diarios fueron impulsados por la progresión de la muerte. (...) Ha sido escrito a sobresaltos en una verdadera lucha –a medias triunfal- contra la muerte. Yo no voy a sobrevivir al libro. Como estoy seguro que mis facultades y armas de creador, profesor, estudioso e incitador, se han debilitado hasta quedar casi nulas y sólo me quedan las que me relegarían a la condición de espectador pasivo e impotente de la formidable lucha que la humanidad está librando en el Perú y en todas partes, no me será posible tolerar ese destino. O actor, como he sido desde que ingresé a la escuela secundaria, hace cuarentitrés años, o nada.”* (carta a Losada) *“Pero como no he podido escribir sobre los temas elegidos, elaborados, pequeños o muy ambiciosos, voy a escribir sobre el único que me atrae: esto de cómo no pude matarme y cómo ahora me devano los sesos buscando una forma de liquidarme con decencia”* (primer diario).

Al haber intentado una lucha alucinada la dotó de un impulso pasional y desolado. *“Es el intento agónico de un impulso por jugar una última partida”* (Ortega, 1992). Sostiene Arguedas en su carta a Losada que no puede aventurar un juicio definitivo: *“tengo dudas y entusiasmo”*.

Este texto maldito profetiza en forma vanguardista e inesperada, por venir de quien viene, la irrupción de textos fronterizos en el universo literario americano. Obra conclusiva aunque inconclusa, casi una antinovela anticipadora de la destrucción de los géneros: demuele formas, borra las fronteras de los géneros, da al lenguaje su valor real. Aparece lo blasfemo así como lo irreverente insultante y hasta lo obsceno: alegato contra la falsificación del arte y un intento por hacer de éste una razón de vivir, sobrevivir y resolver el absurdo de la condición humana aceptándola hasta las heces. Este anti es una revolución contra un tipo de sociedad que habla en mentiras, que simula una ética. Así la acción será caótica y la obra literaria llevará dentro de sí una bomba de tiempo (autonegación). Antinovela, no simple texto psicopatológico, aunque el autor haya escrito *“escribo estas páginas porque se me ha dicho hasta la saciedad que si logro escribir recuperaré la sanidad.”*

Rebelión contra el lenguaje masticado y rumiado (pero no desmenuzado) que termina por desvirtuar la expresión literaria pero al mismo tiempo da una imagen auténtica de la realidad, de Chimbote que es la gran zorra del mar: *“Esa es la gran zorra ahora, mar de Chimbote, era un espejo, ahora es la puta más generosa “zorra” que huele a podrido. Allí podían caber cómodamente, juntas, las escuadras del Japón y de los gringos, antes de la guerra. Los alcatraces volaban como señores dueños (...) Antes espejo, ahora sexo millonario de la gran puta,*

cabroneada por cabrones extranjereados, mafiosos”, dice Zavala señalando la bahía, uno de los personajes “*meditador, lector y pescador, sindicalista enérgico*”.

Chimbote es justamente el constructo fictivo, eje de la novela. Explotado y degradado, grotesco y esperpéntico. Por Chimbote circula, “una fauna multicolor y tremendista, que roza la locura o la vive”: “*Cuatro hombres indo-hablantes que por la diferencia de sus orígenes y destinos se expresan y llegan a ser en la ciudad puerto industrial (ese retorcido pulpo fosforescente) distintos castellanos aunque de procreación semejante; y se encaminan, claro, a puntos o estrellas unos más definidos que otros. (...) Y están también dos ciudadanos criollos, porteños, muy contrapuestos: “libre” el uno, Moncada; amancornado el otro, Chaucato. Así es... Y hay unos cuantos más, a medio hacer; aparte de los Zorros, sus andanzas y palabras.*” El Chimbote real producto del auge del capitalismo salvaje, era para Arguedas un enigma (“no entiendo a fondo lo que está pasando en Chimbote” y precisamente porque no lo entendía sintió la necesidad de inventarlo, además Arguedas llegó a sostener: “*ésa es la ciudad que menos entiendo y que más me entusiasma*”. Quizás lo entusiasmo la lucha por encontrar una respuesta a tanto sufrimiento colectivo: “*no soporto vivir sin pelear, sin hacer algo para dar a los otros lo que uno aprendió a hacer y hacer algo para debilitar a los perversos egoístas que han convertido a millones de cristianos en condicionados bueyes de trabajo*”.

En esa ciudad han perdido su identidad, su habla, su pasado: “*aquí está reunido la gente desabandonada del Dios y mismo de la tierra, porque ya nadie es de ninguna parte-pueblo en barriadas de Chimbote*” (le dice el albañil Cecilio Ramírez al cura yanqui Cardozo). Una ciudad paradigma de la depredación de las economías americanas por la acción de las multinacionales, llevada a cabo en el caso de Perú gracias a la convivencia aprista-oligárquica y a los proyectos desarrollistas y populistas: “*Este lodazal aguada es ahora un falso ano de la Corporación*”.(Loco Moncada, 166); “*Como la gran zorra de Chimbote cuando ordenan de New York a Lima y de Lima a Chimbote. ¡Las huevas, cabrona! ¡Finish!* (Zavala). Es constante así, el paralelismo prostitución-ciudad (Chimbote); explotación de anchoveta- explotación de los indígenas.

El diario, elemento no fictivo, en que expone la crisis que lo lleva al suicidio y el proceso de composición de la novela, sobreexpone el referente y se despliega con una libertad imaginativa que permite el paso del estrato mítico a la novela (metáfora narrativa del mundo contemporáneo) y de ellos dos a fragmentos explícitamente autobiográficos.

En principio, se pueden considerar los diarios como un caso de literatura confesional formando parte de la novela, no fueron agregados *ad hoc* por cuestiones ajenas al acto creativo, sino que fueron escritos por

Arguedas más que como ejercicio terapéutico con la intención manifiesta de ser publicados, así lo registra el propio autor: *“Creo que de puro enfermo del ánimo estoy hablando con audacia. Y no porque suponga que estas hojas se publicarán sólo después que me haya ahorcado o me haya destapado el cráneo de un tiro, cosas que, sinceramente creo aún que tendré que hacer (...) Porque si no escribo y publico, me pego un tiro”* (primer diario)

Existe en ellos, además, un exhibicionismo lingüístico y una audacia creativa (las mejores descripciones de la novela se encuentran allí) que pueden entenderse como verdaderos ejercicios estilísticos más que como escritura automática y confesional. Aunque, como sostiene Eduardo Pavlovsky, citando a Mannoni, *“la psicosis no tiene tanta necesidad de ser curada como de ser recibida. Lo que el paciente busca es un testigo y un soporte de esa palabra ajena que se le impone”* (Pavlovsky, 1991). En ese sentido puede entenderse su exhibicionismo: como una herramienta para combatir su enfermedad. No hay duda de la verdad de sus afirmaciones (su desgarró interior, su neurosis, su angustia, sus temores y sus recelos) pero, y aquí se produce la puesta en jaque realidad-ficción, a su vez los diarios son traspasados por las voces de los zorros: en el diario 17 de mayo, luego de relatar su encuentro con Fidela (una chichera con la que de adolescente ha tenido un encuentro sexual) aparecen los zorros dialogando y realizando un comentario de lo acontecido: *“EL ZORRO DE ARRIBA: La Fidela preñada; sangre; se fue. El muchacho estaba confundido. También era forastero. Bajó a tu terreno. EL ZORRO DE ABAJO: un sexo desconocido confunde a éstos. Las prostitutas carajean, putean con derecho(...)...Así es seguimos viendo y conociendo”* ¿Qué es lo que ven los zorros? ¿Al propio autor que escribe una novela en la que aparecen como personajes? (*“el individuo que pretendió quitarse la vida y escribe este libro”*, como invocan los zorros). Luego en el primer capítulo aparecerán *“viendo y conociendo”* lo que sucede en el prostíbulo de Chimbote: *“¿Entiendes bien lo que digo y cuento?”*, inquiera el zorro de abajo, que es ahora el que inicia el diálogo y el de arriba le responde: *“Confundes un poco las cosas”*.

El autor está planteando, ¿sin querer?, la espinosa cuestión de las relaciones entre la ficción y realidad, y en definitiva el problema de la verdad y la referencia literaria.

Todo esto fomenta la aparición de un texto híbrido (en lucha desde la modernidad y la postmodernidad) que por su carácter metaliterario, es una verdadera mostración catártica del autor al mismo tiempo que arriesgado experimento lingüístico, por la destrucción de las fronteras que operan en él. Es un texto único, irrepitible y maldito.

Pero la desintegración va más allá: es también una desintegración vital del propio autor. El tiro existió. No es sólo una metáfora. Un disparo que transforma el esquema referencial y el horizonte de expectativas del

lector, y que aporta una clave en la que debe ser leída la obra: no como documento autobiográfico o quizás etnográfico, sino como acusación radical del valor del compromiso de la escritura a nivel individual y colectivo. Es, ahora sí metafóricamente, un disparo a la literatura americana, un discurso radical y jugado mortalmente, no es una pirueta lingüística. Un texto “marginal y bárbaro” que merece el desafío del análisis, comprometido desde una perspectiva americana.

Resumen

“El zorro de arriba y el zorro de abajo” de José María Arguedas: el discurso de la muerte.

María Gladys Marquisio

Andreína Martínez Chenlo

Este trabajo promueve una lectura crítica de una obra límite dentro de la literatura americana: “El zorro de arriba y el zorro de abajo”, de José María Arguedas, su última novela publicada póstumamente (1971) donde un hombre relata la agonía que precede a su suicidio. Con este texto maldito, Arguedas se inscribe en una tradición que rompe con las reglas del indigenismo canónico y subvierte moldes lingüísticos prestigiados por la cultura criolla, a partir de códigos y materiales de la cultura quechua y andina y también de las nuevas culturas urbanas marginales. Muestra la caída del hombre y de todo un pueblo que debido a un proceso destructor (personal y social), retrocede a un estado de desintegración.

Summary

«El zorro de arriba y el zorro de abajo», by José Ma. Arguedas: the speech of death.

María Gladys Marquisio

Andreína Martínez Chenlo

This study proposes a critical reading of a borderline piece of work in American literature: “El zorro de arriba y el zorro de abajo” by José María Arguedas. This was the author’s last novel, published in 1971 after his death where a man talks about his agony preceding his suicide. With this cursed text Arguedas takes part in a tradition of breaking the rules of the canonical pro-Indian movement and undermines the linguistics moulds enhanced by the “criollo” culture, taking as a starting point codes and

materials from the "quechua" and "andino" cultures and also from the new excluded urban cultures. He shows the downfall of a man and of a whole group of people that as from a destructive personal and social process go back to a state of disintegration.

Referencias bibliográficas

ARGUEDAS, J.M. (1971) *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Buenos Aires: Losada.

ARGUEDAS, J.M (1965) *Primer encuentro de escritores peruanos*. Lima: Casa de la cultura del Perú.

CORNEJO POLAR, A. (1973) *Los universos narrativos de José María Arguedas*. Buenos Aires: Losada.

GARRIDO DOMÍNGUEZ (1997) comp.. *Teorías de la ficción literaria*. Madrid: Arco Libros.

ORTEGA, J. (1992) El discurso del suicida. En: *Suplemento Anthropos*. N° 31, marz

PAVLOVSKY. E. (1991) *Adolescencia y mito*. Buenos Aires: Ayllu.

La máquina de escribir en el cuerpo del delito

Victoria Morón *

*Todos mis escritos trataban de ti.
Kafka, Carta a su padre.*

Escribir es pasar del “yo” al “él”.
Maurice Blanchot

En 1919 (tenía entonces treinta y seis años), Kafka escribe una carta a su padre. La misiva no tenía un objetivo literario, pero es literatura, pura y absoluta, como era natural en alguien para quien escribir no era una vocación o un medio de vida, sino la única forma de vida. ¿Qué razones lo movieron para intentar hablar a su padre y de su padre por esa vía? Estaban las profundas: contar y arreglar cuentas, unas cuentas siempre erradas que dejaban en el saldo un “debe” perpetuo de Franz a su padre, cuentas que sólo transformándose en letras podían contarse. Y estaban las circunstanciales: poco tiempo antes Kafka había roto su compromiso con Julie Whoryzeck, como un síntoma repetido en su vida. Ya había ocurrido antes con Felice Bauer en dos oportunidades. Y el comentario paterno ante la noticia de su proyecto de matrimonio con Julie fue: *“Supongo que ella se habrá puesto alguna blusa llamativa, como suelen hacerlo las judías de Praga, y acto seguido, naturalmente, te decidiste a casarte con ella. Y eso cuanto antes, dentro de una semana, mañana, hoy. Yo no te entiendo: eres un hombre grande, vives en la ciudad y no encuentras enseguida mejor que casarte con una cualquiera. ¿No hay otras posibilidades? Si no te atreves, yo iré contigo, personalmente.”* (4)

Claro que las actitudes repetitivas también las manifestaba el padre. Veinte años antes le había dado el mismo consejo implícito de desahogarse en un burdel, cuando el adolescente Franz había reprochado a sus padres haberlo dejado en la ignorancia y *“expuesto a grandes peligros”* en cuestiones sexuales. De cualquier manera, Kafka ya había *“plagiado por anticipación”* las palabras de su padre en el primer relato importante que escribió, *La condena*, precisamente la noche en que conoció a Felice Bauer. En él, el padre de Georg le dice de la joven con quien se va a casar:

* Profesora de Literatura – Jaime Zudáñez 2773 / 301 – C.P. 11300 – Tel.: 7113666 – E-mail: vimoron@adinet.com.uy

“Porque ella se levantó las faldas así, esa pavota (...) porque se levantó las faldas así y así, te entregaste por completo a ella...” (3)

Hay, por lo menos, dos niveles en los que puede leerse la carta. El primero y más evidente es el del análisis penetrante y lúcido que Kafka hace de las relaciones entre ambos y sus consecuencias. Un segundo nivel de interpretación es el que da cuenta de la génesis de los textos kafkianos de ficción a través de las características del conflicto vincular expresado en ella. Esto no significa que haya una relación de causalidad directa entre la existencia de ese conflicto y la producción literaria del escritor. En todo caso, ésta adquiere el estatuto de correlato ficticio de un sustrato configurado por la raigambre existencial del sujeto, de tal manera que la creación artística, aunque tenga un anclaje en lo biográfico, trasciende la subjetividad individual para llegar a la subjetividad del universo de lectores. Es precisamente ese tránsito del “yo” al “él” (y de “él” al “nosotros”) una marca de literariedad de un texto.

“Uno estaba castigado (...) antes de saber que había hecho algo malo”.

Esta frase de la *Carta*, que da cuenta del absurdo y la culpa subjetiva, dos tópicos del universo kafkiano, está referida a un recuerdo infantil. Siendo un niño pequeño, Franz lloraba una noche pidiendo agua, *“no sin duda porque tuviera sed, sino probablemente en parte para fastidiar y en parte para entretenerme.”* Como las amenazas no surtieron efecto, el padre lo sacó de la cama y lo dejó en el balcón, en camisa, solo ante la puerta cerrada. Lo significativo del episodio no es el rigor del castigo, sino la imposibilidad, para el niño, de establecer *“la relación correcta entre lo lógico, para mí, de aquel absurdo pedir agua, con lo extraordinariamente terrible de verme llevado afuera”*. Si el padre es un poder terrible que en medio de la noche aparece y lo lleva al balcón, sin que el niño sepa por qué, la amenaza está siempre presente. En cualquier momento puede sobrevenir el castigo sin el requerimiento de la culpa. ¿Cuál es, entonces, la norma violada?

Esto nos introduce en uno de los ejes temáticos de los relatos kafkianos, el de la culpa preexistente infundida en tantos de sus personajes. No es casual, entonces, la frase que se enuncia más adelante en la *Carta*, una de las muchas oportunidades en que el tema reaparece, y que bien pudiera figurar como acápite del conjunto de su obra: *“Uno estaba castigado, en cierto modo, antes de saber que había hecho algo malo.”* En tal sentido, la *Carta* revela múltiples claves de la subjetividad de la que emerge la visión del mundo que trasunta el corpus kafkiano:

“...el mundo quedó para mí dividido en tres partes: una donde vivía yo, el esclavo, bajo leyes

inventadas exclusivamente para mí (...); luego, un segundo mundo, infinitamente distante del mío, en el que vivías tú, ocupado en gobernar, impartir órdenes y enfadarte por su incumplimiento; y, finalmente, un tercer mundo donde vivía la demás gente, feliz y libre de órdenes y de obediencia.”

Leyes creadas sólo para uno: tal es el absurdo que rige ese universo, gobernado por leyes que no tienen alcance general sino particular. La parábola *Ante la ley* es paradigmática a ese respecto. En ella, el campesino que llega ante las puertas de la Ley ve impedida su entrada por un guardián, aunque ese es sólo el primero de los innumerables obstáculos – guardianes cada vez más poderosos – que debería sortear. Y aunque el campesino no logra traspasar ni el primero, persiste en el intento hasta el fin de su vida. Entonces, ya moribundo, hace al guardián una pregunta crucial: por qué en todos esos años, si todos buscan la Ley, nadie más ha solicitado permiso para llegar hasta ella. Y la respuesta es: *“Nadie más podía entrar por aquí, porque esta entrada estaba destinada a ti solamente. Ahora cerraré”*. (3) Más allá de los múltiples abordajes exegéticos que han examinado este relato claroscuro, reaparece la paradoja kafkiana de una Ley (desconocida, además) imperante sólo para un sujeto en particular (con la paradoja complementaria de que ese “único” es también cada lector en particular, sin que jamás la suma de lo individual subjetivo abandone esa categoría para convertirse en general, bien que es el estatuto de lo intersubjetivo lo que da a esos textos su alcance universal). Es decir: la condición paradójica de esa legalidad absurda es que opera exclusivamente sobre un sujeto personaje en particular, que por lo mismo se siente en radical soledad con respecto a sus semejantes, pero al mismo tiempo es condición necesaria para el lector el experimentar tanto la inquietud ante ese absurdo como la gratificación de que ése sea un sentimiento compartido por el universo de lectores.

Si tal es la ley impuesta por el padre, la ambivalencia que Franz percibe en la actitud materna se expresa en estos términos:

“En ella, era siempre posible encontrar protección, pero tan solo en relación contigo. Te amaba demasiado, demasiada era su fidelidad hacia ti como para que, en la lucha del hijo, ella pudiese constituir, en forma duradera, un poder espiritual independiente.” (4)

No puede dejar de advertirse, en éste como en varios pasajes de la *Carta*, el reproche implícito a la madre como inhibidora de la necesaria confrontación del hijo con su padre. Tal como la describe Kancyper, Julie

Löwy “permaneció subsumida al autoritarismo de su marido exitoso económicamente y diluida como sujeto discriminado en la dinámica parental.” Agrega también que la temprana muerte de los dos hijos varones que nacieron después de Franz (Georg y Heinrich) “permaneció en ella como duelos enquistados, usurpando sectores de su vida anímica y obstaculizando, por ende, su disposición libidinal para narcisizar a su primogénito.”(6) Los estudios psicoanalíticos han indagado, por otra parte, en la función culpógena que habrían tenido en el psiquismo del niño esas muertes, con el efecto de la hostilidad vuelta hacia sí mismo.

Ambivalente y fallido en su función materna es, ciertamente, el papel que cumple la madre al principio, en *La metamorfosis*, hasta que pasa plenamente a formar parte del círculo del poder paterno. La rebeldía manifiesta está inhibida con la justificación implícita de hallarse derrotado de antemano. Kafka sólo encuentra un territorio habitable, con el beneficio inherente de que le pertenece por completo, y es el de la escritura, tanto más propio cuanto más ajeno al padre, del que éste está alejado con indiferencia y desdén.

“...la carga era muy pesada, la espalda se me encorvó...”

El cuerpo, en su dimensión real y simbólica, (empleo estos términos en su acepción corriente, no lacaniana) ha sido lugar privilegiado en la construcción de lo kafkiano. Desde muy temprano, Kafka centró en su cuerpo muchas de sus angustias. “*Yo flaco, débil, enjuto; tú, fuerte, grande, ancho.*” Así se ve y lo ve, cuando niño, al desvestirse en la casilla para ir a nadar, preámbulo del tormento de las lecciones de natación que el padre pretende darle. Él es “*un esqueleto pequeño, vacilante*”, tomado de la mano de aquel “*cuya sola presencia física ya me aplastaba.*” Todo niño es más pequeño que su padre, pero pocos experimentan la diferencia como una fuente explícita de angustia. Para el niño el padre es “*la medida de todas las cosas*”, pero no todos la sienten como una desmesura intolerable. La percepción adulta de Franz mantiene esencialmente incambiada aquella imagen infantil de la desmesura, en tanto concibe al padre “*cubriendo de parte a parte el mapamundi desplegado.*”

Ya años antes, en otro texto no ficcional, los *Diarios* (5), el tema es recurrente. “*Es totalmente cierto que escribo esto porque estoy desesperado a causa de mi cuerpo y del futuro con este cuerpo.*” “*...en las escuelas de natación (...) he dejado de avergonzarme de mi cuerpo.*” Una variante de esta autopercepción es la sensación de estar mal vestido, con ropas que no le caían bien, aunque sólo años más tarde logró atribuirlo a una confección deficiente de las prendas, y no a deficiencias de su propio cuerpo. Por aquel entonces, la conciencia del desgarbo lo hacía andar “*con la espalda encorvada, los hombros torcidos, los brazos y las manos puestos*

de cualquier manera y en cualquier sitio.” El cuerpo nunca dejará de ser, para Kafka, a la vez depositario y productor de angustia. Será el cuerpo el que emita los síntomas cuidadosamente auscultados por la ansiedad hipocondríaca, el que estará sujeto a una alimentación vegetariana, y el que, finalmente, responderá con la tuberculosis a las demandas del alma: *“Puesto que el alma y el corazón no pueden ya soportar su peso, el pulmón toma sobre sí la mitad de la carga”* dice en una carta que Milena recuerda en su obituario. (2)

En el cuerpo –*corpus delicti*– se purga asimismo la culpa innominada en *La colonia penitenciaria*. Hasta ella, situada en una isla tropical, llega un viajero, quien presenciara la ejecución de un soldado condenado por indisciplina y ofensa a su superior. El oficial a cargo del procedimiento le muestra el funcionamiento del aparato, diseñado por el antiguo comandante, ya muerto, que será el instrumento ejecutor. Consta de *“la cama”*, donde yace el condenado atado, *“el diseñador”*, ubicado en un plano paralelo por encima de aquélla, y del cual descienden oportunamente las agujas de *“el rastrillo”* para inscribir la sentencia en el cuerpo del condenado, sentencia que el reo no conoce previamente, emanada de un juicio del que no ha podido defenderse porque *“la culpa está más allá de cualquier duda.”* Lo singular, además, es que acusación, juicio y condena no son instancias diferentes, sino condensadas en un único acto que las asimila y las vuelve equivalentes. La culpa no necesita ser demostrada: es. La *“verdad”* y la *“justicia”* que se despliegan en función de tal culpabilidad tienen un valor absoluto, no dependen de nada ni de nadie, y aparecen así operando en el vacío, sin referentes, sin relaciones de causalidad, sin requerimiento de prueba, sin matices y grados que sólo pueden provenir de lo relativo. La balanza de esta justicia tiene un solo platillo, donde cae la culpa.

Desde la ficción, el cuerpo animal será la metáfora que exprese, bajo múltiples variantes (insecto, mono, perro, animal fabuloso cruza de gato y cordero, y tantos otros) la humillación, la alienación y la soledad. Como suele ocurrir en las obras de Kafka, a semejanza de los sueños, la ficción toma la forma de una metáfora al pie de la letra. Así, la metamorfosis de Gregorio no hace más que expresar de manera literal la metáfora del animal abyecto e impotente que Franz siente que lo representa según la visión que su padre tiene de él. (Véanse en la *“Carta”* los pasajes referidos al gusano y al parásito). Un ejemplo de cómo Kafka ha hecho de la suya una experiencia no sólo de proyección universal sino también de anticipación visionaria lo da el término *“Ungeziefer”*, que designa al insecto de *La metamorfosis*. Es el que unos años más tarde emplearían los nazis para referirse a los judíos destinados a las cámaras de gas, como lo observó George Steiner.(7)

Asimismo, en *La colonia penitenciaria* el cuerpo humano hablará, por escrito, desde el tormento de su condena. La ejecución es un proceso lento, que insume doce horas, correspondientes al tiempo que tarda el aparato en escribir su sentencia sobre el cuerpo condenado y que culmina en la muerte, pero es a la sexta hora (aquella en que el relato evangélico instala el paroxismo del dolor: “*Y desde la sexta hora fueron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona*”) que se produce la crisis: es entonces que el condenado comenzará a comprender. La inscripción de la letra que entra con sangre la descifrá el cuerpo, transformado en ese acto, conjuntamente, en un texto y su lector.

Aunque lo parezca, el texto no es legible desde afuera, como lo comprueba el visitante cuando el oficial pretende que lea lo escrito por el antiguo comandante. Sólo lo comprenderá el condenado cuando su cuerpo se convierta en un texto escrito por la máquina infernal.

Releo mis palabras: “**Aunque lo parezca, el texto no es legible desde afuera...**”, y advierto que bajo el sentido que les corresponde (el visitante no puede leer el texto que le presenta el oficial), subyace una anfibología reveladora de otro nivel semántico. Un personaje, el visitante, intenta una lectura fallida; otro personaje, el condenado, deberá hacer esa lectura en su propio cuerpo. Pero en la reciprocidad que imponen los actos de lectura y escritura, también nosotros, los lectores, nos enfrentamos a lo escrito en un cuerpo, el del corpus kafkiano, para experimentar que “aunque lo parezca, el texto no es legible desde afuera”, encerrados en la paradoja que la obra nos revierte, en tanto nos coloca en ese espacio en que nos debatimos entre la angustia por intentar comprender lo que inevitablemente el texto sustrae a nuestra interpretación, y la angustia como único lugar desde donde él se abre a nuestra comprensión. Quizás éste sea el tributo ineludible que nos exigen los escritos de Kafka, en tanto generan, como dice Blanchot, “el malestar de una lectura que quiere conservar, a la vez, el enigma y la solución, el equívoco y la expresión de ese equívoco, la posibilidad de leer en la imposibilidad de interpretar esa lectura.” (1)

Resumen

La máquina de escribir en el cuerpo del delito

Victoria Morón

Se indaga en la génesis subjetiva de la cosmovisión implícita en la obra de Kafka, particularmente en lo relativo a la vivencia de la culpa centrada en el vínculo con su padre. Se examina el tema a través de la “Carta a su padre”, confrontándola con otros textos kafkianos (“Ante la ley”, “La metamorfosis” y “La colonia penitenciaria”), y se analiza el lugar del cuerpo como espacio simbólico de inscripción y escritura de la culpa.

Summary

About Kafka's writing guilt in his body

Victoria Morón

This piece of work investigates on the subjective genesis of the world view implied in Kafka's work, specially regarding the feeling of guilt in the relation with his father. The author studies this idea in "Letter to his father" and compares it with other texts of Kafka ("Facing the law", "Metamorphosis", "Penitentiary colony") and analyzes the body as a symbolic place for the inscription and writing of the guilt.

Referencias bibliográficas

1. BLANCHOT, M.: "La lectura de Kafka". En: *De Kafka a Kafka*, México, F.C.E., 1991
2. JESENSKA, M., citado en: THIÉBAUT, C.: *Les métamorphoses de Franz Kafka*, Paris, Découvertes Gallimard, 1996
3. KAFKA, F.: *Cuentos*, Buenos Aires, Orión, 1974
4. ——— *Carta a su padre*, Buenos Aires, ALPE, 1955
5. ——— *Diarios (1910 – 1913)*, Barcelona, Bruguera, 1983
6. KANCYPER, L.: *El complejo fraterno*, Buenos Aires, Lumen, 1994
7. STEINER, G.: "K", En *Lenguaje y silencio*, Barcelona, Gedisa, 1994

Las grietas de la piedra

Una reflexión sobre los límites del discurso en la obra de Marosa Di Giorgio

Mariana Riso Fernández*

“El sí mismo es la naturaleza desgarrada ella misma de todas las relaciones y el consciente desgarramiento de ella; pero sólo como autoconciencia sublevada sobre su propio desgarramiento, y en este saber de él, se ha elevado de un modo inmediato por sobre él”.

G.W.F. Hegel (La fenomenología del espíritu)

Pensar a partir de aspectos de la obra de Marosa di Giorgio Médicis (Salto 1932-Montevideo 2004), es una tarea ambiciosa.

Con este trabajo proponemos una perspectiva sobre algunas interrogantes que abre la obra literaria de esta autora. No es éste por lo tanto un estudio literario, sino una aproximación a un campo de problemas en el intento de rescatar el valor estético y el interés teórico de su creación poética.

Marosa es una autora uruguaya contemporánea y hasta que se aborda su lectura estos datos previos pueden dar una ilusión de actualidad o de cercanía. Sin embargo nada más inactual y lejano que la atmósfera de su obra.

Tanto en su escritura como en su vida la autora trazó misterios y eludió respuestas. Su fecha de nacimiento renegada como dato en entrevistas y publicaciones no pudo eludir la fecha certera de su muerte, enmarcando así el tiempo de una creación que intentamos homenajear como azorados lectores.

Apostar a realizar una reflexión de sus textos desde el Psicoanálisis es el desafío.

Entendemos al Psicoanálisis como la perspectiva teórica que nos habilita a captar la estética de un discurso que desborda el texto anudando su trama entre la ficción, la fábula, la realidad y el delirio. Es en los bordes y entrecruzamientos de esas categorías que proponemos situarnos para el análisis de las condiciones de posibilidad del discurso poético de Marosa. A partir de la tradición intelectual de la cultura psicoanalítica es posible pensar las condiciones de creación artística como productos históricos que

* Psicóloga. Pérez Castellano 1326 Apto. 301 - E-mail: mrissof@adinet.com.uy

trascienden la simple correlación entre la temática literaria y los eventos biográficos de un autor, o a la hermenéutica especulativa. Es el Psicoanálisis mucho más que una técnica, es una “actividad práctico poética” (Castoriadis 1993: 95) , por su esencia creadora y recreadora del decir.

La riqueza de la obra que citaremos “Camino de las pedrerías” (Di Giorgio: 1997) sugiere caminos tortuosos de imágenes, de ritmos, de desconciertos que entendemos son los lugares privilegiados para pensar el discurso como un efecto de la condición del sujeto escindido.

El lector que naufraga en la lectura de sus relatos es convocado en algún instante, a confrontar con una expresión artística que traza la excepcional constitución de un sin sentido.

Además del arte las personas hemos construido históricamente otras formas de situarnos frente al desconcierto del sentido y al menos dos de ellas son: las ideas y las teorías.

Ideas sobre cierta brecha abierta que convoca a su sutura por medio de la palabra y teorías para explicar el desgarramiento como experiencia de la realidad.

Son esos dos caminos de la palabra los que enlazan en un destino común literatura y Psicoanálisis.

Pero no las palabras sino el discurso es el privilegio propiamente humano, continente del mundo en tanto espacio simbólico, gestos y coordenadas comunes que nos sitúan en la posibilidad valorativa. Desde Marosa retomamos una problematización sobre el discurso y sus límites, o sea sobre las dimensiones donde se anuda el sentido de nuestra existencia y donde condensan los hilos en fuga de lo real.

Con “realidad” o “real” no referimos a categorías ontológicas o a parámetros dados al conocimiento y a la verdad, sino que convocamos al lugar virtual donde confluyen significados y significantes, donde coexisten y son pensadas las palabras y las cosas. Es por eso que al decir Psicoanálisis no podemos hablar de Verdad sino de historia, de un relato que se interesa por la producción histórica del sujeto, por sus condiciones de sujeción, y por los fenómenos constituyentes de la individualidad.

Desde estas definiciones nos ubicamos en un Psicoanálisis que recurre al estudio de las obras literarias y de los mitos clásicos como fuentes donde buscar los rastros de un origen cultural imaginado. Esfuerzo científico y literario que desborda la dimensión psicopatológica y diagnóstica para insertarse en las grietas del saber, en los misterios de un abismo. En esa línea Freud produce su teoría, recorriendo la ruta de la incomodidad intelectual y el riesgo. Y es así que plantea que el análisis enseña que el delirio es una producción que se revela en algunos pacientes “...como un parche colocado en el lugar donde originariamente se produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo exterior” (Freud

OC.XIX: pp157). Ese esfuerzo de reflexión y cuestionamiento es índice de una intencionalidad: comprender la palabra y el discurso ya no como testimonios de la razón, sino como aquel lugar donde se revela la posibilidad de un sujeto que es presencia en la distancia inexorable que media entre lo real y su representación.

Sujeto que es una brecha abierta que provoca el nacimiento del relato mítico como necesidad.

“El mito es como un relato de lo que podría haber ocurrido si la realidad coincidiera con el paradigma de la realidad”. (Ferrater Mora Dicc. Filosófico)

La representación es siempre inscripción cultural por la que transcurrimos, delimitados por los complejos procesos históricos que nos conforman, que nos modelan la acción y el pensamiento con paradigmas éticos y estéticos.

Son los relatos de Marosa lugares privilegiados para confrontar con la distancia velada por el pensamiento mitológico donde reposa la ilusión del origen y de la continuidad. La obra de la autora nos estrella contra los límites del paradigma, enfrentándonos al espacio donde el mito no aparece y el fenómeno estético queda desnudo.

“La madre regaba los alhelies. Y un poco más adelante los “pensamientos”. Estos eran morados, casi negros y a ratos, eran blancos. Bien no se sabía si se trataba sólo de flores o habían caído del cerebro materno.” (Di Giorgio: 1997:pp48)

Si el pensamiento es diálogo interno establece en su posibilidad una paradoja entre la capacidad de confrontación consigo mismo y la fluida permanencia del lenguaje, condiciones básicas desde donde acceder a la discriminación. El “florecer” de la individualidad es un proceso nunca del todo acabado que nos enfrenta al destino humano de ser y de saber.

Para que la continuidad sea memoria del relato histórico debe proponerse el mito del origen, ese caer del “cerebro materno” como corte fundante. Desfloración primera que permite encontrar bajo la ley del tiempo compartible la periodicidad rítmica que nos estructura, nos contiene y nos otorga el verbo.

En la negación del mito el universo se torna misterioso, opaco. La obra de Marosa revive estos misterios y se teje en la tela especial con que están hechos los sueños y las pesadillas.

Los habitantes del mundo de la autora son los seres desfigurados de un cuento de hadas. El paisaje más que descrito es sugerido con una familiaridad extraña y extrañada de sí, esencia de lo ominoso (Freud OC TXVII: pp 242).

En su poética narrada se palpan objetos imaginados, productos de su fantasía femenina e infantil. Danzan en la grafía las sonoridades mágicas

del lenguaje de las alhucemas las diademas las novias, el blanco... Y esa música dionisiaca inefable es casi imposible de tolerar en las afueras de la protección del arte.

Entre Narciso enamorado y las mujeres niñas de Marosa media la terrible distancia que impide el consentimiento.

La inocencia infantil de su literatura dibuja un abismo al que proponemos formular como metáfora del anti mito. Marosa mira con un ojo fijo y describe el mundo, y logra ser allí tan inocente como sólo puede serlo un ojo ciego.

Es el anti mito una categoría diferente de representación, no su ausencia. Inscripta en el discurso como fenómeno subyacente, como las afueras de todo parámetro valorativo totalizante y de los vectores que generan la inteligibilidad causal.

Un lugar en ningún lugar, donde las cosas y los seres pueden transitar en un más allá de la trascendencia, del sentido simbólico absoluto que necesita separar eternamente el bien del mal.

Están estos relatos alucinados atravesados por los finales y por los inicios, fuera de la cronología, escritos como paradojas fecundas sin moraleja posible.

El saber en su discurso está condenado a una ceremonia que confunde la parte y el todo, en la desmesura espesa de imágenes que convocan a analizar nuestro esfuerzo de rescate. Esa imperiosa urgencia surge en el lector como la conciencia del naufragio del significado en lo monstruoso. Desde un ejercicio simbólico amputado de sus relaciones se nos conduce la mirada a la experiencia de lo siniestro, concebido como un orden contrario a la naturaleza.

“Él apenas marchaba con pasos que no lo eran; la comía como a pedazos, bobo y luciente, todo de blanco, todo de novio. Era un pan sexual con un pie. Quedaba aceitoso, atrevido, se le amarató la espalda, le ardía el garfio íntimo como si fuera de oro, aunque a la vista sólo parecía un grueso espárrago color de rosa insertado a un hongo.” (Di Giorgio:1997: pp33)

La fusión y el caos subvierten el orden natural, o mejor dicho el orden artificial del discurso hasta cuestionar los cimientos de la erótica propuesta.

La sexualidad explícita desborda los límites de la representación interrogando en ese acto la posibilidad misma de la existencia de los seres.

Las visiones se suceden como un estremecimiento, pero el relato no puede ni quiere limitarse a ser evidencia atroz. Se produce entonces una expresión donde el goce trágico es el producto de imágenes que nos golpean con violencia, incitando al pensamiento a resistir la confrontación estética.

Sobre la escena se expone la verdad desnaturalizada, la obscenidad radical del pensamiento articulado sobre el signo casi desnudo... el camino

hacia las profundidades inefables del desgarramiento. El relato citado evidencia de forma privilegiada la ruptura de toda causalidad articuladora, de toda taxonomía. Quiebre que impide la conceptualización en tanto potencia integradora, ¿cómo ordenar un suceso que se despliega sin identidad? ¿cómo inscribir en la memoria el suceso narrado sin contar con la posibilidad de la analogía?.

Aún entonces el goce de lo bello no se ha malogrado.

Marosa logra la magia del desconocimiento del tiempo perdido, y con la fuerza de su rebelión psíquica anula el derecho al duelo improbable y a la aflicción posible.

“Entraron unas mujeres bellísimas sin cuello ni cabeza, con deslumbrantes trajes que parecían antiguos y modernos.....
Y la enlazó y se pusieron de baile, la besaba en las tres bocas.
Decía -¡Es terrible! ¡Esto es grandioso! ¡Es tres!! (Di Giorgio: 1997: pp94)

¿Podremos afirmar a partir de esta autora que el amor es energía pulsional o ilusión totalizadora; o necesidad o pasión desesperada que intenta el vínculo absoluto de la unión? El amor sensual trasuntado en los relatos es un presentimiento primitivo y caníbal, ni siquiera humano, donde lo corpóreo se mezcla y desintegra en el mismo acto exhibiendo su naturaleza en partes, en atributos, en gestos.

Es el vínculo propuesto como fusión el reflejo de una experiencia dolorosa, por momentos rota y por otros lograda. Se sufre y se goza en la tensión de una lucha que desencadena los demonios de la expresión artística, fuerzas poderosas que permiten el nexo entre una experiencia subjetiva particular y un público posible.

La poetisa no escribe tras una abstracción o tras una metafísica de la existencia erotizada sino sobre la mística de las cercanías, integrando al misterio las cotidianidades y familiaridades de una siesta pueblerina. Es allí un lugar donde

“... el símbolo asume la plena operación y el significado de lo simbolizado...” (Freud OC TXVII: pp.244)

Las palabras-objetos anudan la actuación de tres personajes que se reiteran tras diferentes máscaras: la obra, la autora, y su público. Constituyendo una relación incestuosa, particular, legítima.

No es fácil acceder a la propuesta literaria de Marosa, existen las fricciones, los dolores, las dificultades. Al recorrer su camino de piedras (¿preciosas?), es posible percibir en otra dimensión el mundo, concebido como efecto que condena a la esterilidad cualquier proyecto de interpretación o interpelación.

Los relatos nos remiten a un presentimiento: el sujeto del discurso se fragmenta, se difumina, se escapa.

A la pregunta: “¿quién habla?” Marosa devuelve siempre una misma respuesta muda.

Resumen

Las grietas de la piedra. Una reflexión sobre los límites del discurso en la obra de Marosa Di Giorgio.

Mariana Riso Fernández

El artículo establece una perspectiva de análisis sobre la obra literaria de Marosa Di Giorgio Médicis, utilizando conceptos del Psicoanálisis. A partir de ese objetivo se desarrolla un acercamiento teórico al campo complejo de problemas que se plantea en torno a la noción de Sujeto como interrogación presente en la intersección de distintas líneas de análisis, algunas de las cuales son: el estudio literario, la perspectiva discursiva sobre el inconsciente y la filosofía del lenguaje.

Intersección ésta presente en el trabajo que es definido como un estudio crítico de las condiciones de posibilidad del discurso de la autora y de sus efectos de representación.

Se formula una tesis que es la llamada “del anti mito”, propuesta conceptual original que intenta dar cuenta de la particular experiencia estética que expresa la narrativa poética de la autora, experiencia que es determinada por:

- la fragmentación del personaje,
- la pérdida de las coordenadas crono génicas y topo génicas,
- la ausencia de causalidad articuladora,
- la carencia de un paradigma trascendental o de un sistema valorativo implícito en la dimensión extra o intra textual.

En síntesis se formulan algunas líneas de reflexión a propósito de la narrativa poética Marosiana, a modo de breve estudio o interrogante sobre las formulaciones teóricas actuales que se despliegan como perspectivas críticas en torno al Sujeto de la enunciación.

Abstract

“The stone’s crevasses: reflecting on the limits of discourse in the work of Marosa di Giorgio”.

Mariana Riso Fernández

The paper provides a discussion of the literary work of the Uruguayan writer Marosa Di Giorgio Médicis from a psychoanalytic standpoint. The concept of Subject is considered through the intersection of different lines of analysis, such as the literary study, the discourse on the unconscious and the philosophy of language. The paper carries out a critical study of the author's representational strategies in order to achieve a better understanding of the conditions that made her discourse possible. In this context, the concept of "anti-myth" is discussed as a means to grasp the aesthetic experience expressed by the author's poetic narrative. This experience is determined by the fragmentation of the characters, the loss of time and space bearings, the absence of an articulated causality, the absence of a transcendental paradigm or an implicit system of values in the text or outside it. Some lines of reflection are formulated concerning the Marosiana poetic narrative, through a brief study on the current theoretical formulations as critical perspectives around the Subject of the enunciation on Psychoanalysis.

Descriptores: LITERATURA

Bibliografía

DI GIORGIO, M. *Camino de las Pedrerías*. Ed. Planeta Montevideo 1997.

DI GIORGIO, M. *Papeles Salvajes* I y II. Ed. Arca Montevideo 1979.

CASTORIADIS, C. *El mundo Fragmentado*. Ed. Nordan Montevideo 1993.

FERRATER MORA *Diccionario Filosófico* – Ed. Ariel Barcelona 1998.

FOUCAULT, M *Las palabras y las cosas* Ed. S.XXI México 1981.

FREUD, S “Lo Ominoso” *Obras Completas* T.XVII Amorrortu Bs. Aires 1986.

—————“Neurosis y Psicosis” *Obras Completas* T.XIX Amorrortu Bs. Aires 1986.

HEGEL, G. *Fenomenología del espíritu* Ed. FCE México 1987.

LACAN, J. *Las Psicosis – Seminario III* Ed. Paidós 1982.

LECLAIRE, S. “En busca de los principios de una psicoterapia de las psicosis” – En: *Acto Psicoanalítico – Teoría y Clínica*. Nasio, J. (comp.) Ed. Nueva Visión, Buenos Aires 1984.

La palabra poética y la palabra

Edmundo Gómez Mango ***

A Elías Uriarte

Queridos amigos:

Agradezco mucho la invitación a participar en estas segunda jornadas sobre psicoanálisis y literatura, a sus organizadores y muy especialmente a Marta Labraga de Mirza, aunque mi colaboración se haga desde lejos, in absentia y sólo a través de estas líneas.

No se trata de confundir las lenguas, de querer hacer literatura cuando se trata de psicoanálisis o viceversa. La cuestión fundamental creo que podría formularse así: ¿existe una relación entre la experiencia de la palabra en la poesía y la experiencia de la palabra en la situación analítica? ¿Se encuentran en algún punto estas dos aventuras tan específicas y radicales de la palabra humana?

¿Qué significa preguntarse sobre la experiencia de la palabra en la poesía? Para acercarme más a la problemática que intento interrogar, tendría que utilizar el término alemán *Dichtung*¹, no porque quede bien entre analistas referirse a la lengua madre del psicoanálisis, sino porque en las fronteras de las lenguas que puede llamarse traducción o *Übertragung*², transferencia lingüística, transporte de una lengua a otra, hay algo ya de fundamental y que aproxima la experiencia de la lengua en la literatura y en el psicoanálisis. *Dichtung*³ dice la poësis, y es ahora el griego el que aporta su luz original; se trata de la génesis, del hacerse, del fabricar, del poïen o de la poësis de las palabras. *Dichter*⁴ en el título del conocido artículo de Freud *Der Dichter und das phantasieren*⁵ es aquel que participa en la actividad de la palabra literaria, que fabrica literatura en no importa qué

* *Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Francia. 150 Av. Du Maine, 75014 Paris. E-mail: edmundo.Gomez@wanadoo.fr*

** *Las traducciones del alemán pertenecen a Damián Shroeder.*

¹ *Poesía*

² *Transferencia.*

³ *Poesía.*

⁴ *Poeta.*

⁵ *El creador literario y el fantaseo.*

género. *Dichtung*⁶ es la actividad de la palabra poética en su sentido más amplio, aquella que crea objetos literarios, aquella que dice la literatura. Recordemos otro título célebre: *Dichtung und Wahrheit*⁷, Poesía y verdad, de Goethe. *Dichtung*⁸, actividad poética de la lengua, *Phantasieren*⁹, fantasear o “fantasmear”, actividad de la imaginación y del fantasma, *Wahrheit*¹⁰, verdad de la vida de un hombre y de un poeta: títulos y palabras que señalan la buena dirección, el sentido en el que queremos orientar el andar el camino de esta breve intervención. Preguntarse sobre la palabra en la poesía es así adivinar el sentido que la palabra busca para investigar en la fantasía y en la verdad humana, es indagar en el vínculo radical que la palabra poética descubre entre el fantasma psíquico y el lenguaje. Maria Bonaparte tradujo el *phantasieren*¹¹ del título aludido como *rêve éveillé*, o soñar despierto. Su decisión traductora tenía por lo menos el mérito de acercar otro término esencial que abre junto con los otros un nuevo acceso a la interrogante formulada: ensoñar, sueño, actividad onírica conciente o inconsciente. No se podría escuchar, entender la experiencia palabrera de la poesía sin esta resonancia de la fantasía y de lo onírico, sin este acercarse fundador entre la actividad de la palabra en el sueño y en el poema.

La aventura de la palabra en la situación analítica es radicalmente diferente de aquella que la atraviesa en el poema. No pretende producir un texto o un escrito. Sin embargo, la palabra en análisis tiene todo que escuchar de la palabra poética, de la actividad poética de la palabra. ¿No tiende la escucha analítica a establecer o adivinar vínculos entre la actividad del fantasear, del “fantasmear” y la palabra dicha en sesión? ¿No intenta, cuando escucha el relato del sueño llegar a su poiesis, a la actividad de pensamientos, imágenes y palabras de la que el relato ha surgido?

La palabra en análisis no hace ni texto ni obra. Es la palabra efímera por excelencia. La regla fundamental, la *Grundregel*¹², orienta la palabra hacia su fundamento, hacia su fondo abismal, pero también hacia su “razón” o “principio”, otros sentidos que se escuchan en el *Grund*¹³ alemán. Se enuncia así la paradoja fundadora de la aventura analítica de la palabra: debe ser pasajera, efímera, devorarse a sí misma en la transitoriedad libre de su propio flujo, para avizorar el fondo, el fundamento y el abismo, su razón y su principio, donde convergen, desapareciendo y surgiendo,

⁶ *Poesía.*

⁷ *Poesía y verdad*

⁸ *Poesía*

⁹ *Fantasear.*

¹⁰ *Verdad.*

¹¹ *Fantasear.*

¹² *Regla fundamental.*

¹³ *Fundamento.*

lenguaje y pensamiento. La Einfälle¹⁴, literalmente lo que cae en la mente, en el espíritu o más precisamente en la actividad misma de la lengua, la “idea” o representación que viene y se impone, arrastra consigo vestigios y trazas de su proveniencia, de su originarse, de su propio surgimiento. La libre asociación de ideas que inventaron las pacientes histéricas en la escucha de Freud como método terapéutico, la “talking cure”, descubrió una relación radicalmente nueva entre el hombre y el lenguaje. La creación originaria de Freud consistió en escuchar lo que nadie antes había escuchado en las palabras del paciente neurótico, el vínculo inconsciente que ellas establecían entre la sexualidad infantil originaria y la transferencia al analista.

¿De dónde surge la palabra en el poema? Todo él es un Einfalle¹⁵, algo que viene en la inspiración al poeta, a lo que él se abandona; es un dictat, un dictado que surge de otro, de lo otro y que el poeta escucha y acoge. La escucha poética engendra la palabra proferida. El poema es primero, originaria y abismalmente, escucha del lenguaje actualizado en la lengua. La palabra poética es extranjera, del otro, escuchada radicalmente, en su raíz, para poder ser dicha. Al cantarla, el poeta se desposee de sí mismo, se pierde en la lengua, la suya y la de nadie, la del presente y de la inmemorial memoria, la más íntima y la de todos. En la entrega escuchante a la palabra extranjera y ensí-mismada, se crea, se genera el trabajo del poema. La palabra poética hace obra, construye (casi siempre destruyendo lo esclerosado del lenguaje degradado), el poema avanza hacia su origen, que está siempre delante de él, como la fuente en la que desea abrevarse para suspenderse inacabado y todavía sediento.

La palabra en análisis no sabe a donde va, no sabe lo que hace cuando dice, no sabe lo que dice cuando parece dirigirse al analista. No hay nada menos “natural”, más “antisocial” que la situación analítica: una persona reclinada en un diván y que habla, otra sentada detrás de ella y que escucha. Y sin embargo todo está en germen en esa dis-posición, esta deformación de la escena y sus actores. La palabra dirigida no al rostro del otro mirado por quien le escucha, sino a un interlocutor invisible: es un hablar que implica la escucha, un decir que crea la escucha y que es a su vez creada por la escucha del otro. La intención del hablante analítico no es la de comunicar: la regla fundamental invita a hablar por hablar, sin finalidad precisa, sin representaciónmeta.

Así se propicia el surgimiento de las “ideas”, de las palabras incidentes que abren hacia lo imprevisible, lo sorprendente, lo que resuena en la sexualidad infantil.

¹⁴ *Lo que cae en la mente*

¹⁵ *Lo que cae en la mente, algo que viene en la inspiración al poeta.*

El poeta y el analista sospechan del lenguaje. El poeta combate con las palabras, las crea, las odia, las destruye, las ama y las recrea. Las deforma y las altera para encontrar o acercarse a su forma propia y primigenia. Busca lo primitivo, lo primordial que las frases esconden, que los vocablos ocultan, y a lo que él intenta aproximarse, sabiendo de antemano que jamás la palabra coincidirá con la cosa que intenta decirse. El analizando y el analista avanzan analizando, separando lo que viene unido, desmembrando lo que desde el comienzo parecía un conjunto, descreyendo de lo que se afirmaba con la fuerza de la convicción. El relato de un recuerdo, como el de un sueño, encubre y desvela, ahoga y distorsiona lo que se empeña en surgir. En momentos fecundos pero escasos, la palabra en análisis se desprende de la realidad incierta del pasado y de la memoria, vacila y balbucea, confunde los lugares, mezcla los tiempos y se abre al presente de la ficción. Ambos, poeta y analista, convocan la ausencia que anima al lenguaje.

La palabra analítica es dicha en la transferencia. Es éste su carácter más radicalmente enigmático. El que hace que la palabra se acerque o se aleje de aquello indecible pero vivenciado en la presencia transferencial. Lo que aproxima la rememoración a una repetición mortífera. Y lo que aviva, en el amor odio de la relación analítica, lo infantil, no como una historia lejana del pasado sino como una encarnada realidad en el presente. La transferencia suscita la palabra, siempre alterada y deformada, pero permanece muda en el lenguaje mismo: en ella habita el infans, lo que de lo infantil, quiere y no puede, puede y no quiere, acceder al lenguaje.

El psicoanálisis está centrado en la obra fundadora de Freud. Es esencialmente la labor de un investigador, de un pensador y de un escritor. El Libro del psicoanálisis, la *Traumdeutung*¹⁶, La Interpretación del sueño, que inventa un nuevo género literario sin antecedentes y sin sucesores posibles, no hubiera podido ser concebido sin la actividad de la escritura: la escena primitiva analítica está protagonizada por un hombre que escucha sus sueños y los analiza -literalmente- escribiendo, que recuerda los síntomas de sus pacientes, sus relatos oníricos y los piensa y analiza escribiendo. Un hombre que ya terminado el libro -él mismo lo ha confesado- descubrió en él su duelo por el padre muerto. La obra fundadora, el libro del sueño, lo es también del trabajo de duelo, la sepultura escrita que conmemora a los muertos queridos. La correspondencia con su amigo Fliess, verdadero gesto inaugural -también transferencial-, estaba animada por la misma función de escribir inventando. La escritura freudiana no se limita a comunicar algo que está ya descubierto, sino que es un instrumento imprescindible para procesar el

¹⁶ *La Interpretación del sueño.*

descubrimiento mismo en su estado naciente: la significación del sueño, del síntoma y del inconsciente, del dolor de existir y de la ausencia.

El poeta, en la tradición freudiana, es el adelantado: el que va adelante, el primero, el que conquista con las palabras lo que intenta permanecer escondido en el alma y en el lenguaje mismo. Freud escribió la mayor parte de su obra en la escucha de Goethe, y es quizás el abismal trabajo del romanticismo alemán que abrió la lengua alemana al sueño, lo que le permitió ahondar en ella y conquistar el psicoanálisis para que los hombres se adentren aún más en la aventura inacabable de pensar soñando y escribiendo.

Una última semejanza de fondo, que sirve para establecer la desemejanza aparente: quizás una misma certidumbre surge en nosotros cuando escuchamos la voz de un poema y las voces de los pacientes entremezcladas a nuestra propia voz interior: algo mudo, una presencia más allá del lenguaje, que quiere y no alcanza a decirse en él, que está allí como al acecho, en una proximidad urgente en la que corremos el riesgo de extraviarnos, y que no podemos sin embargo nombrar.

No se si es sólo debido al azar, que termino de escribir estas líneas un 6 de agosto, sesenta años después de aquel terrible día en que surgió por primera vez en el cielo de los hombres el hongo trágico de ceniza y tiniebla mortífera que aún hoy nos amenaza. No se si es un azar que haya dedicado estas líneas al poeta amigo, Elías Uriarte, autor de un inolvidable “Hiroshima”. Su poema intentó atrapar, en la fragilidad sonora de sus versos, algo del horror inaudito, inaudible, inédito, del demoníaco experimento que, traicionando la ciencia, lograba, en el instante más repleto de muerte de la historia de la humanidad, la destrucción de una ciudad, de sus habitantes y de su tierra. El poema se erige como un recuerdo empecinado en no olvidar el genocidio de un instante, provocado por el terrible engendro mortífero que la crueldad perversa de los hombres llamó Little Boy. El poema conmemora el horror para poder contemplar el rostro ausente de Hiroshima, para decir, pese a la muerte, el amor que nos mantiene en la vida de las palabras.

Desde lejos, pero con ustedes, con la poesía y con el psicoanálisis, mi fraterno abrazo.

Descriptor: PSICOANÁLISIS / LITERATURA

Todo humano es un novelista (o debiera serlo)

*Marcelo N. Viñar**

Preliminares.

“*Relato, ritmos narrativos y construcción de la realidad*”**, es el tema de nuestra mesa. El título en sí mismo ya es polémico y controversial.

Algunos piensan que la realidad es, que está allí antes de y la leemos tal cual es. **Adequatio Res et Intellectus**, adecuación de la cosa al intelecto por gracia divina.

Otros pensamos –como sugiere el título propuesto– que ciertas realidades no se ajustan o adecuan a ninguna cosa. Se construyen **en y con** el relato que de ella hacemos.

Para evitar una querrela entre empiristas y constructivistas (guerra torpe y reiterada), debe tenerse en cuenta que no es lo mismo considerar la realidad de la naturaleza (los objetos materiales minerales, vegetales, animales), que los **objetos del discurso**. Es diferente la objetividad en causa cuando digo de atravesar el muro por la pared o por la puerta, (allí lo real resiste a mi deseo y me puede hacer un chichón), a cuando digo mi mamá me quiere o mi novia es linda, o como el Uruguay no hay.

Las claves o códigos de referencia son diferentes, distintos, heterogéneos. Es el registro de la creencia, de las leyendas, de la mitopoiesis, tal como ha trabajado Daniel Gil en nuestro medio.

Si se busca homogeneizar ambas cosas en el mismo registro fáctico, se pierde algo de la riqueza humana como especie que, con su pensar, con su hablar, fabrica realidades nuevas, como las del arte, la literatura, la poesía, las religiones y otros mitos. Un mundo de ficción, de ilusión, de leyendas, de creaciones de la mente humana, que los griegos unificaron en el término de **Mimesis** o **Representación**.

Sobre este fondo conceptual, ¿cómo es que la especie humana construye los sentidos y significaciones que orientan su existencia; lo bello y lo feo, lo sagrado y sacrílego? Esta es una interrogación que ocurre en toda la historia de la civilización. Hemos recordado la actualidad, el intervalo entre nuestra generación y la de nuestros hijos y nietos, es decir la historia de los últimos 20 - 30 años y los efectos materiales y simbólicos de

* * Miembro titular de APU. Joaquín Núñez 2946 - C.P. 11300 - Telfax: (5982) 7117426 E-mail: maren@chasque.apc.org

** Panel del día 4 de setiembre compartido junto a Roger Mirza.

la revolución informática y de la revolución sexual. Lo característico de la actualidad es la velocidad, la aceleración y la acumulación de datos informativos a metabolizar que tiene forma de curva exponencial, que lleva a la plétora, a la indigestión y a la pulverización de la comunidad de oyentes.

De esto queremos conversar, de cómo se producen las inscripciones psíquicas, las inscripciones, los procesos de construcción subjetiva, de construcción identitaria en el mundo de hoy. ¿Cuál es el intervalo, las analogías y los contrastes con el mundo de nuestra juventud? Lo que plantea el tema de la transmisión entre generaciones. Para eso, en tandem, les propondremos algunas ideas introductorias.

1) El Juego del Carretel.

Participando de un momento trivial de la rutina doméstica, pero en pleno uso de su capacidad observacional y de su intuición semiológica, Sigmund Freud descubrió o inventó (los límites son aquí tan equívocos como en la ley de la gravedad intuida por Newton, con la caída de una manzana); Freud describió, reitero, lo que más tarde la historia del Psicoanálisis inmortalizó como el juego del carretel (o de la bobina). A partir de ese descubrimiento inicial que anuda lo cotidiano trivial a la intuición del genio, miles de páginas han sido escritas sobre el trabajo de simbolización y sus fallos, fracasos y falencias, desarrollando y complejizando un tema crucial en la estructuración psíquica y de la psicopatología. Tema para el cual Mónica y Diego proponen el nombre de Inscripturas*.

La gramática freudiana es simple y elocuente. Se trata de significar una emoción, un afecto: la experiencia dolorosa del objeto protector faltante, la vivencia de la ausencia materna. El sujeto afectado, a los 18 meses, crea un juego con el que adquiere patente de autor teatral, gracias a que su abuelo se implica como espectador crítico, creando un campo bipersonal; uno que dice, otro que escucha, es el escenario básico, la unidad indivisible de la experiencia humana del hablante. Para que haya palabra tiene que haber dos, me enseñó Daniel Gil. La obra (el juego) consiste en transformar la experiencia dolorosa – la pérdida o ausencia del objeto amado – en un despliegue escénico gestual, 1) la acción de arrojar y recoger un objeto (cuerpo expresivo en acción) y 2) un rudimento de expresión verbal, el famoso Fort-Da. Cuerpo expresivo y lenguaje verbal

* En: «En obra ... aún sin título», de Diego Speyer y Mónica Vázquez, 2005, inédito. Presentado en Mesa Redonda: Escritura, violencia y terror; Jornadas de Literatura y Psicoanálisis, setiembreE 2005.

van juntos y son indivisibles. No es la palabra desubjetivada del discurso científico, sino palabra encarnada de un cuerpo erógeno.

2) Ciencias Naturales y Ciencias del Sujeto.

Propuse antes el equívoco entre descubrimiento e invención, para subrayar que en psicoanálisis (¿y en literatura?) es indisoluble el vínculo, (o la atadura), entre el hecho que se observa y el modo de inteligir (de interpretar) lo que está ocurriendo, que no viene de lo observado, sino del “magin” del observador, quien organiza y codifica lo que está percibiendo y ordena su lectura.

La complementariedad de roles entre Freud y su nieto no es fortuita, sino ejemplar de un campo psicoanalítico, el que es –axiomáticamente– bipersonal. Es a esta atadura a la que M. Bajtin llama principio dialógico, que ordena un campo de comprensión diferente del que se da en la observación en ciencias naturales. En éstas el objeto observado no responde e interpela al observador ni lo modifica, mientras que en ciencias humanas, lo observado es un producto de la mente humana e interpela al observador, dice W. Baranger en Artesanías Psicoanalíticas.

En las ciencias naturales se apunta a la objetividad. En las ciencias del Sujeto, sólo la saturación de subjetividad logra una comprensión que no surge de la facticidad de los hechos, sino de la lectura empática y creativa de alguien que escucha a otro que quiere expresarse en su singularidad. Dicho en otros términos, existe una solidaridad estrecha entre una secuencia de acontecimientos humanos y la mirada crítica, rigurosa, empeñada en descifrar sus sentidos, en general polisémicos.

3) El primer día de escuela: Desprenderse de la inmediatez perceptiva, una revolución epistémica.

Con este “capital” de conocimiento en mis alforjas, escuché con asombro y deleite una nueva versión de la historia del Fort- Da, en una conferencia de un profesor liceal, francés, de literatura, Daniel Pennac, cuyo talento lo llevó a ser un novelista de fama internacional.

En forma menos rudimentaria que el niño de Freud, pero con la misma eficacia de taumaturgo, Pennac invitó a su auditorio a invocar y revivir nuestro primer día de escuela primaria. Con un talante escénico inimitable, nos llevó a ese momento crucial de los primeros días escolares. Nuestra madre que nos lleva y nos deja, el mundo familiar y protector de antaño queda en lontananza y un universo nuevo y desconocido se abre con la experiencia inédita de la escuela. Curiosidad, sí, pero también susto, miedo a lo desconocido. Ganas de quedarse y ganas de huir. Déjense sugestionar y desde la hipnosis invoquen ese primer día de escuela que cada quien guarda en su tesoro de recuerdos. Cuando la maestra va al

pizarrón y escribe dos veces la eme y la a, y enseguida la vocaliza con el volumen y la exageración de un cantante de ópera: MAMA.

Pennac dice (y yo adhiero y comparto) que en ese momento crucial se produce lo que él llama la revolución epistémica más decisiva y vertiginosa por la que la mayoría de los humanos atravesamos y vamos adquiriendo durante la escolarización. El grafismo Mamá deja gradualmente de ser críptico (como nos ocurre cuando miramos escritura árabe o babilónica) enlazándose con el fonema que la maestra declama ostentadamente, y ambos gestos, el gráfico y el fónico, se anudan, se entraman con la experiencia reciente de la madre que se ausentó. Además de lo concreto, personal e interior que me pasa allí, a mí y sólo a mí, es lo genérico o categorial que les pasa a todos y cada uno de los que están allí conmigo.

De lo concreto a lo genérico, quizás el prototipo elemental para distinguir pensamiento operativo y conceptual.

Pero más que esa disquisición de lógica, me importa señalar el salto del universo familiar al social: la escuela como puerta de acceso a los símbolos patrios y de la cultura, en su doble faz de gloria y ridículo. Que lo que le pasa a todos los que están allí, que también les pasa lo que a mí y sólo a mí, lo que me parece un modo elocuente y formidable de explicar el núcleo de la Einfüllung (empatía) freudiana, ingrediente esencial del lazo social y de la convivencia y fundador del espacio terapéutico. Traigo a colación lo que precede, por obvio y esencial, y porque es una escena que está amenazada en el vértigo de la vida moderna: la empatía de encuentros estables.

Con seguridad otros lectores del juego del carretel y escuchas de la conferencia de Pennac, contarían las cosas de otro modo, con otro énfasis. Yo no apunto ni a las regularidades observables ni a la exactitud, sino lo que me importa es la penetración expresiva y la eficacia poética. Lo que si bien arriesga la babelización, fomenta la evolución y creatividad y evita el catecismo y la psitacosis. Es lo que Serge Viderman llama la diseminación del discurso freudiano. Cuando el lenguaje se libera de su exigencia operativa adaptativa y se vuelve creativo.

Volviendo de la digresión. Lo que jerarquizo de mi lectura de Freud y Pennac es la pluralidad de registros expresivos y su articulación. Ésta puede ser funcional, (sublimatoria y creativa) o disfuncional (patológica). Lo que importa es el acorde o el arpegio de registros diferentes que se organizan recíprocamente y se apoyan unos a otros. Entre percibir, sentir y significar hay un trayecto y la actividad de pensar sólo se culmina con el tercer término cuando logramos significar.

El hecho afectivo, (mamá no está), no está sustituido, sino sostenido, apuntalado por una producción del sujeto afectado, quien mediante la creación de símbolos, mediante palabras y grafismos o mediante una acción intencional y productiva, logra transitar la experiencia de estar desprotegido. Esto no evacua el afecto, sino que lo sostiene, lo apuntala, lo mediatiza. Esto no ocurre sólo a los 18 meses, sino durante toda la vida. El acontecer desorganizado y anárquico, conquista con la operación simbolizante: premisas y continuidad. Por consiguiente, el acontecer se vuelve pensable, historizable. En la historia íntima ¿dónde se anuda la facticidad y la leyenda? El personaje nunca está ya allí, se inventa y se recrea entre los acontecimientos y las construcciones narrativas.

La nominación no es la cosa, pero la invoca, la convoca, comenta Gantheret. Por eso hace más tolerable la ausencia ofreciendo una mediación a la espera, brindando en la desaparición una discriminación entre la ausencia y la muerte. La distinción entre un tiempo caleidoscópico (Koolhaas) donde el tiempo es siempre presente -(cuadros sucesivos sentido como eternos)- al tiempo diacrónico, donde la espera esperanzada es posible.

En los temas que trabaja Myrta Casas en los “Caminos de la Simbolización”, siempre hay un largo trayecto para discernir las vías saludables, sublimatorias y las patológicas, en que el equilibrio o desequilibrio o la armonía o desarmonía se produce en esta pluralidad de registros (el substrato afectivo y la angustia, el cuerpo expresivo en acción y la palabra evacuativa, sintomática o la palabra creativa.)

Todo esto parece pero no es un ejercicio retórico, sino un cambio radical en el modo de funcionamiento psíquico, en el modo de operar ese “aparato” que llamamos la mente. Lo libera de la inmediatez, de la actualidad de las percepciones (presentaciones), le permite al tramitar la ausencia, crear un espacio de Mimesis donde se tramita la experiencia pasada y la anticipación conjetural de lo que puede ocurrir.

La temporalidad psíquica troca una sucesión caleidoscópica de actualidades perpetuas, mal vinculadas entre sí, a una temporalidad diacrónica donde en secuencias lógicas se da una congruencia entre lo que antecede y lo que sucede. Racionalidad viene de ratio. El Vocabulario de Filosofía de Lalande dice en su primera acepción: Facultad de razonar discursivamente, de combinar conceptos y proposiciones.

Uds. reconocerán en mi desarrollo una manera de apropiarme en términos que me hagan accesibles y actuales, las tesis freudianas sobre “Los dos principios de funcionamiento psíquico” (las diferencias y

oposiciones de lo que él categoriza como procesos primarios y secundarios).

Con mi lectura del Carretel (Fort Da) y la revolución epistémica del inicio escolar de Pennac, quiero contrastar y hacer visualizable la operación fundadora del mundo de Mimesis, donde la mente puede desconectarse transitoriamente del mundo de las presentaciones, de las percepciones, del acontecer material instantáneo. Contrastar esa adaptación operacional a lo inmediato, con la creación de una intencionalidad y anhelos que son propios del mundo de la Mimesis, que se desprende y autonomiza del decurso adaptativo.

Mundo de Mimesis. Dice Juceca al respecto, en los cuentos de Don Verídico:

“Ud. va y hace las cosas... después va al boliche y le cuenta a los amigos y recién allí, se da cuenta de lo que pasó”

Es tan simple y elocuente para marcar la diferencia entre el momento transitivo y el momento reflexivo del acontecer psíquico.

Después del sincretismo de los comienzos en que el pichón humano, constituye un mundo autocentrado, ptolomeico, habitamos el mundo concreto de hábitos y necesidades, pero el que una vez saturado no colma el anhelo de estar vivo psíquicamente, y todo individuo, grupo y comunidad desborda el marco de la necesidad para incluir el exceso de la demanda y el deseo.

Contraponer jerárquicamente el acto material y la mimesis, es como sucumbir al dilema del asno de Buridan. Por supuesto que lo material es el soporte o fundamento imprescindible, pero nadie quiere vivir en los cimientos, sino que quiere techos y hasta cornisas. Los hechos (mamá se va, tengo hambre, quiero dormir), son el soporte sensorial de la necesidad. El mundo de necesidades básicas ordena un mundo de hábitos (el pattern, el formato o engrama) de comportamientos habituales que ordenan nuestra relación con el mundo. Pero por sobre los hábitos, rituales y ritmos, se sobreimpone un añadido que va desde la exuberancia y la lujuria hasta el ascetismo y el despojo como contraparte. Estoy pensando por ejemplo en el Padre Serguei de Tolstoi, que recorrió uno y otro extremo (desde la lujuria al ascetismo). Sobreimprime la novela donde cada ser humano expresa algo singular, algo opuesto, o (en el reverso de lo que se llama las regularidades observables), subraya lo distinto de lo análogo que hay entre los seres humanos.

Es con ese juego sutil de analogías y diferencias detectables, con sus distancias óptimas y armoniosas, que se configuran el lazo social y los grupos y comunidades. Ocurre también que hay desvíos en esta afinidad que traman el rechazo al extranjero y la xenofobia. Los hombres viven

juntos para individuarse o para uniformarse en creencias monolíticas y no ser sí mismos.

4) Hecho y Re-presentación.

Entre el fato y el re(-lato) está la cuota de poiesis, de creatividad, que distingue a cada ser humano del semejante y que lo diferencia como único y distinto. El humano es un ser interpretante y autoteorizante, dice Jean Laplanche.

Quizás este universal no esté homogéneamente distribuido y sólo algunos hagan relieve visible en su condición de creadores, pero hay una novela de lo cotidiano a la que la mayoría de los humanos pueden acceder, a condición de que sus necesidades básicas estén aceptablemente colmadas; a condición también de no enajenarse en ideales carismáticos y devorantes, abstractos o encarnados, que deleguen en un Otro mayúsculo y absoluto el trabajo de individuación a recorrer, refugiándose en la creencia, de la religión o la raza, en la etnia o el partido o la tribu. Una novela donde configuramos anhelos, deleites y dolores.

Creo que mi modo de semiotizar la mimesis, enraizándola pero desprendiéndola del mundo material es un intento (el mío) o mi manera de combatir la dicotomía fantasía- realidad como si se tratara de la oposición entre la ficción y la realidad, o el equívoco entre la verdad y la mentira, o en un rango científico, la diferencia entre lo verdadero y lo falso. Como si la mente humana, dotada de los ojos de Dios, pudiera tan fácilmente llegar a la adecuación de la cosa al intelecto, un regalo divino de San Agustín, del que nos ha llevado tanto tiempo y esfuerzo poder desembarazarnos.

Puede que esta dicotomía sea operante en las ciencias naturales, donde el referente es extradiscursivo, pero la distinción es menos eficaz y hasta dañina en las ciencias humanas, ciencias del sujeto donde el referente es discursivo. Sería absurdo decir que el juego del carretel y su penetración expresiva viene del hecho de que la mamá se fue de compras y no de una creación (poiesis) en la mente de Freud. Los objetos discursivos – son productos del lenguaje y de la mente humana. En eso soy bíblico fundamentalista. Primero fue el verbo de dios, que luego creó la realidad del mundo.

5) Una noche de teatro.

Una cierta noche de otoño –consulté la guía de espectáculos de Brecha y me fui a ver Mi Muñequita. Confieso que el anzuelo que me hizo morder fue la edad del autor-director: 22 años.

Por azar, nos sentamos con un señor más anciano que yo en primera fila, era MS, también autor y director de teatro un par de generaciones antes de Calderón. Fue muchos meses antes de que la obra se configurara como referente de estas Jornadas. Vimos el espectáculo conteniendo el aliento, creo que deslumbrados por el despliegue escénico y la belleza y frescura de los cuerpos juveniles y el clima de humor de los parlamentos que fragmentariamente lográbamos descifrar. Allí desfilaban, al ritmo de una calesita loca y acelerada, los temas trágicos de todos los tiempos: acoso y abuso sexual endogámico, crímenes y violencias varias, en un clima de humor carnavalesco y en un texto errático y veloz de valencias múltiples e inconclusas. En mis rudimentos de solfeo, era como si los temas que Sófocles o Shakespeare trataron con redondas y blancas, era aquí tocado entre fusas y semifusas. Salimos atónitos y sacudidos y mutuamente los dos viejos atinamos a comentarnos. “Es otro lenguaje”.

La obra me dejó conmocionado, obligándome a pensar. No es poco mérito, no es tan a menudo que eso ocurre. La mastiqué y rumié con ambivalencia, entre el reconocimiento y la amargura, entre la admiración y el rechazo.

No se le perdona tan fácil a un autor -cualquiera sea su edad –que transforme la tragedia en farsa. Algo similar me pasó con “La vida es Bella” de Roberto Benigni en su parábola sobre Auschwitz. No se le perdona llevar su juego invocador de la familia postmoderna a un ritmo vertiginoso que obliga a juzgar tangencialmente sin asidero textual que sustente la reflexión. Que la farsa sea la contracara de la angustia, es un dato ostensible, pero insuficiente.

Espero que mi pataleo no suene a predicamento, no quiero jugar al viejo sabio que cuestiona la legitimidad expresiva de una obra. No tengo la estatura ni la autoridad para este cuestionamiento de valor. Lo hago como cualquier espectador puede hacerlo. Pero lo hago sí desde mis valores y creencias, que reflejan a una persona y a una época y sus códigos, que esta obra condena de hecho y de derecho. Pero me parece más honesto patalear que caer en el elogio, con demagogia juvenilista.

6) Parir sentidos y significados.

La búsqueda de sentidos plenos me parece irrenunciable. Aunque sepamos que la puja y el desafío de encontrarlos esté condenada al fracaso, aunque sepamos –como argumenta Imre Kertesz- que el sin - sentido es el

signo emblemático de este siglo, de esta época. Aunque sepamos que no llegamos lejos con una lógica logocéntrica, aunque digamos que por supuesto sabemos que la razón fracasa, aún así hay que afanarse por entender. Dice Kertész que no alcanza con sugerir que el fenómeno es irracional o incomprensible, hay que empeñarse en el fracaso y no usar el calificativo de irracional para apartarnos del simple hecho de la cosa real que nos interroga.

Los hechos por sí solos no dicen nada, son archivo estéril sin un punto de vista organizador y ordenador: una filosofía. El mito de la razón del siglo XVIII, agrega el mismo autor, fue el último mito productivo y su conversión en cenizas nos ha condenado a la orfandad psíquica¹, sigue diciendo Kertész.

No se trata de un debate entre el lenguaje verbal y otras formas expresivas². Si el lenguaje verbal dijera todo, no habría la música, la danza y las artes plásticas. Se trata de que en todas las formas expresivas hay, sea una exigencia de complejidad, sea transacciones evitativas desdiferenciantes, que apuntan a la evitación o fuga del sentido. No oculto que eso me irrita y me violenta, aunque tampoco tenga fundamento ni autoridad para deslegitimar el otro punto de vista que deslegitima al logocentrismo. Es sólo un punto de vista, pero es mi punto de vista, aunque varios jóvenes me hayan dicho que a ellos no se les derrumbaron los ideales y utopías, ni se le fracturaron las memorias, como hecho central de nuestra generación.

7) El mundo de hoy.

Al día de hoy, la plétora de acontecimientos, (la indigestión de sabiduría en estas jornadas es una prueba fehaciente) la saturación de información y la cultura del vértigo, parecen ser el rasgo hegemónico dominante de la instantaneidad cultural en occidente, muchos autores lo argumentan. También una época rebosante de acontecimientos apocalípticos, dice Kertész.

Siempre que hubo culturas hegemónicas, hubo culturas de resistencia. En esa trinchera me enrolo. Perdomo y Calderó traen, con su estilo y estética temas cruciales del teatro universal. Producen impacto y conmoción. Mis respetos, pero también mis objeciones, para fomentar la controversia. Me da escalofrío tratar los Crímenes Antiguos de la humanidad, los crímenes perpetuos en tono de farsa. Reconozco que para

¹ Kertész, Imre. *Un instante de Silencio en el Paredón: El holocausto como cultura. La vigencia de los Campos*. Herder editora. Barcelona, 1999. Pág. 55

² Dice Tomás Bedo: "En el mundo del self, hay cosas que no se acomodan al esquema gramatical de expresión. No por eso son inconcebibles, deben concebirse por medio de un código diferente al del lenguaje discursivo. Este no es nuestro único producto articulado. La vida es más amplia que la razón discursiva". En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n° 68, pp.39-55

un joven puede ser la única vía de acceso, no soy yo quien puede marcarle sus logros y falencias, sino para contarle el impacto que le produce la farsa del siglo XXI a un viejo de la primera mitad del siglo XX.

Para ir clausurando, no con conclusiones, sino con interrogantes y enigmas que me asedian.

El trabajo de simbolización, al que aludí con el esquema freudiano del carretel y el primer día de la escuela de Pennac, es tan permanente en la vida como el respirar, y va redactando una novela perpetua e inconclusa, de lo que –intermitentementetomamos conciencia.

Que el neurótico (mi paciente y yo) sea un novelista – ya lo dijo Freud y eso me atrae y captura mucho más que ciertas especulaciones meta-psicológicas. Que esa novela sea un imaginario lleno de falsedades, como consignó Lacan en su seminario sobre el Yo (Libro II) y El Revés – Reverso del Psicoanálisis –(los 4 discursos (Libro VII), no me inquieta en lo más mínimo porque esas mentiras son la vía regia, el “Sésamo ábrete”, o lo esencial de su condición de sujeto humano, es decir 1) anclado al lenguaje, 2) a la cultura y más conjeturalmente 3) a su constelación pulsional singular. En palabras de Imre Kertész, más conciso que los psicoanalistas: “Porque el ser humano es un ser que dialoga y no cesa de hablar ... cuenta sus quejas y sufrimientos, que no son meras descripciones, sino testimonios y quiere que éstos sean categorías y se conviertan en fuerza espiritual legisladora”³ .

Pero la simbolización –materia común de nuestros dos oficios- es el ejercicio de una falencia. Un resto inalcanzable, inaccesible será siempre la sombra que oscurezca nuestros empeñosos esclarecimientos. Afirma François Gantheret:

“Toda nominación funciona alrededor de un resto inalcanzable. La palabra no es la cosa, algo se escapa irremisible y necesariamente. La cosa es si es innombrable, creada como horizonte inaccesible por el lenguaje. Salvo en la psicosis en que la palabra es tratada como la cosa. Es el excedente de la cosa sobre la palabra, que hace del lenguaje el ejercicio mismo de una invalidez”.

Si la falencia no es excesiva o abrumadora, lo faltante será el motor y el estímulo para el próximo paso. Si nos abruma y desborda en exceso, habremos de sucumbir al síntoma o la desorganización y será mejor pedir ayuda.

Quizás la incapacidad de acompañar los ritmos narrativos vertiginosos sea un problema de mi persona o de mi generación y su

³ Kertész, Imre. *Op. cit.*

organización psíquica o hábitos mentales. Todos sabemos el tiempo y la penuria que nos insumió apropiarnos de unas pocas verdades y asumir una relación crítica con el mundo. Y esto lo logramos, dialogando, parsimoniosamente, en esos espacios coloquiales que Marcio Giovannetti llama de Hospitalidad y Permanencia.

Desde esta posición tengo una relación de desconfianza aprehensiva, quizás condenatoria, de la cultura de lo efímero y la instantaneidad, como evitación o fuga del trabajo de búsqueda de sentidos, búsqueda que de antemano sabemos fracasada. Pero, como dice el Quijote, lo que importa es el camino, no la morada. Quizás el vértigo pueda crear otras formas de simbolización, tan fecundas o mejores que las que nuestra generación pudo construir. A los jóvenes de demostrarlo.

El trabajo de significar la experiencia es no sólo inagotable e inconcluso, sino que un resto indescifrable acompaña el trabajo de significación como la sombra al cuerpo, esto es sabido.

Le importa al psicoanalista para enriquecer su comprensión de estructuración psíquica, le importa a las ciencias sociales para definir su concepción de la construcción de ciudadanía, nos importa a todos para entender los cambios del mundo actual.

El video clip o La Muñequita, son ejemplares del ritmo vertiginoso de una pléora representacional desbordante. Yo me pregunto qué efectos tiene la velocidad del ritmo narrativo sobre las inscripciones resultantes del trabajo de significación.

Yo me siento indigestado. Me pregunto si es un problema personal o de la época.

Seguramente el asunto está toscamente planteado, a modo de borrador, a modo de grito socorro, o invitación para pensar juntos cómo digerir esta indigesta saturación del presente.

Terminamos con palabras de León Felipe:

Sé todos los cuentos

Yo no sé muchas cosas, es verdad

Digo tan sólo lo que he visto.

Y he visto: que la cuna del hombre la mecen con cuentos...

Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos...

Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...

Que los huesos del hombre los entierran con cuentos...

Y que el miedo del hombre

ha inventado todos los cuentos.

Yo no sé muchas cosas es verdad.

Pero me han dormido con todos los cuentos... Y sé todos los cuentos.

Resumen

Todo humano es un novelista (o debiera serlo)

Marcelo N. Viñar

En un texto concebido para una exposición oral y la apertura de un debate, el autor se interroga sobre los efectos en las inscripciones psíquicas, de lo que en el mundo de hoy se ha llamado cultura de lo efímero o de la instantaneidad.

Summary

In a text conceived for an oral exposition and a debate, the author wonders about the effects in the psychic inscriptions of what we today call the culture of the ephemeral or of the instantaneous.

Bibliografía

FREUD, S. : Más allá del Principio del Placer. *Obras Completas*.-Tomo XVIII, Amorrortu ediciones, Buenos Aires, 1976.

PENNAC, D: (1992).- *Como una novela*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1993

LACAN, J: *Le Seminaire. Livre II. Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la Psychanalyse*. Ed. Seuil, París, 1986.

LACAN, J: *Le Seminaire. Livre VII. L'éthique de la psychanalyse*. Ed. Seuil, París, 1986.

KERTÉSZ, I: *Un instante de Silencio en el Paredón: El holocausto como cultura. La vigencia de los Campos*. Herder Editora. Barcelona, 1999.

Relatos, construcción y ritmos narrativos.

Roger Mirza*

El punto de vista -como ya decía De Saussure- crea el objeto y como señala Marx «La totalidad concreta como totalidad del pensamiento, como un concreto del pensamiento es, de hecho, un producto del pensamiento y de la concepción» (Bourdieu, pág. 51). Por otra parte “el hecho se conquista, se construye, se comprueba” (83) y los datos mismos están sujetos a una determinación de pertinencia que, como afirma Chomsky, depende “de su posible inserción en una teoría sistemática” (pág. 87).

Si la historia puede ser definida como el relato de una sucesión de acontecimientos contruidos desde un punto de vista y una teoría, aunque con determinado método, a partir de sucesos y documentos, la narración literaria es un enunciado lingüístico presentado en forma de relato que crea una ilusión mimética que organiza simultáneamente el tiempo y el espacio del acto narrativo en torno al sujeto de esa enunciación para crear un universo ficcional que estará en relación más o menos mimética con el universo de la percepción.

No se trata de una mera sucesión de acciones y descripciones, sino de una diégesis con valor simbólico, y por lo tanto cargada de significaciones, que implica la elaboración y reconstrucción de algunos aspectos de las interacciones del hombre con el mundo. De allí su fascinación y su eficacia, por las proyecciones e identificaciones que propicia entre los lectores reales e históricos y los personajes ficcionales.

Contar relatos, como bien se sabe, es una práctica discursiva inherente a las sociedades humanas desde sus orígenes. «Está presente en el mito, la leyenda, la fábula, el cuento, la novela, la epopeya, la historia, la tragedia, el drama, la comedia, la pantomima, el teatro, el vitral, el cine, las historietas...» como señala Barthes en *Crítica y verdad* (3). Y esa práctica discursiva puede ser descrita como un proceso ideológico de comunicación vinculado a la aptitud del relato para mediatizar la significación de una comunidad de manera no conceptual sino a través de modelos de comportamientos y actos, por medio de los cuales los lectores pueden aprehender y elaborar sus propias experiencias (Schulte-Sasse, pág. 289).

El relato de ficción, como una práctica narrativa particular, posibilita a través de la ficción una apertura simbólica a la pluralidad de significaciones, pero también a la ambigüedad. Ese carácter es el que Barthes subraya al señalar que el texto literario está en ‘situación profética’ (1966), no porque anuncie el futuro augurando calamidades sino porque

* Doctor en Teoría de las Artes (UBA), Profesor titular de la Facultad de Humanidades, Universidad de la República. José Ellauri 896 ap. 401. E-mail: mirzalab@adinet.com.uy

está fuera de toda situación, de toda contingencia. Como discurso narrativo no referencial ya no se somete a la verificación sino a las reglas del género y a la de la verosimilitud. Sin embargo, la función referencial no desaparece, las sino que se vuelve ambigua y se potencia.

Así, las ficciones narrativas no se refieren a tal o cual acontecimiento, sino a modelos de acontecimientos, generan paradigmas ideológicos y modelos identificatorios, con una pluralidad de atribuciones de sentido posibles. Ese «efecto de referencia» como lo llama Paul Ricoeur (pág. 220), apunta a un aspecto primordial y ontológico, a la vida misma, al «poder de la ficción de redescribir lo real», a su capacidad «para abrir y desplegar nuevas dimensiones de realidad» (Ricoeur, pág. 222 y ss). Y por el mecanismo de las identificaciones y proyecciones nos permite como lectores, liberarnos de nuestras propias contingencias, de nuestras vidas limitadas y mediocres, para realizar a través de los héroes, nuestros deseos de ambición y eróticos, como señala Freud en el conocido ensayo “El poeta y los sueños diurnos”, sin peligro para nuestra integridad.

De modo que si el relato de ficción implica un contrato de no referencialidad respecto del mundo cotidiano, una suspensión aparente de la función referencial, al mismo tiempo y por su valor simbólico, adquiere una fuerte carga semántica que abre una multiplicidad de significaciones posibles en conexión con la vida y el destino humano

La reconstrucción y reelaboración por la memoria de hechos que ocurrieron, como en la historia, o que se presentan «como si» hubieran ocurrido, en el «como si» de la ficción, incluye una presuposición de existencia en el curso espaciotemporal que persiste bajo forma de verosimilitud en la ficción literaria. Y esa presuposición de existencia es tan fuerte que está presente incluso, aunque en forma paradójal, en el exordio habitual de los cuentos de hadas o los relatos ficcionales para los niños: «Había una vez...». Llama la atención estos significantes que implican una afirmación de existencia cuando lo que se está anunciando es justamente lo contrario: que nunca había ocurrido lo que vamos a relatar. El contexto y tradición cultural se encargarán de orientar la reinterpretación de la frase, para confirmar que ese exordio busca construir un escenario ubicado en un tiempo y espacio indeterminados y alejados de todo contexto verificable, para el desarrollo de un acontecer extraordinario, ficticio, ubicado fuera del continuum espacio-temporal de nuestra percepción cotidiana.

Lo mismo ocurre en el exordio de los cuentos mallorquinos “Aixo era y no era” que Jakobson cita como ejemplo del régimen ambiguo del discurso literario (pág. 239) y que introduce un régimen lógico excepcional para ese tipo de relato: la negación del principio de identidad y de no contradicción (Esto era y no era): A y no A, lo que es inadmisibile en el lenguaje natural aunque no en el lenguaje del inconsciente.

¿Qué hay de tan importante en el hecho de relatar, narrar, para que se jerarquice esa práctica en forma tan destacada que incluso la distinción entre ficción y realidad le queda subordinada?

Hemos señalado ya la posibilidad del relato de generar modelos de comportamientos, de construir paradigmas de la experiencia humana en condiciones espacio-temporales semejantes o diferentes a las de la vida cotidiana, así como la de concentrar un gran potencial de significación.

Consideremos la importancia de esos microrelatos que son los mitos. Allí se condensan de modo paradigmático las respuestas más significativas frente a las grandes interrogantes del hombre sobre su origen y su destino en el mundo. Respuestas mágicas, porque el mito no puede ser verificado y sin embargo su propio carácter enigmático y mentiroso fascina. El ‘mythos’ griego, señala justamente Balandier «remite igualmente a la palabra mentirosa, generadora de ilusión, como a la palabra capaz de alcanzar la verdad» (pág. 18), pero también al origen, a un tiempo fundante y a la temporalidad. Es verdad y mentira a la vez porque su estatuto es otro y al mismo tiempo permite alcanzar una verdad esencial para la condición humana, una verdad general, no alcanzable por el discurso habitual (es, en palabras de Barthes, “el lenguaje en su dimensión profética”).

Recordemos que tanto el relato de ficción como los relatos históricos son re-construcciones, como lo señala su etimología. En efecto, *relato* viene de *re-latum*, es el participio del verbo *fero tuli, latum, ferre*: hacer; y *re-fero, re-tuli, re-latum, referre* significa ‘rehacer’, ‘reconstruir’).

La diferencia, entonces, reside en el «contrato» diferente que se establece entre la propuesta semiológica del texto, en sus particulares condiciones de enunciación, y la semantización o atribuciones de sentidos que realizan los lectores históricos desde sus particulares circunstancias y condiciones de recepción.

El oyente o lector, pondrá en funcionamiento mecanismos interpretativos muy diferentes si se trata de un relato que aparece en un libro de cuentos, un libro de historia, o en un periódico y según qué sección del periódico. En cada caso el contrato implícito será diferente. Y el mismo relato cambiará de sentido e incluso de género si lo trasladamos a otro contexto de enunciación. Como en todo texto, las circunstancias de la recepción son decisivas para la atribución de sentido, al punto de que pueden modificarlo completamente o recrearlo. Como en el famoso e irónico texto de Borges en el que Pierre Ménard escribía algo totalmente diferente al *Quijote* de Cervantes, varios siglos después, cuando el contexto histórico y cultural habían cambiado enormemente, aunque se limitara a transcribir literalmente el texto.

El contexto determinará, por lo tanto, no sólo las atribuciones de sentido sino también la naturaleza del texto, es decir, si nos encontramos

ante un texto literario o no literario y por lo tanto si entra en vigor el contrato de ficcionalización o no.

Consideremos el siguiente ejemplo que propone Antonio Risco. Un periodista escribe una crónica sobre el suicidio de una mujer. El texto resulta un relato bien escrito que se refiere con fuerza expresiva y cierta delicadeza al suicidio de esa hermosa mujer; es publicado en cierta página de noticias de un periódico y será leído como una crónica, como un texto no ficcional. Pero supongamos que por un descuido de los diagramadores el texto queda incluido en la página dedicada a libros bajo el rótulo «cuento». En este nuevo contexto, según Risco, el lector hace intervenir el contrato de ficción y el mismo texto se convierte inmediatamente en un texto literario con todos sus alcances simbólicos (pág. 23-24).

Puede tratarse también de un relato de un sueño o del relato de un paciente en una sesión de psicoanálisis. En estos casos la elaboración de los acontecimientos, evocaciones, descripciones y comentarios, no serán indiferentes a esas condiciones y el relato adoptará formas y modulaciones diversas que generarán también nuevos sentidos.

Entre ambas situaciones de relato, sin embargo, existen diferencias notorias.

Si el psicoanálisis se ocupa de la relación *en presencia* entre el paciente y el analista en la configuración de un relato, donde intervienen ambos de alguna manera en un diálogo de múltiples signos que incluyen gestos, movimientos y posturas del cuerpo, miradas, suspiros, risas, llanto, además de la palabra, la crítica literaria se ocupa de la relación que se establece *en ausencia* (salvo en la literatura oral) entre el autor y un determinado texto, si focaliza su atención en la génesis de la obra, o entre ese relato y las atribuciones de sentido del lector, si explora la polisemia simbólica del texto y su capacidad de interpelarnos.

Si las circunstancias de la comunicación resultan diferentes, porque una se realiza en presencia y la otra en ausencia, la principal oposición radica, sin embargo, en otro hecho singular: la particular intervención de un 'objeto', la *obra literaria*, que es origen y resultado de la compleja interacción entre el autor, como sujeto de la enunciación y el lector como sujeto de la recepción, *obra literaria*, cuyos significantes y su ordenamiento son constantes y permanecen estables, cualquiera sea la lectura o interpretación que se haga. Mientras que en el psicoanálisis ese objeto es virtual y se construye y desconstruye entre el paciente y el analista.

El psicoanalista intentará orientarse en su relación con el paciente a partir de sus propios paradigmas teóricos, su experiencia, inteligencia e intuición, pondrá en tela de juicio sus intervenciones e interpretaciones, sospechará de sí mismo y de las posibles interferencias de su inconsciente,

así como el crítico literario tomará en cuenta sus modelos teóricos, estará atento a las intervenciones de las múltiples determinantes sociales, históricos, ideológicos, biográficos e incluso inconscientes que, también, condicionan su interpretación y valoración.

Pero existirá una importante diferencia en el contrato entre el creador y el lector y en la atribución de sentido. Una diferencia en esa construcción de un objeto a partir de un creador ausente (incluso en el caso de una comunicación oral el creador no está necesariamente presente y siempre se crea un *objeto* destinado al receptor), como condensación en una determinada ‘forma’ de experiencias que a su vez producirán otras nuevas experiencias en los receptores, es decir transformaciones, ampliaciones enriquecimientos, de sus horizontes vitales y su capacidad interpretativa. Porque como dice Dewey toda obra de arte es “una forma refinada y concentrada de la experiencia” (pág. 5 y ss.) es decir aquella capaz de producir nuevas y renovadas experiencias en sus receptores, de reorientar su relación con el mundo y con los otros.

Esas diferencias, sin embargo, no permiten separaciones demasiado tajantes, y si parece esencial el contrato implícito entre emisores y receptores, también es cierto que existe un determinado contrato entre el paciente y el analista que genera un encuadre y por lo tanto un estatuto particular para la sesión y los relatos que se construyan en ella.

Lyotard señalaba la importancia de la forma narrativa en la transmisión del saber de una tradición y la desaparición de los grandes relatos interpretativos en las sociedades contemporáneas (pág. 38 y ss.). Por otra parte se puede observar una fragmentación de los relatos a partir de las vanguardias, con la condena del realismo y de las descripciones, de la discursividad excesiva, para acentuar la búsqueda de sugerencias, el recurso a la imaginación, al impacto de las imágenes del inconsciente, la reivindicación de Lautréamont, la fragmentación, los cortes abruptos, la incoherencia psicológica de los personajes, la ruptura de la sucesión lineal de acontecimientos y de la ingenua identificación de la sucesión temporal con la causalidad, de acuerdo a la fórmula latina: *post hoc ergo propter hoc* (lo que es sucesivo es por lo tanto consecutivo), la yuxtaposición de escenas y acciones, las transgresiones en las referencias espacio temporales, como aparece en algunos relatos de Breton, de Beckett o en el teatro del Absurdo, como ejemplos de una radical transformación de los relatos en el siglo XX.

No es ajena a esa transformación la multiplicación de estímulos, el frenesí y el vértigo de la sociedad contemporánea, como ya señalaba Benjamin al hablar del efecto de shock que produce el exceso de sensaciones y estímulos en el hombre moderno, cuyo ritmo le impide elaborarlos en una experiencia vivida y que en Baudelaire ya aparece como el grito de espanto del artista antes de sucumbir (Benjamin, pág. 13).

Por otra parte las nuevas formas de reproducción no sólo de voces e imágenes sino también del movimiento y el cuerpo de seres alejados o muertos a través de múltiples medios que llegan hasta la llamada ‘realidad virtual’, generan nuevas dimensiones para las nociones de ausencia, distancia, imagen, espacio, tiempo y muerte, que son esenciales a todo relato.

Esa multiplicación de estímulos y esa fragmentación de lo discursivo, no implican necesariamente, sin embargo, una imposibilidad de transformar los estímulos en experiencias y podrían abrir, quizás, nuevas formas de organización de la percepción y de la experiencia.

Hace un tiempo cuando empezaron a aparecer los videos clips comentaba que esa fragmentación de la narración, esa ausencia de discursividad, esa enloquecida sucesión de imágenes, imposibilitaban toda asimilación y toda elaboración y que hasta parecían conspirar contra la capacidad intelectual del consumidor, con nefastas consecuencias para las futuras generaciones. Una posición logocéntrica que privilegiaba lo discursivo como condición de toda intelección. A lo que me contestó un joven:

Pero la coherencia del video clip está en la música, no en la historia.
Lo que hoy resulta evidente.

Ante el desafío contemporáneo de un mundo donde las asimetrías sociales, la contaminación y saqueo de los recursos naturales y las múltiples formas de exterminio y sometimiento desatadas por las naciones poderosas, parecen amenazar la sobrevivencia del hombre y del planeta, el retorno a las imágenes, a la música y a la oralidad, que encuentra su correlato en el correo electrón o y el chateo que acercan la escritura epistolar a las formas orales, presagian nuevas formas de elaboración y de coherencia no menos ricas ni menos ‘racionales’ que las de nuestra cultura escrituraria, discursiva y logocéntrica. ¿Anunciarán una cultura más libre, más justa y más tolerante? La pregunta queda abierta todavía.

Resumen

Relatos, construcción y ritmos narrativos.

Roger Mirza

A partir de algunas definiciones de relato y de la condición esencial de esa práctica discursiva en las actividades humanas, señalo algunos rasgos distintivos del relato literario y su condición ficcional, la importancia de las condiciones de enunciación y de recepción y del

contrato de no verificabilidad para ese reconocimiento, así como su ambigüedad y polisemia que multiplican su valor simbólico. También abordo la relación entre el creador, la obra literaria y el lector, en comparación con la situación del analista con el analizando, destacando dos diferencias importantes: la relación en ausencia en el primer caso y en presencia en el segundo, así como la existencia de un ‘objeto literario’, la obra, cuyos significantes son constantes, mientras que el ‘objeto’ creado en la relación entre analista y analizando es virtual. Por último señalo la fragmentación de los relatos a partir de las vanguardias, que se acentúa en la actual civilización del vértigo y que parece amenazar la capacidad de elaboración del hombre contemporáneo.

Summary

Account, construction and narrative rhythms.

Roger Mirza

Starting from some definitions of “account” and from the essential condition of speech practice in human activities I point out some distinctive features in literary account and its fictional condition, the importance of enunciation and reception and of the non-verifiable contract from that recognition as well as the ambiguity and polisemy that multiply its symbolic value. I also tackle the relation between the creator, the literary piece of work and the reader, compared to the situation of analyst and analyzed emphasizing two important differences: in the first case the relation is in absence and in the second in presence; in the first case the literary object, the piece of work exists and its significantes are constant whereas the object created in the analyst-analyzed relation is virtual. In the end I point out the fragmentation of the accounts in the van of progress, stressed in today’s intense civilization which seems to threaten the capacity to elaborate of the contemporary man.

Descriptores:

Descriptores propuestos:

FICCIÓN / INTERPRETACIÓN /

RELATO /

Bibliografía

BALANDIER, G. (1988).- *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Barcelona, Gedisa, 1994

BARTHES, R.- (1966) *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1970

BENJAMIN, W. (1955).- “Sobre algunos temas de Baudelaire”. En: *Ensayos escogidos*. Buenos Aires, Ed. Sur, 1967

BOURDIEU, P. (1973).- *El oficio de sociólogo*, México, Madrid, Siglo XXI, 1975

DEWEY, J. (1934).- *El arte como experiencia*. México-Buenos Aires, F.C.E. 1949

LE GOFF. (1977).- *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 1991

LYOTARD, J. F.- *La condition postmoderne*. Paris, Ed. de Minuit, 1979.

RICOEUR, P. *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique II*, Paris, Du Seuil, 1986.

RISCO, A. *Literatura y figuración*. Madrid, Gredos 1982..

SCHULTE-SASSE, J.- «L'évaluation en littérature», En : ANGENOT et al. *Théorie littéraire*, Paris, Puf, 1989.

La identidad literaria: entrelugares del sujeto (Fernando Pessoa - Álvaro Figueredo)

*Ricardo Pallares**

I

Ya que el tema se limitará a las dos figuras de referencia son oportunas algunas precisiones y deslindes. Ante todo que la mirada con esta focalización probablemente no permita una descripción ni categorización completa del hecho literario que nos ocupa.

En la carta de Pessoa a su amigo Adolfo Casais fechada en 1935, hay un desarrollo conceptual explícito sobre la génesis y rasgos de sus heterónimos, mientras que en Figueredo conviene limitarse a sus dos libros de poesía, especialmente a **Mundo a la vez**, uno de los más altos de la lírica uruguaya contemporánea³ al que nos atendremos.

Pessoa habla primeramente de «las varias subpersonalidades de Fernando Pessoa», luego las nombra y dice: «puse en [Alberto] Caeiro todo mi poder de despersonalización dramática, puse en Ricardo Reis toda mi disciplina mental, vestida de la música que le es propia, puse en Álvaro de Campos toda la emoción que no me doy ni a mí mismo en la vida.»²

Después de las conocidas páginas en las que comenta la parte «psiquiátrica» del asunto y las primeras manifestaciones del fenómeno, enumera e historia a sus heterónimos a partir de Ricardo Reis, aparecido en 1912, sigue con Alberto Caeiro en 1914 y enseguida y finalmente con Álvaro de Campos.

El autor de la carta vincula –con una perspectiva de treinta años– el nacimiento o aparición de sus heterónimos con propósitos heterógrafos, es decir, con necesidades o razones estéticas, de invención poética, estilos, etc., a fin de que la escritura u obras no se le atribuyeran de manera directa o inmediata o porque no desea «asumir» esos discursos.

Es significativo desde el comienzo de su movilización teórica que lo seudónimo tenga para él una fuerte personalización ya que los sustitutos o relevos autorales tienen una apreciable entidad, silueta y condición de sujetos.

Asimismo el hecho participa de la creación literaria propiamente dicha, de la invención verbal, porque en realidad es una paratextualización. La discursividad es una, sólo que al texto primitivo o primordial le nacen paratextos. En síntesis, los heterónimos quedan formando parte de los procesos de la creación donde se resignifican.

* *Academia Nacional de Letras. Uruguay. Ignacio Núñez 2351 / 004 - Montevideo.*

³ *Montevideo, 195*

² *En: Obra poética, 1990.*

Por lo que antecede cabe plantear cuáles pueden ser la pertinencia y los alcances de una interpretación fuera del campo de los estudios de teoría literaria y de lingüística del discurso. De pronto conviene postular un enfoque inter y transdisciplinario capaz de resultados integradores y de una redefinición de sus fronteras.

En el caso de A. Figueredo, tal como quedó dicho, el fenómeno aparece como realidad textual sin eco ni complemento teórico de tipo especulativo.

En el citado libro de 1956 la vivencia heterónima aparece en la sexta composición que se titula «Teoría de la máscara» donde emerge con rasgos nítidos. Se trata de «el otro», de algo complejo como un juego de apariencias que no remite a una misma sustancia porque el yo titular o autorial es una máscara. Detrás de esa máscara se oculta no se sabe quién que, finalmente, se nombra como «otromismo». La máscara es parte, pero como cáscara de la identidad.

Escribe en la primera parte:

*Este rostro es ajeno desoídlo
ni éste ni aquél
detesto
ese bastón de niebla que me cuelga
del antebrazo el énfasis
como un faisán en el ojal miradme
soy yo y soy otro y otro
en otrísimas luces
esta máscara
es la que elijo aquí me reconozco*

En esta manifestación que comentamos hay un comienzo de alteridad, es decir de la condición de ser otro. También es el comienzo de la hetero-homonimia singular que aparece en la obra ya que la primera afirmación sobre la identidad dice: «soy yo».

En todas las otras oportunidades, menos en una, la diferencia a nivel del nombre es sólo de Álvaro a álvaro.

En efecto y sin embargo, en la siguiente composición titulada «Yo le decía a Álvaro» el yo identifica a otro yo Álvaro que descentra al sujeto porque impacta en la unidad identificatoria.

Después del apelativo o autoapóstrofe «Álvaro», toda la composición es una sola y extensa pregunta acerca de quién es Álvaro que, en más de un sentido, participa de los rasgos de la pregunta retórica.

De alguna manera queda significada la duda pero también la existencia de alguien que es ajeno a quien pregunta. Podría tratarse de una

expresión poética de la angustia por no saber en quién de ellos dos verdaderamente está el sujeto que se siente y percibe en algún «lugar». Parece claro que está conservada una radicación referida por la conciencia. Esa radicación ha de ser un alguien que da cohesión y coherencia sintáctica al discurso. Su manifestación vivencial es la que llama «mi alvaridad», una existencialidad con mucho de literario.

De otra manera: en la isotopía del yo, en la identidad, aparece un entrelugar que separa, escinde, divide y a un mismo tiempo duplica la individuación.

En la composición como en muchas otras del libro hay un lenguaje y una sintaxis aherrojados que progresan dejando los que llamamos entrelugares de significación. Esos entrelugares son algo más que la connotación poética y la sustitución metafórica ya que surgen como vacíos elocutivos entre los segmentos discursivos y de enunciación que, por otra parte, corresponden a distintos niveles y categorías espaciales, temporales y afectivas. Podríamos definirlos como silencios disruptivos.

Dice en la primera parte de «Yo le decía a Álvaro»:

*Álvaro ¿quién es Álvaro
qué turno
qué delirio qué número qué dulce
vez qué agria vez qué un
transformándose en el
en éste en otro en ambos
sí pero no y mi mundo
mi alvaridad fluyendo
de calle en calle usándome
sobre mi voz girando su hoja turbia
de grada en grada el eco
invadiendo mis hábitos mi oficio
mis trajes mi alimento
mis retratos mi caja de cerillas
la piedra vitalicia donde escribo*

En la composición «Viento sobre el mundo» se completa el proceso de la heteronimia ya que el «tú» de primer nivel, el otro segmento, se llama Pedro. Dicen los dos últimos versos:

*Oh Pedro en esta silla estás sentado
y el viento sobre el mundo.*

Parece que la identidad en tanto que conocimiento y vivencia es una experiencia de distintividad y de soledad así como un afán del yo por ser - como en el mito de Hércules- el sostén del mundo.

En la poesía titulada «Al último le digo», se reitera el fenómeno de la duplicación, sólo que ahora se acompaña de desplazamientos. Dice en un pasaje:

*le digo lo acompaño
cuando vuelve la cara le daría
un poco porque en este
álvaro hijohermanopadre mío
qué circunstancia o juicio me distrae*

Sin embargo el desarrollo de la composición hace pensar en la existencia de una conciencia profunda, una amarra que sostiene el foco vinculante del yo a un centro o núcleo del sujeto que bien puede ser la identidad conservada.

En la composición «Álvaro en tierra» aparecen imágenes e ideas poéticas en las que la unidad identificatoria participa de una especie de aspiración de absoluto.

Se lee:

*sabedlo
si esta mitad se alía con la sombra
porque la sombra
y esta con la luz
porque la luz probable
y esta orgullosa calle
me dejan todavía
un otro libre la última cerilla
que froto contra el muro*

Ahora bien, en «El cordelero» aparece el asunto de la identidad como un enigma. Sólo ve la espalda del otro o lo ve caminando hacia atrás, hasta que al final

*y cuando
pueda mirar su cara estaré ciego.*

Esta especie de invidencia edípica -lo decimos en referencia al personaje de Sófocles- hace notorio que la identidad es un enigma o misterio del sujeto, del cual puede dar testimonio pero no explicación. Vive así. Es, son, un mundo a la vez tal como lo dice en el título del libro.

Para el poeta la identidad es un mundo diverso, no un universo sino un “diverso” existente a la vez.

En «Aire firme» aparece una imagen autometafórica muy peculiar. Dice de sí:

esta enroscada nuez algún alguna

Interpretada según el asociacionismo de la cáscara-cráneo y fruto-cerebro, daría cuenta de la radicación interna o intrapsíquica de la identidad, así como de un fuerte egocentrismo que remata en los dos versos finales:

*si el humo fuese la última memoria
y un álvaro inviolable el pie del mundo.*

Hasta aquí la glosa de algunos asuntos literarios sustanciales que pueden iluminar la temática.

Parece oportuno señalar que «memoria e identidad» quedan atadas indisolublemente. Que la conflictiva, problematización o complejidad lírica de la identidad tendrían su origen en las particularidades o dificultades de la memoria de sí, especialmente la relativa a las vivencias fundantes de la persona.

Sea como fuere, también se puede pensar que estamos ante una diferente «memoria» vivencial de sí mismo estructurada según las necesidades del arte y, por lo mismo, no convencional ni ajustada a paradigma alguno.

Quizá los procesos y realidades de concienciación de personas con peculiares desarrollos emocionales, como los artistas, sean mucho más que cuanto pueda decirse de ellos.

Si en esta materia hubiera pertinacia cientista, probablemente se trataría de insuficiencia ya que epistemológica y filosóficamente, en los dominios del arte al menos, no debería ser negado nada de cuanto no pueda demostrarse.

Cierta aceleración de las energías egoicas podría duplicar o multiplicar fantasmáticamente al yo que por mecanismos de oposición es asimilado a lo uno. Referimos al yo concebido como categoría cultural de impronta cientista, tal como figura en el colectivo.

II

Daremos otras opiniones y puntos de vista acerca de la identidad como asunto literario con el propósito de la reflexión y exploración de otros aspectos.

Si distinguimos la conciencia individual de la conciencia artística, parece claro que en Pessoa y en Figueredo están en una relación dinámica, compleja e interactiva.

Asimismo se puede pensar que como en el caso de W. Whitman o el de Felisberto Hernández, el yo construye o tiene una federación de muchos yo o elementos que de alguna manera remiten a un núcleo central o genésico que se vuelve su propia referencia.

El ámbito de la alteridad puede ser el de copias fantásticas del yo fundante, como ya se dijo, cuya identidad pasa a ser dinámica.

La configuración de heterónimos podría responder a una síntesis espiritual y artística con historiografía ausente, un no texto. En ella lo otro también es lo uno, lo mucho percibido, lo sucesivo, lo complejo, en una zona o lugar de recíprocas convalidaciones y de mutuas necesidades aunque, desde cada uno de esos elementos o partes federados, la existencia del otro provoque extrañeza y miedo.

Podemos pensar al otro literario -sea doble o heterónimo, autónomo o heterónimo- como una realización alternativa ante el bloqueo de deseos, de impulsos, de afanes expresivos o de creación.

El otro en literatura también es el yo posible explorándose en realizaciones proyectivas, extensivas o multiplicadoras.

A veces el yo crece creciendo a otros yo, busca al tú desde otros estatutos personales y discursivos. Es decir, antes de alcanzar la descentración y llegar al tú plural que es el nosotros, el yo poliniza el narciso. A veces logra impactarlo (diría “fecundarlo”).

Referimos al mito de Narciso y a su compleja e inabarcable literatura. De muchas maneras el narciso es el escritor: El poeta uruguayo Roberto Ibáñez en «Trilogía de la creación» anota que «Quien canta, se confiesa por símbolos. Cada Narciso –cada creador– tiene su *moira* única» [...]

De los tres que él lirifica –Narciso estéril, Narciso ciego y Narciso heroico– «el primero, con trágica impotencia, no halla reflejo sino abismo en la fuente a que se asoma; el segundo logra reflejo decisivo, sin verse; el último crea su imagen –que el cristal retiene– y parte para que no la nuble en el tiempo su propia decadencia».³ En nuestra opinión la clave del narciso siempre es o está en el yo de quien lo enuncia.

Es por la razón expresada que muchas veces los lectores accedemos a la creación de un actante o unidad semántica con varias investiduras actorales, que se cumplen en el límite del lugar donde gravita exclusivamente la identidad como fuerza unitiva, centrípeta y cohesiva.

Vista así, la heteronimia más que una atomización o federación es una autonomía relativa de significados posibles de un mismo significante. Es una estructura de significación que si no responde a modelo o paradigma alguno no pierde su cualidad de misterio por ser como la vida, una construcción emocional, moral y social que está entretejida por lo hegemónico.

Si la identidad es un proceso continuo es un *constructo*, un acto de discurso que se cumple incesantemente, que desciende de un hiper y de un macrotexto a los que luego retrovierte en razón de las cadenas culturales y la mediación de sus mitos y de sus narrativas.

³ La frontera y otras moradas. p.33

Es muy seguro que como el sujeto, la persona y el propio ser, se trate de una aspiración, de una forja.

En este orden de cosas los heterónimos pueden ser vistos como simulacros dramáticos y narrativos del yo básico y fundante.

Si así fuera se trata de una estrategia para preservarse o cumplirse en subsidio. Debemos tener en cuenta que a Álvaro Figueredo se lo lee con valoración adecuada recién 30 ó 40 años después. Por el tiempo de sus libros, sólo una ínfima minoría de archilectores lo conoció y valoró. Es notorio que su yo profundo quedó al resguardo. Algo similar ocurrió con la persona poética y la obra de F. Pessoa.

En cierto sentido los heterónimos en Figueredo no tienen voz enteramente propia porque no expresan interioridad, y tampoco la tienen enteramente los de Pessoa porque son él, sus otras dimensiones literarias. No obstante es evidente que en Pessoa los heterónimos adquieren cualidades líricas de personajes. En ambos casos hay un otorgante actoral de la voz que tendría o conservaría la fuerza que llamamos identidad.

El otorgante de la voz lírica está en una especie de escenario o espacio teatral donde cumple sus deseos o posibilidades.

Si la heteronimia técnicamente supone una forma de dramatización es porque el yo hablante tiene dificultades de realización. Se desplaza a otro escenario donde se cumple vicariamente en un nuevo sujeto que participa de su misma identidad.

No se descarta que el sistema literario puede ser un relevo y remedo del sistema social hegemónico o de dominación en razón de lo que el recurso también tendría una función liberadora y al mismo tiempo confirmaría la individuación y la individualidad. Tampoco se descarta que responda a un afán de originalidad o de notoriedad de poderosa vehemencia.

Ahora, si los heterónimos son realizaciones yoicas del sujeto que les da origen, el sujeto como titular del cambio producido, ha de experimentar a su vez otros cambios que acrecienten sus rasgos o perfil.

Si eventualmente hubiera rigidez e invariancia que provocaran la necesidad de cumplirse por afuera de la unidad sustantiva del sujeto, estaríamos en presencia de una literatura *borderline*, es decir fronteriza de lo artístico. Estaríamos quizás más próximos a Isidoro Ducasse-Conde de Lautréamont-“Los cantos de Maldoror”, tres nombres contiguos que prefiguran el proceso de una identidad ambigua y compleja, metamórfica, que fagocita su propio discurso y disuelve las fronteras del arte.

Heber Benítez Pezzolano comentando las distintas voces o zonas estilísticas y enunciativas en la poesía de Washington Benavides, las señaló

como «heterógrafos que despliegan un espacio controversial y metamorfósico» (sic).⁴

Los heterógrafos son una expansión y diversificación del hablante cuya voz se hace cargo de estilos, formas y lenguajes diferentes en las distintas etapas de la obra, sin que se afecte la identidad.

El doble, como en el caso de la literatura de E. Hoffmann, o de Felisberto Hernández, en quien adquiere la apariencia de un «socio», es una gemelización que permite al creador ser o realizarse más directamente en el otro, convivir, sin que el doble llegue a ser un sujeto autónomo. El sujeto es uno pero tiene otro a la manera de un negativo fotográfico animado.

Los heterónimos en cambio, suponen como ya se dijo una identidad múltiple y compleja independientemente de los estilos, lenguajes o temas que posean.

En nuestra opinión ello es así hasta en nuestros días por los que a un poeta uruguayo de la Generación del 45 le nació un heterónimo tardío. Se trata de Karmar Dibrán⁵ un presumible turco nacido en Anatolia que no sólo amplía enigmáticamente la identidad de origen sino que además contamina al prologuista quien firma Guilherme de Valmont, en Manaos, Brasil, en mayo de este mismo 2005.

Se trata de textos poéticos de un «aventurero y aventurado, seductor y seducido»⁶ que nutren los tópicos y motivos frecuentes de la poesía amorosa, sin dejar de lado cicatrices, itinerarios, derrotas ni permanencias. Tampoco queda de lado el juego pues el poeta de referencia, nacido en 1923, franquea a través del heterónimo una posibilidad expresiva y confesional que no se permitiría de otra forma y franquea la misma posibilidad heterónima al escritor que escribe el Prólogo.

En resumen: podríamos señalar que el fenómeno de la realización literaria de la otredad que comentamos tiene tres grados: 1) el heterógrafo, 2) el doble o socio y 3) el heterónimo.

En los heterógrafos el narciso es frutivo, explora facetas de una misma identidad autoral.

En el doble el narciso es homoerótico, está escindido entre el sí mismo percibido y el deleitoso fantasma espejado.

En los heterónimos el narciso es autoerótico pues se mete en el cuerpo de otro que también es suyo y explora lujuriosamente con la palabra la dimensión de ese su otro. Quiere decir que la identidad en estos casos es verdaderamente compleja.

⁴ Poetas uruguayos de los '60, 1997. p.7

⁵ El país de las mujeres

⁶ *Idem.* p. 5

Retomando una perspectiva toponímica podríamos decir que los heterónimos son personalizaciones de o en entrelugares que le aparecen a la identidad.

Como espacios de entrelugar serían atajos para el escape del angor o del miedo pánico o de la voz lírica que nace por prerrogativa inexpresable y actúa como una revelación, una forma de conocimiento, de creación verdadera y demiúrgica.

Por tal razón Don Quijote bien puede ser visto como especie de heterónimo de Alonso Quijano y bien puede saber de quién se trata cuando, a mitad de la novela y cuestionado por otros personajes, en tanto que primer antihéroe moderno, dice: “Yo sé quién soy”.

La alteridad es una aventura de la identidad, una metafísica del sujeto, una búsqueda circunstante de esto o aquello, es una diseminación egoica y una pretensión fallida de llegar al tú. Quizá por ello preocupa y desestabiliza tanto al orden social y medicalizado.

El estudio y auxilio de los asuntos de la identidad desde lo literario y con vistas a lo interdisciplinar podrían instalarse en un marco ético y deontológico, previo al ejercicio de toda disciplina o ciencia.

Sería con el fin de que el conocimiento concierna formalmente externa como la ciencia, sino una verdad interior, verdaderamente al hombre, para que no sea una verdad de sentimiento y acción humanizadora, reintegrante, capaz de valerse de otros órganos para sentir como abejas de lo invisible.

Resumen

La identidad literaria: entrelugares del sujeto (Fernando Pessoa - Álvaro Figueredo)

Ricardo Pallares

El título adelanta que el fenómeno de la identidad tal como se presenta en Fernando Pessoa y en Alvaro Figueredo es una configuración literaria del sujeto aparentemente dividido o multiplicado.

En la conciencia de los creadores hay un foco vinculante desde el cual se habla y representa. Es garantía de la cohesión y de la coherencia de la enunciación y lo enunciado. La conciencia del creador revela una radicación, un lugar del yo que es una isotopía. Sin embargo le aparecen uno o varios entrelugares que son algo más que la connotación poética y la

sustitución metafórica. No se trata de elipsis sino de vacíos elocutorios en los que se instala la alteridad.

Hay veces en las que el yo autoral es una máscara, pero aunque no se sepa bien qué o quién se oculta detrás, es cáscara de la identidad que siempre es una.

La identidad es una experiencia de distintividad y de soledad porque es un afán del yo por ser -como en el mito de Hérculesel sostén del mundo.

Con todo, es un enigma o misterio del sujeto que forma parte del código literario. El artista puede dar testimonio de la identidad pero no explicación porque ella es un mundo diverso, no un universo sino un diverso existente a la vez.

Memoria e identidad están atadas indisolublemente por lo que, como en el caso de estos dos poetas, podríamos estar frente a una memoria vivencial estructurada según necesidades artísticas, no convencionales ni ajustadas a paradigma alguno.

Así es que heterógrafos, dobles o socios y heterónimos pueden ser vistos como simulacros dramáticos y narrativos del yo básico o fundante.

Summary

Literary identity: a place of the self (Fernando Pessoa - Álvaro Figueredo)

Ricardo Pallares

As the title suggests the phenomenon of identity, as presented in the work of Fernando Pessoa and Alvaro Figueredo, is a literary configuration of the apparently divided or multiplied subject.

In the consciousness of the creators there is a linking focus out of which speech and representation arise. This guarantees the cohesion and coherence of the enunciation and the enunciated.

The creator's consciousness reveals a ground, a place of the self that is an isotopy. However one or several intermediate spaces appear that are something more than poetic connotation and metaphoric substitution. They are not ellipses but elocutionary voids where otherness is established.

There are times when the authorial self is a mask but although one does not know well what or who hides behind, it is always a facade of the one identity.

Identity is an experience of distinctiveness and solitariness, the self's thirst to be the support of the world, as in the Hercules myth.

However, it is an enigma or mystery of the subject, a part of the literary code. The artist can testify to identity but cannot explain it because identity is a diverse world, not a universe, but a simultaneous diverse existing.

Memory and identity are indissolubly bound together and for that reason, as in the case of these two poets, we could be facing an experiential memory geared to non-conventional artistic needs that do not fit any paradigm.

As a result, double or coupled, heterographs and heteronyms can be seen as dramatic and narrative simulations of the basic or founding self.

Bibliografía.

DIBRÁN, K. El país de las mujeres. Montevideo, Vintén Editor. 2005.

BENÍTEZ PEZZOLANO, H. (comp.) Poetas uruguayos de los ´60. Montevideo, Ediciones Rosgal, 1997.

——— Poesía sobre un desierto. En El País Cultural. No.342. Montevideo, mayo 1996.

FIGUEREDO, A. Mundo a la vez. Imp. Rosgal – Hilario Rosillo. Montevideo, 1956.

IBÁÑEZ, R. La frontera y otras moradas. México. UNAM, 1966.

PESSOA, F. Carta a Adolfo Casais Monteiro. En: PESSOA, F. Obra poética. Barcelona, Ediciones 29, 1990.

PSICOANÁLISIS Y COMUNIDAD

El trabajo psicoanalítico en una institución penitenciaria.

Alicia Beatriz Iacuzzi*

“...Es evidente que hemos dejado mucho por comprobar y por aclarar a una futura generación de observadores e investigadores, pero podemos consolarnos con la reflexión de que hemos trabajado honestamente y con vastas miras, allanando así caminos que habrán de ser recorridos por la investigación futura...”.

Freud, 1912 (Contribuciones al simposium sobre la masturbación).

A modo de introducción

El Psicoanálisis está siendo interrogado desde la demanda -en ocasiones inespecífica- de decodificar, comprender y otorgar significados a los fenómenos humanos dentro y fuera del encuadre analítico. Esta ponencia presenta consideraciones acerca del rol de una psicoanalista en una institución penitenciaria y de la clínica con sujetos encarcelados.

Alude a la tarea personal de procurar explorar funciones y conceptualizar el pensamiento psicoanalítico en una cárcel a partir de la inserción laboral como psicóloga durante diecinueve años, travesía que hoy prosigue su viaje. Excede los objetivos de las presentes consideraciones particularizar alcances del concepto de crimen y/o castigo como así el examen de especificidades clínicas según los tres ejes clásicos de la metapsicología, pero es un espectro que también promete aportes al modelo conjetural de psiquismo que no ha sido desentrañado aún, permitiendo tal vez en el futuro desarrollar nuevas hipótesis respecto al funcionamiento psíquico.

No resulta fácil legitimar esta práctica clínica dentro de nuestro medio científico. Venciendo las resistencias sostenidas en prejuicios compartidos acerca de la ‘pureza’ del psicoanálisis, este trabajo busca una actitud de apertura hacia un diálogo integrador, siendo ésta una de las formas de abrir espacios y salir del aislamiento y retraimiento profesional. Actualmente las realidades sociales y laborales efectivizan una convocatoria muy fuerte a nuestra disciplina para que amplíe sus fronteras. Considero que nos concierne abocarnos a pensar e investigar problemáticas

* Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina - Filial Junín. H. Irigoyen 514: Junín 6000 (BA) Argentina. E-mail: aliciaiacuzzi@hotmail.com

que remiten a distintos modos de hacer frente al sufrimiento humano y a los diferentes entramados psíquicos en escenarios complejos donde se ponen en juego organizaciones interdisciplinarias. Un Psicoanálisis situado en un mundo que transita una profunda crisis es el compromiso que hoy nos convoca. Las distintas máscaras de la violencia presentes en problemáticas con dimensiones sociales, invita a aprestarnos para la investigación teórico-clínica.

Asistimos a un preocupante deterioro de la función de la ley y la autoridad, con consecuencias a nivel social, siendo uno de sus correlatos la marginalidad como expresión de los traumas sociales. La hipótesis de Green (1990) acerca de la defusión de la pulsión de muerte que instala una función desobjetalizante adquiere inquietante vigencia.

Las diferentes 'funciones' se han deslizado de manera tal que el desmoronamiento, la arbitraria violencia y la declinación han traído aparejado síntomas que aluden a la añoranza por (re) instalar funciones suficientemente consistentes.

Formalizar la práctica clínica en una cárcel no resulta fácil por utilizarse concepciones de sujeto y de vida psíquica (realidad psíquica, inconsciente, etc.) que por no responder a paradigmas causales deterministas y lineales no se han articulado aún con el discurso cultural y jurídico. La concepción psicoanalítica del ser humano atemoriza, más aún cuando se trata de la complicada psicología del mal y de la pulsión de muerte desligada. Estamos trabajando en un contexto cuya complejidad no resiste un abordaje desde una única perspectiva pero no siempre somos escuchados en este dar cuenta de los efectos del inconsciente, de otras causas del padecer.

El 'operar' clínico paralelamente a la investigación empírica favoreció el despliegue de la práctica del psicoanálisis en esta área sombría y lúgubre de la salud mental. Percibir lo que acontece e ir conceptualizando posibilitó intervenciones metapsicológicamente fundamentadas, a diferencia de posiciones asistencialistas que promueven en el mejor de los casos riesgosas sobreadaptaciones o pigmalionismos (Kancyper, 2004). Poner en relación los 'operadores' que afirmen una mejor integración de la economía libidinal, restituir la continuidad del sujeto a través de la configuración del hecho delictivo dentro del entramado de su vida y su historia requiere rediseñar el ejercicio de nuestra práctica.

Considero impostergable iniciar un diálogo conducente a que la teoría y la técnica psicoanalítica apunten a la validación contextual y empírica de nuestro instrumento en el dominio de lo siniestro. Es relevante estar dispuestos a repensar nuestras "matrices disciplinarias" (Khun, 1969) respecto de la cultura como promotora de modificaciones en nuestros dispositivos clínicos. Abro aquí una invitación a los colegas para que me acompañen en esta apuesta de investigación psicoanalítica empírico-

conceptual extraclínica (Leuzinger-Bohleber, 2005) en pro de jerarquizar la vigencia del Psicoanálisis con el pensamiento puesto en la esperanza (P. Aulagnier, 1984) entendida como representación vinculada a lo por-venir y ahora ausente.

Dentro de este panorama sostener la identidad de analista fue y es un gran desafío. En el ir deviniendo psicoanalista se va conformando el anclaje, la vocación y la actitud analítica; el encuadre interno como dispositivo que sustenta el que-hacer para dar respuesta en diferentes contextos, estando inclusive atentos al ‘superyo analítico’ que silenciosamente labora en pro de quietismos (M. Alizade, 2002).

A sabiendas de que puede ser un riesgo iatrogénico la instalación de baluartes (W. y M. Baranger, 1969) es que intentaré dar cuenta de aristas de esta praxis peculiar y de sus avatares.

Trataré de transmitir -más allá de los lindes teóricos cuestionamientos, reflexiones, planteos, limitaciones acerca de la ‘construcción’ de un espacio profesional dentro de una institución penitenciaria de Régimen Semiabierto sustentada en la premisa de promover una autogestión responsable.

Como psicoanalistas a menudo se nos pueden presentar conflictos éticos al quedar ‘mezclados’ dentro de interjuegos transferencia-contratransferenciales que podrían llegar inclusive a vulnerabilizar la praxis. El sostenimiento del trípode -análisis, supervisión y estudio de los textos- es clave para edificar los basamentos éticos y deontológicos; vitalizando y resguardando nuestro instrumento, otorgándole vigencia; preservándonos inclusive de colusiones profesionales y personales.

Los constantes escollos y conflictivas institucionales someten a prueba los movimientos de investidura, convocando al trabajo psíquico y la creatividad para construir un dinámico campo psicológico, espacio intersubjetivo que anime el encuentro con el otro, con la subjetividad del objeto y a su vez hacer menos alienante la tarea. Velar por conservar el lugar de terceridad para fomentar una actividad transformadora resultaría imposible si la tarea no estuviera sostenida en las convicciones del analista respecto al ejercicio de su práctica y a su deseo de comprensión de la interioridad humana y el respeto por la alteridad del objeto.

Abriendo el muro del silencio

“... cierta vez oí rogar, desde la habitación donde lo habían encerrado a oscuras: “Tía háblame, tengo miedo porque está muy oscuro” Y la tía que espeta: “¿Qué ganas con eso? De todos modos no puedes verme”. A lo cual respondió el niño: “No importa, hay más luz cuando alguien habla”.

Freud (1905): “Tres ensayos de teoría sexual”.

La institución de ejecución penal -como toda institución porta mitos, leyendas y tradiciones desde sus orígenes sociales fundacionales que funcionan como cimientos de pactos, acuerdos y contratos. El estigma que llevan las prisiones tradicionales dentro de sistemas penitenciarios 'sádicos y vengativos' no colabora para que un profesional de la salud se sienta confortable en el desempeño de la tarea, más aún cuando en el imaginario social el hermetismo del horror de lo que allí dentro acontece adquiere el sentido compartido de lo ominoso.

En los últimos tiempos las cárceles quedaron atrapadas en el objetivo de asegurar su 'funcionalidad' en el albergue de delincuentes, girando la polémica en torno a la primacía de una gestión punitiva o asistencialista. El descrédito actual respecto a los organismos judiciales, policiales y penales tampoco son detalles menores.

El hermetismo del horror de lo que dentro de las cárceles acontece ha convocado en las distintas épocas la pulsión escópica, animando el imaginario social el 'vigilar y castigar' (M. Foucault, 1976) como objetivos únicos. Dentro de la lógica de la segregación y la exclusión, el pensar 'sin custodia' lo impensable (que las determinaciones punitivas miren hacia el por-venir y el prevenir por ej.) y resguardarnos de complicidades inconcientes a tener lecturas transgresoras. Pese a que las diversas configuraciones psicológicas entrelazadas entramaban un campo perverso, fue posible -auspiciando una alianza terapéutica de trabajo- dinamizar una propuesta institucional que fuera más allá de objetivos exclusivamente represivos.

La unidad penal a la que se hace referencia está ubicada en el interior de una provincia argentina, alojando alrededor de cien varones de edades variadas penados por la ley en condición de primarios, reincidentes y reiterantes. La población es inestable y fluctuante al oscilar los tiempos de permanencia en virtud del quantum de la condena según el tipo de delito de que se trate (hurto, robo, asociación ilícita, abuso deshonesto, violación, estupro, privación ilegal de la libertad, lesiones leves y graves, secuestro extorsivo, homicidio, etc.).

La dinámica institucional es muy activa, estando a cargo de los mismos reclusos el mantenimiento de las instalaciones, la elaboración de comidas, el lavado de sus pertenencias personales y de útiles de uso colectivo. El personal a cargo no porta armamento (hallándose el mismo en una sala destinada a ese fin a los efectos de su utilización en casos de emergencia de seguridad). Las celdas de castigo (calabozos) fueron reemplazadas por celdas de reflexión, como un lugar de privacidad para quien lo considere necesitar. Se destaca que en la historia de este penal no se han registrado episodios de revueltas, motines, fugas, huelgas de hambre, etc.; y, recientemente se ha creado el Departamento de Salud Mental.

Una psicoanalista ‘trabajando’ en ‘esta cárcel’.

“...Uno no puede menos que decirse: ‘Entonces es preciso que intervenga la bruja’. La bruja metapsicología, quiere decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológicos -a punto estuve de decir: -fantasear- no se da aquí un sólo paso adelante. Por desgracia, los informes de la bruja tampoco esta vez son muy claros ni detallados...”.

Freud (1937): “Análisis terminable e interminable”.

Algunos autores ya han hecho referencia a aristas filosas del rol del psicoanalista dentro de diferentes sistemas. Particularmente en una cárcel, donde Tánatos y sus manifestaciones con distintos ropajes circulan por los pasillos. Investir esta realidad, escuchar al sujeto legalmente declarado ‘delincuente’ dentro de un sistema penitenciario contraponiendo presencia libidinal, requiere sensata apertura, compromiso, perseverancia y responsabilidad social en el ejercicio profesional.

A nivel institucional se partió de pensar una penitenciaría que incorpore dispositivos y funciones que sirvan de marco para –desde allí– operar. La ley y la institución conforman un encuadre sostén de este entre rejas desde el cual las mociones pulsionales pueden expresarse en búsqueda de nuevos destinos, instaurando las represiones indispensables al servicio de Eros. Para participar en estas comunidades humanas fue (y es) prioritario re-mover múltiples preconceptos so riesgo de comprometer la labor de hallar hechos clínicos. En este campo laboral los pre-juicios que circulan de un lado y del otro de las rejas toman forma de enunciados impregnados de juicios de valor cargados con intensas fuerzas agresivas sustentadas en premisas con estatuto de certezas. Las connotaciones de oráculos o profecías autocumplidas adquieren real peligrosidad por la potencialidad intrínseca siempre al acecho de promover acciones.

El psicoanalista se encuentra muy a menudo inmerso en un ‘imperativo paradójico’ (P. Aulagnier, 1982) invistiendo objetos que se presentan conjuntamente como dilemáticos, apelando a dispositivos clínicos para sostener una atmósfera de trabajo lo ‘suficientemente buena’.

Nuestra práctica deviene ética justamente por la abstinencia de enjuiciamiento moral pero resulta muy difícil delimitar el borde para no sentirnos cómplices de las variadas gradientes de lo que se ha dado en llamar ‘el mal’ y a su vez no caer en la paralización.

Transmitir la naturaleza de lo que está siendo percibido y es menester escuchar implica habilitar otros canales comunicativos y otros lenguajes porque puede llegar a ser una acta fundacional de otros posibles

‘dialectos’. Planteando la consideración de la subjetividad de todos los participantes del proyecto se están promoviendo mejores índices generales de salud mental. Se trabajó con guardiacárceles, abordándose las problemáticas y conflictivas del rol laboral. Implementándose una capacitación psicodinámica del personal se está tomando conciencia de las posibilidades de modificación de los mecanismos psíquicos de los detenidos. Con el correr del tiempo los sórdidos murmullos que permanecían en penumbras fueron trocándose en discurso, saliendo al encuentro de interlocutores. La palabra pudo comenzar a recorrer los intrincados laberintos de esta cárcel. Mediante entrevistas individuales y grupales, conversando con familiares, asistiendo personalmente, se propendió a abrir instancias terapéuticas, a inspirar modificaciones paulatinas en el marco de referencia interno. Ilustraré los efectos de las intervenciones psicoanalíticas con una corta viñeta: ”...sabe doctora, desde que hablé con Ud. lo de mi mamá me hizo pensar tanto...! Ahora me cierran muchas cosas de mi vida...Es como sacarse las vendas de los ojos, se ve todo distinto desde acá con Ud. ... Cuando vinieron mis hermanos a visitarme nos pusimos de acuerdo para que ella vaya a un psicólogo...ya empezó... y sabe? Ahora podemos hablar entre todos sobre lo que nos pasó...”

Planteándose la necesidad de instalar funciones suficientemente consistentes –sorteando momentos de profundas confusiones y desgastantes polémicas– constantemente se busca re-componer las indispensables defensas protectoras (represión, sublimación, etc.) para las constituciones subjetivas. Decimos con Green (1983) que se estaría considerando la capacidad de Eros para amortiguar la fuerza descomplejizante de la pulsión de muerte.

En lo que concierne a la población carcelaria ésta requiere ser pensada desde marcas de precariedad de recursos personales ‘tatuadas’ en su mayoría desde la matriz misma de la existencia. Historias libidinales que han dejado profundas cicatrices en la malla psíquica. Individuos en que los “excesos de carencias”, de realidad y de acto han tenido efectos tóxicos al no cualificarse tales violencias. La necesidad de castigo buscada inconscientemente, los grados de auto y hetero-agresión constantes y reiterados, aspectos narcisísticos e ideales tanáticos, conciencia moral, Super Yo, Ideal del Yo, masoquismo moral y sexual, sadismo, compulsión a la repetición, pulsión de muerte en lucha y acción permanente dentro de la interioridad del ser humano; como psicodinamismo, claman por cierta intervención para intentar prevenir la repetición. Pero... ¿será posible?, ¿cómo? Ante la necesidad de referentes que den cuenta de la compulsiva repetición de lo destructivo y autodestructivo y para posibilitar una escucha en teorización flotante (Aulagnier, 1984) vienen a nuestro encuentro conceptualizaciones tales

como la de apego a lo negativo (D. Anzieu); los esclavos de la cantidad (M^Uzan); los tres espacios-funciones: lo originario, primario y secundario (P. Aulagnier); el trabajo de figurabilidad (Botella); lo sabido no pensado (Bollas); huellas mnémicas ingobernables, zonas psíquicas (Marucco); la clínica de lo abyecto (Levin de Said) y tantas otras que hace décadas vienen enriqueciendo al Psicoanálisis. Dentro de un pensar psicoanalítico los movimientos de búsqueda de aportes teóricos postfreudianos permitieron remitirnos a la praxis con remodelaciones –sometidas siempre a revisión– respecto a los modos de pensar la cura.

Hoy tras este muro se teje una realidad muy compleja: internos adictos, hijos de la clase media, población cada vez más joven, portadores de HIV, enfermos de SIDA, ex funcionarios policiales, etc. Situaciones que han promovido salir del letargo para escuchar a ‘la persona’ que hay dentro del ‘delincuente’.

Para la atención de conductas adictivas, enfermos terminales y hasta promover otras modalidades de detención (domiciliarias, nocturna, diurna, semidetención) se hicieron indispensables numerosos replanteos.

El sujeto que comete un delito es un ser humano que se enferma de esa manera peculiar por los avatares de su historia.

Con sus síntomas emite mensajes que se hace imperativo descifrar para que devenga discurso, apostando a la emergencia del conflicto y la angustia en el mejor de los casos.

Bollas en su ensayo acerca de los asesinos seriales (La estructura de la maldad, 1992) plantea que algunos actúan la maldad para sobrevivir a la propia muerte del self, especialmente la muerte psíquica en la temprana infancia.

El delito entendido como un síntoma delata también disfuncionalidad. Una forma peculiar de vehiculizar la angustia y buscar castigo y límite apelando a la ley como una forma de evitar caer en el caos pulsional apostando a encontrar su subjetivación.

Personalmente creo que la ejecución de la pena debería portar todo un orden simbólico personalizante desde –podría llamarsele– una **función propiciatoria**. En esto se está laborando, en un afianzamiento diario de nuestra tarea como una posible acción transformadora.

Desde una concepción dinámica del delito y del delincuente no puede quedar ausente el abordaje de los aspectos internos del sujeto. Se requiere adherir a una concepción de organización psíquica relativamente abierta a nuevas inscripciones, reinscripciones, resignificaciones. A través del pensar, sentir y expresar (el operar psíquico) su interioridad mediante la palabra ante una escucha subjetivante que sostenga la renuncia pulsional, la renuncia a ideales por identificaciones patógenas a cambio de ‘ser humano’ y acceder a la cultura, se le ofrecen propuestas que estimulen reparación, sublimación. Es a través del despliegue de las representaciones palabra que

se daría la oportunidad de ligar pulsionalidades y representaciones para el armado de una historia (en el sentido de 'story'). Al decir de P. Aulagnier "actividad de representación" (como equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica).

La pretendida neutralidad queda con frecuencia particularmente jaqueada requiriendo del desarrollo de actitudes y convicciones que sostengan la función analítica. Esto no exime variaciones técnicas o romper en ocasiones la neutralidad frente a un material especialmente siniestro con intervenciones fuera de contexto dentro de la terapéutica clásica (señalar por ejemplo a un detenido que insiste en nominar a la víctima del hecho delictivo como "...el occiso..." que éste era la persona a la que le quitó la vida). Si bien existen enigmas a dilucidar la propuesta es que estos 'pacientes' puedan acceder a una subjetividad responsable, que resiguen el goce sado-masoquista; que mediante la propuesta terapéutica desarrolle y despliegue un mayor caudal de pulsión de vida. La analista creando cierta demanda, instalando la dialéctica escuchar-ser escuchado, se transforma en "la jefa de las terapias" según la expresión de los mismos presos.

A sabiendas de que existen facetas del encarcelamiento que degradan y alienan al ser humano que ha delinquido, se propende a restituirle su identidad desde los referentes simbólicos que forman parte de ella. Entrevistado por una analista que lo interroga en su intimidad subjetiva el detenido recupera su condición de sujeto humano y su historia. Escuchamos a Gustavo decir: "...Somos personas... se creen que no tenemos sentimientos..."

Muchos creen que todos acá estamos locos... o que somos monstruos... En esta unidad nos dan la oportunidad de mostrar otros aspectos..."

Con la participación protagónica del sujeto se van trazando rutas libidinales, esbozando el tipo de abordaje institucional interdisciplinario que se considere oportuno, abierto a las modificaciones necesarias según cada caso. Las aristas referidas a la prevención requieren aún de mayores desarrollos para su formulación más exhaustiva pero se aspira a poner en movimiento 'envolturas' que funcionen como potenciales organizadores de configuraciones funcionales que no sellen destinos inexorables, inclusive para las generaciones venideras. La 'función familia' (Alizade y otros 2002), el contacto con figuras significativas preservando lazos afectivos y la recomposición del lugar del detenido en el tejido familiar se instituye en un objetivo esencial por ser la red socio-afectiva a la que retornará en algún momento. Se implementó un proyecto interdisciplinario (denominado "El afuera desde el adentro") conjuntamente con los asistentes sociales en el que se contempla la articulación sujeto-familia en el proceso de institucionalización y posterior externación e inserción social del penado a través de diferentes propuestas de abordaje familiar según las circunstancias de cada quien. En algunos casos se creyó conveniente incluir

también los profesionales del Patronato de Liberados a los efectos de articular tareas de pregreso institucional.

Detectándose también la necesidad de rever la relación del interno con sus pares se proponen **encuentros grupales** semanales con cada uno de los cinco pabellones, espacio receptivo de lo colectivo como dispositivo para otros modos de vincularidad e intercambio, de posicionamiento ante el otro como semejante, otras formas de convivencia basada en la reconsideración del valor de la co-existencia con otros. Se concibe el encuadre grupal como posibilitador de encuentro con otros humanos soporte de transformaciones psicológicas facilitando dimensiones intrasubjetivas, intersubjetivas y transubjetivas. El trabajo grupal está pensado como espacio para hacer explícito lo implícito, pasar de lo operatorio a un pensar reflexivo, debatir, conferir sentidos a lo que sucede, a la realidad en sus múltiples acepciones.

Dentro de los pabellones carcelarios se organiza naturalmente una suerte de contracultura con su propia legalidad, con nucleamientos que proveen sentido de pertenencia y propiedad, con códigos de intercambio, complicidades, lealtades y un lunfardo que brinda protección de supervivencia a sus integrantes. Los subgrupos funcionan como verdaderas castas que conviven en permanente estado de tensión.

Las resistencias y temores respecto a eventuales efectos indeseables de la tarea grupal dentro de la institución fueron solapadas, desplegando componentes paranoides, evidenciando conflictos institucionales que reclaman revisión para que se dinamicen funcionamientos de autogestión responsable en los internos tal como lo prevén las leyes de ejecución penal.

Como una forma de reducir el eventual daño psíquico provocado por las múltiples violencias, la tarea gira en torno a los emergentes grupales (prejuicios, agresión, criterio de realidad, alianzas/acuerdos, necesidad de códigos ordenadores, etc.). Desde una concepción no solipsista de sujeto resuenan recurrentemente cuestiones referidas a la familia, el futuro, trabajo, etc. El reconocimiento de la alteridad, de la existencia de una separación entre el self y el objeto iría a favor de que la función mediadora yoica no quede por fuera de su posibilidad reguladora como es habitual en este contexto. El rol del psicoanalista es decisivo para el establecimiento de una vincularidad diferente ya que sus intervenciones deben cuidar que no se promueva el pasaje al acto ni alentar racionalizaciones.

Así, cuestiones referidas a lo intra y extramuros que claman por encontrar texto congrega a los privados de libertad a reunirse semanalmente con el analista para que sostenga la circulación de la palabra como canal de expresión que facilita a su vez escuchar-se. Resulta difícil ofrecer un recorrido testimonial pero se partió de la convicción de que los encuentros grupales no podían estar regidos por meros postulados

superyoicos ni quedar circunscriptos a anestesiar problemáticas o auspiciar adoctrinamientos a través de una adaptación pasiva a la realidad. Por tratarse de un contexto donde afloran con peculiar virulencia características colectivas recurrentes hubo que tomar cuidadosamente una posición clínica. A las dimensiones propias de nuestra labor se debieron integrar también aportes de otros campos para una mejor comprensión de las puestas en escena que se dramatizan. El liderazgo funcional y asimétrico (Pichon Rivière, 1972) transita por momentos de delicado equilibrio ante pasajes o fragmentos que promueven perplejidad, que ponen a prueba la capacidad del analista para recibir el impacto traumático de hechos lindantes con el horror y el espanto. Ejemplificaré transcribiendo un breve tramo de un encuentro grupal semanal en uno de los pabellones que aloja homicidas en su mayoría: ¿“...para qué hablar de lo que no nos dan soluciones?” “...Para qué sirve esto de hablar?” “...No tengo ganas de recordar...” Se produce un prolongado silencio de alta densidad. Ante lo insostenible del mismo alguien dice: “...qué silencio!, ...falta el muerto...”, “... por lo de la película ‘El silencio de los santos inocentes’?” ...“Qué macabro!... A los muertos no hay que molestarlos...” La experiencia grupal ha resultado una vía inapreciable para hacernos accesible este ‘continente negro’ y justipreciar los alcances de nuestra labor, como así también sus limitaciones. Luego de recorrer sigilosamente un sinuoso camino hoy se podría decir que –a pesar de las especiales condiciones de trabajo en estos contextos- el dispositivo grupal tiene una identidad dentro de esta penitenciaría. Al respecto escuchamos frecuentemente decir a los internos de otro pabellón: “... ninguna cárcel tiene esto de los grupos... son leoneras (alude a jaula de leones)... esto es un jardín de infantes... hay palabras y no puñaladas...”, “...acá cualquier lugar es seguro porque esta ‘terapia’ hace que nos conozcamos, no somos el patito feo...” “Sabe doctora que la ‘terapia’ sigue toda la semana? Todo lo que hablamos después...!!! ...hasta nos reunimos a cenar para festejar los cumpleaños... y con torta! , las hace Juan...”

Fiel a una posición clínica se les ofrece también a los detenidos **espacios de escucha de su singularidad** más allá (y más acá) del estar privado de libertad y del delito cometido. A través de las representaciones palabra se estaría brindando la oportunidad de ligar pulsionalidades reorganizando la interioridad, reordenando la violencia pulsional desde nuevas transcripciones. No manteniendo prisioneros los aspectos más sanos del self, direccionándolos hacia un posicionamiento subjetivo a favor de otro sentimiento de sí, eventualmente se habilitarán proyectos identificatorios menos alienantes. Si bien la tarea no es sencilla se intenta promover el proceso secundario (interrogar-se, re-flexionar, pensar) y la ligadura de estados, vivencias, emociones, malestares, ofertándose propuestas que habiliten historización, tránsitos elaborativos,

simbolización, integración en el espacio psíquico. En el marco terapéutico se apela a una palabra no mecanizada, no desconectada de los sentimientos, las emociones y las representaciones inconcientes que le están asociadas. El encuadre cara a cara, el sostenimiento de la mirada no torna sencilla nuestra labor. Los niveles primarios de comunicación, el lenguaje no verbal, el silencio en estos 'pacientes' llegan a colocar al analista en un lugar de mucha vulnerabilidad. También se rescata especialmente el silencio organizador –en el analista y en el 'paciente'–, ese silencio que se hace escucha.

Como una forma de atemperar la violencia secundaria (P. Aulagnier, 1975) se van abordando los emergentes. Palabras, saludos, miradas, silencios, fallas de la memoria, actos fallidos, malos entendidos, chistes como expresiones de formaciones del inconciente, son significadas, en el transcurrir de un proceso de 'trabajo' psicoanalítico. A través de establecer una transferencia con la naturaleza del trabajo psi y la confiable posición clínica del analista van novelando historias quienes encontraban su mudo padecimiento convertido en datos de una historia clínica.

Se hace necesario que la demanda del detenido encuentre el deseo de saber de un analista que esté dispuesto al encuentro para explorar juntos lo que tras las vivencias se acantona. El analista invistiendo la función objetalizante favorece la creación de un espacio vincular que facilita descifrar mensajes para que devengan discurso, apostando a la emergencia del conflicto y la angustia en el mejor de los casos. Dentro de este marco de 'encuentro' clínico es más factible estimular nuevos contratos narcisistas (P. Aulagnier, 1975) vía reparación, sublimación, otorgándosele otros sentidos al saber y al hacer. Contrariamente a concepciones tradicionales, los que han reincidido en comportamientos delictivos nos presentan el desafío de explorar si la repetición saldría a la búsqueda de aquello que instaure inscripciones e inaugure representaciones. Para algunos los efectos de la aplicación de las leyes penales porta connotación de oportunidad, de momento privilegiado para principiar procesos con otra eficacia simbólica.

Para nuestra sorpresa la demanda excede las posibilidades concretas de abordaje. En ocasiones se asiste a un miramiento de sí que sitúa de otro modo al sujeto afirmando menos el riesgo de reverberamiento de circuitos disruptivos; pero, también se asiste a inmovilidades tenebrosas.

Fue menester escuchar también los emergentes institucionales. Abordar las vallas de hierro que separan y a la vez unen al preso con el personal penitenciario y sus respectivas leyes y códigos de honor, es otra labor hartamente espinosa. Hace unos años, en oportunidad de solicitar a un guardia de seguridad que convocara a un interno (condenado por abuso deshonesto) para ser entrevistado le oímos decir: "Vos, animal... al matadero...!". Se hace imprescindible también afrontar la hostilidad y los

funcionamientos per-vertidos para poner en movimiento algún circuito libidinal.

Necesarias reflexiones contratransferenciales al pie de la clínica

Como es dable observar tras este muro se tejen tramas muy complejas. ¿Cómo escucharlas para -enfrentando lo tanático-rescatar aspectos tróficos? Estos ‘pacientes’ de esta región ‘marginal’ de la clínica nos tocan profundamente y no siempre podemos otorgarles fisonomía humana y albergarlos. Se plantean situaciones de conmovedores despojos y sistemáticas mortificaciones que nos colocan dramáticamente ante seres colapsados. Escuchamos historias con efectos patógenos y/o con potencialidad traumática que dejaron al individuo en estado de inermidad, donde muchas veces el otro –series complementarias de por medio– fue colocado en el lugar de objeto abyecto. La compasión (que no sería homologable a lástima o piedad) como llamado desde el padecimiento del otro nos congrega a acompañar a estos sujetos en no menos difíciles recorridos. La escucha de aspectos no tan ‘familiares’, de modos no tan universales de organización del psiquismo estimulan otras contratransferencias que considero deberían pasar a ser problemáticas del psicoanálisis actual. Del uso clínico que se haga de ellas dependerá que se instituyan en obstáculo o instrumento al servicio de una función analítica terapéutica. Tal como Freud lo adelantara, del campo de la praxis emergen problemáticas que deben ser recuperadas, interrogadas, reflexionadas, elaboradas y ordenadas para ser transformadas en aportes hacia sistematizaciones que fortalezcan nuestra disciplina.

La necesidad de castigo, la constante auto y heteroagresión, aspectos narcisísticos e ideales tanáticos, masoquismo moral y sexual, sadismo, etc. estruendosamente peticionan por cierta intervención convocando a salir del letargo para escuchar a la persona que ingresa a la ‘tumba’ (cárcel en la jerga presidiaria). Se establecen complejas relaciones de objeto, no pudiendo prescindirse de ellas como herramientas al servicio de su abordaje clínico. Los entrecruzamientos transferenciales y contratransferenciales son muy intensos reclamando autoanálisis permanente para mitigar la contingencia de la folie à deux. El analista instalado en el lugar de la ‘resonancia’ auspiciará una alianza de trabajo y pondrá a operar sus reacciones y ocurrencias como una forma de mantener vivo el discurso ante movimientos pulsionales que salen a la búsqueda de objetos. En ocasiones lo despiadado y maléfico en sus más altas expresiones, lo traumático, está allí, a la espera de objetos o situaciones ‘suficientemente malas’. El encuentro con constelaciones situacionales turbadoras y perturbadoras con potencialidad confusionante requieren que el analista haga un esfuerzo permanente para recuperar su identidad, la memoria, el deseo, los valores y la deontología para aproximarse a la

pretendida neutralidad analítica y así favorecer intervenciones que porten matices clínicos. Por la naturaleza de la tarea, el encuadre particular que se establece con cada detenido y el encuadre interno –sin dejar de lado lo que nos circunda por fuera del setting– son el marco más apropiado para que se desplieguen necesariamente otras dinámicas. La rigurosidad metapsicológica debe articularse sólidamente a la flexibilidad indispensable para el ejercicio clínico en esta zona tenebrosa de nuestro que-hacer, no pudiendo estar ausente la indispensable empatía analítica como disponibilidad comprensiva. Para muchos la detención carcelaria es la ocasión para fundar otras configuraciones psíquicas, relaciones de objeto y matrices de vincularidad que respalden otro por-venir.

Debates, reflexiones, disensos, errores acompañaron el camino emprendido hace unos años dando por resultado ‘esta’ institución hoy. La experiencia insta a ocuparnos de modular laboriosamente lo cotidiano para que no sobrevengan situaciones con eficacia conspirativa a favor del consabido deseo de nocambio. El analista interviniendo en un campo donde los aspectos arcaicos, perversos y psicopáticos jaquean muchas veces la neutralidad necesaria, no puede instituirse en mero observador imparcial que convalida deshumanizaciones. Green (1983) nos alerta a estar atentos a la desmesura del ideal ante la proclividad humana a deslizarse hacia distintas formas y magnitudes de violencias. Es imprescindible no caer en espejismos de omnipotencia ni en la utopía de erradicación de la delincuencia.

La persona del psicoanalista como instrumento de trabajo siendo objeto de múltiples transferencias, está expuesta también al peligro de influencias sugestivas, erotizaciones, conformismos, lealtades, complicidades (resistenciales y defensivas) con el sistema y/o con sus integrantes. Amenazas que también están al acecho para contaminar el campo y las intervenciones terapéuticas. El fantasma de ‘la traición’ circula en ambos lados de la reja. Dentro de estos contextos se debe estar en estado de alerta ya que los aspectos no discriminados, la no conflictividad neurótica, la intensidad y violencia de las situaciones que se escenifican puede hipersensibilizarnos o anestesiarnos al servicio de iatrogénicas connivencias inconcientes.

Por la potencialidad traumática que trae aparejado el contacto vivencial con lo peor de lo que es capaz un ser humano, investir la tarea y a estos ‘pacientes’ es harto complejo si no operara trans-formación alguna. La potencialidad del sujeto para introducir elementos propios tiene convalidación clínica empírica. Nos anima la convicción –basada en la experiencia concreta– de que la inter-acción dialéctica de los universos objetivo y subjetivo en la interioridad del ser humano puede ejercer efectos en la realidad psíquica.

Dentro de las necesarias renunciaciones, para no renunciar, se intenta renunciar e intervenir en pro de un malestar tolerable dentro del consabido mal-estar en la cultura.

Resumen

El trabajo psicoanalítico en una institución penitenciaria

Alicia Beatriz Iacuzzi

Desde un Psicoanálisis situado en un mundo que transita una profunda crisis, se presentan consideraciones, dificultades, cuestionamientos, limitaciones y reflexiones de una psicoanalista trabajando en una institución penitenciaria. Invita a investigar la validación teórico-clínica de nuestros instrumentos en el dominio de la psicología del mal y de la pulsión de muerte desligada.

Las consecuencias psíquicas de la aplicación de la ley y sus avatares procurando que ésta tenga matices subjetivantes son el objetivo del que-hacer. Se plantea la necesidad de instalar institucionalmente ‘funciones’ suficientemente consistentes buscando re-componer las constituciones subjetivas.

Sostener la identidad de analistas dentro de una institución penitenciaria y en la clínica con sujetos encarcelados es un desafío. Las transferencias en su contenido e intensidad ponen a prueba peculiarmente al profesional, su labor y a la persona del analista. Se requiere –a través del trípode psicoanalítico– el desarrollo de convicciones que sustenten esta praxis.

Summary

The psychoanalytical task in a penitentiary institution.

Alicia Beatriz Iacuzzi

From a Psychoanalysis located in a world that journeys a deep crisis, considerations, difficulties, limitations, questions and reflections of a psychoanalyst working in a penitentiary institution are presented. She invites us to look into the theoretical-clinic validity of our instruments in the domain of the psychology of the evil.

The psychic consequences of the application of the law and the ups and downs trying that it had subjective shades are the aims of the task. The

necessity of installing institutionally, sufficiently consistent functions seeking to recompose the subjective constitutions, is considered.

Maintaining the identity of the analysts within a penitentiary institution and in the clinic, with jailed subjects, is a challenge.

The transferences, in content and intensity, put the professional, his work and the person of the analyst, in risk. The development of convictions that sustain this praxis –through the psychoanalytic tripod–is required.

Bibliografía

- ALIZADE, M.: (2002) El encuadre interno. Uruguay. 24° Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Comunicación personal.
- AULAGNIER, P.: (1980). *“El sentido perdido”*. B.A. Editorial Trieb.
- (1982) Condenado a investir. *Rev. Psicoan. APA N*2-3*.
- (1989) Construir(se) un pasado. *Rev. APDEBA*, 1989.
- (1994) *“Un intérprete en busca de sentido”*. Méjico.E. SigloXXI.
- (1997) *“La violencia de la interpretación”*. Bs. As. A.E.
- BARANGER, M. y W. MOM: (1978) Patología de la transferencia y contratransferencia en el psicoanálisis actual: el campo perverso. *Revista de Psicoanálisis, A.P.A., N° 5*.
- BARANGER, W. y M.: (1969) *“Problemas del campo psicoanalítico”*. B.A., Ed. Kargieman.
- BOLLAS, C.: (1991) *“La sombra del objeto”*. B.A., AE.
- (1992) *“La estructura de la maldad”*. Conferencia Apdeba.
- BOTELLA, C. y S.: (2003) *“La figurabilidad psíquica”*, B.A., AE.
- GREEN, A.: (1990) *“De locuras privadas”*, B A. AE.
- (1990) *“Narcisismo de vida, narcisismo de muerte”*, B A. AE.
- (1993) *“La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud”*, BA AE.
- (1993) *“El trabajo de lo negativo”*, BA AE
- (1997) *“Las cadenas de Eros”*. B A . AE.
- GREEN y otros: (1998) *“La pulsión de muerte”*, B.A., AE.
- LEUZINGER-BOHLEBER M.: (2005) Investigación clínica, conceptual y empírica basada en el psicoanálisis. Conferencia APA
- LEVIN de SAID, A.: - (2004) *“El sostén del ser”*, BA, Ed. Paidós.
- KANCYPER L.: (1992) *“Resentimiento y remordimiento”*. B.A. Ed. Paidós
- (2004) *“El complejo fraterno”* B.A.-Méjico. Ed. Lumen
- MARUCCO N.: (1999) *“Cura analítica y transferencia”*. BA, AE
- (2003-04) Actas seminarios. BA. APA
- MILMANIENE, J.: (1995) *“El goce y la ley”*, B A. Ed. Paidós.

M'UZAN, M. (1994) "*La boca del inconsciente*", B.A., AE.

Referencias Bibliográficas

- ABADI, GARMA, YAMPEY y Otros: (1973) "La fascinación de la muerte". B. A. Editorial Paidós.
- BICHI E.: (2004) El analista 'en persona'. Algunas reflexiones acerca de la persona 'real' del analista y su influencia sobre el proceso transfero/contratransferencia. B.A. 4* Encuentro APA-SPI.
- BLEGER J.: (1966) "*Psicohigiene y Psicología institucional*". B.A., Ed. Paidós.
- BLEICHMAR H.: (1997) "*Avances en psicoterapia psicoanalítica*", B A. Editorial Paidós.
- ETCHEGOYEN R.: (1986) "*Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*". B A. AE.
- FREUD, S.: "*Obras completas*", B.A. Editorial AE.
- (1906) La indagatoria forense y el psicoanálisis.
- (1910) El porvenir de la terapia analítica.
- (1912) Tótem y Tabú.
- (1912) Contribuciones al simposium sobre la masturbación. E. Biblioteca Nueva
- (1912) La dinámica de la transferencia.
- (1914) Introducción del narcisismo.
- (1914) Recordar, repetir y reelaborar.
- (1916) Los que fracasan cuando triunfan.
- (1916) Los que delinquen por conciencia de culpa.
- (1916-17) Conferencia 27.
- [1917 (1915)] Duelo y melancolía.
- (1919) Pegan a un niño.
- (1920) Más allá del principio del placer.
- (1921) Psicología de las masas y análisis del Yo.
- (1923) El Yo y el Ello.
- (1924) El problema económico del masoquismo.
- [(1926 (1925)] Inhibición, síntoma y angustia.
- (1927) El porvenir de una ilusión.
- [1928 (1927)] Dostoievski y el parricidio.
- [1930 (1929)] El malestar en la cultura.
- (1930 (1931) La peritación forense en el proceso Halsmann
- (1937) Análisis terminable e interminable.
- (1938) Compendio de psicoanálisis.
- [1939 (1938)] Moisés y la religión monoteísta.
- FOUCAULT M.: (1976) "*Vigilar y castigar*". Méjico. Ed. Siglo XXI

- HORNSTEIN L. Y otros: (2004) "*Proyecto terapéutico*". BA. Ed. Paidós.
- HEINMANN: (1961/62) -Acerca de la contratransferencia.-
Contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, A.P.U., N° 1.
- LECLAIRE, S.: (1990) "*Matan a un niño*", B A. A.E.,
- LEY de EJECUCIÓN PENAL BONAERENSE: (1999) Ley N° 12.256.
- Mc DOUGALL, J.: (1993) "*Alegato por una cierta anormalidad*", B A. Ed. Paidós.
- PICHON RIVIÈRE E.: (1978) "*Del Psicoanálisis a la Psicología Social*" (T. 1 y 2). B.A. Ed Nueva Visión.
- RACKER, E. (1960): "Técnica analítica y masoquismo", *Revista de Psicoanálisis*,
- (1952): Observaciones sobre la contratransferencia como instrumento técnico, *Revista de Psicoanálisis*, A.P.A., N° 3.
- (1961/62): Notas sobre el aporte de H. R. al conocimiento de la contratransferencia, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, A.P.U. N° 1.
- ROSEMBERG, B. (1995) "*Masoquismo mortífero y masoquismo guardián de la vida*", Valencia. Promolibro.
- WINNICOTT, D. (1990) "*Deprivación y Delincuencia*", B A. Ed. Paidós.
- YAMPEY, N. (1981) El masoquismo en la clínica y el tratamiento, *Revista de Psicoanálisis*, A.P.A., N° 2.
- YAMPEY, LIENDO y GRIECO: (1982) Sobre la interacción transferencia-contratransferencia, *Revista de Psicoanálisis*, A.P.A., N° 2/3.

La investigación apoya una técnica psicoanalítica relacional y flexible.

*Juan Pablo Jiménez**

Introducción

El objetivo de este trabajo es examinar los fundamentos empíricos de técnicas psicoanalíticas modificadas y adaptativas, es decir, de formas de intervención que resulten más apropiadas para producir el cambio terapéutico, dadas determinadas condiciones del paciente y de la relación que éste establece con su analista. Desde luego, éste es un tema de larga data en la preocupación de los psicoanalistas y, por cierto, también es —o debiera ser—, un interés central en la actividad cotidiana de cualquier terapeuta sensato frente a la variedad de sus pacientes singulares. La diversidad teórica y práctica, y la actual permeabilidad a los hallazgos interdisciplinarios en neurociencias, en investigación en proceso y resultados en psicoterapia y en relación temprana madre-bebé, han liberado el desarrollo del psicoanálisis de cargas ideológicas de modo tal, que esta cuestión cobra gran legitimidad. Estamos dejando atrás la época en que desde la autoridad institucional y la formación psicoanalítica oficial se promovía una técnica estándar, cuyo objetivo parecía estar más al servicio de la defensa de una identidad gremial frente a la irrupción de la multiplicidad de escuelas y corrientes —dentro y más allá del psicoanálisis—, que del desarrollo de una mejor atención de nuestros pacientes. La técnica estándar fue reduciendo cada vez más las indicaciones para el psicoanálisis y todo el esfuerzo se hacía en buscar pacientes adecuados para el método, pues una técnica así idealizada exige una actitud selectiva respecto de la indicación, donde es el paciente quien se debe ajustar al método y no al revés. Las técnicas modificadas, en cambio, permiten un conjunto adaptativo de indicaciones, donde el tratamiento es el que se adapta a las características de cada paciente (Thomä & Kächele 1989 [1985]). Por cierto, tal postura entra en conflicto con una definición uniforme de técnica psicoanalítica. Esta prolongada discusión acerca de lo qué es propia y específicamente psicoanalítico, sin embargo, se ha vuelto a mí entender estéril y muy aburrida. Felizmente corren nuevos vientos en la comunidad psicoanalítica, y estoy totalmente de acuerdo con Gabbard & Westen (2003 p.826; énfasis en el original) quienes recientemente han

* *Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Chilena. Diego de Almagro 2734, Santiago, Chile. E-mail: jjimenez@abello.dic.uchile.cl*

sugerido que deberíamos “diferir la cuestión de si acaso estas técnicas son analíticas y focalizarnos más bien en si acaso ellas son *terapéuticas*. Si la respuesta a esta cuestión es afirmativa –continúan–, la pregunta que sigue es cómo integrarlas en la práctica psicoanalítica y psicoterapéutica de la manera que más ayude al paciente”. Para estos autores, una teoría moderna de la acción terapéutica debe describir tanto lo que cambia (los objetivos del tratamiento) como las estrategias que han demostrado utilidad para promover tales cambios (técnicas). Hemos llegado a un punto en que las teorías de mecanismo único de acción terapéutica –no importando cuán complejas ellas sean–, han probado ser poco útiles en este sentido, a causa de la variedad de metas de cambio y de la variedad de métodos eficaces para lograr el cambio en la dirección de tales metas.

El desafío frente al cual estamos, entonces, es uno de integración. La tarea actual de la investigación clínica, teórica y empírica, es integrar de manera coherente el abanico de diferentes posibilidades terapéuticas. En mi presentación discutiré ciertos aspectos del tema que nos convoca, desde la perspectiva de los hallazgos modernos en ciencias neurocognitivas y en investigación en proceso y resultados en psicoterapia y psicoanálisis. A mi entender, hay ciertas cuestiones que deben ser previamente aclaradas, si queremos llevar a cabo una integración coherente que permita reformular la relación entre lo psicoanalítico y lo psicoterapéutico. Este trabajo pretende cubrir someramente tres puntos. Éstos son: 1º El asunto de la especificidad de las intervenciones terapéuticas versus el alcance de los factores curativos comunes en terapia.

2º La concepción diádica de la técnica y la manera de entender la acción terapéutica de la alianza. 3º La concepción estratégica o heurística en terapia psicoanalítica.

Antes de entrar en materia, quisiera introducir sucintamente un marco teórico que facilite el análisis. De acuerdo con Goldfried (1980), si se quiere analizar el rol de la técnica de tratamiento es necesario distinguir tres niveles de abstracción. Estos son el nivel de las intervenciones terapéuticas (técnica en sentido estricto), el de las estrategias terapéuticas y el de los enfoques u orientaciones teóricas. Cada uno de estos niveles plantea preguntas particulares a la teoría y a la investigación. A menudo, la discusión sobre la especificidad de la técnica se ve oscurecida por la falta de distinción entre estos niveles. Así por ejemplo, en el nivel más alto de abstracción, el de los enfoques u orientaciones teóricas, la pregunta que debe responder la investigación en *resultados* es, por ejemplo, si el psicoanálisis en cuanto forma de terapia es o no más efectivo que las distintas formas de psicoterapias psicoanalíticas y, por supuesto, si las terapias psicoanalíticas son tanto o más efectivas que las terapias de otras orientaciones y, en el caso de que así fuera, si la mayor efectividad es uniforme para cualquier tipo de pacientes. Esta es una cuestión candente en

la actualidad y se asocia a aquella de si existen intervenciones específicas para trastornos o desórdenes psicopatológicos específicos. Esta última pregunta tiene complejas relaciones con la sociología y la economía de la psicoterapia pues de su respuesta depende la posibilidad de existencia de “tratamientos con apoyo empírico” y de una “psicoterapia basada en la evidencia”. La respuesta que demos en este punto, entonces, tiene consecuencias que afectan la posibilidad de financiamiento de las terapias psicoanalíticas por las compañías de seguro y, por cierto, también afecta la relación del psicoanálisis con la medicina y la psiquiatría. Pero, en este nivel de abstracción hay otra pregunta más interesante –que se refiere a investigación en *proceso* terapéutico–, cual es, si acaso un psicoanalista que conduce una terapia psicoanalítica – naturalmente guiado por la teoría psicoanalítica–, sólo realiza intervenciones prescritas por la teoría psicoanalítica del tratamiento o, sin necesariamente advertirlo, también aplica técnicas que no pertenecen explícitamente al arsenal terapéutico propiamente psicoanalítico. Éste es un punto crítico muy relevante para nuestra discusión, pues introduce un elemento sorpresivo en la discusión sobre la especificidad de las intervenciones psicoanalíticas y tiene consecuencias dramáticas para el afán de los psicoanalistas de diferenciarse de los terapeutas de otras orientaciones.

Intervenciones específicas versus factores comunes en Psicoterapia

En este sentido, Ablon & Jones (1998) han mostrado que, aún en psicoterapias manualizadas, es posible detectar elementos “prestados” de otras orientaciones terapéuticas y que estas técnicas comunes pueden incluso ser los ingredientes activos responsables de promover el cambio positivo en el paciente. Por ejemplo, estos autores han demostrado que los tratamientos psicoanalíticos breves incluyen conjuntos diversos de intervenciones, donde los terapeutas, además de aplicar estrategias consideradas como de naturaleza psicodinámica, en medida significativa también aplican intervenciones técnicas que habitualmente se asocian con el enfoque cognitivo conductual (por ejemplo, examinar “pensamientos falsos” o creencias irracionales). En otras palabras, existiría una sobre posición significativa en la manera como terapeutas de distintas orientaciones conducen los tratamientos, entre modelos teóricos que se asume corresponden a estrategias de intervención diferentes.

Consistentemente con estos resultados, otros autores (Goldfried et al. 1998) han encontrado una extensa sobre posición entre terapias psicodinámicas interpersonales y terapias cognitivo conductuales, *cuando éstas fueron realizadas por terapeutas expertos*. En una muestra bien estudiada de tratamientos, Jones & Pullos (1993) determinaron que los terapeutas

cognitivo conductuales usan ocasionalmente estrategias psicodinámicas y que fueron precisamente estas técnicas las responsables de la promoción del cambio en el paciente. En este estudio, el uso de técnicas no prescritas por la terapia cognitivo conductual, que probablemente escapó a la detección de las escalas de adherencia al manual, mostró tener una correlación significativa con el cambio en el paciente. En todo caso, hubo importantes diferencias entre ambos enfoques. La terapia cognitivo conductual promovía el control de los afectos negativos a través del uso del intelecto y la racionalidad en combinación con una vigorosa estimulación, apoyo y refuerzo por parte de los terapeutas. En las psicoterapias psicodinámicas, el énfasis estuvo puesto en la evocación de afectos, en traer a la conciencia sentimientos inquietantes y en integrar dificultades actuales dentro de la experiencia de vida previa, usando la relación terapeuta paciente como agente de cambio.

En un estudio más reciente, Ablon & Jones (2002) aplicaron su método de investigación a sesiones transcritas de terapia interpersonal y cognitivo conductual pertenecientes al *Programa Colaborativo de Investigación del Tratamiento de la Depresión* del NIMH. Terapeutas expertos desarrollaron prototipos de regímenes ideales de tratamiento para la psicoterapia interpersonal breve y para la terapia cognitivo conductual, usando el *Psychotherapy Process Q-Set*, instrumento diseñado para proveer un lenguaje estándar que permita describir diferentes procesos terapéuticos. Grupos de jueces independientes y ciegos determinaron que tanto las sesiones de psicoterapia interpersonal como las cognitivo conductuales adherían más fuertemente al prototipo ideal de éstas últimas. Además, en ambos tipos de tratamiento la adherencia al prototipo de terapia cognitivo conductual arrojaba correlaciones positivas más fuertes con las mediciones de resultados. Los autores concluyen que *los nombres de marca en psicoterapia pueden ser engañosos* y que la premisa básica de los ensayos controlados al azar (que las intervenciones comparadas representan *realmente* tratamientos separados y distintos), no fue satisfecha en el Programa de Investigación Colaborativo del Tratamiento de la Depresión del NIMH.

Es ilustrativo revisar brevemente una investigación de efectividad (un ensayo clínico abierto) en 21 pacientes con diagnóstico de desorden de pánico tratados con terapia psicoanalítica manualizada (Klein, Milrod et al. 2003). Se estudiaron las correlaciones proceso-resultado, mostrándose que la focalización temprana en la transferencia tuvo efectos negativos, al revés de la focalización tardía, que se correlacionó con el éxito.

El resultado más interesante para nuestro tema, sin embargo, fue que las variables *específicas* de proceso, “Focalización del terapeuta en la dinámica del pánico” y “Exploración del paciente”, no mostraron

correlación con el resultado. Con todo, más interesante aún fue el hecho de que 8 de los 21 pacientes que simultáneamente cumplían los requisitos para depresión mayor, se mejoraron igualmente, a pesar de que el manual no prescribía la elaboración explícita de las dinámicas que la teoría psicoanalítica supone propias para la depresión. Para explicar este resultado, los autores piensan que hay notables áreas de sobre posición psicodinámica: “Revisando los tratamientos psicodinámicos vídeograbados, se hizo evidente que las intervenciones que ayudaban a los pacientes a reconocer su agresión conflictiva parecían aliviar su ansiedad y culpa inconsciente. Cuando la vergüenza por la ansiedad era mitigada a través de mejoras en la función autónoma, la auto devaluación que gatilla respuestas depresivas tendía a mejorar. Cuando los pacientes entendieron su tendencia a la evitación de situaciones competitivas y de independencia, percibidas como peligrosas y agresivas, y comenzaron a tolerar estas fantasías y acciones, se alivió secundariamente la culpa y la devaluación narcisista” (Rudden, Busch et al. 2003)

Los hallazgos anteriores pueden ser una de las razones que expliquen la llamada “paradoja de la equivalencia” (Stiles, Shapiro & Elliot 1986), según la cual no se ha podido demostrar superioridad entre los distintos enfoques psicoterapéuticos. Otra razón que se ha esgrimido es el efecto de los llamados factores comunes. En la revisión más reciente de este tema, Wampold (2002) concluye que no más de 8% de la varianza de los resultados en psicoterapia se explica por factores específicos (técnica “psicoanalítica”, “cognitivo-conductual”, etc.), que el 70% de la varianza es debida a efectos generales, con un 22% de varianza inexplicada (que probablemente se deba a diferencias entre los pacientes). Así, surgen la disposición del paciente y la persona del terapeuta como potentes factores curativos comunes a toda forma de psicoterapia.

El poder de la alianza terapéutica

Ambos factores se unen en el establecimiento de la alianza terapéutica que aparece entonces como el factor central y genérico de cambio. Blatt & Shahar (2004), reanalizando los resultados del proyecto Menninger, que no pudo distinguir los resultados entre psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica, y los del Programa de Investigación Colaborativo del Tratamiento de la Depresión del NIMH, que tampoco pudo demostrar diferencias en la eficacia de las terapias cognitivo-conductuales y las interpersonales, han mostrado que *la diferencia está en el tipo de pacientes*. Reinterpretando los protocolos de sesiones y los estudios psicométricos, Blatt (1994) distingue entre pacientes anaclíticos e

introyectivos, refiriéndolos a dos dimensiones psicopatológicas generales que atraviesan las categorías diagnósticas del DSM. De acuerdo con los estudios de Blatt & Shahar, los paciente anaclíticos se benefician con terapias centradas en la relación y pueden favorecerse con psicoterapias de menor duración. En cambio, los pacientes con predominio introyectivo responden mejor a terapias interpretativas prolongadas y de mayor frecuencia de sesiones semanales. Como mecanismo de cambio, los autores postulan que la psicoterapia es más efectiva con pacientes anaclíticos –lábil y emocionalmente sobrepasados–, porque provee un contexto de apoyo y contención que se traduce en una menor actividad asociativa durante el tratamiento. El psicoanálisis, en contraste, sería más efectivo en reducir las tendencias maladaptativas interpersonales y en facilitar las adaptativas, en especial en pacientes introyectivos –distantes, aislados, y más defendidos–, porque las exploraciones e interpretaciones los tocan y comprometen más profundamente, lo cual resulta en una actividad asociativa aumentada durante el tratamiento.

Desde luego, el que el paciente sea capaz de pedir ayuda, de mostrar su dolor psíquico, y que el terapeuta sea capaz de acogerlo empáticamente, y desde allí empezar su labor de ayuda psicológica, ha sido desde siempre el punto de partida de toda psicoterapia. La relación existente entre intervención terapéutica y vínculo fue establecida por Freud en 1913 cuando, respondiendo a la pregunta de en qué momento intervenir, escribió: “Nunca antes de haberse establecido en el paciente una transferencia utilizable, un *rapport* en toda regla con nosotros. El primer fin del tratamiento es siempre ligar al paciente a la cura y a la persona del médico. Para ello no hay más que dejarle tiempo. Si le demostramos un serio *interés*, apartamos *cuidadosamente* las primeras resistencias y *evitamos* ciertas torpezas posibles, el paciente establece enseguida, espontáneamente, tal enlace” (Freud 1913, p.1671-2; énfasis mío). A reglón seguido, Freud insiste en que el terapeuta debe evitar cualquier actitud que no sea de simpatía y de cariñoso interés hacia su paciente. Nueve décadas después, esa afirmación sigue siendo válida, quizás mucho más de lo que el mismo Freud pensaba en ese momento. Con todo, ha pasado mucha agua bajo el puente y la naturaleza del vínculo y de las intervenciones eficaces del terapeuta han ido revelando una fascinante complejidad.

La integración del conjunto de hallazgos de 50 años de investigación en proceso y resultados en psicoterapia ha dado origen al llamado *modelo genérico* (Orlinsky 1994). Este modelo destaca cuatro aspectos del vínculo terapéutico, donde interactúan aspectos simétricos y asimétricos. La *investidura personal* y la *coordinación interactiva* de los participantes, en sus roles de paciente y terapeuta, determina la calidad de la relación de trabajo, y las cualidades del *contacto comunicativo* y del *afecto mutuo*, reflejan el *rapport* interpersonal.

La *investidura personal de rol* incluye variables tales como el compromiso del paciente, su motivación, el compromiso (o falta de compromiso) del terapeuta con su rol, y la credibilidad del terapeuta versus su inseguridad, apreciada ésta desde el punto de vista del paciente. Desde la perspectiva del terapeuta, el compromiso del paciente con el tratamiento ha demostrado ser un buen indicador de éxito. También el compromiso del terapeuta, apreciado por el paciente, se asocia consistentemente con el éxito del tratamiento, mientras que el desapego o falta de compromiso del terapeuta tiende a predecir resultados pobres.

La *coordinación interactiva* entre paciente y terapeuta se refiere a un aspecto interpersonal importante. Una concepción que pone demasiado énfasis en la asimetría puede conducir fácilmente a una relación entre un terapeuta directivo y un paciente dependiente, o (como formación reactiva) a su inversa, a una entre un terapeuta permisivo y un paciente controlador. La investigación ha mostrado que, tanto desde la perspectiva de proceso del paciente como desde la del terapeuta, los mejores resultados se dan en un tratamiento en que el paciente participó colaborativamente, mientras que los peores resultados se dan cuando se desarrollan apegos dependientes u opositoristas con el terapeuta. De manera similar, desde la perspectiva de los pacientes, un terapeuta democrático, es decir, colaborativo y no directivo o permisivo, es un buen predictor de éxito.

El *contacto comunicativo*, incluye variables tales como la expresividad (entendida como capacidad de comunicación eficaz) del paciente, la empatía del terapeuta y los procesos recíprocos de expresividad del terapeuta y empatía del paciente. Estos también son aspectos simétricos o, si se quiere, de doble asimetría. La importancia de la expresividad del paciente para el éxito terapéutico es evidente desde todas las perspectivas de proceso. La calidad de la empatía del terapeuta y de la sintonía afectiva recíproca son variables que el paciente aprecia mejor que el terapeuta. Estos hallazgos pueden interpretarse en el sentido de que las parejas de paciente y terapeuta que no están bien sintonizadas entre ellas y que, en vez de eso, tienden a hablar “sobre” el paciente o “sobre su pasado”, tendrán malos resultados.

Finalmente, las actitudes emocionales que paciente y terapeuta evocan en el otro determinan la calidad relacional del *afecto mutuo*. La evidencia muestra que cuando la terapia se mueve hacia un resultado favorable, los sentimientos son positivos y recíprocos; se tiende a desarrollar un fuerte sentimiento de afirmación mutua, aunque de manera más diferencial en el paciente que en el terapeuta, desde el momento que éste último está más inclinado, por la naturaleza de su compromiso clínico, hacia una actitud activamente amistosa. En otras palabras, los sentimientos del paciente tienden a ser más discriminativos con respecto del resultado.

En cualquier perspectiva de proceso, la actitud afirmativa del paciente frente a su terapeuta fue un predictor consistente de resultado favorable. Al contrario, las actitudes negativas del paciente se asocian con fracasos.

Orlinsky (1994, p.116) se pregunta acerca las implicancias para la práctica y para la supervisión en terapia psicoanalítica de estos hallazgos, concluyendo que sería un serio error interpretarlos meramente como transferencias positivas o negativas o pensar que se trata sólo de “curas transferenciales” –esto es, entendiendo que estos fenómenos, más que la situación terapéutica actual, reflejan sólo el apego emocional temprano del paciente. En el modelo clásico, centrado en la pulsión, la transferencia es entendida como un modo de experiencia solipsista y conflictivo que, si no es resuelto por la interpretación, tenderá al impasse o al fracaso terapéutico. Para Orlinsky, en cambio, la investigación da apoyo empírico al concepto winnicottiano de “holding environment” como una manera más adecuada para entender el modo como el vínculo terapéutico contribuye al éxito terapéutico. Si los pacientes experimentan el vínculo terapéutico como un entorno que ampara y que ofrece seguridad y apoyo para un comportamiento exploratorio independiente, se fortalecerá su habilidad para suspender reacciones defensivas y mejorará la capacidad para aprender maneras más adaptativas de enfrentar situaciones previamente amenazantes. La impresión de que en esto está involucrada la realidad actual y no sólo la fantasía regresiva, se ve reforzada por los hallazgos concernientes a la importancia del *rappport* empático y de la sintonía comunicativa. Los hallazgos sobre la importancia de una relación de colaboración también implican que los aspectos adultos de paciente y terapeuta deben involucrarse como *partners* en la alianza terapéutica. Evidentemente, esta alianza puede verse amenazada por un desapego excesivo, bajo la consigna de “neutralidad analítica”.

Del mismo modo, la alianza puede verse subvertida si la dependencia del paciente es activamente estimulada en la creencia de que ésta es necesaria para la puesta en marcha de un “proceso analítico”. Para Orlinsky, basta la condición neurótica del paciente para asegurar que las fantasías regresivas y los conflictos transferenciales emergerán espontáneamente en el curso del tratamiento. Cuando esto suceda, la resolución exitosa del conflicto dependerá en gran medida de la preservación de la alianza terapéutica y del apoyo que el terapeuta dé al funcionamiento adulto del paciente.

Durante el último tiempo he hecho la experiencia de supervisar casos de análisis, guiado por las categorías de proceso que ofrece el modelo genérico. Hay distintas tradiciones en los estilos de supervisión analíticas. Personalmente sigo las recomendaciones del psicoanalista húngaro-sueco, Imre Szecsödy (1990), basadas en investigaciones empíricas. Se trata de crear en la relación con el supervisando una situación de *aprendizaje mutativo*, en la que éste aprenda a reconocer el sistema de interacción que

establece con su paciente. En este marco, sugiero a los supervisandos revisar el estado del vínculo terapéutico antes de empezar a intentar dilucidar, por ejemplo, las características de la fantasía transferencial inconsciente actuante en la sesión examinada. Un ejemplo puede aclarar mejor lo que quiero decir:

Se trata de un candidato avanzado en su formación analítica que supervisa su segundo caso control. Su paciente, un joven de 21 años, estudia derecho y consulta por ideación obsesiva (temores irracionales a tener sida), angustia difusa, timidez, dificultades en el contacto interpersonal y miedos homosexuales. El inicio del análisis fue difícil, con un fuerte despliegue de defensas obsesivas, envueltas en una situación de “no tocarse”, que fue rápidamente caracterizada como “estar dentro de un tubo”. Las asociaciones giraban casi exclusivamente en torno a los síntomas obsesivos y no había referencia a otras situaciones o afectos en relación con terceros o con el analista.

Por su parte, el analista sentía que sus interpretaciones iban a quebrar al paciente y notaba que la excesiva cautela de su parte aumentaba la ansiedad del paciente.

El monitoreo del vínculo de acuerdo con las categorías del modelo genérico, nos llevó rápidamente a detectar problemas en el área de la coordinación interactiva. El paciente se refugiaba en un tipo de pasividad controladora y el terapeuta se veía envuelto en una actitud que permitía este control. La sugerencia de interpretar directamente esta situación, condujo en un primer momento al “quiebre del tubo”, que se manifestó concretamente en el paciente a través de un ataque de pánico durante un fin de semana. El trabajo interpretativo en esta área permitió a la díada paciente analista salir progresivamente del “tubo”, con lo cual el material se hizo más emocional, primero en referencia con relaciones externas (su familia y su novia), posteriormente con el analista mismo.

Después de un período en que se consolidó el equipo de trabajo, en el monitoreo de acuerdo con el modelo empezaron a tener importancia otros aspectos de la relación. Por ejemplo, hubo largos períodos en que el problema más importante lo encontrábamos en el área de la resonancia empática (contacto comunicativo). El analista se sentía aislado de su paciente, el material no le hacía sentido. Parecía que el “tubo” se había trasladado a la contratransferencia del analista. Precisamente, la reflexión sobre esta (contra)resistencia, que llevó a descubrir ciertas fantasías contratransferenciales, permitió que el proceso siguiera adelante. Más adelante, el analista notó la aparición de sentimientos positivos en relación con su paciente, lo que, de acuerdo con el modelo, fue entendido como un indicador favorable de proceso analítico. En fin, sólo quiero ilustrar el uso de las categorías del modelo genérico para monitorear desde un punto de vista *formal*, el estado, sesión a sesión, del vínculo terapéutico. Las

categorías de este modelo orientan en la pronta detección del problema para así poder superarlo a través de intervenciones adecuadas.

Desde el punto de vista de una concepción estratégica de la terapia, es altamente relevante no perder de vista las características de un vínculo terapéutico exitoso, pues la promoción de tales cualidades del vínculo pasan así a convertirse en heurísticas, es decir, en principios técnicos y objetivos estratégicos que codeterminan intervenciones de acuerdo con las reglas del buen arte terapéutico.

Lo anterior arroja nueva luz a la controversia entre el valor relativo del insight y de la experiencia emocional, casi tan antigua como el psicoanálisis. Pensamos que se trata de dos dimensiones inseparables de la técnica. Con Luborsky (1984), es posible redefinir el apoyo como todos aquellos aspectos del tratamiento y de la relación con el terapeuta que el paciente los vivencia como de ayuda para él. De acuerdo con esta definición, el apoyo es una dimensión inseparable de la actividad del terapeuta. Si es el paciente quien define lo que es apoyo, entonces éste puede estar dado por muchas cosas: por la estructura del tratamiento, por la sensación de trabajo en común, por las transferencias positivas no chocantes o, incluso, por una buena interpretación que produzca en el paciente la sensación de haber sido comprendido. De este modo, el apoyo existe en cualquier forma de psicoterapia, también en el psicoanálisis y no es más que otra expresión de la importancia del vínculo interpersonal como factor curativo genérico o inespecífico. La revalorización del apoyo en el psicoanálisis contemporáneo no ha venido sólo desde la clínica, por ejemplo, el ambiente facilitador de Winnicott o el reconocimiento empático de Kohut, sino también de la investigación empírica. Los resultados del proyecto Menninger (Wallerstein 1986) de investigación en psicoanálisis y psicoterapia, obligan a asignarle al apoyo un valor mucho mayor que el que le atribuye la teoría psicoanalítica clásica de la curación. En el proyecto Menninger, los cambios producidos por las terapias de insight y aquellos producidos por las terapias de apoyo tendieron a converger, y no a diverger, como habría sido de esperar de acuerdo con la teoría psicoanalítica del cambio terapéutico.

Lo cierto es que hay un enorme cúmulo de evidencias empíricas y un creciente consenso clínico de que la calidad del vínculo terapéutico es un poderoso factor predictivo del resultado del tratamiento. Naturalmente queda abierta la cuestión –que debiera ser resuelta por más investigación– de si acaso la alianza terapéutica es *en sí misma* el componente curativo de la terapia o de si más bien la relación crea el contexto interpersonal necesario para que otros elementos terapéuticos actúen (Horvath 2005). En todo caso, la idea es que las resistencias y contrarresistencias, provenientes de la interacción de transferencia y contratransferencia, subvierten permanentemente el “mejor vínculo posible” entre analista y paciente.

Ulteriores investigaciones empíricas psicoanalíticas muestran resultados compatibles con lo anterior. Los hallazgos del estudio de resultados de psicoanálisis y psicoterapia de Estocolmo (Sandell y cols. 2001), han mostrado que “una parte significativa de las diferencias en los resultados entre pacientes en psicoanálisis y psicoterapia pudo ser explicada por la adopción, por parte de un gran número de terapeutas, de actitudes psicoanalíticas ortodoxas que parecieron ser contraproducentes en la práctica de la psicoterapia, no así en el psicoanálisis” (p.921) Sin duda, esto no quiere decir que la neutralidad como recurso, o el insight como objetivo, sean inadecuados. El punto crítico parece ser que la perspectiva psicoanalítica clásica, bajo el pretexto de la regla de abstinencia, parece no dar mucho valor a la calidez, al relacionarse intensamente y hacer que el paciente sienta que uno se ocupa de él. Esto no parece importar tanto en el encuadre psicoanalítico clásico, pero si importa en la psicoterapia. Entonces, *la diferencia está también en los terapeutas.*

De lo anterior podemos concluir que no tiene sentido discutir sobre la efectividad de la técnica psicoanalítica de manera abstracta, por ejemplo, si el psicoanálisis o la psicoterapia, o si tal enfoque terapéutico es o no superior a tal otro, puesto que no es la técnica de tratamiento, en sentido estricto, sino que *son los pacientes y sus terapeutas quienes hacen la diferencia.* Es la convergencia entre un tipo de paciente dispuesto a trabajar psicoterapéuticamente y un analista con determinadas características personales y profesionales, capaz de salir al encuentro de este paciente en particular, lo que da razón del resultado, es decir, puede explicar el éxito o el fracaso del tratamiento. Los hallazgos del estudio de Boston de resultados en psicoanálisis (Kantrowitz 1995) confirman que no son las características personales de paciente y analista las importantes, sino el *match* entre ellas. “Mientras que pueden haber ciertas características particulares de pacientes y analistas que parecen constituirlos desde la partida como buenas o malas parejas, son el aspecto dinámico de sus interacciones, sus resonancias y disonancias y su capacidad conjunta –o limitación–, para expandir los ‘puntos ciegos’ o acercar las diferencias que desarrollan en el curso del trabajo analítico, las que probablemente son cruciales para el resultado” (p.326).

Todo nos habla de una técnica adaptativa como la única realmente posible. A la luz de estos resultados cabe pensar si la técnica estándar no ha sido más que una ilusión, algo que nunca existió en la práctica real, al menos, en la práctica de los analistas sensatos que pueden exhibir un porcentaje razonable de éxito terapéutico. Estas consideraciones llevan a ampliar el concepto de técnica de tratamiento para definirla como *el conjunto de reglas que permiten la maximización de los factores curativos y la minimización de los iatrogénicos*, y a definir la “buena intervención terapéutica” como la intervención *entregada por un terapeuta diestro, es*

decir, uno que sabe integrar conocimientos y empatía, a un paciente dispuesto a recibirla.

Una mirada microscópica al vínculo terapéutico

Pero, la investigación empírica en proceso psicoterapéutico ha dado un paso más allá, para concentrarse en los microprocesos de intercambio entre paciente y terapeuta. El estudio de los procesos de intercambio afectivo entre paciente y terapeuta muestra que el encuentro empático toma forma de modo no verbal, a través del contacto visual, de las posiciones del cuerpo y del ajuste en el tono de la voz. Diversos estudios en condiciones psicopatológicas singulares y situaciones terapéuticas variadas han mostrado que la conducta facial, especialmente la conducta facial afectiva de paciente y terapeuta, en sus aspectos interactivos, son indicadores del vínculo afectivo y predictores significativos de resultado terapéutico. (Krause 1990, 1998; Benecke, Krause, & Merten, 2001; Benecke, Peham & Bänninger-Huber, 2005). Benecke y Krause (en prensa) sugieren que los procesos generales de trabajo terapéutico productivo deben ser modificados dependiendo del trastorno específico y de la oferta de relación que, correspondientemente, el paciente trae al tratamiento. Estos estudios abren una promisoriosa veta de desarrollo de técnicas adaptativas, desde el momento en que, según estos psicoanalistas e investigadores de habla alemana, la interacción terapéutica se puede modificar dependiendo del trastorno específico y de la correspondiente oferta relacional del paciente.

Se revisa el tratamiento psicoterapéutico psicoanalítico de 20 pacientes con trastorno de pánico (Benecke & Krause, en prensa). De acuerdo con la conducta facial afectiva, los resultados divergieron en dos clusters. Un tipo de pacientes mostró una alta actividad total en la conducta facial, con predominio de expresiones de alegría pero con afectos negativos simultáneos y conductas relacionales vívidas pero manipuladoras. Si el terapeuta respondía a la oferta relacional con sonrisa frecuente, el pronóstico era malo. En cambio, la abstinencia del terapeuta frente a esta oferta mejoró el pronóstico. El segundo tipo de pacientes panicosos mostró una reducida actividad facial, con excepción de alegría, tristeza y desprecio, donde la sobriedad expresiva parecía indicar un déficit relacional. En este cluster, la frecuencia de sonrisa en el terapeuta se correlacionó con un buen pronóstico. Parece ser que con el tipo I, la sonrisa del terapeuta sirve la función de dar apoyo y evitar el conflicto. Con el tipo II, en cambio, la sonrisa sería un prerrequisito para establecer una relación. En ambos grupos, los terapeutas exitosos se comportaron de una manera contraria a los intentos del paciente de implementar un patrón de relación determinado. Se asume que la conducta del terapeuta posibilitó a los pacientes hacer una nueva experiencia relacional de modo que los patrones

de relación patogénicos y los conflictos y afectos subyacentes pudieron ser elaborados

Por cierto, la posibilidad de una modificación específica de la técnica de tratamiento de acuerdo con las características de cada paciente individual, dependerá de la capacidad del analista de adaptar sus propias características personales (empatía) y profesionales (estilo terapéutico) de manera de salir al encuentro de manera terapéuticamente adecuada a la oferta relacional que el paciente trae a terapia. Esta parece ser una pregunta empírica que debe ser respondida para cada día terapéutica singular. Sin embargo, una educación psicoanalítica pluralista, que confronte críticamente el conocimiento clínico con la diversidad teórica en psicoanálisis y con los hallazgos en ciencias neurocognitivas, en investigación en proceso y resultados en psicoterapia y psicoanálisis y en relación temprana madre-bebé, debiera fomentar la formación de una disposición y una actitud terapéutica flexible.

El ámbito implícito en la interacción terapéutica

El grupo de estudios del proceso de cambio de Boston (Stern y cols. 1998; Stern 2004), ha propuesto un modelo de cambio en terapia psicoanalítica que incluye conocimientos modernos de ciencias cognitivas. Partiendo de investigaciones sobre la interacción madre bebé y en sistemas dinámicos no lineales y su relación con teorías de la mente, los autores sostienen que el efecto terapéutico del vínculo está en los procesos intersubjetivos e interactivos que dan lugar a lo que llaman *conocimiento relacional implícito*. Este es un campo no simbólico, diferente del conocimiento declarativo, explícito, consciente o preconsciente, que se representa simbólicamente en un modo verbal o imaginario. Históricamente, la interpretación se centró en la dinámica intrapsíquica representada en el nivel simbólico, más que en las reglas implícitas que gobiernan las propias transacciones con los otros, situación que ha ido cambiando últimamente. De acuerdo con el modelo, en la relación analítica se dan momentos de encuentro intersubjetivo entre paciente y terapeuta capaces de crear organizaciones nuevas en esa relación y así de reorganizar el conocimiento implícito del paciente sobre la manera como se relaciona con los demás. Este conocimiento no es consciente, está inscrito en la memoria procesal de largo plazo e incluye los modelos de apego. Los distintos momentos de interacción entre paciente y terapeuta toman forma en un proceso secuencial dirigido por el intercambio verbal que puede incluir variadas intervenciones. El locus mutativo en la terapia se produce, sin embargo, cuando el movimiento de negociación intersubjetivo conduce a *momentos de encuentro* en los que se comparte el entendimiento de la relación implícita mutua y con ello se produce una recontextualización del

conocimiento relacional implícito del paciente. En estos momentos se produce entre paciente y analista un reconocimiento recíproco de lo que está en la mente del otro en lo que concierne a la naturaleza actual y al estado de la relación mutua. El reconocimiento mutuo lleva a paciente y analista a un dominio que trasciende la relación “profesional”, sin derogarla y, al hacerlo, los libera parcialmente de las tonalidades de la relación transferencia-contratransferencia. El conocimiento compartido puede ser ulteriormente validado conscientemente. Sin embargo, puede también permanecer implícito. Esto ilumina lo que los clínicos sabemos desde hace mucho tiempo, vale decir, que hay tratamientos en los cuales el nivel de autoconocimiento logrado no explica la magnitud de los cambios alcanzados por el paciente.

Memoria, vínculo y cambio terapéutico

Los estudios del grupo de Boston son compatibles con las concepciones actuales en ciencias neurocognitivas sobre el funcionamiento de la memoria. Estos estudios están siendo incorporados en la teoría psicoanalítica del cambio terapéutico otorgando validez al modelo basado en la relación (Fonagy 1999, Leuzinger-Bohleber 2002). Fonagy lo plantea de manera radical: “Analistas y pacientes asumen frecuentemente que el recordar eventos pasados ha causado el cambio. Yo creo que el retorno de tales recuerdos es un epifenómeno, una consecuencia inevitable de la exploración de los modelos mentales de relación.

Incluso si se asume que el evento recordado es uno de aquellos que establecieron una manera patógena de experimentarse uno mismo con otro, la significación de su recuperación es la misma, provee una explicación psicopatogénica, pero es terapéuticamente inerte. La acción terapéutica reside en la elaboración consciente de modelos de relación preconscientes, principalmente a través de la atención del analista a la transferencia.” (Fonagy 1999 p.218)

En todo caso, estos conocimientos sobre el funcionamiento de la memoria no son del todo nuevos en psicoanálisis. Matte Blanco (1988, p. 162-164) hace notar que ya Melanie Klein se ocupó de este problema con esta nota al pie de página de *Envidia y Gratitud* (1957 p. 5): “Todo esto es sentido por el infante de maneras mucho más primitivas que lo que puede expresar el lenguaje. Cuando estas emociones y fantasías preverbales son revividas en la situación transferencial, aparecen como “recuerdos en sentimientos” (*memories in feelings*) ... y son reconstruidos y puestos en palabras con la ayuda del analista. De la misma manera, se deben usar palabras cuando estamos reconstruyendo y describiendo otros fenómenos pertenecientes a las etapas tempranas del desarrollo. De hecho, no podemos

traducir el lenguaje del inconsciente en la conciencia sin pedir prestadas palabras desde nuestro ámbito consciente”. Con el siguiente comentario, Matte Blanco (1988) coloca este recordar afectivo en un contexto relacional: “He llegado a ver que la expresión de estos “recuerdos en sentimientos” es fundamental en el tratamiento de algunos casos. Sin ellos, estos pacientes no pueden ser curados. Algunos de los pacientes a los que me refiero tenían ciertos recuerdos de sus (reiteradas) situaciones traumáticas, otros no. No se obtuvo un aumento de los recuerdos *de los episodios*. En cambio, los sentimientos se descargaron repetida y abundantemente durante un largo tiempo. Siento que esta expresión repetida de los muy variados sentimientos conectados con episodios y las personas involucradas en ellos, ahora dirigidos a un analista básicamente respetuoso y tolerante que trata de entender el significado de la expresión emocional y de sus conexiones con los detalles de las experiencias tempranas y de las relaciones actuales, es el factor curativo real.” (p.163s; cursiva en el original)

Las investigaciones sobre los procesos de memoria sugieren que las experiencias que contribuyen a ciertos modelos de relaciones de objeto ocurren demasiado temprano para ser recordadas, en el sentido de la vivencia consciente de recobrar una experiencia pasada en el presente. Esto no significa, sin embargo, que la experiencia temprana no sea formativa, lo que sucede es que ésta es retenida en regiones del cerebro que están separadas de aquellas donde los recuerdos autobiográficos son codificados y almacenados y desde donde pueden ser recuperados. La memoria no es un mecanismo único, sino que compromete diferentes sistemas. Existe un sistema de memoria declarativa o explícita que participa en la recuperación consciente de información del pasado y un sistema procesal o implícito, cuya información puede ser recuperada sin pasar por la experiencia del recordar. La memoria declarativa contiene recuerdos e información sobre eventos. La memoria procesal, en cambio, es vacía de contenidos, participa en la adquisición de secuencias de acciones, en el “como” de la conducta (por ejemplo, cómo andar en bicicleta o cómo “estar con los otros”).

A los modelos de relación almacenados en la memoria procesal, que se entienden mejor en el marco de la interacción “corporalizada” de un organismo con su entorno, no les calza el concepto de “representación”. Lo que al observador psicoanalítico aparece como una estructura de significado no es el resultado de una representación interna, sino un emergente de un número de procesos diferentes en la interacción con el mundo real (Cohen & Varela 2000; Leuzinger-Bohleber & Pfeifer 2002; Stern 2004). El concepto de representación fija el conocimiento a un mundo externo que está dado de antemano. Sin embargo, nuestra actividad en la vida cotidiana revela que este enfoque es demasiado incompleto. El conocimiento viviente consiste en gran medida en plantear las cuestiones

relevantes que van surgiendo en cada momento de nuestra vida. Estas cuestiones no son predefinidas, sino “enactuadas”, emergen desde un trasfondo y lo relevante es aquello que nuestro sentido común juzga como tal, siempre dentro de un contexto (Varela 1990). En esta emergencia se juega más bien la memoria procesal y no la declarativa. La memoria implícita de una experiencia de uno mismo con otro es lo que Sandler & Joffe (1969) llamaron el ámbito no experiencial, “intrínsecamente incognoscible, salvo en la medida en que se manifieste a través de la creación u ocurrencia de un evento fenoménico en el ámbito de la experiencia subjetiva” (p.82). El ámbito no experiencial llega a ser explícito y cognoscible sólo cuando es enactuado o cuando es reificado en una fantasía inconsciente. Para Fonagy (1999), la distinción entre enacción y experiencia inconsciente es crucial, puesto que la reacción emocional (consciente o inconsciente) a un recuerdo implícito aparecerá sólo cuando éste ha entrado en el ámbito experiencial, esto es, sólo en la medida en que se manifieste en la transferencia. Leuzinger-Bohleber lo explica así: “La percepción (inconsciente) de ciertos estados y procesos sensorio-motores [en el paciente] gatillan reacciones sensorio-motores y fantasías (inconscientes) del analista en la situación analítica y finalmente le permite reflexionar sobre estas reacciones contratransferenciales” (2002, p 25)

Todo lo anterior nos lleva a la conclusión que las experiencias tempranas no son directamente accesibles a la interpretación, es decir, no están almacenadas como representaciones de objetos ausentes en la memoria explícita, sino que son enactuadas en la relación con el analista, esto es, emergen en el contexto de la interacción corporal con el analista, es decir, en su presencia⁴. Más aún, la modificación de tales modelos de apego patológicos de “estar-con-otro” puede producirse aun sin que lleguen a pasar por la conciencia del paciente.

El descubrimiento del llamado “conocimiento relacional implícito”, agrega otra vuelta al giro relacional en psicoanálisis, esta vez un giro hacia lo que podríamos llamar el ámbito experiencial de la relación terapéutica. Este giro es explicado así por Daniel Stern: “En las terapias por la palabra, el trabajo de interpretar, de significar y de construir narrativas puede ser visto *casi* como un vehículo inespecífico y conveniente por medio del cual paciente y terapeuta ‘hacen algo juntos’. Es el hacerjuntos lo que enriquece la experiencia y produce el cambio en los modelos de estar-con-otros a través de los procesos implícitos [relacionales]” (Stern 2004, p.227; énfasis mío). Si bien el trabajo interpretativo puede producir cambios, éstos sólo se logran si el hacer-juntos implícito, y el conocimiento relacional implícito modificado, enmarca y sella el flujo del entendimiento explícito. El giro

⁴. Este es el caso del “complejo de la madre muerta” (Green 1983), cuya naturaleza procesal ha sido discutido por Stern (1997) y Leuzinger-Bohleber (2002).

experiencial al que aludo surge de los estudios de los estudios de los microprocesos de regulación y autorregulación en la díada madre bebé y su aplicación a la interacción en la relación terapéutica, donde funcionan igualmente (Beebe & Lachmann 2002). Por su parte, las investigaciones sobre los procesos de aprendizaje en general y en la situación terapéutica, han mostrado la relevancia de una atmósfera de contacto emocional entre terapeuta y paciente. Tales investigaciones sugieren la visión de una terapeuta espontánea, comprometida y, sobre todo, atenta emocionalmente a los sutiles movimientos afectivos y a los detalles de la conducta no verbal de su paciente y, finalmente, capaz de interpretar a través de metáforas ricas en colorido afectivo (Levin 2003, Modell 2003, Stern 2004).

La concepción estratégica en terapia psicoanalítica

Entre el nivel de los enfoques u orientaciones del analista y sus intervenciones técnicas particulares, existe un nivel intermedio, el de las estrategias clínicas, que funcionan como heurísticas que guían implícitamente los esfuerzos del terapeuta durante la terapia. En este nivel, las intervenciones del terapeuta se definen tanto por sus metas específicas como por los medios o métodos a través de los cuales se persigue lograr tales metas. Las metas en cuestión no son los objetivos últimos del tratamiento, tales como la remisión de un desorden depresivo o la resolución de un conflicto marital. Más bien, ellas comprenden estrategias para desarrollar estados y habilidades psicológicas que puedan inducir cambios o ayudar a los pacientes a producir los cambios deseados en ellos mismos y en sus situaciones de vida. Ambühl & Grawe (1988) han distinguido cuatro heurísticas procesales, a saber, (1) el fortalecimiento de la alianza, (2) la promoción de la abstracción reflexiva, (3) la profundización de los procesos emocionales y (4) el mejoramiento de las habilidades de resolución de conflictos. Recientemente, Fonagy & Target (2003) han propuesto la promoción de la “afectividad mentalizada” como una estrategia básica en terapia psicoanalítica con pacientes graves.

Típicamente, un objetivo estratégico determinado puede ser alcanzado por uno o por una combinación de diversas técnicas; por ejemplo, la abstracción reflexiva puede ser alcanzada a través de interpretación, exploración o confrontación experiencial. Una técnica específica también puede ser usada para lograr varios objetivos heurísticos; por ejemplo, interpretación para promover abstracción reflexiva y profundización de procesos emocionales o fortalecimiento de la alianza terapéutica. El logro de las metas implícitas en las diversas heurísticas terapéuticas durante la terapia puede ser el resultado de una serie de impactos intrasesión en el paciente. Por ejemplo, una alianza fortalecida debería elevar la moral del paciente, la mentalización debería expandir la

conciencia del paciente sobre sus procesos afectivos, la mejoría de las habilidades para resolver conflictos debería promover un sentido de auto eficacia, etc.

De acuerdo con los hallazgos empíricos, de las cuatro heurísticas distinguidas por Ambühl & Grawe, sólo la meta de «promoción de la relación terapéutica» con el paciente se liga directamente con el resultado global. Esta heurística incluye los objetivos de ayudar al paciente a sentirse más confortable en la terapia, a desarrollar confianza en su terapeuta y a sentirse más positivamente consigo mismo. La competencia del terapeuta en esta heurística también se asocia significativamente con el resultado, sugiriendo que el efecto de la heurística en el resultado probablemente está mediado por la capacidad del terapeuta de elevar la calidad del vínculo terapéutico. Las otras tres heurísticas no están directamente relacionadas con el resultado, pero los esfuerzos del terapeuta por «promover la abstracción reflexiva», «promover los procesos emocionales» y «aumentar la competencia» en sus pacientes se asocian positivamente con el resultado, siempre que los pacientes muestren una receptividad específica a tal tipo de impacto.

De este modo, las técnicas o métodos particulares empleados por los terapeutas pueden ser concebidos como intervenciones tácticas realizadas para implementar objetivos estratégicos. Éstas varían de acuerdo al modelo de tratamiento seguido, a las propias habilidades técnicas y preferencias del terapeuta y, ojalá, con las necesidades y capacidades del paciente.

Conclusión

La información que he reseñado, que surge de la integración de conocimiento clínico con hallazgos de investigación en proceso y resultados en psicoterapia y psicoanálisis, apoya fuertemente la concepción de una terapia centrada en la relación y adaptativa. Por su parte, los hallazgos recientes en neurociencias enriquecen enormemente una visión estratégica de la terapia, como la desarrollada por Bleichmar (1997, 2004), quien propone una concepción modular para el psicoanálisis, guiado por la idea que la mente está constituida por la articulación de módulos o sistemas que obedecen a diferentes regulaciones, que evolucionan en paralelo, asincrónicamente, que en sus relaciones complejas imprimen y sufren transformaciones, y que requieren, para su modificación, de múltiples modalidades de intervención. Bleichmar sugiere que es posible desarrollar una técnica flexible en sus múltiples formas de intervención y que, junto al papel fundamental de hacer consciente lo inconsciente, enfatice la importancia de la memoria procesal, de la reestructuración cognitiva, del cambio en la acción y la exposición a nuevas experiencias.

Resumen:**La investigación apoya una técnica psicoanalítica relacional y flexible.**

Juan Pablo Jiménez

Desde la perspectiva de la investigación en proceso y resultados en psicoterapia y psicoanálisis y de los hallazgos en ciencias neurocognitivas, se examina: 1º la especificidad de las intervenciones terapéuticas versus el alcance de los factores curativos comunes; 2º la concepción diádico relacional de la técnica y la acción terapéutica de la alianza; y 3º la concepción estratégica heurística en terapia. Se concluye que una técnica flexible es la única realmente posible y que una técnica uniforme y estándar ha sido probablemente una ilusión al servicio de la mantención de la identidad gremial de los psicoanalistas.

Summary**Reserch stands for an adaptative and relational technique.**

Juan Pablo Jiménez

From the point of view of process and outcome research and the findings of research on neurosciences, this paper examines: 1. The specificity of therapeutic interventions versus the scope of common curative factors in psychoanalysis and psychotherapy; 2º the relational-dyadic conception of therapeutic technique; and 3º the strategic-heuristic conception in therapy. The author concludes that an adaptive technique is the only really possible one and that a uniform standard technique has been probably an illusion to preserve the professional identity of psychoanalysts.

**Descriptores: INVESTIGACIÓN / TÉCNICA
PSICOANALÍTICA/ PROCESO TERAPÉUTICO/
PSICOTERAPIAS / ALIANZA TERAPÉUTICA / MEMORIA /**

Descriptores propuestos: INVESTIGACIÓN EMPÍRICA /

Bibliografía

ABLON JS, JONES EE (1998) How expert clinicians' prototypes of an ideal treatment correlate with outcome in psychodynamic and cognitivebehavioral therapy. *Psychother Res.* 8:71-83.

————— & JONES EE (2002) Validity of Controlled Clinical Trials of Psychotherapy: Findings From the NIMH Treatment of Depression Collaborative Research Program *Am J Psychiatry* 159:775-783.

AMBÜHL H, GRAWE K (1988) Die Wirkungen von Psychotherapien als Ergebnis der Wechselwirkung zwischen therapeutischen Angebot und Aufnahmebereitschaft der Klient/inn/en. *Zeitschrift für Klinische Psychologie, Psychopatologie und Psychotherapie*, 36: 308-327.

BEEBE, B., & LACHMANN FM. (2002) *Infant Research and Adult Treatment. Co-constructing Interactions*. Hillsdale: The Analytic Press.

BENECKE C, KRAUSE R. & MERTEN J. (2001) Über die Bedeutung des intersubjektiven Feldes in der Psychotherapie. *Psychotherapie* 6 (1): 73-80

—————PEHAM D, & BÄNNINGER-HUBER E. (2005) Nonverbal relationship regulation in psychotherapy. *Psychotherapy Research* 15(1-2): 81-90.

—————KRAUSE R. (in press) Facial-affective relationship: Offers of patients with panic disorders. *Psychotherapy Research*.

BLATT SJ, FORD RQ (1994) *Therapeutic change. An object relations perspective*. New York London: Plenum.

—————SHAHAR G (2004) Psychoanalysis – With whom, for what, and how? Comparison with psychotherapy. *Journal of the American Psychoanalytic Association.* 52 (2):393-447.

BLEICHMAR, H. (1997) *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona: Piados

————— (2004) Making conscious the unconscious in order to modify unconscious processing: Some mechanisms of therapeutic Change. *Int.J.Psycho-Anal.* 85: 1379-1400.

COHEN, A.E., & VARELA F.J. (2000) Facing up to the embarrassment. The practice of subjectivity in neuroscientific and psychoanalytic experience. *Psychomedia – Journal of European Psychoanalysis*. Number 10-11 – Winter-Fall 2000.

FONAGY P, GERGELY G, JURIST EL, & TARGET M. (2002) *Affect Regulation, Mentalization, and the Development of the Self*. New York: Other Press.

FREUD S. (1913) La iniciación del tratamiento *BN*, vol V. pp.1661-1674.

GABBARD GO, & WESTEN D. (2003) Rethinking therapeutic action. *Int.J.Psycho-Anal.* 84: 823-841.

GOLDFRIED M (1980) Toward the delineation of therapeutic change principles. *American Psychologist*, 35: 991-999.

—————RAUE PJ, CASTONGUAY LG (1998) The therapeutic focus in significant sessions of master therapists: A comparison of cognitivebehavioral and psychodynamic-interpersonal interventions. *J Consult Clin Psychol.* 66:803-810.

GREEN A. (1986 [1983]) *On private madness*. London: The Hogart Press.

HORVATH A. (2005) The therapeutic relationship: Research and theory. An introduction to the Special Issue. *Psychotherapy Research* 15(1- 2): 3-7.

JONES EE, PULOS SM (1993) Comparing the process in psychodynamic and cognitive-behavioral therapies. *J Consult Clin Psychol.* 61:306- 316.

KANTROWITZ J (1995) Outcome Research in psychoanalysis: Review and reconsiderations. In: T Shapiro & RN Emde (eds.) *Research in psychoanalysis. Process, Development, Outcome*. Madison Connecticut: International University Press, pp. 313- 328.

KLEIN, M. (1957) *Envy and Gratitude*. London: Tavistock.

KLEIN M, MILROD B, BUSCH FN, LEVY KN, SHAPIRO T. (2003) A process-outcome study of panic-focused psychodynamic psychotherapy. *Psychoanal Inq* 23: 308-331

KRAUSE R. (1990) Psychodynamik der Emotionsstörungen. In KR

Scherer (ed.) *Psychologie der Emotionen. Enzyklopädie der Psychologie* (IV/3, pp. 630-705). Göttingen: Hogrefe.

————— (1998) *Allgemeine psychoanalytische Krankheitslehre. Bd. 1: Grundlagen*. Stuttgart: Kohlhammer.

LEUZINGER-BOHLEBER M, PFEIFER R. (2002) Remembering a depressive primary object. *Int.J.Psycho-Anal.* 83: 3-33.

LEVIN, F. (2003 [1991]) *Mapping the Mind. The Intersection of Psychoanalysis and Neurosciences*. London: Karnac

————— (2003) *Psyche and Brain. The Biology of Talking Cures*. Madison CT: International Universities Press.

LUBORSKY L (1984) *Principles of Psychoanalytic Psychotherapy. A Manual of supportive-expressive treatment*. USA: Basic Books Inc.

MATTE-BLANCO, I. (1988) *Thinking, Feeling, and Being. Clinical reflections on the fundamental antinomy of human beings and world*. London: Routledge.

MODELL, A. (2003) *Imagination and the meaningful mind*. Cambridge, MA: MIT Press.

ORLINSKY DE (1994) Research-Based Knowledge as the Emergent Foundation for Clinical Practice in Psychotherapy. In PF Talley, HH Strupp & SF Butler (eds.) *Psychotherapy Research and Practice. Bridging the Gap*. Nueva York: Basic Books, pp.98-123.

RUDEN M, BUSCH FN, MILROD B, SINGER M, ARONSON A,

ROIPHE J, & SHAPIRO T. (2003) Panic disorder and depression: A psychodynamic exploration of comorbidity. *Int J Psychoanal.* 84: 997-1015.

SANDELL R, BLOMBERG J, LAZAR A, CARLSSON J, BROBERG J, & SCHUBERT J. (2001) Varieties of long-term outcome among patients in psychoanalysis and long-term psychotherapy. A review of findings in the Stockholm outcome of psychoanalysis and psychotherapy (STOPP). *Int J Psychoanal.* 81: 921:942.

SANDLER J, & JOFFE WG. (1969) Towards a basic psychoanalytic model. *Int. J. Psychoanal.* 50: 79-90.

STERN, D. (1995) *The motherhood constellation. A unified view of parent-infant psychotherapy.* New York: Basic Books. In Spanish, translated by Mireille Jaumà Classen: *La constelación maternal. Un enfoque unificado de la psicoterapia en las relaciones entre padres e hijos.* Madrid: Paidós, 1997.

————— (2004) *The Present Moment in Psychotherapy and Everyday Life.* New York London: W.W. Norton & Company.

————— SANDER, L., NAHUM, J., HARRISON, A., LYON-RUTH, K., MORGAN, A., BRUSCHWEILER-STERN, N., & TRONICK, E. (The process of Change Study Group) (1998) Non-interpretive mechanism in psychoanalytic therapy. The 'something more' than interpretation. *Int. J. Psycho-Anal.* 79: 903-921.

STILES WB, SHAPIRO DA, ELLIOT R (1986) Are all psychotherapies equivalent? *American Psychologist.* 41: 165-180.

SZECSÖDY I (1990) *The learning process in psychotherapy supervision.* Stockholm: Karolinska Institut.

THOMÄ H, & KÄCHELE H. (1989) *Teoría y práctica del psicoanálisis. I Fundamentos.* Traducido del alemán por G. Bluhm & J.P. Jiménez. Barcelona: Herder.

VARELA, F. (1990) *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales.* Barcelona: Gedisa.

WALLERSTEIN, R. (1986) *Forty two lives in treatment. A study of psychoanalysis and psychotherapy.* New York: Guilford.

WAMPOLD B. (2002) *The great psychotherapy debate. Models, methods, and findings.* New Jersey, London: Lawrence Erlbaum.

Comentario al trabajo de Juan Pablo Jiménez¹

Juan Carlos Capo*

Una primera puntualización a hacer al trabajo de Jiménez– que prioriza estrategia y resultados en psicoterapia y psicoanálisis– tiene que ver con su aserto de que «una técnica adaptativa es la única realmente posible». (El subrayado es mío).

Una segunda puntualización, precisamente, refiere a la tematización que él hace sobre **psicoterapia y psicoanálisis**.

Lacan afirmó en *Télévision* (1973) que la palabra **psicoterapia** no le satisfacía, le parecía «demasiado corta» (obviamente, no en un sentido literal) para enfocar el psicoanálisis.

Una derivación posible de esto es que “**psicoterapia**” incluye, por imposición temática, el tema de la *cura*. Los grandes análisis freudianos, (Lobos, Dora, el pequeño Hans) nos son invalorable por los yerros, más que por los logros. No sé si podríamos hablar a propósito de ellos de **cura**.

O habría que precisar qué alcance le damos a la palabra *cura*, y atender al cómo la conceptualiza Jiménez.

Jiménez por ejemplo entiende, cognitivamente, respecto a la memoria, que contenidos de hecho incognoscibles, hacen que una memoria llamada declarativa, almacenada e inaccesible, queda separada de aquellas zonas donde se la podría recuperar.

El recobramiento mnémico estaría basado en un contexto de relación de objeto, compatible con una filiación kleiniana y neurocognitiva.

Tendremos:

- 1) memoria declarativa,
- 2)memoria procesal.

La primera es inalcanzable, la segunda es la memoria secuencial que se podrá activar *en la sesión psicoanalítica* siempre que se haya alcanzado un “mutualismo armónico” entre paciente y analista, lo que convocará a ambos a “**hacer algo juntos**”. Este trabajo en alianza habrá de promover en el paciente montos considerables de abstracción reflexiva, profundización de procesos emocionales y mejoramiento de habilidades para la resolución de conflictos.

Jiménez dice que va a fundamentar sus conceptos basados en la abstracción. Sin embargo aparece enseguida un tercero indeseable y

¹ “La investigación apoya una técnica psicoanalítica relacional y flexible”- Juan Pablo Jiménez. Asociación Psicoanalítica Chilena.

* Miembro Titular de APU. Soca 1395 Apto. 901 - E-mail: juanccapo@netgate.com.uy

concreto: sería la vigilancia de las compañías de seguros, reclamando eficacia en estos procedimientos.

(Quiero enfatizar que no cuestiono la necesidad de que el psicoanálisis busque promoción de su causa en toda circunstancia que se haga posible).

En un trabajo que titulé “*Transferencia y maldición babélica*” (1996)⁵ incluí la confesión que—sobre el específico punto de la *terapia*—Freud le hizo a Kardiner, antropólogo americano, y analizando suyo a la sazón. Este le preguntó qué pensaba de su práctica y de sí mismo. Freud contestó: —“Estoy contento de que me haga esta pregunta, porque, para decirlo francamente, los problemas más terapéuticos no me interesan demasiado. Me pongo demasiado impaciente. Tengo ciertos handicaps que me impiden ser un gran analista. Entre otros soy demasiado padre. En segundo lugar, me ocupo todo el tiempo de teoría, me ocupo demasiado de ella, de tal forma que las ocasiones que se me presentan, me sirven más para trabajar mi propia teoría que para dedicarme a cuestiones de terapia. En tercer lugar, no tengo paciencia para conservar mucho tiempo a la gente. Me canso de ellos y prefiero extender mi influencia”.

Una tercera puntualización atañe a la afirmación de Jiménez de que la diversidad teórica y práctica (...) «han liberado el desarrollo del psicoanálisis de cargas ideológicas» (afirmación textual). Conuerdo en ello, y en que debiéramos liberarnos de técnicas *estándar* y, en parte eso se ha logrado, quizás de modo mínimo, gracias al cuestionamiento de consignas «**bajadas**» desde la autoridad institucional.

Jiménez afirma que se llegó a conquistar la liberación de un “**pensamiento oficial**», afirmación con la que no puedo sino estar de acuerdo.

Los debates en psicoanálisis han hecho posible una atmósfera de mayor libertad y han consolidado el derecho que todos los miembros de una institución tienen de discutir y cuestionar acerca de lo que sea. En cambio, no tengo las expectativas de apertura que tiene Jiménez en cuanto a los hallazgos interdisciplinarios en neurociencias. Ya vimos lo que postula acerca de las memorias cognitivas, nociones neurofisiológicas que muchos autores citados por Jiménez, empalman con el kleinismo.

Yo sostengo, en cambio, que los progresos en neurociencias se reciclan en la ciencia. Serán patrimonio de lo científico, de lo médico, de la científicidad en último término, pero ¿debe el psicoanálisis importarlos?

⁵ En R.U.P. No. 91, “*Psicoanálisis, 100 años después*”. Asociación Psicoanalítica del Uruguay. 2000.

Con esto quiero decir algo distinto respecto a la información médica que deben tener los candidatos en psicoanálisis.

Pero entiendo que el psicoanálisis se ha de hacer desde sí, desde su interior, con sus presupuestos teóricos, que la reflexión y el debate contribuyen a fortalecer.

El sueño de la paciente que llega a la feria y no encuentra los insumos necesarios para preparar la comida, también conocido como “de eso ya no tenemos más”, toca —sin apelar a la memoria neurocognitiva— la importancia de la imaginación en la elaboración de los recuerdos.

Es el papel de la palabra y del lenguaje el que debe ser relevado, conjuntamente con el “*a posteriori*”, nociones de las que Jiménez en su escritura confirma en algo, con la feliz expresión de algunos significantes: así por ejemplo el lugar de la paradoja y la noción de fascinante complejidad.

Eso es interesante.

Además sostengo que los progresos en Psicoanálisis van por el trillo de los diversos textos.

Los textos, desde mi punto de vista, son, figuradamente, los seres afectados (hombres, mujeres, niños) en su capacidad de vivir algo mejor— en su quehacer de estudio y de trabajo, en sus posibilidades de disfrutar— que nos vienen a pedir análisis.

A esa ayuda que les podamos brindar, más los fragmentos textuales de lo que digamos en la sesión (o fuera de ella), más lo que testimoniemos —por la palabra, por la escritura— acerca de esa práctica, le damos el nombre de *discurso*, afirmación que en medios anglófonos se sustituye por la palabra *speech* que podría ser un término adecuado.

Jiménez cita la obra de Melanie Klein y se manifiesta deudor de los aportes de la analista, en lo referente a la observación de bebés.

La relación temprana madre-bebé fue fijada, magistralmente, por Melanie Klein en 1952, y de ese trabajo teórico se extrajeron, en gran medida, los fundamentos básicos del kleinismo.

“Todo esto es sentido por el infante de maneras mucho más primitivas que lo que puede expresar el lenguaje. Cuando estas emociones y fantasías preverbales son revividas en la situación transferencial, aparecen como “*recuerdos en sentimientos*” y son reconstruidos y puestos en palabras con la ayuda del analista.” (Melanie Klein).

Me es preciso escribir que el kleinismo —no obstante la huella que ha impreso en nosotros a través de conceptos que aun usufructuamos y de la escuela analítica que creó— encierra la posibilidad de desembocar en supuestos nexos causales, a saber: la ansiedad ligada a la frustración, a la

regresión y agresividad consiguiente, y ello como núcleo del mundo de la fantasía y del juego. Creo que acá se podría insertar como ejemplo lo que Sandler y Joffe en el año 1969, le dieran el nombre de “evento fenoménico en el ámbito de la experiencia subjetiva”.

(Se referían, supongo, a lo que también se ha llamado “actualización en transferencia”).

Este mensaje también se hacía llegar así: como de los orígenes no podemos realmente saber qué fue lo que realmente ocurrió, de ello se podrá inferir en la relación transferencial. De ahí la importancia creciente que tomó en el Río de la Plata la *dialéctica intersubjetiva*, el *aquí y ahora*, y el par *transferencia-contratransferencia*.

Klein conceptualiza el juego del nieto de Freud con el carretel—o de cualquier niño que arroje lejos un objeto y lo vuelva a traer hacia sí, esté o no en una cuna—más como una simbolización rudimentaria del pecho de la madre, o de la madre total.

Klein, como teórica osada que era, fijaba allí los puntos nodales — como el grano de arena en la perla— de la esquizofrenia, la paranoia y la enfermedad maniaco depresiva, así como también ubicaba allí la aparición del yo, que emergía, metafóricamente hablando, junto con el bebé, al salir este del canal del parto.

Lacan abrió este mundo kleiniano —fijado a una batalla imaginaria en el cuerpo de la madre— a una imprescindible conexión con la palabra y el lenguaje, a la intervención de la metáfora paterna, a una tetragonización del complejo de Edipo, lo que tenía que ver con una más sutil concepción del fantasma, y una teorización más compleja sobre el amor, el deseo, el goce y la muerte.

Jiménez cita, además, a Thoma y Kächele (1985) al insistir en que se debe hacer un trabajo singular para cada paciente singular. Él incluye esta disquisición conceptual en una denominación que llama «técnica adaptativa».

Pero esto Freud ya lo había sostenido muchos años antes, por ejemplo en “*Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico*”, donde escribió “no me aventuraría a negar que una personalidad médica constituida de manera enteramente diferente pudiese verse arrastrada a preferir disposiciones diferentes respecto del enfermo y del problema por resolver”.

Entiendo que por eso Freud se resistió a sentar bases únicas como técnicas de tratamiento.

Supongo que al final Freud tampoco pudo no incurrir — obligado— “en el Manual”, por efecto de la presión de sus seguidores, y como intento de ganar adeptos para su causa.

Brevemente la dificultad radica—sostiene Jiménez— en precisar si hay diferencias entre lo que se hacía antes: «buscar pacientes adecuados

para el método» o si es preciso formalizar un «conjunto adaptativo», como preconizan Thoma y Kächele, más Gabbard y Westen, en el sentido de «diferir la cuestión de si (...) estas técnicas son analíticas y focalizarnos más bien en si acaso ellas son *terapéuticas*.» (Bastardillas en el original).

Por un lado vimos que Jiménez partió de la diversidad teórica como beneficio; ahora sostiene que se ha llegado a *un* punto en que «las teorías de mecanismo único de acción terapéutica— no importa cuán complejas ellas sean—han probado ser poco útiles en este sentido, a causa de la variedad de metas de cambio y de la variedad de métodos eficaces»...

Pero no olvidemos que las corrientes teóricas nos han preservado de caer en el pensamiento único, que no satisface, con razón, a Jiménez. El psicoanálisis ha sido siempre diversidad teórica.

Si bien Freud sostuvo, siguiendo a Goethe, que «*gris es la teoría y verde el árbol de la vida*», también podríamos trocar esa célebre frase por esta otra: «*verde es la teoría y gris el árbol de la vida*», quizás para desesperación de Thoma y Kächele—o quizás no, porque pueden tener sentido del humor y estar abiertos a las paradojas, que también como el derecho a disentir, son un precioso auxiliar para discurrir —y no sólo— en torno a psicoanálisis—.

Me intriga cómo llegar a “la integración”—palabra que “me corta la respiración”—(frase del poeta argentino Roberto Juarroz) al igual que “adaptación”, al igual que “encuentro”, al igual que “empatía” y muchas otras— mediando técnicas adaptativas, porque entonces desembocamos otra vez en el pensamiento único, con el argumento fuerte, de que estamos persiguiendo objetivos terapéuticos, no importa si eso sea o no psicoanálisis.

Los pacientes vienen en demanda de análisis. Es ético contestar a esta cuestión desde nuestro deseo de analizar. Podremos tener deseos de analizar a ese paciente; podremos ensayar y ver qué pasa, como aconsejaba Freud; podremos entender que determinado paciente no es para analizar. Allí podremos dar en el blanco, o podremos errar. Eso el tiempo de análisis lo habrá de decidir.

Grosso modo, ¿se podría sostener que alguien afectado de esquizofrenia—sabemos que es una insatisfactoria palabra— demande un análisis? Digamos que sí, e “interdisciplinariamente”, hagamos lo que podamos, sin saber a ciencia cierta en qué medida el avance logrado — “una mejoría, no una cura” (si la hubo) — se debió a los efectos medicamentosos, al apoyo que sintió de nuestra parte, más el intento hecho por cercar representaciones rotas, procurando ver más allá de las altas murallas de un mundo interno siempre esquivo.

Postulo que un psicoanalista no es *acabadamente* un psicoanalista. No puedo sostener mi opinión sino con analogías problematizadoras:

¿Cómo concebir un cuadro *acabado*, un poema *terminado*, o una composición musical, o un relato, al que se haya rubricado con la palabra FIN?

Ilustro lo conceptual con este ejemplo extraído de mi práctica.

Un día anoté al pasar esta frase de una paciente:

—“De lo que hay que saber ni se lo sospecha y de lo que sospecha, no hay que saber”—

¿A qué le llamamos fracasos en análisis? ¿A las desembocaduras psicóticas resultantes de llevar a los pacientes a una regresión, en función de una radical reestructuración de su personalidad?

Es muy difícil considerar estas delicadas cuestiones con los presupuestos que vienen de la medicina, llámense ellas restitución integral o furor de curación. No siempre, pienso, las llamadas actitudes negativas del paciente pudieran tomarse, sin más, como fracasos. La paciente, de la que transcribí la frase escrita más arriba, era adicta a las drogas, tenía un comportamiento sexual suicidario, consecuencia de sus ansiedades depresivas, mezcladas con ansiedades paranoides, producto de una ruptura amorosa. En el análisis, no respetaba las convenciones de diálogo, y un día, luego de años, no pude continuar el tratamiento, que patinaba, seguido, sobre un fondo de violencia que era más recíproca de lo que hubiera querido. No obstante esto, ella había conseguido dejar las drogas y la vida sexual desordenada, había tramitado la separación del hogar paterno, y había concretado una nueva relación de pareja, habiendo adquirido una autonomía considerable. Persistía, eso sí, una transferencia persecutoria con el analista (más que amor de transferencia, una pasión de transferencia) que fue la que me llevó a terminar el análisis, no sin intentos de elaboración con esa meta. Esto puede ser leído como resistencia del analista (y/o de la paciente al análisis), insuficiente trabajo con la transferencia—o excesivo trabajo con ella, quizás— lo que tiene un 90% de aproximación veraz. Pero prefiero inscribir el testimonio dentro de la “fascinante complejidad” de la que habla Jiménez.

Ahora bien: rapport empático, sintonía comunicativa, alianza terapéutica, pueden ser conceptos edificantes, pero ajenos a la “fascinante complejidad” y a la grisura de la vida (y de la marcha de un análisis).

Jiménez escribe “paradoja de la equivalencia”, “según la cual no se ha podido demostrar superioridad entre los distintos enfoques terapéuticos”. Él escribe acerca de la disposición del paciente y la importancia de la persona del terapeuta (nota: el psicoanalista), como potentes factores creativos (nota: no siempre) y como factores comunes a toda forma de psicoterapia.

Que haya factores comunes a toda forma de psicoterapia vuelve a introducir a Jiménez en el brete del fantasma del pensamiento único.

La falta de espacio me constriñe y debo poner punto final a este comentario.

Bibliografía

FREUD, S. La interpretación de los sueños (1901). Vols. IV y V. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1979. en “Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico”. Vol XII. Amorrortu editores, 1980.

KLEIN, M. “Observando la conducta de bebés” (1952) en Obras Completas. Vol. 3 Envidia y gratitud y otros trabajos. Paidós. Buenos Aires, 1975.

LACAN, J. Télévision. Seuil. París. 1973.
Juan Carlos Capo

POLEMOS

Actividad científica con Marcio de Freitas Giovannetti en Montevideo. La hospitalidad, hoy, en la clínica psicoanalítica: Interpretación, construcción y deconstrucción¹

Hoy tenemos el honor de tener con nosotros en este intercambio científico didáctico ante todo a un amigo. Muchos hemos conocido y compartido con Marcio trabajos científicos. Es un honor para nosotros tenerlo hoy para compartir su pensamiento en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Marcio ha tenido dentro de su Sociedad muchas funciones, pero destacaremos más que todo el hecho de que acaba de ejercer el cargo de presidente de la Sociedad Psicoanalítica de San Pablo por un período de cuatro años.

El trabajo que presenta hoy aquí en esta actividad científica, “*La hospitalidad hoy en la clínica psicoanalítica*”, es el que Marcio ha presentado en el panel central de cierre en el último Congreso de FEPAL de Guadalajara, que creo produjo un efecto importante en los analistas que pudimos escucharlo. Yo diría que el efecto fue removedor del punto de vista de sus ideas y del afecto, y por eso, intentando ser nosotros también hospitalarios con Marcio, es que lo invitamos para discutir este mismo trabajo hoy aquí entre nosotros, un trabajo con el que también la Revista Uruguaya de Psicoanálisis inaugura una nueva sección abierta a la polémica entre psicoanalistas, **POLEMOS**. Así que le damos la palabra a Marcio.

Marcio

Tengo el honor de estar acá entre vosotros, esta invitación por el intercambio FEPAL me ha dado mucho gusto, mucho placer de estar una vez más entre amigos y entre psicoanalistas con quienes encuentro una identidad muy grande desde que empecé a circular en el mundo, en el

¹ DE FREITAS GIOVANNETTI, Marcio (2004): *La hospitalidad, hoy, en la clínica psicoanalítica: interpretación, construcción y deconstrucción*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 100, 254-269.

movimiento psicoanalítico, saliendo de mi Sociedad. Con los uruguayos ha sido posible establecer un diálogo muy fácil, muy importante, muy afectuoso. Todo para enfatizar una vez más qué bueno es estar acá en el comienzo de una vida civil, como han subrayado al presentarme. Porque tanto tiempo dentro de la institución con trabajos como director de enseñanza, después como presidente y otros más, hacen que uno quede un poco encerrado. Es importante para nosotros hacer una desintoxicación de todo eso. Es muy bueno que esa desintoxicación se dé, se empiece por acá, Montevideo.

Me gustaría hacer una pequeña presentación, una pequeña historia de cómo llegué a ese trabajo que inicialmente presenté en el Congreso de FEPAL de Guadalajara de 2004 y que reformulado fue publicado en la RUP 100.

En el inicio de los años 80 recibí una paciente de la cual ya había escuchado en análisis. Yo tenía en análisis conmigo un hombre, un psicoterapeuta que me hablaba de una paciente que lo dejaba loco, porque hacía cosas, lo buscaba fuera de las sesiones, no se quedaba en las sesiones. No me acuerdo mucho, pero era una presencia muy importante en las sesiones de esta persona que yo estaba analizando. Terminó el análisis y se fue. Algún tiempo después, unos meses después, me llama y dice: Marcio ¿tenés tiempo para ver una persona? Yo digo, bueno sí. Porque te voy a enviar a “aquella”... Bueno, sí vamos a ver, vamos a ver...

Unos días después me llamó y marcamos el horario. Era una señora de unos treinta y pocos años, hermosa, o mejor, hubiera sido hermosa si hubiera tenido alguna vitalidad, alguna luminosidad, porque era opaca. Una persona muy elegante, porque se podía ver que la ropa era cara, muy buena, pero... Era opaca, una presencia así. Caminó hacia adentro se presentó, se sentó y me dijo: “Yo estoy acá porque Joao me mandó porque me dijo que no me quiere ver jamás. Bueno, eso no me sorprende, no había afectividad”; ese cambio de tono en su voz, es difícil reproducir. “Eso no me sorprende porque en mi vida desde los 12 años de edad, tenía 35, vamos a decir, por lo tanto más de 20 años, siempre sucedió eso. Yo estuve en análisis varios, con el doctor Joao, Alberto, Marcelo, Laura, Silvia”.

La mitad de la gente con la que había estado en análisis era de mi Sociedad, la mitad de mis maestros... Bueno ¿qué puedo hacer yo con esa mujer? Me contó también que todos sus análisis terminaban muy malamente, por ella o por el analista, y que también entre un análisis y otro se internó muchas veces o había sido internada en hospitales psiquiátricos, porque se quedaba muy loca y rompía todo en su casa y también en los consultorios de los analistas.

Y me dice: “Pero no te preocupes porque mi marido les paga todo y después queda mucho mejor porque queda todo nuevo”.

Bueno, ustedes pueden sentir el impacto. Todo esto era hablado no con la vivacidad que yo estoy hablando, sino de manera monótona.

No puedo hacer nada por ella, todos mis maestros... qué puedo hacer... Tiene más análisis que yo. Yo tenía algo así como 10 años, ella tenía 23 años de análisis e internaciones. De todas las escuelas, conoce todas las interpretaciones posibles.

Yo le pedí honorarios muy altos para atenderla, porque esperaba una respuesta negativa. Dije: sólo tengo horario cuatro veces por semana, a las 10 de la mañana, no tengo otra posibilidad... No era hospitalario, yo no era hospitalario en ese momento.

Ella dijo que a las 10 no era posible porque se despertaba a las 11. Bueno, entonces mucho gusto, ve a buscar a otro. Un día después me llamó nuevamente para decir: “Bueno estoy pensando que voy a intentar. Voy a ver si me despierto un poco antes”. Pensé... eso será por dos o tres veces, no va a venir más... Está bien, vamos a ver.

Yo pensé ¿qué le voy a decir? Llegaba, hablaba de algo y yo me quedé... no voy a interpretarle nada, no sé cómo hacer. La escuchaba, la escuchaba... señalaba alguna una cosa. Yo esperaba que se fuera, que no hubiera ningún análisis. Temía todo el tiempo que rompiera mi consultorio, que se pusiera loca y rompiera todo. Durante cuatro meses vino, sorprendentemente, todos los días. ¿Qué pasó?

Cuatro meses después, estamos en los años 80, dice: “este análisis está muy mal para mí, pienso que me voy porque todas mis amigas me dicen que no saben más de mí, que no las llamo más. Siento que desde que vengo acá no hago más nada en mi vida, entonces creo que me voy...”.

Yo le pregunté: ¿tus amigas? ¡No me hablaste jamás de una amiga!

Hablaba del marido, de sus locuras, de sus peleas con el marido, un poquito de sus hijos pero jamás de una amiga o algunas amigas.

—Sí, mis amigas...

—Pero no me hablaste jamás de tus amigas, de su amistad.

—Sí, yo tengo amigas, por supuesto.

—¿Quiénes son las amigas?

—Bueno, las mujeres del shopping.

—¿Cómo las mujeres del shopping?

—Sí, porque desde que estoy acá no voy más al shopping.

Ella compraba; entonces empieza una historia, contando que ella no usaba la misma ropa más que una vez. Una vez y la dejaba (echaba). Entonces me dijo: “Me llaman mis amigas del shopping”.

Las dueñas de las tiendas la llamaban porque les daba mucha plata.

—Ah... bueno, entonces, las dueñas de las tiendas te están llamando porque no compras más tantas cosas.

—Sí, no compro.

Bueno, pensé yo, algo está pasando, alguna introyección en otro registro se está haciendo.

En este momento empecé a pensar: bueno si algo pasa acá entre nosotros, ¿qué es lo que está pasando? Yo no le interpreto como interpretaba a mis otros pacientes, como había aprendido que era una interpretación. Entonces tuve un *insight*. Bueno, ella nunca rompió (quebró) mi consultorio. Yo me quebré... un encuadre rígido de un analista sería que el paciente cuenta algo y el analista viene con una interpretación. Cuando pensé en eso empecé a elaborar esas cuestiones. ¿Qué es hablar con un paciente nuevo? ¿Qué es recibir a alguien que sabe todo lo que yo sé o que tiene una posibilidad de percibir lo que es una imitación o un aprendizaje, una acuidad... psicótica muy rápida, muy experta en percibir lo que era genuino y lo que no era. Les cuento esto para decir que hay pacientes que nos cambian mucho, esa paciente ha sido un punto de viraje en mi vida profesional.

Años después me llegó otro paciente, que está en ese trabajo también, me planteó algo muy importante que yo traté de elaborar en algún trabajo. Seis meses después que me llegó este paciente, el primero que yo describo en el trabajo publicado en la RUP, me llegó una invitación del Congreso de Gramado para escribir acerca de la analizabilidad, y yo hacía unos 10 meses que estaba viendo a este hombre. Entonces hice un trabajo que se llamó

Analizabilidad.

Después seguí con el tema y desarrollé otro trabajo, porque seguí pensando qué hacemos nosotros y cómo hacemos nosotros con la gente que nos busca.

Por último una paciente que, llega al consultorio y me dice: “¿viste?, mira el predio...” no podía verbalizar con claridad nada. Había un estado emocional de mucha angustia. Y me dice: “se está cayendo el edificio”... San Pablo es una ciudad con mucha violencia, entonces la primera fantasía que me vino fue que habíasido robada, un asalto o algo había pasado en la calle. Apuntaba para la ventana y yo miré algo en el edificio de al lado. ¿Qué pasa en el edificio?

—¡No!, no ese edificio, los edificios, las torres en Nueva York.

Era el 11 de setiembre, yo escuché acerca de lo que pasaba por esta paciente que entró a mi consultorio. Yo estaba encerrado en mi consultorio atendiendo a otra gente. Era la tercera paciente del día y la noticia de lo que pasaba o empezaba a pasar en el mundo me llegó así. Esa paciente después de algún tiempo, cinco o diez minutos en la sesión, no sé, pudo comprender, o pudo verbalizar, lo que había escuchado y visto en la televisión. Era la realidad que entraba en mi consultorio de una forma que me dejó totalmente impactado.

Entonces: los pacientes, la realidad... Creo que ese trabajo es una consecuencia de todas esas cuestiones.

La idea de hospitalidad y de deconstrucción la debo a Jacques Derrida.

Bueno, entonces voy hablar un poquito más de esa elaboración que he hecho en esos tiempos, que resultaron en el trabajo que ustedes han leído y agradezco.

He escuchado también algunos pacientes jóvenes de 20, 22 años, en los últimos tiempos. Lo que me llamó mucho la atención es cómo siempre hablaban de los desplazamientos. Me llamaban por celular: Estoy yendo, no voy a llegar o estoy en el tránsito, durante su horario. O en la sesión hablaban que estaban saliendo de la casa de la madre para la casa del padre o para la casa de los amigos. Eso era un *leitmotiv* muy frecuente en las asociaciones de gente joven. Esos desplazamientos, que estaban en movimiento de un lugar para otro. Después que leí a Marc Augé... comprendí algo de ese movimiento, de un espacio para otro, intentando hacer de los espacios un lugar.

Como escribí, no sólo los más jóvenes sino gente mayor también. Mi escucha ha sido tomada por una reincidencia de ese tema de una casa, o no casa, o los desplazamientos. La búsqueda de alguien que no está, está en otro lugar, está en otro país. Está todo siempre muy lejos. Se puede llegar pero cuando se llega ya no es más... Me gustaría escuchar, compartir con ustedes también si hay algo de eso que pasa acá. Yo creo que sí porque es un fenómeno hoy en día muy global, humano.

Y un poquito más de elaboración acerca de este momento de la gente, del 11 de setiembre. Esta paciente que me dio la noticia, empezó su sesión de pie, luego se sentó en el diván y finalmente se acostó. Algo como cinco, diez minutos caminando por el consultorio. No era una persona psicótica en una acepción clásica, no. Una persona común, yo diría. Estaba muy nerviosa, caminaba todo el tiempo. Después se sentó, se quedó unos cinco minutos. Y yo estaba muy así... también (nervioso), porque no sabía si era verdad o cuánto era verdad de lo que pasaba. Cómo estaban mis hijos, si eso sería el inicio de una guerra mundial, en fin... no sabía, esperaba todo el tiempo que el próximo edificio que cayera fuera el mío o mi casa. Me quedé así, duro, en mi silla intentando estar con ella un poquito. Ella se sentó un poco y continuó hablando y después se acostó y terminó la sesión en el piso. Pensé después: hizo una dramatización corporal de la situación.

Después pensando acerca de todos esos puntos me acordé de un libro muy interesante que había leído en los años 90, **Las bodas de Cadmo y Harmonía** de Roberto Calasso.

Un libro que cuenta la mitología griega pero no de una manera cartesiana, con un estilo de narración que intenta retomar el tiempo mítico. Todos los capítulos empiezan por una pregunta:

¿Y cómo es que todo comenzó? En un momento del libro Roberto Calasso dice que en toda narrativa mítica el comienzo empieza por una pelea, un combate entre el héroe y el monstruo, el monstruo original por supuesto. En la pelea se mata o se piensa que se mata al monstruo. El héroe separa las partes del monstruo y estas partes separadas migran, no son más el centro de la historia, de la escena, emigran a los bordes de la escena. Y es posible que por eso los artesanos medievales hayan creado las molduras, marcos, de los cuadros que tienen escamas doradas, como las escamas del monstruo. Pero de tiempo en tiempo ese monstruo original, que no se murió jamás, hace una migración de vuelta para el centro.

Yo creo que podemos pensar en tomar eso como una alegoría de estos tiempos y también de la cuestión del psicoanálisis, pensar el encuadre psicoanalítico como una moldura, marco, pero que no está fija. O se fija por un momento, un momento cultural, un momento originario. Pero hay que pensar que la pelea con el otro, que esta pelea originaria de nuestro trabajo está siempre allí. Y va a depender de nosotros cómo nos vamos a comportar con eso o si vamos siempre a quedarnos atrapados en una moldura fija pensando siempre la misma escena, viéndola sólo desde una perspectiva o si cambiamos la perspectiva. O si entramos normalmente dentro de la escena. Yo creo que nosotros los analistas estamos siempre no en un entredós, sino en un entre tres con los pacientes que nos llegan, que nos buscan, que nos dicen cosas que no hubiéramos tenido la posibilidad de escuchar jamás si no fuéramos psicoanalistas. Eso nos produce algo muy difícil de conceptualizar. Estamos también en nuestras instituciones que al menos nos sirven para tener encuentros como éste acá, o invitaciones que nos obligan a escribir algo sobre nuestras experiencias.

Y también tenemos que pensar que estamos ubicados, nosotros, analistas, nuestras instituciones, en el mundo, porque hay una tendencia muy grande de nuestro propio trabajo al cierre, a la alineación. Vivimos en un mundo en el que tenemos a otro como semejante, muchos semejantes. Tenemos nuestras ideas y muchas veces nos cerramos allí. Creo que gran parte de los problemas que vivimos nosotros los psicoanalistas actualmente vienen de una cierta alienación, de cierto cierre en nuestras instituciones mismas, en nuestros consultorios, nuestra vida. Y que lo que pasó el 11 de setiembre de 2001 creo que es un alerta, porque eso nos entró a todos, no creo que sólo a mi consultorio.

Entró a todos los consultorios y a todos nosotros y nuestras vidas.

Cristina Fulco

En una discusión científica reciente que teníamos acá, se planteaba que la metapsicología era útil si permanentemente evocaba la clínica, llevaba un *feed back* de ida y vuelta, de lo contrario podía transformarse en palabra hueca. Yo quería decirte que tu trabajo a mí me ha producido, creo que a todos nosotros, ese efecto, porque al leerlo uno va evocando pacientes y situaciones clínicas que se entrelazan con los de tu experiencia y llevan a continuar el hilo de tus reflexiones.

Es así que se me impusieron dos pacientes míos, que ya han terminado su análisis y me recordaron la estructura familiar de muchos de estos seres del siglo XXI que tú traes.

El primero es una adolescente de origen europeo, de infancia asiática y de adolescencia latinoamericana. Una paciente de 17 años cuya corta vida había transcurrido en tránsito en estas distintas regiones del mundo. De padres *yuppies*, esos ejecutivos que andan por el mundo. Trasmítía con poco afecto y dolor sus recuerdos de infancia en Asia, centrados en una vieja mujer que la cuidaba todo el día y con quien hablaba en el único idioma que conocía esa mujer y no en el de la joven adolescente. Contaba de su confusión en relación a su identidad y lo relataba del tal modo que decía que cuando llegaba un europeo al lugar donde vivía, ella decía, siendo europea, llegó un extranjero. De cómo para los europeos del lugar ella era medio asiática, para los asiáticos era una extranjera y para los africanos era árabe.

Así se referían a ella los diferentes grupos étnicos del lugar. Traía sus dificultades en la esfera sexual pero fundamentalmente en relación a su identidad. Porque más que preguntarse sobre su femineidad, la pregunta que se planteaba era quién era ella finalmente. Quién soy, más que qué soy, quién soy. A pesar de los viajes permanentes de sus padres fue en su estadía en Uruguay donde pudo permanecer tres años y empezar el análisis antes de emigrar nuevamente. Y fue en el espacio analítico donde pudo comenzar a hilvanar una historia marcada por el desarraigo y los duelos coagulados que hablaban de una historia de pérdidas y abandonos. Después regresó a Europa donde cursó su primer año de facultad logrando los primeros puestos, pero decidió volver al lugar de su infancia, en el que actualmente ha logrado ser reconocida en el mundo del arte y desde donde me escribe diciendo que por primera vez encontró un lugar. Su lugar.

Viaja periódicamente a Europa por trabajo pero está radicada en ese país, lugar donde por única vez y por breve tiempo, dice, que había tenido un hogar y recuperó sus afectos más intensos.

Más allá de esta paciente yo quería decir que me parece que hay algo en común en estos pacientes que llegan a nuestros consultorios que impresionan muchas veces como seres robotizados, desafectivizados y yo

diría a veces casi espaciales, porque la mitad de su vida pasa en los aviones yendo y viniendo. Pacientes en los que las defensas obsesivas funcionan al máximo y está subtendida en una estructura narcisista.

Arman familias a las que pertenecen como visitantes en tránsito también. Entonces me parecía que algunos buscaban el análisis, más como un espacio de supervivencia psíquica que con verdaderos deseos de analizarse. El otro paciente que venía, cuando llegó a mí, de un análisis de otro país y estuvo también tres años conmigo y antes de irse, me pedía insistentemente otro analista para su futuro destino. Su vida era estar en análisis. Un paciente también con estructura obsesiva. Yo pensaba que no había cambiado mucho pero justamente el lugar del análisis había funcionado, un poco tomando tus palabras, como una casa donde poder sobrevivir.

Tengo tres preguntas finales para plantearte. Una es sobre la posibilidad de cambios profundos con estos pacientes, no por la frecuencia sino por la continuidad del tratamiento que a veces impide posibilidades de regresión y de trabajo con el inconsciente.

A veces estos pacientes quedan en un trabajo más a un nivel preconscious/consciente. Pero también hay otros pacientes con los que realmente se puede trabajar, me parece. No sé tu experiencia pero me parece que a través de los pacientes mostrás que sí.

Si con estos pacientes y con estas características de trabajo se pueden lograr cambios profundos realmente.

Marcio

Sí, se puede, se logran.

Cristina Fulco

Tal vez habría que responder que depende de cada paciente y de cada encuentro, pero que algunos quedan en un funcionamiento más preconscious/consciente.

Otra pregunta que yo pensaba, desde el Instituto con respecto a la formación, es la dificultad de tener pacientes en análisis clásico, que yo creo que no es únicamente por motivos económicos, como muchas veces se dice, que no se puede pagar, sino por lo difícil que resulta que los pacientes, sobre todo gente joven, acepten una frecuencia alta en un tiempo en que la eficacia y la inmediatez son dominantes. Les parece una cosa esotérica aunque puedan pagar.

Y lo último que quiero decir, que estoy de acuerdo contigo en que el análisis no lo determina la frecuencia ni el diván, pero también te pregunto si los elementos esenciales del método como el trabajo en el campo de la

transferencia y contratransferencia, la abstinencia/neutralidad e interpretación, los elementos como asociación libre, atención flotante, si pueden ponerse en juego para desarrollar un proceso analítico cuando a un paciente se lo ve muy esporádicamente o semanalmente. O si aun así igual se puede trabajar, pero hay que buscar con otras características, sobre todo tomando de ejemplo este tipo de paciente que yo comparto contigo, son frecuentes.

Sonia Ihlenfeld

Me pareció muy interesante esto que tomás de Derrida, entre invitación y visitación referido a la hospitalidad y esto pensado en el encuadre. Y cómo el encuadre formal tiene mucho de invitación, donde se dan determinadas características en el analista que espera al paciente. La visitación tiene que ver con la disponibilidad en la escucha del analista y en el brindar, de algún modo, figurabilidad al modo de decir de sí que está teniendo ese paciente. Esto me llevaba a pensar en Winnicott, cuando él plantea que más que una técnica importa una actitud para abordar los estados del ser. Y que la actitud es algo sin formato visible, pero que es un modo de acoger lo que dice y hace el paciente en el encuentro en sesiones y que ese modo de recibir al paciente tiene que ver con la historia analítica de cada cual, donde el modo de analizar la contratransferencia creo que es central. De algún modo lo estuviste diciendo en todo tu repensar estos pacientes y creo que es desde ese lugar que se le puede dar un hogar a estos pacientes. Y que eso en el primero de los pacientes que describís en el trabajo es muy claro, por más que es muy breve la descripción. Pero cómo este paciente logra encontrarse con sus raíces, cohesionar aspectos de su vida que estaban muy dispersos y de algún modo dar continuidad a su existencia cuando piensa en volver a su país de origen y retomar algo de todo esto.

Entonces yo me preguntaba, el trabajo analítico en estas circunstancias ¿por dónde transcurre? No es el trabajo con lo reprimido, me da la impresión, sino que es algo que tiene que ver con escisión pero con escisiones actuales también en sus modos de vida. Entonces ¿cómo podemos pensar estas escisiones? ¿Se dan porque en su estructura esto ya estaba marcado así?, o desde la realidad actual de sus vidas ¿se afianzan escisiones o se marcan nuevas?

Maren Ulriksen

Es un precioso trabajo y además a mí particularmente por el trabajo que hago en extramuros, en la comunidad, o supervisando otros jóvenes

que trabajan en sectores de pobreza y donde no es posible un encuadre analítico clásico, me resultó muy rico.

La posibilidad de pensar justamente con una cabeza analítica. La pregunta tal vez es que, justamente, ¿dónde está la estabilidad? Porque los pacientes, tengo experiencia de gente que ha viajado a Buenos Aires, otros que han viajado desde Paraguay, viajaban a un análisis condensado y también, como decía Cristina, pacientes con una historia de vida parecida, donde han recorrido el mundo desde su infancia. Entonces tal vez, a pesar de estos cambios y donde hay una temporalidad distinta en el ritmo de las sesiones, creo que es uno, el analista, el que recibe, que representa esa estabilidad, encarnada en el analista y en el lugar de su consulta, de ese hogar que finalmente es el lugar del *Heimat* al contrario de *unheimlich*. Es decir, justamente lo familiar, pero la confianza en el sentido también que a pesar de las rupturas temporales, el no lugar del paciente, se va a construir en un lugar con el analista y me parece también que acá la cuestión de la confianza implica un proyecto al futuro donde algo va a pasar entre nosotros.

Cuando tú dices no es un espacio virtual pero es la virtualidad de que eso va a ocurrir, está en ese proyecto donde es el analista el que representa la confiabilidad, yo no diría la seguridad pero sí que la persona del analista es el encuadre. Lo del encuentro es el encuadre, no la temporalidad, el ritmo de las sesiones.

También acá hay algo de la hospitalidad que hay que ser muy cuidadoso en todos los análisis. Pensemos también en Laios, que rompió las leyes de hospitalidad a través de la seducción del niño. Y acá se presta porque hay un pedido de seducción del *infans* que trae cada uno de que algo extraordinario, seductor, de trasgresión edípica, incestuoso, ocurra en ese lugar. Y creo que ahí hay que ser muy cuidadoso de no perder el lugar como analista, el lugar de neutralidad y de rehusamiento. Porque uno tiene en el día a día de un análisis clásico, tiempo para recuperarse. Cada sesión tiene su unidad y ahí se juega el todo por el todo, cada vez, en el sentido del posicionamiento analítico. Justamente cuando tú dices: ¿y yo qué le digo?

Hay que pensar en las diferencias entre la alta y la baja frecuencia, la posibilidad de que uno largue algo interpretativo que al otro día se va a retomar, te va a “pelear” el paciente. Esa continuidad de una memoria de tres veces por semana o dos veces por semana, aquí las sesiones tienen eso de la cercanía de lo que ocurrió a diferencia de cuando pasan 15 días, como en tu paciente, cada sesión es una unidad en sí. Empieza y termina, yo diría que la rigurosidad analítica es fundamental en ese sentido de la neutralidad, el rehusamiento, la espera y el trabajo del paciente es fundamental.

Clara Uriarte

Este trabajo nos permite discutir sobre aspectos muy importantes de la práctica psicoanalítica actual, acerca de cómo conceptualizamos, cómo pensamos todos estos cambios, todas estas modificaciones y cómo pensamos estos nuevos pacientes, estas nuevas patologías. Yo no creo que sean los mismos pacientes de la época de Freud con distinto ropaje. Creo que si pensamos en la relación entre subjetividad y cultura, las expresiones psicopatológicas siguen el espíritu de la época. Tenemos otros pacientes hoy en día. En una sociedad como la nuestra donde hay una lógica del consumo, seguramente se promueve adicciones, se promueve la rapidez, se promueve el poco espacio para la reflexión, etc.

Es poco lo de tus pacientes que tú traes acá, pero yo me atrevería a decir que estos pacientes tuyos no entran dentro de las neurosis tan clásicas, por lo menos como las que se describían en la época freudiana. Creo que más bien entrarían, por lo que se muestra, dentro de lo que serían estas nuevas patologías que están caracterizadas por el exceso. El exceso de traumatismo, el exceso de descarga y también, junto con eso, por el déficit, por la falla. Por la falla de sostén, por la falla de libidinización, por la falla del investimento. Tendríamos entonces exceso, déficit y falla conjuntamente en estas nuevas patologías.

Yo diría que un distintivo tiene que ver con el vacío. El vacío que es la no casa, que es esa imposibilidad de un sostén interno que tu primer paciente lo trae terriblemente. Esa imposibilidad de armar una casa, esas paredes vacías, esa cama y televisor. ¡Qué dificultad de un armado realmente psíquico! Es vacío y seguramente, de esto me gustaría que hablaras algo, que es vacío representacional. Porque en estos pacientes, yo pienso, que hay dificultades en dos cosas, por un lado lo que yo he encontrado son dificultades a nivel del armado del preconscious. El preconscious como ese espacio que liga procesos primarios y secundarios. Y también he encontrado a nivel del inconsciente algo precario en lo que tiene que ver con la instalación de represión primaria. Una represión primaria bastante precaria en su instalación, lo que hace necesario justamente un trabajo importante de ligado psíquico, de ligazón psíquica en el trabajo analítico.

Sobre esto me gustaría que tú pudieras decirnos algo, cómo lo piensas y cómo has trabajado con estos pacientes y con los que relataste antes también.

Un trabajo de ligazón psíquica creo que es lo que hace el analista, un trabajo muy importante por ese lado. Porque hay cosas que no salen con la asociación libre, estamos lejos de aquellos pacientes que describía Freud cuando habla en **Construcciones**... que dice: el analista escucha y el paciente hace. Acá hay un entredós muy intenso donde también se hace

conjuntamente, se construye conjuntamente y tiene que aportar muchísimo el analista de sí mismo con sus ideas, sus asociaciones. Manteniendo siempre este rigor que dice Maren y con lo que estoy totalmente de acuerdo.

Yo creo que es fundamental que los analistas podamos conversar y dialogar con el psicoanálisis que practicamos, con el que hacemos, no el que añoramos sino el que practicamos en la actualidad. Es un debate muy importante que tenemos. Los boletines de la IPA son un “encanto”, realmente. Había uno que planteaba diferenciar psicoanálisis y psicoterapia. Psicoanálisis son cuatro, cinco veces por semana y uso de diván. Psicoterapia es todo lo que no es eso. “Clarísimo”. Y otro boletín que ustedes conocerán, que tiene que ver con el encuadre y el uso del diván y los distintos usos, mostraba una serie de fotos. Recuerdan aquel boletín de la IPA con las fotos de los distintos divanes vacíos?, entonces yo digo, nos enfrentamos justamente al peligro del ritual, el peligro de sacralizar los encuadres.

Porque el ritual tiene que ver con lo religioso y eso tiene que ver con el encerramiento y tiene que ver con los peligros. Cuando miraba esos distintos diseños de diván, divanes de distintas latitudes, distintos países, yo realmente pensaba ¿qué simboliza?, ¿qué quiere decir esto? Porque si yo hubiera querido fotografiar, en mi caso que trabajo con muchos pacientes adolescentes, yo hubiera fotografiado la silla, el sillón, la alfombra... ¿Por qué el diván? Muchos muebles están a disposición de nuestros pacientes, sólo que el diván tenga un uso de ritual sagrado, religioso. El punto es qué uso le damos al diván. Y esto no es para nada quitarle importancia al encuadre. Para mí es muy importante mantener ese espacio, lo que decía Winnicott, un espacio que sea previsible, que sea confiable. El punto es que también creamos el encuadre con cada paciente, esto es un punto importante que quería conversar también. Hay algo en el movimiento, en el proceso, que se arma también en ese entredós y tiene que ver con lo singular del encuadre con cada paciente.

Marcio

El comentario que Clara aportó sobre las fotos de los divanes vacíos puede ser leído como un síntoma de nuestra institución, le agregaría. Por qué de una revista a otra revista, en todas, es el diván vacío? ¿Por qué? ¿Qué se fotografía? Es la pregunta para nosotros. ¿Qué se fotografía?

Porque cuando un analizado nos llega siempre con la misma historia, la misma foto, la misma representación, ¿qué es que nos muestra? ¿Por qué repite tanto eso? Yo creo que en ese síntoma que está visible en el *Newsletter* que Clara ha traído muy bien, está toda esa idea de encierro y crisis... ¿Dónde estamos nosotros, analistas hoy, dónde estamos, qué

pensamos que es el psicoanálisis? Si es el número de sesiones, la respuesta a eso queda en una nada, una nada. Porque lo más interesante es que nadie escribió al respecto sobre las fotos de los divanes vacíos y ninguna pregunta como: ¿pero qué se fotografía?

Porque no son las fotografías de nuestro trabajo. ¿Por qué fotografiar el diván? ¿Por qué ese desplazamiento? Eso es un síntoma importante que veremos de tratar, de pensar, de desarrollar en el seno mismo de nuestras instituciones.

La cuestión de la formación. ¿Quién habló de la formación?
Cristina.

Yo creo que la debemos enfocar desde esta perspectiva más que desde los trabajos clásicos. No para olvidar, para ponerlos acá, dialogar con ellos, trabajar con los candidatos o con la gente joven que llega. Porque ya tenemos 100 años de historia, 100 años de experiencia en formar analistas. Cien años de análisis de cuatro, cinco o seis veces por semana que empezó con dos meses o tres meses de tratamiento. Los análisis de verano de Freud se cambiaron para cuatro, cinco, diez, veinte años, muchos.

Hemos demostrado con eso que no quedamos mejores nosotros que la gente que no tiene ni cinco, diez ni veinte años de análisis. Nos quedamos un poquito diferentes, nos reconocemos entre nosotros, pero ¿qué es lo esencial de la humanidad? ¿Cómo se puede tratar lo esencial del psicoanálisis por las fotografías del *Newsletter* de la IPA?

Maren apunta acá una respuesta, yo creo en la encarnación del *setting* del analista. El encuadre para mí sólo hace sentido como un encuadre encarnado, interiorizado por el analista. Y después por los dos, eso que se transita de uno para otro, que se crea, que se construye de a dos.

Voy a contar un poquito de este primer paciente. Está escrito en el trabajo que tenía una guitarra, que era su único objeto. No era una guitarra, porque debimos cambiar las cosas, la nacionalidad, todo, para mantener la confidencialidad. No desenmascaramos al paciente al decir que era un piano el instrumento con el que cargaba. Piensen: de los Estados Unidos para Europa, para Brasil. No es fácil, pero era el único objeto importante que cargaba; un piano. ¿Existe esa expresión acá?: “Cómo cargar un piano”. Creo que ese es el problema que tenemos nosotros también, cómo cargar este piano que creamos nosotros que es el psicoanálisis, todos nuestros conceptos.

Ese piano. Pasaba horas, tocaba muy bien, me dijo después de mucho tiempo. Estudió, hizo la Universidad de Economía, *business*, pero también de música, juntos. Pero en la Facultad de Música, era tan tímido o tan miedoso para hablar con los profesores, que me decía: “Yo no podía decir que no puedo leer la partitura, entonces tocaba de oído todo el tiempo”. Llegó hasta el final de Facultad, después no la terminó, y ningún profesor fue capaz de percibir que no leía la partitura.

Pero ¿cómo era posible? Compraba todos los discos de los grandes concertistas que tocaban las partituras, las escuchaba y se ponía a practicar. Tenía una capacidad muy grande.

Pero al mismo tiempo debemos pensar en la capacidad de simbolización que tenemos o no, y en la capacidad imitativa que nosotros analistas tenemos para con lo que está escrito o para con lo que escuchamos de nuestros maestros. Creo que lo más importante es que pasemos a encarnar el encuadre, que es el piano difícil de ser cargado, con cada paciente que nos llega.

Cristina habló de la pregunta del paciente: ¿quién soy? La cuestión del lugar que necesita ser creado. La cuestión y la pregunta, la formación que yo encuentro, que llegué un poco a eso, es la cuestión de la transferencia-contratransferencia.

Maren también habló de la seducción y de la neutralidad necesaria. Voy a intentar juntar esas ideas para que se pueda circular más. Sonia preguntó sobre la cuestión de cómo pensar esas escisiones. Clara habló del vacío, de la ligazón psíquica. Yo pienso que la respuesta también se va encaminando por ahí. Intentar hacer una ligazón o retomando a Freud: la aquiescencia.

Tornar posible que algo como el proceso primario o energético o la pulsión directa pueda ser dicha. En esa construcción de ese lugar es que va a comenzar a poder desarrollar las ideas de quién soy yo. Porque no hay respuesta para eso. Todos nosotros sabemos que la respuesta de quién soy yo es siempre parcial. En un momento dado no hay una respuesta definitiva, como no hay una respuesta definitiva, no hay una palabra final en psicoanálisis ni en nada.

La neutralidad, Maren... no sé qué pensar de la neutralidad porque no creo que sea posible ser neutro. La neutralidad versus el trauma, la seducción, la abstinencia. Yo creo que el trauma, la cuestión de la seducción, de la abstinencia, siempre estuvieron ligadas, porque el propio concepto de trauma emergió como trauma sexual. El acento en lo sexual siempre fue fuerte para nosotros. Yo pienso que hoy tenemos que repensar el propio concepto de trauma no estando siempre ligado a la cuestión de la sexualidad. Trauma, el trauma no sexual, más un trauma, por ejemplo, de exceso. Un exceso. La cuestión del vacío es un exceso... claro que hizo reparar en Freud la cuestión económica, lo que define en última instancia al trauma. Mas para nosotros a lo largo del tiempo, a lo largo de la obra, la idea sexual por ser tan fuerte es la que casi absorbió en sí el propio concepto de trauma. Pienso que hoy, como esa paciente que me da la noticia en el 2001, ella juega en mi cara, lo muestra, ella vive, expone, ella denuncia corporalmente en su gestualidad, que el trauma es exceso, imposible de ser metabolizado, de ser transformado por nuestro psiquismo.

Las escisiones, las ligazones, el vacío, Clara, yo no sé si hay un vacío, yo veo esos pacientes, esas personas más relacionadas a un exceso posiblemente.

Esa idea de vacío, de falta, yo encuentro que tiene siempre, y hoy el mundo ya nos lo presenta, siempre un exceso. Es muy difícil percibir y vivir la falta. Eso es algo a ser construido con esas personas, con esos pacientes. Esa posibilidad de dar aprehensión a la falta. Porque tomar un joven que se mudó de continentes con los padres, para esos padres esa idea de falta no existe porque ellos piensan que dan todo a su hijo. Y le dicen que le dan más de lo que la gente tiene, porque puede hablar muchas lenguas, puede conocer todo el mundo, puede estar en muchos lugares, pero... Creo que con la intimidad, en el contacto, se puede construir la idea de que algo falta, no se tiene todo. Eso es más una construcción, el vacío yo creo que es un paso después y no uno antes. Hay que construir el vacío, diría yo.

Fanny Schkolnik

Me parece interesante tu planteo con respecto a la necesidad de la deconstrucción de la teoría y la técnica del análisis, para no quedar melancólicamente aferrados a los conceptos clásicos. Esta posibilidad de reflexionar, discutir y reformular los fundamentos de nuestro trabajo en el marco de todas y cada una de las situaciones que se nos plantean con nuestros pacientes actuales es fundamental para que tanto a nivel del método como de nuestros parámetros teóricos el psicoanálisis se mantenga siempre abierto a los cambios vinculados al mayor conocimiento que nos aporta la clínica y a lo que es propio del contexto sociocultural en el que nos movemos.

Actualmente los analistas, también como tu paciente, estamos buscando nuestra casa y nuestro piano; algo firme y estable que nos permita sostener la identidad de analistas. Porque ya no podemos sostener que el diván, la frecuencia, la interpretación sistemática de la transferencia o la neutralidad, son los elementos que definen un análisis.

Hace ya unos cuantos años tuve en análisis a una paciente que presentaba una sintomatología básicamente neurótica y que llegó a mí buscando analizarse después de terminar un análisis de 18 años en el cual al parecer le interpretaban fundamentalmente la transferencia negativa. La paciente suponía que trabajaríamos cuatro veces por semana, en diván y yo pensé que tenía que evitar una repetición de una situación transferencial que tendía a la inmovilidad y que probablemente se sostenía en su necesidad de reiterar un vínculo sadomasoquista. Para su sorpresa, le propuse una frecuencia de una vez por semana, sentada y con otro encare. Esta forma de trabajo tuvo verdaderamente un efecto analítico en cuanto a

la movilización interna que se dio en la paciente a lo largo del tiempo de análisis. La paciente logró un contacto distinto consigo misma que le permitió hacer cambios importantes para ella. Y yo aprendí mucho con esta experiencia que también fue nueva y movilizadora para mí.

El otro punto que me interesaba destacar es con respecto a qué diríamos nosotros de cuáles entonces son los poquitos referentes con que todavía seguimos tratando de ubicarnos como psicoanalistas. Me parece que tú los mencionás sin extenderte, cuando tú decís que es un encuentro con otro, un encuentro de intimidad con otro extraño. Me parece que eso de alguna manera marca algo que acá se nombró que tiene que ver con la abstinencia. No es el mismo encuentro que tiene otro tipo de terapeuta o un médico, nosotros nos posicionamos como analistas de alguna manera ubicando que de algún modo somos extraños para el paciente y de algún modo el paciente es extraño para nosotros. No nos hacemos amigos, intentamos una relación de intimidad pero al mismo tiempo de abstinencia y eso me parece que es muy analítico y eso instituye un espacio analítico fundamental.

Segunda cosa, me parece que cuando los pacientes buscan una casa o buscan un análisis, en realidad está el tema de ¿qué es eso, qué es ese espacio del análisis, para qué está?

Yo creo que está para de alguna manera intentar trabajar en el otro espacio psíquico, virtual, donde se mueve algo del inconsciente y de la relación consciente/inconsciente. A mí me parece que trabajar en el espacio de la transferencia de esta manera da la posibilidad, a veces más y a veces menos y a veces nunca, de que algo se mueva a nivel psíquico y eso me parece que es analítico también. Yo creo que los analistas no buscamos que los pacientes se vayan inmovilizados, curados entre comillas, tranquilos y sin tener nada de angustia. A mí me parece que lo que buscamos es que los pacientes puedan irse del análisis logrando una movilidad interna y una movilidad en sus síntomas, sus vínculos, que este paciente no sólo tenga el piano como único vínculo sino que pueda abrirse a otros. Y eso creo es el carozo del análisis, más allá de que sea en el diván, con determinada frecuencia, etc. No sé si tú estarás de acuerdo.

A mí me parece en ese sentido que en realidad eso sería psicoanálisis, a pesar de todo, sin embargo conservamos algunos conceptos teóricos, metapsicológicos, por supuesto muchas veces reformulados. Por ejemplo, el concepto de pulsión, el de la sexualidad, el de inconsciente, pero claro, no es el mismo inconsciente del que hablaba Freud, no es la misma concepción de la pulsión que ahora también la pensamos desde el otro de alguna manera y en el vínculo. No es exactamente la misma concepción de sexualidad pero creo que la tenemos y me parece que en esa compleja relación con nuestros fundamentos teóricos, sean éstos o reformulados o no, y en esta otra práctica en que tratamos de ubicarnos en

ese otro lugar, intentando movilizar lo inmovilizado que viene el paciente, estamos haciendo psicoanálisis.

Marcio

Estoy totalmente de acuerdo con vos, pero para agregar un poquito. Una reactualización de un concepto clásico. Yo creo que el hombre o la mujer “bomba” es una actualización, la representación más radical que tenemos hoy del hombre pulsional freudiano. Eso cambia el acento sexual. El hombre “bomba” que explota, esa es la representación más actual del pulsional.

Álvaro Nin

Espero que se pueda producir acá lo que se produjo en Guadalajara con este trabajo que fue muy impactante para todos los que estábamos allí. A pesar de que pienso que es un trabajo que no representa fielmente lo que uno ve de la dinámica teórica de tu Sociedad. Me parece en ese sentido que hay una mayoría de gente en tu Sociedad que trabaja en otras líneas teóricas. Este tema que tú traes de la hospitalidad se produce en buena hora para hablar de eso. A mí me trae reminiscencias de las lecturas de Winnicott o de Bion con distintas apoyaturas teóricas.

Una cosa que me mueve este tema de la hospitalidad es la construcción del espacio analítico. En la construcción de esta hospitalidad, de este encuentro, de esta casa nueva que precisa el paciente, también se mueve algo, podríamos decir, como una primera fase, un primer momento que tiene que estar de alguna manera un poco condicionado por la aparición de algo que es no hospitalario.

En el encuentro entre el paciente y el analista tiene que haber algo de desencuentro.

Más que pensar solamente en un encuentro me parece que tenemos que pensar en una dialéctica entre construir un encuentro para ver de qué manera accedemos al desencuentro. Me parece que los pacientes cuando buscan un análisis, por supuesto que no saben nada de esta polémica nuestra sobre los estándares y todas esas cosas que conforman para nosotros como grupo un “trauma”, un trauma colectivo. Cuando buscan un análisis intentan encontrar algo nuevo, hay algo de: los conflictos que traigo hasta aquí, a este tratamiento, están agotados, repitiendo compulsivamente algo, más o menos viejo, más o menos idéntico y siempre voy por el mismo camino y eso me conduce hacia el dolor y hacia el sufrimiento. La apertura de cualquier espacio psicoanalítico me parece que tiene que ver con esa búsqueda de buscar nuevos caminos, de buscar otra cosa nueva, lo novedoso. Lo novedoso para un paciente así, seguramente yo tengo la imagen del archipiélago que trae André Green, donde lo que

predomina son los mecanismos de escisión, no tanto los mecanismos represivos, aunque también están, obviamente.

Trayendo al paciente de Cristina que se va de Asia y se viene para acá y se va para allá, ¿qué pasa? Cuando se fue tuvo que separarse en forma dramática, de todo lo que pasaba en donde vivía, lo disolvió o lo estalló o lo mandó a un vacío o lo escindió. Me parece que son todas maneras de escindir contenidos psíquicos.

Y entonces cuando ese paciente viene a buscar a su analista, la tarea que evidentemente aparece para el analista es cómo hago para que el sufrimiento de este paciente se convierta en palanca para poder acceder a esos nuevos mundos o a esos mundos que están escindidos, que están en otro lado. Ahí entramos un poco en esa dialéctica, esta hospitalidad puede conducir por un falso camino que sería el camino de la seducción. Aquí yo estoy haciéndote todo el *holding*, el maternaje. Seducir justamente significa ir por un camino falso. Me parece que tomando la teoría de la neurosis aparece algo del orden de la castración y que en estos pacientes quizá tendríamos que tomar otro concepto que sería la desmentida. Pero algo del orden de que el analista le tiene que traer en forma vivencial algo nuevo, distinto, para que se produzca una dinámica psíquica de construcción de una narrativa, de una historia, de una subjetividad nueva.

Marcio

Fanny, yo hace algún tiempo, poco tiempo después que escribí esto, cuando alguien me busca para análisis no digo más: bien, entonces vas a venir tres o cuatro veces. Porque para toda la gente tenemos que construir ese encuadre. Eso estoy haciendo ahora. No hay un *a priori* sobre la frecuencia. Estoy trabajando así. Para subrayar también que yo creo en la idea de que con el paciente, grave o no grave, medio grave, hay que construir un encuadre, es una idea muy complicada, difícil en el psicoanálisis. Nosotros estuvimos mucho tiempo, yo creo, atrapados en una lectura, en pensar el psicoanálisis del punto de vista de la psicopatología o la patología y debemos cambiar eso. Porque estamos de acuerdo con Freud, con la revolución freudiana que justamente cambió la idea, la doxa de lo que era la locura y lo que era sanidad mental. Yo creo que... pienso, que más con la muerte de Freud, nosotros nos sentimos huérfanos y nos cerramos en teorizaciones de lo que se debe y lo que no se debe, de los *actings* que emergieron justamente después de la muerte de Freud, después de posguerra. La problemática de qué es el humano, el pensar humano, cedió espacio para una formación reactiva de quién va a ser el heredero oficial de Freud.

El psicoanálisis inglés, el psicoanálisis francés, los latinoamericanos, con quién van a quedarse. La idea central que tenemos que repensar no es

la de gravedad, o lo que es salud mental sino cómo ser una persona. Yo creo que muchos trabajos de la escuela inglesa, por ejemplo, parten de un *a priori*, de cómo debe ser una persona. Lo que más me impactó siempre es que la gran mayoría de los trabajos empiezan: toda la gente está esquizoparanoide en el inicio y toda la gente cuando accede a lo depresivo, finaliza el análisis. Ningún trabajo hace o cumple estrictamente ese transporte. Yo cuestiono ese punto de vista, no creo que deban ir de acá para allá.

No hospitalario. Sí, por supuesto, pero ese desencuentro ya está. Muchas veces en el mito de Babel, de la lengua única inicial, yo lo propongo pensar al revés. No, nunca hubo una lengua única, eso es un deseo de futuro que está desplazado para el pasado. Siempre el desencuentro está o ya estuvo. Hay la necesidad de crear posibilidad de encuentros, porque los desencuentros ya van a estar. Por supuesto la cuestión de la seducción yo creo que es una trampa que pesa en nosotros, creer que un *setting* o un encuadre de tres o cuatro o cinco sesiones semanales sea condición de lo hospitalario o menos hospitalario que un *setting* encarnado, vamos a llamarlo así, un encuadre más encarnado. Porque un *setting* de cuatro veces por semana también es muy seductor para las histéricas que pueden mostrar toda su cuestión al mejor observador que es un analista, un hombre o una mujer que quede a disposición cinco veces por semana para todo lo que hay. Para los obsesivos es una mejor posibilidad para la ritualización de la vida, una repetición de cuatro o cinco veces por semana.

Son cuestiones que hay que pensarlas. Yo no tengo una respuesta, no tengo un manual. Lo que estoy trayendo acá es: pensemos lo que hacemos, vamos a tratar de pensar juntos con nuestros colegas.

Javier García

Me dio mucho gusto encontrarme en un trabajo psicoanalítico con el concepto de hospitalidad. Creo que hay dos razones que en principio se me ocurren. Primero porque Derrida es un autor que realmente nos ha aportado mucho. Y en segundo lugar sin conceptualizarlo yo, la palabra hospitalidad desde hace un buen tiempo me sale usarla en la clínica.

Hay muchas cosas en el trabajo. Creo que hay un lado que se ha trabajado que es la palabra ésta en relación con las neurosis, pero tú traes algo que tiene que ver con los cambios de la cultura actual, que tiene que ver con la temporalidad, que tiene que ver con el cambio en las intimidades, en el tipo de vínculos. Y yo diría que todos estos cambios, me parece, tienen en común el concepto de desubjetivación.

Tú traes un tipo de paciente que es el que quizá más consulte a los analistas pero no es la gente que más abunda en el mundo, la que viaja en avión todos los días y tienen grandes empresas o trabajan en multinacionales. La mayor parte de la gente vive en la pobreza y también tiene el problema de no tener casa, a veces de no tener ni siquiera documento de identidad, de no tener reconocimiento social de su lugar de sujeto. Y parecería que el mismo tema de la desubjetivación toca a ambos polos. Yo no sé si ustedes recuerdan esta película que se llama **Terminal**.

Marcio

Sabés que Marc Augé trata ese tema.

Javier García

Ese tema es un tema que también se puede vivir en los excluidos, en la marginalidad. Aquellos no reconocidos por un sistema que es ciego al sujeto y a las subjetividades y que nos introduce en un funcionamiento operativo e instrumental en donde la interioridad, para darle una palabra imaginaria, o la casa interna o la intimidad, no tiene lugar. Cuando el psicoanálisis ofrecía un lugar, aquel paciente que vivía desesperadamente un conflicto íntimo encontraba en el encuadre analítico el espacio para que desarrollara esa escena interna del conflicto. Pero nosotros nos vemos enfrentados al desafío de que la escena interna del conflicto no es vivida como tal, como escena interna. Nos enfrentamos a la externalización. Creo que la hospitalidad es la disposición a recibir esa vida afectiva, conflictiva, que no es vivida como una intimidad. Es como crear, es una invitación a que eso se pueda crear ahí dentro porque no es vivida como interioridad en la mente de quien le pasan cosas. Eso es anterior a que aparezca el conflicto que implica otro tipo de hospitalidad. Porque implica el ser hospitalario a lo *alter*, es decir a lo inhóspito del inconsciente, requiere también de la hospitalidad humana.

Marcelo Viñar

Lo grave de ese psicoanálisis anglosajón no es que amolden al paciente a un *setting*, a un encuadre preestablecido, es decir que el analista sepa qué paciente quiere. Lo grave de esa afición del analista inglés es que él quiere que el paciente se parezca a él. El modelo de normalidad autorreferente.

Un elogio y una pregunta.

A mí me parece que tu trabajo es un trabajo de investigación psicoanalítica. Y tu contribución, el modo de traer la intimidad y la permanencia como el caracú, como meollo del *setting*. El traer eso contribuye a un nuevo aforismo del psicoanálisis del tercer milenio. (Ese es el elogio)

Es distinto definir ese encuadre de búsqueda desesperada de un lugar de intimidad y de permanencia que medir la eficacia del método en relación a la frecuencia de las sesiones. La misma pregunta en términos de investigación empírica se dice: resultados con alta frecuencia, resultados con baja frecuencia. Son dos terrenos heterogéneos. Yo no estoy contra la investigación empírica, digo que apunta en una dirección distinta a la que apunta Marcio Giovannetti. No se puede ir al oeste y al este de la misma manera.

Me parece que aprendí en el liceo la noción de Kant de tiempo y espacio, que sin eso, sin una noción de tiempo y espacio no hay experiencia humana. Y Marcio trae a Virilio, la aceleración del tiempo, el vértigo como pérdida de una temporalidad asimilable. Y el no lugar de Marc Augé como pérdida de una espacialidad. Esto parece definir un punto de malestar en la cultura, ese vértigo que nos saca del lugar.

En el ejemplo que traía Cristina Fulco, ese paciente de tres continentes, en el territorio psíquico puede ocurrir que le pase lo mismo en un barrio de Montevideo. Es decir que no es sólo por viajar entre culturas, sino que para un humano hay algo de laceración y de pérdida de referente espacial. Yo le decía a Fanny que he pensado en la palabra *Heimat*, o lugareño u hogar en español, yo pensé que la palabra que proponemos en español más ajustada, me parece, sería querencia. El referente de la geografía amada, de la geografía patética.

Entonces la pregunta es, si la intimidad, el lugar de remanso en el que reanudar procesos de resignificación y de reintroyección es posible en el vértigo...

La pregunta es si una clave no es bajar la pelota y enlentecer, crear un espacio de tedio, un espacio de aburrimiento. Lograr eso, lo que tú decías respecto al vacío y a la plétora.

Crear un espacio de vacío, un espacio que pueda establecer un ritmo de resignificación que la velocidad impide. Yo tengo esa experiencia. Yo, por viejo, no puedo mirar un video clip. Los jóvenes pueden. Entonces es en el diálogo entre un video clip y una novela de Tolstoi que se puede construir el diálogo.

Mi pregunta es si la función del analista al construir el espacio analítico no es crear tiempos de asimilación, tiempos de introyección estableciendo un tedio. Yo creo que el buen objeto, la buena teta no es una vez, el ritmo crea un objeto.

El objeto imprevisible es enloquecedor y es como crear la reiteración de presencia, como algo de la búsqueda de monotonía para que el paciente se reencuentre con sus significantes fundamentales. Como tu paciente encontró la guitarra o el piano el piano/guitarra como objeto transicional de crecimiento.

Esa es la pregunta: lo del tiempo de quietud y aburrimiento que vendemos y cómo venderlo.

Diego Speyer

Yo me felicito de la frescura de esta reunión, creo que es mérito del trabajo y es mérito del modo de presentación de ese trabajo. Es decir cómo tú te presentaste antes de leerlo, cómo llegaste a determinados conflictos con la teoría y con tu propio encuadre interno. Cambios hay, es evidente que hay cambios. El asunto es qué hacemos con ellos, cómo los tramitamos en nosotros mismos y cómo los transmitimos, segundo problema que tiene que ver con la trasmisión, la formación de analistas. Y creo que tú apuntás a eso. Mostrás que la trasmisión analítica va junto con el análisis mismo. Me pareció lindísima esta idea tuya de cómo llegaste a Derrida y a la deconstrucción desde una paciente que venía rompiendo todos los consultorios y que también te rompía el encuadre que tenías encarnado, también rompía tu esquema referencial. Y entonces claro, reconstrucción que además tiene una filiación de Heidegger.

El concepto de deconstrucción en Derrida lo toma del concepto de destrucción de Heidegger. Me pareció muy linda esta filiación tuya desde el desconcierto, de qué hago con esto que está pasando. Hay una paradoja, los analistas vivimos trabajando el conflicto, vivimos tratando de acoger lo inhóspito o lo inconsciente, el otro que hay en el otro y el otro que hay en uno. Sin embargo parecería que en los diálogos entre colegas el conflicto se elude. Todo esto que tú traes es muy conflictivo. Qué de todo esto que parece que genera unanimidades se transmite a los candidatos en la formación. Qué de todo esto se relaciona con un modelo de formación llamado *training*, basado en estándares, en cajones estancos estilo Mc'Donalds, qué de todo esto que tú traes y que es tan removedor y que parece ser tan unánime, a la hora de la práctica, de la trasmisión, se ofrece como problema. Porque es un problema, no tenemos la respuesta, la estamos buscando y sería bueno poderla buscar entre más personas, con los más jóvenes.

El peligro frente a lo que viene cambiando es la respuesta obsesiva, el ritual, el diván, las horas, es decir quedarse con el marco del cuadro y no con la escena. No con lo que pasa en la sesión. Es una respuesta que estamos viendo y que es muy frecuente. Y que Clara la traía jocosamente y trágicamente desde la foto, desde una facilidad de: si son cuatro es

psicoanálisis, si son tres no, o el diván vacío como añadirías tú. Me parece que ése es un punto clave.

El otro es la tendencia al doble discurso. ¿Qué quiero decir con doble discurso? A que una cosa es lo que hacemos y otra es la que decimos que hay que hacer. Una cosa es cómo se trabaja, que se parece bastante, más o menos, a lo que tú transmitís, con diferencias poco más o menos, y otra cosa es lo que muchas veces desde una posición de saber se quiere transmitir como una *doxa*, una ortodoxia que tiene que ver con el ritual de un análisis de un sujeto que ya no es y que por lo tanto se vacía el consultorio. Yo no estoy de acuerdo con algo que dijo Javier, que habla de los pacientes de ahora, que estaríamos frente a la desobjetivación. Yo pararía un poquito antes y diría: desobjetivación en relación al sujeto tal como lo pensó Freud, tal como se investigó a principios de siglo.

Yo creo que lo que hay ahora son nuevas vías de subjetización, son nuevos sujetos.

Lo que hay ahora son otros modos de subjetivarse que nos ofrecen dificultad.

Frente a estos cambios tú ofreces un modelo de pensamiento o un modelo de preocupación y de búsqueda con el que yo sintonizo. Y es ir a buscar con los colegas con los oficios más próximos, desde la literatura y la poesía a la antropología, a la filosofía. Sabiendo que siempre hay que tener un tiempo de decantado entre lo que uno recibe desde otro oficio y la aplicación o la transformación de ese concepto para el uso propio.

Y como crítica, porque me parece interesante también plantear los disensos. Hay un cierto modo que tú transmitís el encuentro con el paciente donde yo no te acompañaría. Tú hablás en un momento de lo esencial del diálogo vivo con el paciente. Hablás de la alternancia de la hospitalidad tuya y del paciente. Hablás en tu segundo paciente de las conversaciones que tenés con él. Hablás de Juanito y lo traés desde una metáfora de las ciudades y la agorafobia en relación con la ciudad. Me parece que ahí yo no te seguiría tanto, en el sentido de que creo que en el encuentro/desencuentro en ese baile que nos metemos y no sabemos adónde va, vez a vez en una artesanía singular con cada paciente, donde hay que encuadrar distinto de acuerdo a cada situación, y yo estoy de acuerdo con eso. Pero, me parece que tú te deslizas un poco, a algo de un orden más de la conversación del diálogo y se pierde un poco, por lo menos en este trabajo, la noción de conflicto, de sexualidad infantil, de inconsciente como lo otro radical. Y ahí es donde me parece que habría un punto como para seguir discutiendo. Me da la impresión de que tú pensás el trauma desexualizado y yo ahí no estaría tan de acuerdo, pero esto es para seguirla.

Marta Labraga

Yo soy de otro momento y entonces me cuesta ir tan rápido como hay que ir en estos minutos últimos de la reunión científica. En el punto de partida me voy a servir de algo de lo que dijo Diego recién y encadenamos problemáticas. Además de todo esto muy fecundo que resultó esta discusión de tu trabajo y de otros trabajos que nos resuenan a partir de éste. Porque te hemos seguido leyendo, otros te han escuchado presentar tu pensamiento y tu reflexión.

Yo diría que estas ventanas metafóricas que dan mucho miedo a veces cuando uno usa, aun hoy, metáfora, metafórico como si nos desancláramos de lo psicoanalítico con mayúscula. Igual es una tanda, un mensaje que acoto.

Lo que decía, esta ventana de Juanito, esta ventana teórica de Freud, me parece que lo que Diego dice, unido a la multiplicidad de ventanas teóricas que hemos ido escuchando, creando, leyendo, tiene que ver con la necesidad de una y otra vez, quizá no sólo hoy sino hace tiempo, de reconstruir, construir a veces en pacientes muy difíciles, los conflictos.

Sería una maravilla poder tener el terror y el temblor de la angustia de castración en alguien con el que estuviésemos trabajando una fantasmática. Creo que estoy exagerando un poco para polemizar con Diego también. Lo que se muestra con la metáfora tuya de las ventanas es que tenemos marcos que una y otra vez tienden a normativizar lo que se escapa, lo que se escapa hoy y siempre. Pero cuidado con una muy querida y excelente analista que dice, por ejemplo, igual todo está en **Las quejas del cansado de la vida**. Las quejas del Felá cansado de la vida que es un texto egipcio. No! no. Yo entiendo que es maravilloso ese texto, por ejemplo. Pero por qué seguimos leyendo hoy historia, ciencias sociales, buscando, porque estamos angustiados, y por suerte ojalá mantengamos esas búsquedas. No es por moda, porque una acusación y los discursos implícitos, es que un trabajo como el tuyo, una problemática como la que tú planteas, pueden ser seductores, estar de moda. Entonces los autores, las referencias y esta frescura de la discusión, como decía Diego, tiene que ver con que buscamos continuamente otras ventanas, otros marcos de lectura, teorizaciones en una práctica encarnada, de la sexualidad y la subjetivación compleja, por eso volvemos a la problemática del sujeto una y otra vez, no se agota. Pero entonces ahora aparecen, que en vez de la fobia presentada como tú decís como Juanito, hay un terreno baldío, *wasteland*. Te haría un pasaje, para seguir esa metáfora, Juanito, **Lost in translation**, la ventana y el blindex.

Pero nosotros también tenemos que ver que no es que estemos como en el documental, hay un documental uruguayo, **Aparte**, que muestra la miseria y los que están fuera del sistema, un documental uruguayo, muy

bueno. Con éstos no trabajamos, pero trabajamos también con los que trabajan con la miseria y con la pobreza. El personal de salud y los profesores y las maestras. Muchas veces también es por una reducción y una miseria fantasmática que no se ha creado, que no se ha podido desarrollar un psiquismo. Entonces la posición del analista también es compleja ahí. Es compleja cuando recibe al paciente con el celular de último modelo e interrumpe con eso la sesión. Pero ¿qué interrumpe? Viene interrumpido, viene cortocircuitado y además tiene que desarrollarse todo lo que hoy se dijo, como una posibilidad de intimidad que es una posibilidad de horror. La intimidad rehúye y cuando se llega a tu dirección, al analista, ya es un logro. Porque se rehúye en la sujeción. La sujeción a dependencias adictivas, pero no sólo droga y alcohol, objetos, viajes, donde no estar en la intimidad con otro. Porque eso es el horror, la desubjetivación de la que hablaba Javier, que es un modo de llamarle a formaciones de subjetivación fallidas. Y si hay algo que no es *heim*, es *unheimlich*, es la subjetivación fallida, porque es el espectro o el cuerpo enfermo, las eclosiones somáticas y todo lo que podemos saber.

En el trabajo tuyo de hace 10 años, sobre El mundo un montón de más: el exceso, tú decías: El analista que trate de estar ajustado a sus teorías en el sillón terminará picoteando, era por un cuento de Guimarães, la cabeza del paciente. Hoy en realidad hay mucho tránsito tuyo recorrido y ya no hay ninguna comodidad en las teorías, no hay ninguna formulación.

Comentarios recibidos para
POLEMOS sobre el trabajo y ponencia
de Marcio de Freitas Giovannetti

1. Abel Fernández

Hospitalidad como posibilidad de recibir a otro que no es el que esperábamos.

Escuchamos una y otra vez que los pacientes que nos llegan hoy a la consulta no lo hacen, en general, como esperamos, con una “demanda de análisis” (¿alguna vez fue así?), sino traídos por un sufrimiento cuya intensidad y modalidad ha hecho pensar a muchos en “nuevas patologías”... Frente a estas situaciones, de nuevas subjetividades, de una “nueva clínica”, asistimos, creo yo, a una ampliación del campo de aplicación del psicoanálisis pero apartándonos, en un principio, del “modelo típico” o “encuadre clásico” de tratamiento aplicado a las neurosis tal como se presentaban hace 100 años. ¿Las condiciones culturales, socioeconómicas, actuales ponen en riesgo al psicoanálisis o a los psicoanalistas aferrados al “modelo típico” enunciado, a mi juicio, en rígidos standards que suelen quedar desfasados en relación a la realidad que nos toca vivir? Teniendo en cuenta las variadas situaciones de la clínica hoy, como las que plantea Marcio en su trabajo, la pregunta que me surge es la siguiente: ¿Es posible variar el encuadre sin que quede modificado algo del contenido (del proceso)?

Si los fundamentos para lo que hacemos los encontramos en una ida y vuelta de la práctica a la metapsicología y viceversa: ¿se puede modificar una sin que quede cuestionada la otra? ¿Hasta dónde podemos deconstruir nuestro *setting* clásico sin que nuestra práctica devenga “análisis silvestre”? ¿Importa?

Hace décadas que asistimos a nuevos encuadres y recursos para pacientes niños, familias, grupos, patologías fronterizas, psicóticas y otras situaciones relativamente nuevas que se presentan en nuestra práctica como lo describe Marcio en su artículo. Esto parece siempre amenazar el “oro puro” del psicoanálisis y habilitar expresiones autoritarias como: “eso no es psicoanálisis”. Algunas modificaciones: frecuencia, inclusión del juego, intervenciones más allá de la interpretación y la construcción como la continentación de las ansiedades desbordantes primarias (Bion), la aproximación comprensiva (Kohut), el sostén (holding) y refuerzo de las capacidades de organización y síntesis yóicas con

pacientes graves (Mahler, Winnicott, etc.) se realizan no sólo para hacer consciente lo inconsciente sino para permitir algo del orden de las nuevas inscripciones, simbolización, perlaboración y reestructuración psíquica. Pero entonces: ¿Cuál es la base común de nuestra práctica? ¿Qué variaciones admite antes de transformarse en “cobre”? ¿Cobre? Podríamos recurrir con cierta rapidez a la diferencia de objetivos en la práctica terapéutica y el psicoanálisis. En la primera se apuntaría a la modificación sintomática y fortalecimiento y oico mientras que en el segundo se buscaría la reestructuración del psiquismo. Me parece que la afirmación es tan arbitraria y dudosa como cuando se pone el énfasis en los aspectos formales del tratamiento: uso del diván, alta frecuencia, duración indeterminada del proceso. Objetivos, recursos y cuestiones formales no permanecen siempre constantes a lo largo de un mismo proceso. Se alternan, por ejemplo, los “momentos psicoterapéuticos” con los “momentos de análisis”. ¿Habría que esperar a la finalización de la cura para, en una “segunda -o ‘tercera’- mirada”, poder conceptualizar cada práctica singular?

Volviendo a los parámetros definitorios de la práctica psicoanalítica pienso que podríamos ceñirnos a unos pocos conceptos como: el reconocimiento del inconsciente, la transferencia, la aspiración a la libre asociación y atención flotante para facilitar la perlaboración de lo que se resiste e insiste y expresa en síntomas, sueños, lapsus, actos fallidos (formaciones del inconsciente). Coincido con Marcio respecto a la importancia de “la capacidad de escucha de la palabra del otro” y seguramente esto admite una enorme posibilidad de variaciones. El psicoanálisis está siempre inconcluso, no puede definírsele de una vez y para siempre y lo re-creamos cada día con cada paciente a partir de cada uno de nosotros.

2. Susana García

Este trabajo nos interpela una vez más: ¿Cuáles son las invariancias del método, aquéllas que de no estar presentes, harían que quedara desnaturalizada nuestra disciplina?

.....

En el primer caso se habla de un largo, trabajoso y nada convencional proceso. El paciente pudo comenzar a construir su propia casa, yo diría su propio cuerpo, ¿qué lugar ocupaba su sexualidad, con relación a un (“¿otro?”) cuerpo alquilado? Su propio espacio psíquico despoblado; me parece sugestivo ese “sólo y único objeto” que transportaba por el mundo. Crecen los objetos internalizados, se establecen relaciones, si pudo hacerlo, construyéndose desde esa metáfora de la casa,

es porque hubo otro: el analista, que lo recibía y lo reconocía como otro distinto y valioso y le permitía además la continuidad existencial.

En el 2do caso el armado explicativo del paciente no le daba lugar a Marcio y entonces empieza a preguntar, también el analista tuvo que construirse un lugar y poder sentirse vivo y el paciente empieza así a tener su propio espacio porque no fue invadido, porque fue respetado por el analista y empieza a surgir otro sentido del tiempo, que es el de un tiempo compartido.

.....

Estoy plenamente de acuerdo con Marcio que el analista tiene la función central de ir construyendo con cada paciente, un encuadre posible para que el análisis se constituya, diría más, el encuadre no es ni un mito, ni un artefacto.

Quiero señalar también que Marcio habla de la deconstrucción en el analista de sus teorías establecidas para construir un espacio de intimidad, un lugar de intercambios.

En un trabajo que presenté recientemente yo planteaba: “que los aspectos centrales del tratamiento son: el sostenimiento de la transferencia, el del lugar de la palabra con su poder simbolizante y el de la abstinencia en el sentido de no pretender educar ni inculcar valores propios de ningún tipo, manteniendo siempre la discriminación de lugares”.

En ese sentido tengo que suponer que en el trabajo de Marcio con sus pacientes se mantenían estas premisas. Lo que planteo como duda es: si como dice Marcio esas condiciones de trabajo que sin duda crean la comodidad necesaria para la intimidad, mantienen la asociación libre en el paciente y la atención flotante en el analista.

Me parece que los nuevos desafíos nos obligan a poner en jaque todos los conceptos técnicos y también nuestras perspectivas metapsicológicas, siempre parciales, siempre incapaces de dar cuenta cabalmente de la clínica, pero al mismo tiempo imprescindibles.

Marcio hace preguntas ante un paciente que lo invade con sus certezas, como dice Green con muchos pacientes no se puede esperar que surja el discurso, es necesario hacer “recalado e invite”, eso es creo lo que seguramente hizo Marcio con los tres, eso creo que es lo que permitió la ampliación del universo simbólico de los pacientes, eso creo que permitió un continente que se pudo poblar de contenidos, aunque la atención de Marcio no flotara demasiado y el paciente no asociara tan libremente, como deseáremos.

.....

Creo que el análisis implica favorecer la resimbolización, para lo cual tendremos que encontrar los modos para generar ese espacio necesario, en el que haremos desconstrucciones pero también una nueva historia, que contendrá la historia del vínculo transferencial y que

posibilitará simbolizaciones no alcanzadas antes, en un comprometido y complejo proceso. Si esto no se logra, tampoco es cobre, es fracaso (que también tenemos) o cura transferencial, como la de los ensalmadores o chamanes.

3. Marta Cárdenas

Algunos comentarios:

1º) La problemática de los tres pacientes, no es la habitual, aunque sirvan como ejemplos de cómo un analista puede promover un cierto trabajo analítico fuera de los encuadres clásicos adaptándose a las posibilidades de los pacientes y logrando cambios en ellos.

2º) Me cuestiono si los cambios obtenidos, los hubiera logrado cualquier otro analista que intentara hacer lo mismo.

3º) ¿A qué se debió el cambio? En realidad eran conversaciones, en las que se daba la posibilidad de permanencia con una persona confiable con quien poder conversar, haciendo espacio para construir una historia personal, reconocida como propia.

4º) ¿Esto no podría también ser logrado en otras personas en situaciones similares, al encontrarse con un pariente o amigo confiable y persistente en el tiempo, con quien conversar, revisar su vida e ir construyendo su historia personal? ¿Por qué llamar a esto psicoanálisis?

5º) ¿Es necesario de una manera tan drástica deconstruir el setting clásico?

Estoy de acuerdo que la identidad del psicoanalista no está dada ni por el diván, ni por la frecuencia, ni por la exacta interpretación. Coincido en que lo que importa es la capacidad de escucha de la palabra del otro en estado naciente. Y también pienso que el analista debe adaptarse a las posibilidades del paciente, que el setting no debe ser rígido sino algo provisional que puede ser modificado en la marcha del proceso.

Me gusta la idea de «Hospitalidad a la palabra y al gesto del otro, diferente de nosotros mismos», para crear las condiciones de comodidad e intimidad, que hagan posible el encuentro analítico. Pero me resulta difícil pensar en «asociaciones libres» y «atención flotante», en los casos relatados de encuentros cada 6 meses o 1 año. Creo que allí operó la “magia”.

4. Juan Carlos Capo

Tengo el deseo de empezar con una cita en latín de Borges, *Nihil novo sub sole*, que habría dicho Salomón.

Creo que nuestra subjetividad, máscaras de nuestra realidad fundante –también la de los pacientes que presenta Marcio– están teñidas del color del tiempo cultural (o de civilización; Freud repite cuantas veces puede que él no separa civilización de cultura) en que vivimos. Pensar que ayer, en el siglo pasado, ¡escribíamos en máquinas dactilográficas!

La ciudad desde la que escribe Marcio, una megalópolis, es distinta a la aldeana Montevideo, pero algunos habitantes de la Mesopotamia argentina, no encuentran tan provinciana, como yo me empeño en pintarla, tal vez injustamente, a Montevideo.

Sin embargo me encuentro muy próximo a Marcio cuando dice al fin de su ponencia que no debiéramos patologizar tanto nuestro psiquismo. (Recuerdo que Lacan prefería, en algún texto, en lugar de hablar de objeto patológico, decir objeto pasional).

También me encuentro alojado «hospitalariamente» por las palabras de Marcio cuando hace una adecuada crítica a rígidos parámetros en nuestro oficio, el de la frecuencia de las sesiones u otras, como las que refieren a un sacrosanto setting que ya ni sabor ni aroma da, como dice una canción, setting que se va erosionando con la acción del tiempo, y con la acción de otra forma de discurrir nuestros pensamientos, a favor de una nueva retórica, que vaya sustituyendo raíces tan poco novedosas y originales, que se me antojan caducas.

Yo prefiero hablar de un tiempo siempre cultural, porque así enlace al tiempo (que es cultura) con la pulsión.

Estoy de acuerdo en no caer en bipolaridades. Marcio sostiene que la de naturaleza-cultura, sería una de ellas, pero me parece que esa oposición constituye algo más que una bipolaridad. Es una constitución del ser humano, si alineamos influencia de Levi-Strauss mediante naturaleza-sociedad-cultura.

Y ella no es solo etnográfica, sino que es una caracterización psicoanalítica también porque aúna pulsión (la mitología, nuestra mitología, que dijera Freud), a la ley, y los malestares que la ley arrastra: *Civilization and its discontents*.

La cultura constriñe nuestra libido, nuestro narcisismo, nuestra agresividad, nuestra violencia. La violencia es poder. El derecho también es poder, sostiene Freud. Y es imposible salir de este dilema de hierro. El arte, el ser mejores (¿cómo?) quizás sea una forma distinta de poder. Pero Freud no cifraba demasiadas esperanzas en progresos humanistas. Creo que en la carta a Einstein concede bastante y cede en su reconocido pesimismo, en su escepticismo terapéutico, donde desembocó después de un largo camino, cuando partió de Tebas con más entusiasmo que cuando llegó a Colonna.

Marcio elige hermosos *centros*: la casa, es uno, la ciudad es otro, los duelos podrían constituir un tercer centro irradiante de sus ejemplos, a propósito de sus viñetas.

Empecemos por el primero. Si «at home» es nuestro cuerpo —¿y cómo podría no serlo?— y lo tomáramos como casacuerpo, yo sostendría que esa casa es lo más inhabitable que hay; hasta diría que esa casa-cuerpo es siempre poco hospitalaria.

Si es nuestro cuerpo erógeno —para decirlo con las palabras del querido Leclair— la consistencia excéntrica que adquirimos con nuestras vestimentas, con nuestras máscaras, con la dispersión de nuestros «yoes» diacrónicamente hablando, como aclara con precisión Marcio: bien; esas vestiduras son correlatos de nuestros goces y de nuestros posibles anhelos. También son nuestros endiablados síntomas, y los de nuestros pacientes.

La ciudad. San Pablo, Tokio, Buenos Aires, una ciudad galáctica, ¿distorsionan nuestras pulsiones, suprimen nuestras leyes externas-internas, las cambian por las características de la ciudad, del tiempo histórico presente recalentado, acelerado?

Ya dije que en *algo* acepto que sí.

Pero yo me refiero ante todo a las leyes del superyó interno y del superyó social.

Los personajes de *Lost in translation* (*Perdidos en Tokio*) pueden ser leídos como la soledad de una muchacha que pierde su ilusión, porque se va a pique su temprana experiencia de amor.

El hombre mayor, un padre, le presta, sublimatoriamente, el apoyo que ella necesita para su narcisismo herido. Este hombre es un hombre casado, es un padre, o hace de padre de esa muchacha, perdida en Tokio como él, hombre preso de la costumbre del matrimonio, que puede ser una forma del amor, pero no quiero que este aserto sea leído como una afirmación universalista, sino aproximada.

Por ahí estaría hábito, habitable, y ahí sí nos reencontraríamos con la casa y la hospitalidad, de las que menta Marcio.

¿Importa entonces que Tokio no sea la ciudad occidental a la que estamos acostumbrados? Un japonés diría que Tokio es su ciudad, y no es una pecera, ni una computadora.

Otro centro son para Marcio, los duelos. El flagelo de la ley nos hace duelar desde que Madre nos acoge, nos deja, nos olvida, nos protege, nos encuentra, nos desencuentra, nos pierde, nos recuerda. Capricho, arbitrariedad, otro prehistórico absoluto, cifra de signos múltiples que de ella provienen. Objeto bueno, objeto malo, somos cambistas en nuestro inconsciente, que nos engaña siempre. Siempre en nuestra intimidad, siempre a una cierta distancia del «Das Ding». Ella a veces demasiado cercana, y del horror del incesto (universal, transhistórico) nace la moral, y

entramos en la ciudad, cultura, civilización (cuando lo hacemos). (Freud en carta a Fliess, Lacan, caracterizando a La Cosa (Das Ding) freudiana).

¿Nuevas subjetividades? Sí, pero yo hallo... Yo dudo, Marcio. Subjetividad de la posmodernidad se ha dicho. Marcio no lo dice. Él habla de Morin (pensamiento complejo), que no sé si complejiza de modo útil el psicoanálisis, francamente.

Creo que lo han complejizado mejor Freud, Klein, Lacan.

Para ubicar las referencias derivadas de la agresividad de los hombres, concuerdo con Marcio con sus ejemplos del ataque a las Torres, de la réplica y bombardeo de Mesopotamia, hombres armados contra hombres armados, pero digamos más: a veces hombres armados contra hombres desarmados, en ambos campos: la ley de la guerra, quienes más muertos produzca tendrá el poder. ¿Puede la cultura hacer algo ante ello? No perdamos nunca esa esperanza.

¿No hay bastante para reflexionar acerca de esto en las cartas que intercambiaron Einstein y Freud, *¿Por qué la guerra, o «Moral sexual cultural y la nerviosidad moderna, o El malestar en la cultura?»*

Ya termino, amigo Marcio.

Quizás el psicoanálisis aporte el consuelo en el desconsuelo— lo digo con palabras de Miguel de Unamuno, no puedo evitar una filiación existencialista en el aserto, pero bueno, me salió así— y trae venturosamente la sublimación en la carrera perdida que tiene el hombre con la muerte, ese amo absoluto, esa castración ineludible.

El psicoanalista es imprescindible presencia hollando esos caminos, es Teseo o es acompañante de Teseo, decididos ambos de modo desigual y vacilante, a enfrentar al Minotauro, y entonces quizás hallar el hilo de Ariadna que permita salir del laberinto. Esa es la imprescindible impostura analítica.

5. Nelson Gottlieb

El texto es apasionante por lo provocativo.

El concepto de hospitalidad (Derrida lo desarrolla emotivamente en el discurso que da frente al entierro, el Adiós de su maestro Emanuele Levinas), se liga con el de política, polis. El habla de política, de hospitalidad. En realidad la invitación es a pensar que cuando hay más de una persona, ese encuentro es un tema de la polis, de la política.

Hospitalidad es la acción de recibir al otro y su otredad. Levinas habla de un concepto básico para la hospitalidad: «el rostro» del otro, que es no tematizable, que tiene una cualidad de ajenidad imposible de inscribir y que sin embargo tiene un poder (nos hace hacer), nos obliga a hospedarlo.

Hay un planteo de fondo, en el trabajo de Marcio sobre los cambios de paradigma que implica el pasaje del capitalismo sólido al líquido.

El concepto de permanencia (propio del encuadre) corresponde al capitalismo sólido, en donde se sabe de antemano que sucedía, había una coacción del Estado en la simbolización y el tiempo era secuencial y progresivo y el espacio un territorio fijo a conquistar y colonizar.

A partir de los 90, la secuencia del capitalismo dio lugar a la fluidez (pensadores como Ignacio Lewcowicz y Zygmund Bauman han pensado sobre la fluidez y lo líquido) en donde el Estado no puede garantizar las inversiones, ni puede retener al capital fluido. La fluidez hace cambiar los conceptos de tiempo, lo simultáneo producido por la técnica (piensen en el ataque a las torres gemelas y su visión simultánea por el mundo occidental).

En realidad de lo sólido (pienso en la fortuna de Ford, haciendo cada vez fábricas más grandes o Rockefeller construyendo grandes edificios) se pasa a lo líquido (Bill Gates dona parte de su fortuna, se desprende rápidamente del dinero, ya que el poder es hacer circular fluidamente el capital).

Del panóptico (descrito por Foucault) se pasa a otra forma de control (piénsese que a partir de la guerra del Golfo no es un objetivo militar la conquista territorial, sino que el objetivo es diluir las barreras que obstaculizan el fluir del capital).

Al capitalismo sólido se le resistía, al líquido debemos pensar las nuevas formas que plantea en la subjetividad y poder crear un espacio real, una narrativa que dé una existencia real, como plantea el trabajo de Marcio. Yo diría que el objetivo en la liquidez es la creación de redes, de nudos, de esa narrativa que da una existencia real. En donde se puedan encontrar sujetos como extranjeros y ser hospedados (recibidos) por su condición de tal. Eso a los psicoanalistas no nos debiera de asustar. El otro, el inconsciente, es algo que el dispositivo freudiano (invento genial como forma de responder al capitalismo sólido), desarrolla a partir del encuadre.

Si cambian las pautas de circulación del capital, de las palabras, ¿no tendríamos que poder pensar el encuadre, que está dirigido a hospedar al otro? No se puede pensar con pautas sólidas, sino poder ver las situaciones. De cada situación puede emerger (o no) la posibilidad de hospedar al otro. Esto nos lleva a un cuestionamiento de las identidades a priori. Analista y paciente, no son definiciones anteriores al encuentro, son posteriores. Si cada encuentro (en el mejor de los casos) nos da, nos arroja algo de una identidad, entonces como trae Marcio, diremos que el sujeto es múltiple y fragmentario. Su multiplicidad y fragmentación se conecta con la posibilidad de hospedar lo radicalmente otro, que viene del otro.

Hospedar al otro (responsabilizarse por el otro, diría Levinas), no es una definición anterior al encuentro con el otro. Debemos (estamos obligados dice Levinas) hospedar, ser rehenes (obsérvese la violencia del término REHEN) del otro. De lo ajeno del otro. Ajeno que marca una

otredad radical, no inscrita de antemano en uno y por lo tanto no conocible (menos aun re-conocible) previo al encuentro.

Pero hay formas de eludir al otro y su otredad:

En una charla con Marcelo Viñar, que es parte de un ciclo que se llama: *Hospedar lo(s) extranjero(s)*, Marcelo hablaba de los extranjeros, fronteras y subjetividad. Allí surgieron cuatro formas de no lidiar con el otro ni con su otredad.

1) El comerse al otro, lo que hace al y el yo de convertir en propio lo diferente.

2) El expulsar al otro, lo que hace el yo placer purificado, en donde todo lo displacentero lo expulsa y lo hace “desaparecer». Estos dos mecanismos fueron descritos por Levi-Strauss, el primero elimina la otredad, el segundo al otro.

3) Los no-lugares, como Marcio trae, las autopistas, los ascensores, los aeropuertos. Son lugares en donde el encuentro con extraños está regido por pautas simples que hacen imposible una interacción y por lo tanto el conflicto. Incapaz de producir una narrativa que arroje a un sujeto real, una subjetividad. Quizás debamos pensar los shoppings como no-lugares en donde los participantes se vuelven homogéneos y de ciudadanos se convierten en consumidores.

4) Lugares vacíos. Cuando se realiza un mapeo de la situación, son lugares que no tienen sentido y no puede uno sacar sentido de ellos.

Estas cuatro fórmulas las describe Bauman, en su libro *Modernidad líquida*. Cuenta que fue a un congreso y que lo esperó en el aeropuerto un colega que lo llevó al hotel en media hora. Cuando se fue de ese país, se tomó un taxi y el camino del hotel hacia el aeropuerto demoró 10 minutos. El taxista lo llevó por barrios pobres que seguramente para el colega eran lugares vacíos, inexistentes.

El encuadre tiene el sentido de hospedar la otredad (inconsciente) del otro, de ahí la cláusula imperativa de la libre asociación para el paciente y de la abstinencia para el analista.

Tendríamos que darnos la oportunidad de preguntarnos si en el encuentro analítico somos capaces de generar un lugar (hospedamos) para la otredad del otro.

6. *Laura Verísimo de Posadas*

El trabajo de Marcio apunta muy certeramente a lo que me parece fundamental, a una actitud que si no está no hay analista: la disponibilidad a alojar lo extraño, lo imprevisible, lo que no podemos identificar. La palabra que elige Derrida (“visitación”) evoca el escenario espiritista: la visitación del espíritu del muerto... del fantasma, y claro que es peligroso, en tanto nos enfrenta a un más allá sobre el que no tenemos control, a la

“inquietante extrañeza” de lo más otro. Lo analítico entonces consiste en la osadía, de atreverse al riesgo de adentrarnos por caminos que no sabemos a dónde nos llevan. Lo que implica, no intentar entender demasiado pronto, no buscar reducir lo nuevo a lo ya conocido, imponiendo la lógica propia de lo secundario y taponeando la expresión de lo inconciente, con lo que quedaríamos trabajando al nivel de lo preconciente. Y ésta es una tendencia a la que nunca dejamos de estar expuestos, si nos dejamos llevar por ella vamos a perder, seguramente, lo “inédito”, aquello que aún no ha logrado escribirse de algún modo, lo hecho cuerpo (amor, locura, muerte) pero no palabra (como los vestidos-piel descartados cada vez por la paciente de Marcio).

.....

Propongo que lo que nos dicen Derrida / Marcio, respecto a hospedar-ser hospedado, lo pensemos no sólo en relación a nuestra práctica clínica sino también en relación a nuestras prácticas institucionales, en nuestras relaciones entre colegas.

Tenemos una enorme dificultad de hospedar lo más singular del otro, lo más distinto de uno mismo, entonces caemos en un doble discurso ya que solemos rechazar lo que dijimos querer promover.

El corpus teórico es, para mí, un referente ineludible (sin el cual caemos en una práctica esotérica o un supuesto arte del que no habría que dar cuenta, postura ésta con la que discrepo radicalmente). La constitución de la identidad del analista pasa por la apropiación subjetiva de la/s teoría/s. Necesitamos ir haciendo construcciones, que sabemos instrumentales y provisionarias, es sólo sobre algo previamente construido que se puede hacer un trabajo de deconstrucción. Por eso sigue vigente aquello que Marcio proponía en un viejo trabajo: la importancia de que cada aspirante a analista haga su propio trabajo de traducción de la obra del fundador. Me parece que ése es uno de los modos de sortear uno de los mayores obstáculos para constituirse como analista, a habilitarse como tal: el sometimiento a la autoridad, la autoridad de las teorías, la autoridad de los maestros, la autoridad de los discursos que se pretenden hegemónicos...

SÍNTESIS DE JORNADAS Y CONGRESOS

Actualizaciones en psicoanálisis
y psicoterapia psicoanalítica.
Síntesis de las jornadas realizadas en abril 2005
en Montevideo, Uruguay.

Marina Altmann de Litvan¹

El viernes 29 y sábado 30 de abril de 2005 se realizaron en Montevideo las Jornadas Abiertas sobre Investigación ACTUALIZACIONES EN PSICOANÁLISIS Y PSICOTERAPIA PSICOANALÍTICA, en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Estas jornadas constituyen una de las actividades programadas por el Área de Investigación del Programa de Fortalecimiento y Desarrollo del Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, financiado por el DPPT de la IPA. Se organizaron con la activa participación del Laboratorio de Investigación de APU, coordinado por Alejandro Garbarino.-

Las Jornadas contaron con el auspicio de la Federación Psicoanalítica de América Latina. Asistieron como invitados Juan Pablo Jiménez (APCH), Guillermo de la Parra (APCH), Adela Duarte (SAP), Guillermo Lancelle (APdeBA), y Susana Quiroga (APA).

El objetivo de estas jornadas fue abrir un espacio de actualizaciones para ver y pensar cómo se han investigado algunos de los problemas y desafíos que el mundo presente introduce en la práctica analítica. Frente a estos desafíos, aparece con claridad que es necesario luchar con nuestros prejuicios, con nuestras racionalizaciones, y con el temor y hostilidad que despierta lo nuevo y desconocido.

La convocatoria a las jornadas tuvo lugar a consecuencia de una serie de preguntas que fueron surgiendo a partir de interrogantes planteados en el trabajo de investigación y en el trabajo como analistas en el campo de la clínica.

o ¿De qué manera nuestro quehacer clínico psicoanalítico se complementa con los aportes de la investigación empírica?

¹ Miembro titular de APU. José María Montero 3096. E-mail: altmanli@chasque.net

o ¿Cuáles son los cambios que se realizan durante y a consecuencia de la terapia?

o ¿Debemos medir los resultados del trabajo psicoterapéutico?

También estuvo presente el interrogante de si es conveniente o no incluir la investigación sistemática en la formación del analista. Como antecedente podemos citar un trabajo presentado en el pre-congreso didáctico de Nueva Orleans, USA, 2002, por Altmann. (No publicado).-

El contenido de las conferencias se determinó en base a temas cuyo tratamiento se consideró de importancia en estos momentos, como las indicaciones en psicoanálisis, la ética en la investigación, los cambios de paradigmas actuales en psicoanálisis, qué tipo de tratamiento para quién, y una reflexión acerca de cómo se realiza en la actualidad la práctica del psicoanálisis, entre otros temas.-

En las últimas décadas, las posibilidades terapéuticas del psicoanálisis se han ampliado enormemente: personas portadoras de patologías que desbordan la neurosis, niños, parejas, grupos. Es por ello que uno de los temas incluidos en el programa de las jornadas fue el de **Indicaciones de Psicoanálisis:** ¿Qué psicoterapia para quién? ¿Qué tipo específico de psicoterapia necesita un paciente concreto? **Si** bien el empleo de diferentes técnicas terapéuticas es ya relativamente aceptado por una parte de la comunidad científica, existe una enorme resistencia en trabajar sobre los resultados de los tratamientos de psicoanálisis así como también de escuchar información acerca de resultados de trabajos realizados con metodologías diferentes, por analistas que han trabajado en otros lugares.-

El interrogante es *por qué este tipo de información resulta generador de tantas resistencias*, cuando en realidad se trata de un aporte de información complementaria a nuestro conocimiento, y los resultados de estas investigaciones nos proporcionarían tendencias, agrupamientos de datos, direcciones hacia dónde ir, pero de ninguna manera nos pueden dar respuesta a la pregunta de qué específicamente necesita *este* paciente en *este* momento concreto de su vida.-

Como analistas creo que debemos preguntarnos siempre cuál va siendo nuestra actitud interior hacia el conocimiento y con qué resistencias nos vamos encontrar; resistencias conscientes e inconscientes que debemos transitar y enfrentar.

A través del programa de las jornadas, nos planteamos escuchar distintas experiencias clínicas con psicopatologías psicoanalíticas similares, y ver si las características -tanto del proceso como de los resultados- se correspondían con alguno de los resultados de las investigaciones más sistemáticas realizadas alrededor de casos análogos. Para ello se organizaron talleres en adultos borderline, en adolescentes con conductas autodestructivas (drogadicción) y en niños borderline. Esto requirió una

preparación previa y –por supuesto– un trabajo posterior que queda aún por realizar.

En los talleres se fueron viendo las tendencias de los datos provenientes de las investigaciones sistemáticas de cada uno de los autores, y cómo ello se contrastó con los diferentes casos clínicos que los analistas fueron presentando, tanto en el campo de pacientes niños como pacientes adultos.- El objetivo es expandir el círculo hermenéutico, tratando de encontrar consistencia con observaciones hechas en contextos diferentes de aquél en el cual las hipótesis fueron generadas (Wallerstein, 1993).

En el taller de pacientes adultos se partió de resultados generales de la investigación sistemática, planteados por Glen Gabbard (*Psiquiatría Psicodinámica en la práctica Clínica*, Cap 15: Trastornos de la Personalidad, Pacientes Borderline grupo B, págs. 447-503) en donde se requería del terapeuta una postura flexible con intervenciones a veces interpretativas, otras no interpretativas, para responder de manera espontánea a la relación de objeto propuesta, puesto que una posición inflexible es experimentada por el paciente como remota y fría.- También se tomó en cuenta la estabilidad del tratamiento, el trabajo con la contratransferencia y la función del terapeuta.

Se advirtió la cercanía entre algunos puntos planteados por Gabbard y mencionados por J. Rossi y F. Labraga en su exposición y el material clínico presentado por C. Uriarte y discutido por M. Svarcas. En el taller sobre adolescentes A. Garbarino e I. Maggi presentaron las últimas investigaciones acerca del abordaje de pacientes adictos (*What Works for Whom*, Fonagy & Target, 2000.) y G. Gabbard (*Psiquiatría Psicodinámica en la Práctica Clínica*, 2002), para luego discutir dos trabajos clínicos presentados por A. Sopena y N. de Souza, a la luz de dichas investigaciones. Se intentó discriminar uso, abuso y dependencia en la adicción.-

En el taller sobre niños, A. Moreno describió la sistematización retrospectiva de 352 niños y adolescentes del Centro Anna Freud (Peter Fonagy, Mary Target). Las conclusiones generales de ese estudio señalan: la conveniencia de abandonar la idea de las terapias genéricas, que los tratamientos poco estructurados resultan poco efectivos con perturbaciones severas, que los tratamientos no intensivos son tan útiles como los intensivos en casos no severos pero pueden ser negativos en los casos más complejos, y finalmente, que los tratamientos psicoanalíticos deben estar más focalizados en una problemática, y orientados hacia una meta.

Bleiberg plantea por otro lado, un frágil contacto con la realidad y organización del pensamiento, pensamiento mágico e idiosincrático, retraimiento, poca capacidad empática, afectos intensos, sed de respuesta

social, relación de aferramiento/ pegoteo, hiperactividad, rabietas, ansiedad, irritabilidad, explosividad y labilidad afectiva.

En esta mesa fue presentado material clínico por S. Ihlenfeld, P. Hoffnung y M. Altmann. S. Ihlenfeld y P. Hoffnung (material clínico de 1991), presentaron proceso y resultados en el tratamiento de niños con un “funcionamiento límite”. “En la práctica clínica, las sesiones se caracterizan por lo imprevisible. Son pacientes en los que a menudo ocurren desbordes agresivos o pasajes a la acción y se exponen a auto-agresiones que requieren del analista un alerta expectante. Surgen coexistencia de distintos funcionamientos psíquicos.”. Plantean la introducción de variantes técnicas.

M. Altmann presenta el material de un niño de 7 años (material clínico de 1987) que en su versión original fue pensado teóricamente desde la perspectiva de Bion como la parte psicótica de la personalidad de un niño, pero que a la luz del trabajo del taller se pudo ejemplificar una primera sesión en donde se podían ver las dificultades en el espejamiento de los afectos en la relación entre este niño y su madre, que lo llevaban a un estado enloquecedor. (Agresividad y transferencia negativa en el contexto de la teoría del apego y la función reflexiva. RUP 2003, 97, págs 29-49).

Lo más interesante –a mi juicio- es que aquí quedaron aspectos germinales para pensar un trabajo, para continuar con analistas que manejan otras metodologías. De esta forma, los analistas podrían establecer puentes entre el bagaje de conocimiento y experiencia a que se accede a través de los casos únicos y sistematizarlos y agruparlos de manera tal que los conocimientos adquirieran un nuevo estatuto, complementario.

El objetivo es expandir el círculo hermenéutico, dando un paso más allá del texto, para encontrar consistencia con observaciones hechas en un contexto diferente de aquél cual las hipótesis fueron generadas (Wallerstein 1993, Main 1995).

Durante las Jornadas, las distintas ponencias abordaron el tema de las Actualizaciones en Psicoanálisis y Psicoterapia Psicoanalítica desde diferentes ángulos.

B. de León plantea que ha habido –en un proceso de 100 años- una evolución en lo que era indicado y contraindicado para el tratamiento psicoanalítico, y esto se fue ampliando a medida que se amplificó el conocimiento de la técnica psicoanalítica.- (S. Freud, 1904, 1933, 1940) Agrega que la práctica del psicoanálisis se desarrolla actualmente junto a otros enfoques psicoterapéuticos: de apoyo, sistémicos, cognitivo, conductual, entre otros.- Se ha comprobado la efectividad de las psicoterapias y deben considerarse junto a otros recursos. Es necesario determinar el tratamiento indicado para cada paciente en cada momento de su vida, así como estudiar sus efectos.

Esta autora hace referencia al trabajo de Sandell (2000) donde se muestra la consistencia del trabajo psicoanalítico. A través de 700 casos se aporta evidencia de que la mejoría se asocia significativamente a una mayor frecuencia de sesiones y duración del tratamiento, y a la experiencia y formación de los terapeutas.- La investigación de Sandell muestra también que se han obtenido resultados no exitosos al aplicar psicoanálisis ortodoxo en un enfoque terapéutico de menor frecuencia, por personas de escasa experiencia.

F. Schkolnik, como discutidora del trabajo de B. De León hace hincapié en las características que definen a un tratamiento como psicoanalítico, y allí se privilegian la transferencia, la neutralidad y la regresión al comienzo del proceso, de manera tal de que pudiera realizarse una adecuada indicación.- Piensa que es difícil de prever, que existe una primera dificultad para acceder a los determinantes inconscientes, sobre todo en el momento en que se realiza la indicación.- Señala que no coinciden psicopatología con analizabilidad de un paciente, y que las neurosis no son homogéneas, conviviendo junto a la represión, defensas más primarias.-

Intentando abordar los problemas de la *práctica* psicoanalítica, el Laboratorio de Investigación de APU presenta, a partir de un recorrido por distintos trabajos^{*}, investigación cuantitativa y cualitativa acerca de las características que definirían un tratamiento como psicoanalítico. Como resultado de esta investigación, los psicoanalistas de APU privilegiaron la transferencia, la neutralidad y la regresión como los factores preponderantes que caracterizan un proceso analítico.- La frecuencia no ocupa ya el lugar central a la hora de definir un proceso como analítico. Como consecuencia, en las actualizaciones de la práctica analítica surge la necesidad de estudiar las repercusiones técnicas que presenta el trabajo analítico en baja frecuencia, tal como se ha ejemplificado en la presentación realizada por el Laboratorio. Estas apreciaciones muestran puntos de contacto con las realizadas por Schkolnik en su discusión.

AUDEPP, a través de R. Cibils y V. García presentó una propuesta de psicoterapia, tomando líneas actuales de la teoría psicoanalítica, para tratar el trastorno por estrés post-traumático. Consideran este tema de especial interés dado la variedad y cantidad de situaciones traumáticas a las que la vida actual expone a las personas.-

^{*} 2003: Laboratorio de Investigación de APU: *Institutos de psicoanálisis de América Latina, Investigación Cuantitativa. Comité de Educación de IPA. Area de Investigación de FEPAL. Altmann, Garbarino et al. "Alta y baja frecuencia en nuestra práctica analítica actual", Revista Uruguaya de Psicoanálisis 2002,95: 152-192.*

G. de la Parra aportó su visión mirando el proceso terapéutico desde dentro, focalizándose en los cambios que se producen en su interior.- Propuso evaluar dichos cambios a través del desarrollo de indicadores cualitativos.- Para observar dichos indicadores de cambio se utilizó metodología confirmatoria, analizando sesiones terapéuticas observadas en video y audio.- Asimismo, el “outcome questionnaire de Lambert” (oq) validado para Chile, fue aplicado al principio y al final de las terapias, triangulándose los resultados de ambas aproximaciones metodológicas.-

G. Lancelle introduce el concepto de capacidad de introspección por parte del paciente.- La investigación empírica demuestra que la capacidad del paciente y su actitud para consigo mismo es fomentada o inhibida por la actitud del analista, y uno de los factores de cambio más importantes y más efectivos, es un factor inespecífico para toda forma de terapia, que es precisamente el matching, la relación especial que se establece entre la estructura de la personalidad del paciente y la estructura de personalidad del analista.-

Algunas presentaciones manifestaron preocupación por el usuario que busca atención psicoterapéutica. J. P. Jiménez, R. Bernardi, G. de la Parra y A. Ginés como discutiendo, introducen la dimensión de los derechos de los pacientes de ser tratados con métodos cuya eficacia haya sido probada científicamente.- A través de la presencia de A. Ginés está presente en las jornadas la dimensión política del problema, es decir, la salud mental como deber y preocupación de la sociedad a través de sus organismos y de su tratamiento.-

En las ciencias de la salud, se empezaron a desarrollar guías clínicas, que abarcan un consenso entre profesionales de distintas orientaciones, y usuarios, para decir qué es lo que funciona mejor para quién, cuándo y hecho de qué manera.- Según palabras de R. Bernardi, una guía clínica consta de recomendaciones que integran las destrezas clínicas con la evidencia aportada por la investigación científica, incluyendo la participación del paciente. Se trata de tomar lo mejor de la experiencia clínica y unirlo con lo más certero de la investigación. En base a ello se busca realizar un conjunto preciso de recomendaciones acerca de qué le sirve a quién.- Se debe adaptar continuamente las preguntas más relevantes en un momento y en un país dado, y de ser posible, con evidencia del país en cuestión, ya que la psicoterapia es muy sensible a las variaciones culturales.-

En esta misma dirección en los últimos 20 años, la psiquiatría biológica se ha desarrollado enormemente, lo cual también ha contribuido a modificar el panorama de la indicación de los tratamientos analíticos, sustituyéndolos o complementándolos con tratamiento farmacológico. (J.C. Tutté).

A. Duarte abordó el tema de la ética en la investigación a través de sus distintos momentos, desde la elección temática, el planeamiento de la investigación, el proceso de investigación propiamente dicho, la publicación de la investigación, y el manejo de los resultados.-

J. P. Jiménez plantea un cambio de paradigma en el psicoanálisis actual. Los hallazgos interdisciplinarios proponen un reemplazo del modelo freudiano de pulsión por un modelo de sistemas motivacionales, centrados en procesos afectivos. El nuevo paradigma metodológico busca integrar el enfoque subjetivo de la mente, propio del psicoanálisis, con el enfoque objetivo propio de las neurociencias, separados desde hace más de 100 años. El desarrollo de las técnicas de imagenología cerebral ha puesto en evidencia la necesidad de adoptar un modelo dinámico para entender el funcionamiento del cerebro, altamente compatible con el modelo freudiano de la mente.

Luego de este recorrido por la temática de las jornadas, quiero finalizar con algunos puntos a manera de conclusiones:

- o Conviene distinguir la actitud investigadora, inherente a la función analítica, de la formación metodológica en investigación .

- o No todos los analistas tienen una orientación para la investigación sistemática pero sí todo analista debería tener, en su propia condición de tal, una actitud de curiosidad, de búsqueda, y capacidad de sorprenderse ante lo desconocido.

- o Individualmente, hay un momento preciso para incluir la investigación empírica en la formación analítica, y debemos esperar que ese momento llegue.

- o La formación psicoanalítica es un proceso mutuo que nunca finaliza; debemos entonces ser más conscientes de la necesidad de establecer un proceso de formación continua. Los psicoanalistas realizamos gran cantidad de operaciones mentales, muchas de las cuales no son conscientes. Las palabras son siempre insuficientes para la comunicación psicoanalítica. Parece importante entonces, incluir además del pensamiento inconsciente, la información necesaria sobre resultados de nuestros tratamientos y los resultados de disciplinas afines que estudian la mente.

- o Institucionalmente, la formación psicoanalítica debe transmitir a los candidatos la idea de la sistematización de su experiencia, de forma tal que pueda ser de más utilidad para los pacientes y para el trabajo con otras disciplinas. Los descubrimientos e hipótesis recogidos en la situación analítica pueden luego ser objeto de investigación clínica o extra clínica.

Síntesis de las Jornadas Violencia Social y Adolescencia*

*Clara Uriarte***

El tema elegido Violencia Social y Adolescencia permitió recorrer puntos de interés centrales, de modo de poder pensar la adolescencia en una sociedad cambiante y urgida como la nuestra.

Violencia, violencia social, adolescencia permitieron trabajar en torno a aspectos fundamentales: la inserción del psicoanálisis en el contexto social y cultural en el que vivimos; la relación que mantenemos con las otras disciplinas y nuestro lugar y función en la práctica actual. En estas Jornadas no asistimos a un diálogo tan solo entre analistas, todo lo contrario.

En tanto la confluencia de disciplinas resulta imprescindible para la comprensión, tratamiento y atención del adolescente, se convocó a colegas y profesionales que trabajan en distintos niveles institucionales. Los intercambios y discusiones en mesas y talleres posibilitaron fluidos intercambios, en un trabajo de apertura de nuevos caminos tendientes a que todo adolescente pueda construir una vida propia.

Hubo acuerdo en considerar que, con diferentes manifestaciones según las épocas y contextos culturales, la violencia adolescente no es una cosa nueva y que si excede los límites considerados normales para la edad es porque la propia sociedad responde con igual agresividad a sus demandas.

En este sentido se describió acertadamente la situación del adolescente como un reflejo, espejo de la sociedad.

Quedó subrayado cómo las profundas transformaciones culturales que vivimos afectan e influyen sobre la constitución del psiquismo. Los cambios en la familia y en los valores que se privilegian actualmente, hacen tambalear los referentes identificatorios imprescindibles en todo proceso de subjetivación.

El mundo adulto que debe actuar como referente se encuentra también en crisis, los grandes paradigmas que operaban como sostén han caído. Dentro de esta fragilidad del mundo adulto hay que comprender la

* Montevideo, 24 y 25 de junio de 2005.

** Miembro Titular de APU. 21 de Setiembre 2511 Apto. 601 E-mail: curiarte@adinet.com.uy

gran carga de angustia que le genera al joven no lograr construir un proyecto.

Resultó imprescindible señalar cómo la rebeldía y la violencia son necesarias para la construcción del mundo adolescente, en tanto están al servicio de favorecer un desprendimiento necesario de los modelos parentales y la construcción de proyectos de vida propios.

La violencia resulta un recurso fundamental, un medio que tiene el adolescente para constituirse a sí mismo. Una violencia que estructura ligada a los cambios en la pubertad, verdadera transformación del cuerpo que explota y el yo se ve desbordado por el flujo pulsional puberal.

Esta verdadera violencia tiene como correlato una violencia psíquica: fantasías, miedos, fantasmas de incesto, fantasmas muy sexualizados.

La violencia de la pubertad necesita de una elaboración, de un trabajo psíquico específico para poder transformarla. Cuando el entramado psíquico con el que arriba a la adolescencia adolece de fallas importantes y a eso le sumamos la falta de sostén parental se dificulta este proceso de elaboración y lo que sería un traumatismo necesario de la adolescencia deviene patológico.

En estos momentos de fragilidad extrema, las rupturas pueden producirse en la vida psíquica del sujeto que no encuentra otra salida que la actuación como protección contra la angustia.

Esta violencia manifiesta es frecuentemente la expresión de otra violencia, latente, fundamental, ligada a la preservación de la continuidad y del sentimiento de existencia.

A lo largo de las Jornadas se destacó la importancia del estudio del contexto donde sobrevienen estas violencias en el momento de la adolescencia. La mayor parte de estos actos violentos parecen inscribirse en historias caóticas singulares en las cuales reina un clima de violencia intrafamiliar sobre un fondo de desunión parental; de no dichos concerniente a los orígenes; de malas relaciones primarias entre madres e hijas y para la gran mayoría de estos adolescentes desamparo y abandono desde los albores de sus vidas.

No se trata de establecer lazos de causalidad directa: violencia sufrida en la infancia, entonces violencia realizada en la adolescencia. Sin embargo fue posible sostener que los actos violentos en la adolescencia guardan estrecha relación con la violencia que ha constituido el fondo de sus experiencias esenciales.

Para el mundo adulto no siempre es fácil lidiar con los estallidos de violencia de hijos o alumnos. En esto tienen responsabilidades la familia y el sistema educativo. Pero hay que tener en cuenta que las instituciones educativas concentran y encadenan sufrimientos y decepciones de alumnos y docentes. Coinciden impotencias para poder ayudarse a sí mismos y a los otros. Los adolescentes proyectan en las instituciones toda su ambivalencia,

frustración y rabia y cuando encuentran una respuesta violenta y no de sostén, se generan nuevos circuitos de violencia. La salida es abrir caminos. En este sentido podríamos pensar que cuanto más deposite su interés el adolescente en el mundo del conocimiento, del trabajo, a través de contenidos interesantes, actuales, con metodologías propias de su accionar, mayores serán las posibilidades de minimizar la violencia que los acosa.

Informe sobre el 44° Congreso de IPA
en Río de Janeiro
28 al 31 de julio de 2005

*Alvaro Nin**

Durante los últimos días del mes de julio pasado tuvo lugar el 44° Congreso de IPA (Asociación Psicoanalítica Internacional) en la ciudad de Río de Janeiro, que se constituyó en un magnífico marco natural para esta ocasión. Tercer Congreso internacional de IPA en Latinoamérica, ya que los dos primeros habían tenido lugar en Buenos Aires, 1991 y en Santiago de Chile en 1999.

Hubo una gran concurrencia de analistas y profesionales afines, como era de esperar, habida cuenta del gran crecimiento que tiene el psicoanálisis en Brasil, tanto por su número de miembros como también de sus sociedades psicoanalíticas. A ello se agregó una calificada presencia del psicoanálisis latinoamericano, que demostró una vez más su vitalidad, trabajo y aporte permanente en estos foros científicos internacionales.

El tema elegido para esta oportunidad fue: *Trauma. Nuevos desarrollos en Psicoanálisis*. Resultó particularmente interesante en la medida que permitió una pluralidad de abordajes y debates. Como lo propuso el comité de programa, presidido por R. Galatzer-Levy, se trataba de considerar “el trauma agudo y crónico, la relación entre el trauma y las relaciones de objeto... el impacto del trauma en el desarrollo, las dimensiones sociales del trauma, trauma y simbolización, trauma e historización y muchos otros”.

El diseño organizativo del Congreso, alternó las actividades masivas, la discusión en pequeños grupos y la existencia de paneles simultáneos en los que se procuró el debate entre analistas de variadas perspectivas, mostrando nuestro pluralismo teórico.

En esta ocasión se produjo el cambio de autoridades de IPA, dejando D. Widlocher la presidencia en manos de Claudio Laks Eizirik, a quien conocemos ampliamente, dado que ha visitado en numerosas oportunidades nuestra Sociedad.

* Miembro Titular de APU. Delegado de APU ante FEPAL. E-mail: adnin@montevideo.com.uy

Fue muy destacable la gran concurrencia de analistas y candidatos de APU, quienes participamos de múltiples maneras, exponiendo trabajos, en tareas de coordinación, así como participando en los debates.

En lo que se refiere al tema Educación, se produjo una declaración que seguramente habrá de ser central para el futuro en ésta área. Se dejó constancia acerca de la existencia de tres modelos distintos de formación de analistas, a saber: el modelo clásico (Eitingon), el modelo uruguayo y el modelo francés. Esto no implica un reconocimiento de valoración acerca de los mismos, sino aperebirse de su existencia. Para el futuro inmediato, la Junta de Representantes (Board) y el Comité Ejecutivo (Excom) de IPA, encargaron al próximo comité de Educación, que realice una investigación acerca de la naturaleza de las virtudes o inconvenientes en cada uno de los modelos y que produzca un informe sobre recomendaciones en esta materia. Además, y dado que se considera un área de especial sensibilidad, se constituirá un equipo de trabajo que elevará a su vez un segundo informe que asesore sobre esta temática.

En otro orden, quedó resuelta la sede del próximo Congreso en el año 2007, en la ciudad de Berlín, como una manera de hacer factible la participación de todos los noveles colegas de Europa del Este. En ese sentido, es destacable la labor del Instituto Psicoanalítico Han Groen – Prakken que ya ha consolidado su presencia en 18 países del Este europeo donde mantiene una intensa actividad científica y de formación. Ya han terminado su formación más de 150 psicoanalistas, habiéndose fundado sociedades y grupos de estudio de IPA en seis países.

Tuvieron lugar asimismo numerosas reuniones de diversos organismos de dirección de IPA, comités de trabajo, Asamblea ordinaria y de Presidentes, Tesoreros y Directores de las 66 organizaciones componentes.

En la reunión de Presidentes, nuestra Asociación representada por Clara Uriarte, presentó el informe de todas las actividades financiadas por IPA a través del programa DPPT, que contribuyen indudablemente a la mejor inserción científica en nuestro país. A manera de ejemplo, se incluyeron las Jornadas sobre violencia y adolescencia, talleres con docentes de Enseñanza Primaria y Secundaria, Jornadas de Investigación sobre psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica, actividades conjuntas con la Biblioteca Nacional, con la Universidad de la República y las Terceras Jornadas de Literatura y Psicoanálisis.

En el área de FEPAL hubo diversas actividades, entre ellas la asamblea de delegados que constituye su órgano máximo de dirección donde concurren dos delegados de cada una de las 27 sociedades componentes, quienes reciben un informe y a la vez intercambian con la Comisión Directiva de la Federación. Se resolvió que el lugar del próximo Congreso sea la ciudad de Lima, Perú. El tema elegido fue: “El legado de

Freud a 150 años de su nacimiento”. Será el XXVI Congreso Latinoamericano y se desarrollará entre el 5 y el 8 de octubre de 2006. Tuvo lugar también el encuentro de Institutos de FEPAL, donde Marina Altmann presentó resultados de la encuesta que se realiza en América Latina sobre la diversidad en la formación de analistas y las características profesionales de su práctica.

El Comité de Educación de IPA realizó una jornada de trabajo analizando los temas de formación, con todos los directores de Instituto, así como también una actividad de análisis de material de supervisiones curriculares.

Tomando el ejemplo de las actividades de IPA en Europa del Este a través de un Instituto de formación de psicoanalistas (Han Groen – Prakken), que ha resultado muy satisfactorio, se puso en marcha adaptado a la realidad Latinoamericana, un acuerdo entre FEPAL e IPA, para constituir el Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis (ILAP). Este se encargará de promover la organización y la formación de psicoanalistas en aquellos países donde todavía no existen grupos de IPA. Destacamos que en la dirección de dicho Instituto (ILAP) fue nombrado nuestro colega de APU el Dr. Javier García, quien desarrollará su actividad conjuntamente con cinco colegas más de otras Sociedades Latinoamericanas.

En relación a las actividades de candidatos, tuvo lugar el Congreso de IPSO. Una de las ideas que se debaten actualmente es acerca de la posibilidad de un mayor acercamiento y cooperación entre IPA e IPSO que podría llegar incluso hasta a una fusión de las dos organizaciones, evaluándose actualmente las ventajas y desventajas que ello constituiría.

DEL CUADERNO DE NOTAS

Recuperar retazos

*Abel Fernández**

Somos psicoanalistas, somos amigos, somos padres, hijos, hermanos. ¡Somos y cumplimos tantas funciones! Seguramente es una ambición tan ilusoria como ideal intentar cumplirlas todas bien. Ser sin fisuras; ser de una sola pieza. Muchas veces nos enfrentamos a las carencias cuando la realidad, el otro, de pronto nos muestra lo que no hicimos, lo que se escapó. Y en esto estamos todos amasados con la misma masa. Cuando podemos tratamos de procesar, elaborar, transformar... Sin embargo, no es lo mismo elaborar el horror que elaborar el error.

En las idas y venidas de los muchos artículos presentados para la edición número 100 de nuestra revista se omitió, entre otras cosas, la dedicatoria que nuestra amiga Laura Veríssimo de Posadas hacía de su artículo “*¿Puede elaborarse el horror?*” así como la transcripción de una cita con la que finalizaba su contribución a nuestra revista.

Vayan aquí las mismas a modo de un intento de “recuperar retazos”.

En memoria de mi hermano Leonel, miembro fundador de la Confraternidad Judeo-Cristiana y de mi hermano Solón, sacerdote y preso durante la dictadura militar.

Y un fósforo encendido para finalizar:

“Desde que adulto comencé a escribir novelas, me ha animado hasta hoy la idea de que lo menos que un escritor puede hacer, en una época de atrocidades e injusticias como la nuestra, es encender su lámpara, hacer luz sobre la realidad de su mundo evitando la oscuridad, propicia a los ladrones, los asesinos y los tiranos. Sí, sostener la lámpara a despecho de la náusea y el horror. Si no tuviéramos una lámpara eléctrica, encender nuestro cabo de vela, o en último caso, rasquemos fósforos repetidamente, como una señal de que no desertamos de nuestro tiempo”.

Erico Verissimo: “Solo de Clarineta”.

* Miembro Asociado de APU. Ellauri 490 Apto. 401 E-mail: abelfer@adinet.com.uy

Memoria Institucional

Revista Uruguaya de Psicoanálisis

PRESIDENTES DE LA

ASOCIACIÓN PSICOANALITICA DEL URUGUAY

1955 - Rodolfo Agorio
1957 - Gilberto Koolhaas
1959 - Héctor Garbarino
1961 - Willy Baranger
1963 - Gilberto Koolhaas
1965 - Héctor Garbarino
1967 - Rodolfo Agorio
1969 - Carlos Mendilaharsu
1970 - Mercedes Freire de Garbarino
1972 - Luis E. Prego Silva
1974 - Carlos Mendilaharsu
1976 - Carlos Mendilaharsu
1978 - Carlos Mendilaharsu
1980 - Marta Nieto - Alberto Pereda *
1982 - Sélíka Acevedo de Mendilaharsu
1984 - Mercedes Freire de Garbarino
1986 - Marta Nieto
1988 - Carlos Mendilaharsu
1990 - Paulina Volinski de Hoffnung
1992 - Myrta Casas de Pereda
1994 - Marcelo N. Viñar
1996 - Marcos Lijtenstein
1998 - Carmen Médici de Steiner
2000 - María Cristina Fulco
2002 - Luz M. Porras
2004 - Clara Uriarte

** El Presidente en ejercicio no figura como presidente electo debido al momento político institucional del país correspondiente al período de gobierno de facto (1973-1984).*

